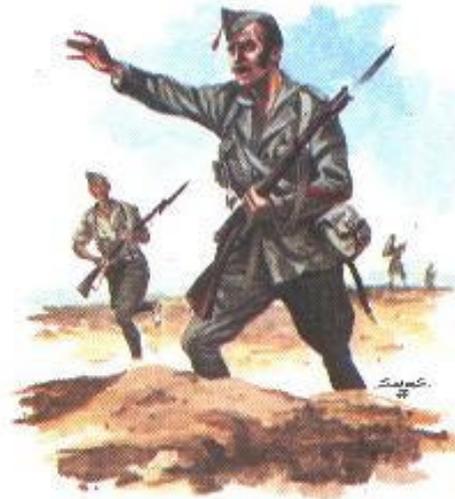


A. Maciá Serrano

LA LEGION DESNUDA

TODOS LOS HOMBRES LEGIONARIOS SON
BRAVOS; CADA NACION TIENE FAMA
DE BRAVURA; AQUI ES PRECISO DEMOS-
TRAR QUE PUEBLO ES EL MAS VALIENTE.



Serrano

Antonio Maciá Serrano

LA LEGIÓN DESNUDA

**A la memoria del
General Millán Astray,
coronel creador de la realidad sublime
y eterna de la Legión, que quiso, supo y
pudo cambiar un veleidoso tiempo
español por otros de arrebatado heroísmo.**

**Todos los personajes de este relato son reales.
El autor tan sólo se ha limitado a contarlo
cambiando algún nombre y alterando lo menos
posible la forma en que se realizaron los hechos.**

Primera parte

RETABLO DE LA CREACIÓN.

I

CUANDO LA MUERTE SE HIZO LEGIONARIA

El Espíritu del legionario.- Es único y sin igual, es de ciega y feroz acometividad, de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta.

Fue a la luz incierta del amanecer. Con la neblina de aquel otoño madrileño que todo lo esfumaba y hacía vagoroso. La noche había sido agradable, pero igual, repetida, como todas. Copas y tanguistas, música de “tzinganes” y bofetadas y, luego, la comisaría; como siempre.

Estaba alegre y estaba triste. Su porvenir se le había caído por la borda, pero se divertía. Claro que su madre le estaría esperando con sus sermones, con sus quejas, con sus lágrimas. Sus hermanas tendrían para él las mismas miradas de desprecio, y sus dos cuñados, ¡qué caras!... Pero sus amigos le admiraban. Era el primero en las broncas y, luego, a solas, sin la compañía, tan correcto; demasiado. Pero le gustaba mucho “armarla”, para que le admirasen; a él, el “pollo” más estirado, el más “trueno” de Madrid.

Un sereno, ya de retirada, se le acercó solícito,

-¿Le pasa algo, señorito?.

-¿A mí? ¿Qué me va a pasar?

El sereno lo comprendió en seguida: el jovencito estaba borracho, y amablemente le preguntó:

-¿Queda lejos su casa?

-Yo qué sé... No sé por dónde voy.

-En eso puede que tenga razón -se rió burlonamente y luego, con cierto descaro, preguntó:- ¿Dónde vive el señorito?

Este hipó con las últimas burbujas de champaña, tiró de su corbata, se desabrochó el cuello y, soltándose del sereno, le preguntó:

-¿Ya ti qué te importa?

-Señorito, que va a dar un espectáculo.

-¿Bueno y qué?

-Que se va a dejar las narices en el suelo. Que no puede andar de “cargao” que va.

Los borrachos como los niños, se creen valientes, cuando en realidad sienten miedo. Este, niño mimado y borracho consentido, aun a pesar de las reprimendas de la familia, se sintió héroe de su propio miedo. Se encaró con el sereno y le empujó violentamente. El pobre hombre vino a caer sobre el bordillo de la acera. El borracho se rió de veras.

El sereno entonces se levantó movido por la ira. Se desprendió del chuzo y le agarró con una mano el cuello. Se apago la carcajada que hervía en su garganta. Con la otra le abofeteó cuanto quiso. Cuando se cansó le tiró contra la pared. A la luz de una farola vio su boca sangrante.

-¡Señorito de...! ¡Ni sabes defenderte! ¡Ni siquiera eres hombre! ¡Anda y que tu madre te ponga las enaguas!

Y le arrumbó contra una casa. Recogió el chuzo, la manta y la gorra que se le habían caído, y tranquilamente se fue acera abajo, dejando la calle solitaria.

El borracho parpadeó aturdido. Era la primera vez que le habían pegado de veras y también, por primera vez, sentía vergüenza de sí mismo.

De pronto se dio cuenta que la sangre la manaba de la boca, de la nariz, de los ojos. En la nuca sentía un gran dolor. Tenía razón el sereno: “¡Ni siquiera era hombre!”.

Todo le daba vueltas, muchas vueltas. Se veía inútil, completamente inútil y cansado de todo. Sobre todo de sí mismo.

Su familia le importaba muy poco, pero cuando le vieran sus amigos, ¿qué iban a pensar de él? Algo contaría; aunque de momento se sentía totalmente derrotado.

Se buscó el pañuelo. Se lo llevó a la cara. Lo tiñó de rojo. Tenía deseos de gritar, de pedir auxilio, de llorar, de morir, de matarse. Pero no; para nada de aquello, a solas, consigo mismo, tenía valor. Era un desgraciado. El quería salirse de aquel mundo que le rodeaba; dejar a los suyos, a sus amigos, sus deudas, y hacer algo importante, algo por lo que le admirasen, y luego volver un día con una fama muy grande de...

Se oyó un coche que se acercaba. Levantóse el cuello del abrigo. No quería que nadie le viese. Cuando pasó intentó andar, seguir su camino. ¿Pero adónde?... En su casa, lo de siempre; le curarían, y, como aquello iba a durar, todo su mundillo se enteraría y ¡qué no habrían de contar! Pero ya inventaría algo. ¿Para qué? Las risas y los chistes sobre sus ojos amoratados y su nariz chafada, sobre su valor... iban a sonar.

Dio unos pasos. Se tambaleó. Sentía una gran confusión. Se apoyó con una mano en la farola. Por la calzada venía otro coche. No quiso ver a nadie. Volvióse de espaldas.

Los casos del caballo resonaban en la calle silenciosa con un acorde pausado de tambor militar. Los claros de la aurora todo lo iban tiñendo de una luz triste, gris, agria, que hacía palidecer la del gas.

Levantó la cabeza para contener la hemorragia nasal y sobre la pared de la casa frontera algo le llamó la atención. Era un cartel de colores, ocre, azul y negro. No anunciaba un nuevo “debut” en el Romea o el Parisienne. Era un soldado en pie, airoso, con rasgos viriles y enérgicos, con una mirada desafiadora.

Así le gustaría ser a él. Fuerte, dominador, ganando a un mundo. ¿Pero qué era aquello? Un soldado con camisa remangada, tocando una corneta... ¡Ah!, sí. España tenía una guerra chica, mejor dicho, dos: una, como siempre, en España, en la misma España; otra allá por Marruecos. Algo recordaba por allá, por Ceuta, por Melilla, en Africa. Pero todo aquello nada le importaba.

Algo le sonaba el Raisuni, Gómez Jordana, que aconsejó al gobierno del conde de Romanones se ocupara de todo aquello. También le venían a la cabeza los nombres de Berenguer, Castro Girona, las cábilas de Beni-Hozmar y Anyera... Pero los liberales protestaron contra aquella estéril sangría de hombres y dinero.

Otras cosas habían pasado en Beni-Salen, un poblado del moro. Pero desde Tánger, el Raisuni... Le pinchaban en la cabeza los nombres de Silvestre, Navarro, Vallejo, Barrera ¡Qué lío! Uad-Lau, Wad-Ras, Haus... ¡Caramba, qué nombres! Parecía que iba a empezar a ladrar. Miró de nuevo el cartel y leyó ⁽¹⁾:

“¡Alistáos en la Legión de Extranjeros! Españoles y extranjeros: Los que seáis amantes del Ejército y de sus glorias, los que gustéis de la vida de campaña, ¡alistáos!”.

Ya se daba cuenta. Era la Legión, un cuerpo de voluntarios creado recientemente. Bueno, ¿y qué?... Pero siguió leyendo.

“El Tercio de extranjeros es un cuerpo de infantería que tendrá bandera propia, y sus soldados estarán amparados por ella”.

-“Bueno -pensó-, eso no está mal”. Y siguió leyendo:

“Es un cuerpo honorable; en los combates irá en puesto de honor; el uniforme es vistoso; las pagas suficientes; la comida sana y abundante. Los que sean buenos soldados, disciplinados y valientes, pueden hacer muy honrosamente la carrera de las armas”.

Le empezó a bailar el cartel con sus palabras: Combate, honor, valiente, carrera... Si él no volviera a su casa y se fuera. Pero su vida, ¡tan buena!... Claro que...

Se vio las manos manchadas de sangre, sangre de su misma cobardía. De señorito tronera. Si él se atreviera... y un día volviera a su casa con aquella carrera de valiente, de soldado, de español, que había hecho en tierras de Africa... ¡Cómo le envidiarían sus amigos! ¡Cómo le recibiría su madre!

Avidamente siguió leyendo:

“Condiciones: Se admiten españoles y extranjeros cuya edad no exceda de cuarenta años”.

El recordó que aún no tenía los treinta.

“Primas de enganche: Por cinco años, 700 pesetas. Por cuatro años, 500 pesetas”.

¹ El primer cartel de la Legión tenía buenas proporciones para llamar la atención. Un legionario muy perfilado, casi en silueta, enérgico y audaz, preconizaba el espíritu. Fue un éxito rotundo. Contribuyó a este resultado: sólo en siete días se alistaron más de cuatrocientos voluntarios.

¡Un capital! ¡Y buena falta le hacía para pagar las deudas! También para los suyos que, al fin, no eran más que señoritos de “pan pringao”.

“Otras ventajas -leyó-. Primas de reenganche, ascensos en paz y en guerra, cruces, medallas, validez para los españoles del tiempo de servicio en el Tercio de Extranjeros como servicio en las filas del Ejército, aumentos de sueldo según los años de servicio. ¡Presentaos en el Banderín de Enganche! En el Gobierno Militar podéis inscribiros. No se exige documentación alguna”.

Además, se dijo, allí van los que sufren, los que les duele el alma, los desgraciados, los ambiciosos, los perseguidos, los que, como yo -pongo por caso-, no son nada y quieren serlo todo. Lo peor de cada casa, pero con una ambición tan noble que...

No se había dado cuenta, cuando ya el día lo había vestido todo con su claridad. Por la acera pasaban obreros, muchachas de servicio a la compra, señores, beatas de la primera misa... Todos con esa pereza taciturna de las primeras horas de la mañana madrileña.

Se le quedaban mirando y algunos hasta con una sonrisa de picardía. Se dio cuenta de la sangre, de su cara hinchada, de sus ojos enrojecidos. Por dentro se vio aún más deforme. Quiso andar. ¿Pero adónde? Si hasta en la calle se burlaban de él. El, tan valiente, tan chulón y tan fiero, con aquellas huellas de haber sido abofeteado, con el abrigo manchado de sangre, con sangre cobarde hasta en sus dedos.

No, no quería que lo viesan. Ni los suyos, ni los amigos, ni siquiera aquellas gentes que pasaban.

Se levantó aún más el cuello. Buscó el sombrero sin encontrarlo, y empezó a andar.

A medida que avanzaba el día se sentía más extraño. Más fuera de sí y con ganas de ser otro. Le molestaban las miradas de la gente; le parecía que le veían por dentro. Le ofendían, le humillaban. ¡Y pensar que algún día le podrían mirar con entusiasmo, con admiración, sí...

Anduvo hasta sentirse agotado. Al mediodía, sin saber cómo, se encontraba en las Vistillas, buscando las afueras de Madrid. El mismo, sin darse cuenta, se había desterrado de la ciudad. Se sentía náufrago de sí mismo.

Sólo aquel cartel, en aquella esquina, sobre aquella fachada, en la otra valla, en esta pared..., le acompañaba, le perseguía. Lo volvió a leer. Podría ser otro si algún día volviera nuevo. Y entonces...

Se dejó llevar del cartel. Preguntó: Siguieron sus pasos aquella dirección que le dieron. Entró en un cuartel, el de San Francisco ⁽²⁾, y allí creyó entregarse sin saber porqué y a quién. Pero, eso sí, quería que lo hicieran nuevo.

Eran las dos de una tarde de mediado de octubre, cuando con mano temblorosa firmaba su compromiso como legionario. El capitán, al tomarle la hoja y notarle el temblor le dijo:

² El cuartel de San Francisco se llamaba así por medianero del convento y templo de San Francisco el Grande. Posteriormente se le dedicó a prisiones militares hasta que últimamente fue derruido.

-Tenga en cuenta que esto no es definitivo. Está sujeto al refrendo del Jefe del nuevo cuerpo y, además, depende de un nuevo reconocimiento médico.⁽³⁾

-No, no estoy enfermo. El médico me ha visto. Es otra cosa.

-¿Sueño? ¿Hambre? ¿Le persiguen?...

-Quizás..., de todo un poco -replicó, queriendo sonreír.

Pero no, no era verdad. Era otra cosa. Aquel temblor, él lo sabía muy bien, era... Tampoco era aquello; era posiblemente la emoción de dar un paso tan definitivo en su vida. Seguramente sería eso.

Porque él ya era medio legionario, que quería decir valiente, temerario, audaz... Un hombre de honor con todo un porvenir heroico por delante.

* * *

Después ya no se dio cuenta de nada. Con el grupo de otros diez afiliados aquel día le llevaron al comedor de tropa y luego a unos camastros en otra dependencia del mismo cuartel.

Al caer rendido sobre aquellas tablas pensó en su familia, en sus amigos. Nadie, ni él mismo, se figuraba aquella tremenda resolución que tomó. ¿Total por qué? Pero algún día volvería... Dio una vuelta sobre la colchoneta y se arropó con la manta. Siguió con sus pensamientos: Ellos seguirían su vida alegre, con aquellas tanguistas de labios pintados en forma de corazón, con medias color carne, pelo a lo "garçone" y que fumaban con aires de perdición... Aquello era lo de siempre y él tenía por delante una nueva vida. A los suyos les escribiría desde allá, cuando ya fuera definitivamente legionario. Cuando tuviera un ascenso -¡qué alegría!- y viniera a...

Aquí se durmió; cansado, destrozado él y sus pensamientos. De un tirón fue su sueño, hasta que, muy de mañana, al herir el aire la corneta, se despertó...

-Vaya, muchachos. ¡Arriba! Diana.

Se levantaron remolones. Bajaron el grupo a un gran patio. En una fuente se fueron lavando. Después, con los soldados, tomaron café. Algunos se marchaban a la cantina cuando un cabo les dijo:

-Podéis salir a despediros de vuestra familia. A las siete hay que estar aquí. Salimos para Ceuta.

El grupo siguió inmóvil. Estaban como forasteros, ajenos a cuanto les rodeaba y como temerosos de algo. Cuatro de ellos, los más decididos, se fueron a la cantina, se sentaron en la misma mesa y pidieron unas copas.

-Oye tú -le dijo uno-. ¿Tú no eres un señorito? ¿Cómo te metes en estos trotes?

³ La fundación de la Legión se inicia en el año 1920. Toma realidad con la incorporación del primer legionario, Marcelo Villeval Gaitán, muerto de sargento el 23 de septiembre de 1925 en Malmusi Alto. Acontecimiento esencial para la fundación fue la conferencia pronunciada por el teniente coronel Millán Astray el 14 de mayo del citado, 1920. (Madrid R. Velasco, impresor). La portada y páginas interiores de ABC (15 del mismo mes) da una extensa referencia. La conferencia, en síntesis es un profundo informe sobre la Legión francesa y el proyecto del Tercio de Extranjeros de España. El teniente coronel Millán Astray fue nombrado jefe de esta fuerza el 2 de septiembre del mismo año.

-Pues... -dijo cuando, pasados unos momentos, se dio cuenta que la pregunta era para él-, no sé...

Y miró por la ventana, y vio las ramas de un árbol que se movían como jugando con el aire en libertad.

-A mí, ¿sabes?, me “buscan”. Siempre me han tenido grandes “simpatías” los civiles y los de la “poli”. Pero so llego a Ceuta...

-*Je suis capitain de l'armée roumaine.*

-Chicos, yo estoy cansado de vivir como vivía. Oficina y más oficina. Aventuras, guerra... ¡Eso es lo bueno! Por lo menos cambiar.

-Yo -dijo uno que llegó después- no os digo quién soy, pero algún día lo sabréis.

-A ver si resultas ser Napoleón.

Cálidamente la conversación se fue enlazando entre aquellos hombres, y así, con todas las eventualidades del día, se pasaron las horas hasta que a las siete, unos quince presuntos legionarios se agruparon en el patio del cuartel y conducidos por un cabo llegaron a la estación.

Cuando la máquina rasgó el cielo con su silbido y se puso en marcha, los ojos amoratados de aquel hombre miraron con pena la estación que quedaba atrás. Aún podía saltar y volver con los suyos. Abandonar aquella locura. Inventar cualquier pretexto para aquellas huellas de sus bofetadas y volver a su vida de siempre. Aún tenía tiempo...

-Tú eres de Madrid, ¿verdad?

Se volvió como si le hubieran descubierto sus pensamientos. Sorprendido, pudo contestar:

-Sí, claro. ¿Qué pasa?

-Menos humos, chico. ¿Te duele dejarlo.!

-¿Qué sé yo?

-¿Y quién te ha puesto así? ¿Algún marido? ¿La “costilla”? Tú eres una persona fina. ¿No nos hemos visto alguna vez? Yo “trabajaba” -y tuvo un gesto de rapiña- en el Ritz. Más de una vez he salido en los “papeles”. De esta me parece que escapo... Pero, ¡ojo! , soy buena persona. “El Risita” me laman. De pueblo soy, pero espabilado. Bueno, hombre, si no quieres hablar me callaré. ¿Cómo te llamas?

Se miraron fijamente y a punto estuvo de soltar una sonrisa, pero bronco el otro le contestó:

-Llámame como quieras.

-Bueno; te llamaré “el Señorito”.

Y “el Señorito”, despectivamente, reclinó la cabeza como para dormir y cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir miró al departamento. Era corrido. Fue observando a los nueve legionarios. ¡Qué caras! El hambre, el temor, el vicio... tenían en ellas su sello. Todos le parecieron sospechosos, amedrentados, fríos; sobre todo aquellos extranjeros. “El Risita”, con su viveza y sonrisa peculiar ya había hablado con todos.

Luego se durmió. Cuando de nuevo, en la noche, abrió los ojos a la luz incierta del departamento, aquellos rostros ennoblecidos por el sueño, le parecieron otros. A medida que los volvía a mirar le parecían más risueños y amables. Y es que los ojos que

miran acaban por hacer parte de ellos lo que ven. “El Señorito” también se consideraba recíprocamente, como si fuera parte de ellos, como lo era en realidad: uno más.

Después de dos días de viaje, al llegar a Algeciras ya todos se conocían y hablaban. El airecillo andaluz y las pesetillas del “viático” les habían hecho confraternizar.

En el puerto embarcaron en el “Fernández Silvestre”. “El Señorito” miró con pena las costas de España. Africa, al frente, misteriosa y lejana, se fue agrandando.

De todo el grupo, únicamente “el Risita” se desprendió. Hablaba con una mujer joven, al parecer extranjera; toda una señora. Estaba como perro fiel al cuidado de sus maletas. Cruzó una mirada con “el Señorito” y tuvo un gesto de ufanía.

Se ofrecía Ceuta a la vista. Ceuta, con todo su hechizo de puerta española de Marruecos y llave del Estrecho. En sus aires, todo el sortilegio africano y toda la claridad sabrosa y salada de las tierras y mares del confín europeo. Porque Ceuta es así: mora y cristiana, cristiana y mora.

Cuando el barco atracó en el muelle, antes de que nadie pusiera los pies en el suelo, una voz ronca y fuerte gritó:

-¡A la Legión Extranjera!

Era un cabo de la Legión que, sin que nadie pudiera saber cómo, había llegado a bordo.

Todos aquellos hombres se sintieron llamados como por un pastor. Se les notaba sumisos, pacientes, corderos. “El Risita”, cuando la oyó, le dió las maletas a la señora, que le sonrió, dándole las gracias. Cuando llegó al grupo que formaba el cabo, se puso junto al “capitán” Tarok, como decía llamarse. Bajando la escalerilla le dijo casi al oído:

-Es la señora de un capitán médico de la Legión.

El rumano no le hizo el menor caso. Ya en el muelle, siguieron al cabo. Calle arriba andaban, y la gente que se les cruzaba les miraba con cierto aire de recelo, no exento de desdén y hasta de desprecio.

Siguieron por más calles, y al fin pasaron una gran puerta, la del cuartel del Rey. Allí había, por lo menos, unos cuarenta. Por una escalera, acompañados siempre de un cabo, entraron en una gran y destartalada sala donde había unos legionarios que saludaban al pasar algunos oficiales. Se convertían, al cuadrarse, en estatuas, como de hierro. Al fin, en masa, fueron pasando a un amplio despacho. Por vez primera iban a ver a la Legión por dentro.

* * *

Tras una mesa los esperaba un hombre en pié. Los nervios, su impulso, no le dejaban. Miraba tan penetrantemente que parecía desnudarlos. Su mirada “acababa en punta”; pero tenía sonrisa y gracia, dentro de una apostura, de una gallardía irrefrenable. Era el teniente coronel primer jefe (4). Le acompañaba un teniente. Detrás, como escolta, dos legionarios. Uno de ellos, negro. Otros dos, en la mesa, estaban dispuestos a tomar nota. Todo resultaba impresionante. Tenía espectacularidad.

El teniente coronel dio la vuelta a la mesa. Los miró fijamente. Inesperadamente, se acercó a uno cualquiera.

-Tú, tú: ¿a qué has venido? ¿Por qué has venido? ¿De dónde has venido? ¿Cómo te llamas?

-Yo -contestó titubeante-, yo soy..., me llamo... Carlos..., Carlos Piqueras... eso es -dijo, tragando un poco de aire-. Vengo de Barcelona...

-Anarquista tenemos -replicó el Jefe-. Bueno, hombre, está bien.

El futuro legionario movió la gorra entre las manos, llevado por su azoramiento. El teniente coronel, con voz enérgica, mandó:

-¡Las manos quietas! ¡Los brazos caídos! ¡Todos cuadrados! ¡Quietos!

El tiempo parecía detenido. Tras una breve pausa, y con voz natural, continuó:

-Aquí no se viene a disfrutar de una vida regalada; el trabajo es duro; las penalidades muchas y el riesgo mayor. Los moritos tiran bien y suelen dar; los balazos duelen mucho, sobre todo cuando tocan hueso.

Luego sonrió como para sí mismo, y continuó:

-Bienvenidos a la Legión. En ella encontraréis cariño, amparo, una familia. Se os pide ser bravos y disciplinados. Se os exige obedecer las órdenes militares ciegamente. Entráis en un Cuerpo glorioso, gloria que se alcanza con las vidas y la sangre de los legionarios. Es, pues, preciso estar dispuestos: a morir, cuando lo reclame el deber; a sufrir fatigas, privaciones y dolores de crueles heridas. También hallaréis todo lo que se ha prometido: vuestros sueldos, comida, ropa y recompensas. Igualmente sufriréis duros castigos si cometéis faltas graves. ¡Entrad gozosos, sed felices y que Dios conceda a cada uno lo que venga buscando, si ha de ser para su bien!

Lo de menos eran las palabras y su contenido. Lo importante era cómo estaban dichas: con una vehemencia que quemaba, de fuego. Y cada una, con su propia emoción, iba montada sobre la otra.

Se acercó a uno bajito, rechoncho, pero fuerte, de cara morena y unas manos grandes, deformadas:

-Tú, ¿quién eres?

-Fulmán, me llamo, y nada más -dijo con acento extranjero.

⁴ José Millán Astray y Terreros nació el 5 de Julio de 1879 en La Coruña. De gran vocación militar a los 15 años ingresa en la Academia de Infantería. Después en la de E.M. Interrumpe los estudios para combatir voluntario en Filipinas. En San Rafael, Pampanga, con 30 soldados se defiende contra miles de tagalos. Se le concede la Cruz de María Cristina, máxima condecoración al valor en aquellos tiempos. Vuelve en 1897. Se reintegra a la Escuela de E.M. Profesor de la Academia de Infantería. En 1910 forma parte de la comisión de límites de la frontera hispano-francesa en Marruecos. Renuncia al E.M. para pasar destinado a fuerzas indígenas. En 1919, comisionado a Argelia, perfila la creación del Tercio. Al año siguiente se decreta la fundación y su destino de primer jefe.

-¿Y tú?

-Richard Tarok, capitán de...

-Está bien, hijo; ya lo veremos.

Se dirigió luego a un muchacho rubio, que sintió un gran rubor. Rojo se puso como la amapola.

-¿Tú?

-Vengo por una penitencia. Abandoné el convento, luego quise volver. Tantas son mis culpas que...

Uno de los de la fila, descaradote, se sonrió.

-¿De qué te ríes?

-De nada.

-¿Cómo te llamas?

-García. Escapado, como ése, de otro “convento”, al que no quiero volver. Prefiero morir en la guerrilla a morir de otra manera. Creo que aquí tengo algunos amigos y...

-¡Cállate! ¿Tú?

-Yo, mi teniente coronel, no puedo decir quién soy...

-Está bien.

-Y tú, ¿a qué has venido?

-Yo, mi mujer, ¿sabe?... -dijo con un ceceo andaluz. Se retorció la blusa, bajaba los ojos.

-Bueno, no sigas. No os pregunto quién sois, ni de dónde venís, ni qué habéis hecho en la vida, por curiosidad. Os lo pregunto porque habéis venido a la Legión para que lo olvidéis, para ser hombres honrados, soldados disciplinados y valientes; habéis venido a defender nuestra Patria, a quereros como hermanos y a demostrar al mundo que, si fuisteis malos, podéis ser buenos.

En tanto hablaba el teniente coronel, los dos legionarios, bajo la dirección del teniente, iban filiendo los nuevos ingresados ⁽⁵⁾.

-Se pueden dar nombres supuestos -dijo el oficial.

Luego, ya detrás de la mesa, el Jefe, en silencio, los fue observando mientras daban los datos.

-Póngame Relenga. Relenga nada más.

Seguían los demás. Entre ellos; un espía francés, un alemán que se dijo doctor, otro aviador maltés, un tal Werner, un “Arditti” de D’Annunzio, alguno que fue guardia civil, otro al parecer andaluz, otro que dijo ser oficial español.

Cuando iba a tocarle el turno a “el Risita”, de nuevo se levantó el teniente coronel para decir:

⁵ **Los primeros días.**- Pertenecen por completo los primeros días al teniente Olavide, por lo que en casa le llamamos “el Organizador”. llegó a reunir cuatrocientos sin más ayuda que René, un indeseable belga, expulsado por nuestro Gobierno y William, el negro gigante de Nueva York. Estos no hablaban español -en cambio Olavide no hablaba ni francés ni inglés-, pero para darle aire de Legión Extranjera, los nombró sus ayudantes.- **José Millán Astray.** *La Legión. Sanz Calleja. Editores e impresores. Madrid. 1923.*

-¡Ah, se me olvidaba! Legionarios: el que se arrepienta de entrar, el que tenga miedo a morir, que diga al médico ahora, al pasar reconocimiento: “Que le duele la garganta”. Con ello basta para quedar en libertad.

Mientras, golpearon en la puerta y se oyó una voz que decía:

-¿Da usía su permiso?

Cuando el Jefe acabó de hablar, contestó: Sí, pasa.

-Mi teniente coronel, éste que desea hablarle.

-A mí, que me han dado por inútil y estoy bien, estoy bueno. Puedo hacer lo que cualquiera. El más duro servicio.

-¡Esto no es un asilo! ¡Anda! Te puedes marchar ahora mismo. Y tú ¿qué?

-Yo, mi teniente coronel, por fin he tenido vista. ¿Es así?

-Así lo dijo el capitán -contestó el cabo que les acompañaba.

-Pues enhorabuena. Ya eres legionario. Tomarle la filiación.

En tanto el otro suplicaba haciendo alardes de buena salud, el nuevo legionario estaba contentísimo, de una alegría estallante. Se había enganchado dos veces, en dos banderines diferentes, con nombres distintos; pero al llegar a Ceuta su miopía le delataba y no conseguía pasar. A la tercera, pudo salvar cuantas pruebas oculares le puso el médico. Que su truco no le fallara en el combate...

Impetuoso, se colocó delante de “El Risita”. El legionario que escribía preguntó:

-¿Nombre?

-Rodrigo.

-¿Apellido?

-Díaz

-¿El segundo?

-De Vivar.

El capitán se rió, diciendo:

-¡El Cid Campeador!

-¡Quién sabe! -contestó con una seriedad graciosa el nuevo ingresado.

A todos se les escapó la risa.

Cuando le tocó el turno al siguiente, dijo:

-Pedro Bernárdez Expósito, alias “el Risita”.

-Te sobra el alias, muchacho -le dijo el teniente.

“El Risita” levantó los hombros, como diciendo: “Como usted quiera; pero “el Risita” soy y seré, me ponga lo que me ponga”.

Seguían desfilando. La puerta, de vez en cuando, se abría para dejarlos pasar al reconocimiento médico, Cuando “el Señorito” iba a dar su nombre, alguien entró precipitadamente y se dobló ante el teniente coronel.

-Señor, el médico dice que estoy bueno, que soy útil; pero yo no estoy bien... Yo noto como palpitaciones,

-¡Lo que tienes es miedo! ¡Cobarde! ¿No es eso? ¡Miedo! Dilo tú mismo...

Duramente lo agarró por los hombros, mientras le decía:

-¡Haber dicho qué tenías dolor de garganta! ¡Un hombre como una torre! ¿No te da vergüenza? ¡Fuera, fuera!

Salió aquel hombre lívido, descompuesto. Parecía un cadáver.

Cuando volvió a la mesa, miró al primero. Se le notaba afectado y apoyaba ligeramente las manos en la mesa,

-Quita las manos de ahí. ¿Cómo te llamas?

-José.

-¿José, y qué más?

-José Solano Sánchez, de Madrid. Por cuatro años.

Cuando acabó de dar los datos, salió para el reconocimiento médico. Lo pasó a continuación de “el Risita”.

-Ahora -se dijo- es el momento de doler la garganta.

Pero la pasó... y ya estaba en el patio del cuartel, formando un grupo con los nuevos legionarios. En otro estaban los inútiles y los del dolor de garganta, destinados a los más bajos menesteres de limpieza y cocina, en espera del pasaporte que les había de devolver a España. Los veteranos iban y venían de un grupo a otro, con una sonrisa de orgullo.

Entre tantos y tanta confusión, sólo se destacaba un hombre pálido, desnutrido, con cara de hambre y de dolor; vestía unos harapos que al parecer fueron el uniforme de la Legión; sucio, desventrado, de mirar apagado, andaba de un grupo a otro sin decir palabra, como maldito. En un tobillo llevaba una argolla de hierro, de la que colgaba una cadena, que al andar sonaba sobre el duro pavimento.

Uno de los nuevos preguntó:

-¿Quién es? ¿Qué hace ese preso aquí?

-Es un desertor de los nuestros les dijo un veterano. Se ha escapado de los moros y se ha presentado. Es un buen muchacho, le dio un repente y... ¡eso! ¡Se fue!

-¿Y está suelto?

-Orden del teniente coronel.. Para que le oigamos, para que...

-¿Qué le harán?

-Segura, muy segura, no tiene la cabeza.

Otro se acercó, añadiendo:

-¡Ni la ha tenido nunca! ¡Es un bala perdida!... Y bueno muchachos: ya sois legionarios. Vamos a ver si se nota esa prima de enganche. Allí hay una cantina.

De pronto, el teniente coronel, seguido de su ayudante y los legionarios de la escolta, como una tromba, cruzaron por el patio. Los veteranos, rígidos, le saludaron. Los que iban a ser legionarios se sacaron la gorra y levantaron el brazo, gritando:

-¡Viva la Legión! ¡Viva!

Luego el silencio, sólo roto por aquella cadena del desertor que, arrastrada, parecía gemir.

José Solano Sánchez, “el Señorito”, parecía darse cuenta ahora de lo que había hecho... ¡Y todo por una tontería! Creía soñar y, para despertarse, abstraído, se pasó la mano por la frente, por la cara, por el cuello...

Un cabo de grandes patillas, de labios casi negros de rojos y dientes blanquísimos, le sonreía con mucha guasa al decirle:

-Ya no es tiempo. Aunque te duela la garganta... legionario serás.

José Solano, por toda contestación, le sonrió con cierto desplante. Pero mientras se dirigía con todos a la cantina miró al cielo. Vio a las nubes altas, navegantes. Parecían

fugitivas del sonido de aquella cadena que arrastraba el desertor... Como si temieran ser uncidas.

Algo así, impreciso, sentía en su alma; pero miraba al Cabo con arrogancia, como si nada hubiera hecho. Como si no temiere nada.

* * *

-¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!...

-De frente. ¡Mar!...

La rueda de la instrucción es siempre lenta y pesada; pero aquí, en este campamento, era dura, durísima.

-¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!...

En verdad, todo cuanto se les prometió se les había dado. Una camisa verde kaki, un corraje, el fusil, el machete, botas..., aunque muchos nunca las habían calzado. También la comida sana, abundante, como se les dijo. y muchas cosas más.

-¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!...

Pero aquello de la instrucción era demasiado. Les convertía en autómatas, en muñecos, en marionetas, y los hilos eran aquella voz:

-¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!...

Les reventaban. Después, en los descansos, ni ganas les quedaban de hablar. Más agradable les resultaba aquello del tiro. Un blanco, cuerpo a tierra y a disparar.

-Apunten. ¡Fuego!

O las marchas sin enemigo, tan largas y penosísimas, y por rivalidad en la resistencia les iba capacitando en la fortaleza corporal. O aquellos otros ejercicios en que les hacían correr y esconderse en el suelo, entre la gaba, buscando a un contrario que no estaba. O llenar sacos terreros. O aprenderse el Credo. O... todo, cualquier trabajo, por duro que fuera, era preferible a aquél:

-¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!...

Cualquier cosa. Qué pesadez la de la instrucción. ¡Cualquier cosa! Como oír a aquél teniente hablarles del valor o aquel otro explicarles la disciplina. ¡Lo que fuera! Además, ellos habían venido a luchar y los estaban convirtiendo en soldados de parada.

-¡Un, dos!... ¡Un, dos! ¡Un, dos!...

¡Qué suerte la de aquellos cuarenta legionarios! Se fueron, aunque en calidad de acemileros, y en las operación de Xauen estaban. Qué agradable les resultaba que les llamasen -¡a ellos!- caballeros, aunque fueran tirando de un mulo. Por eso tan sencillo, cuando miraban al cielo, al mar, a aquella tierra despoblada -¡mira tú!-, ya la querían. Sus ojos, la mirada, se les encariñaba, se les enredaba en el paisaje. A ellos, ¡caballeros!, si en el mundo se enterasen.

-¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!...

El campamento era como un hormiguero desorientado. Por aquí unos hombres marchando; más allá, otros en rueda, mientras el teniente les hablaba; allá, unos tirando; más lejos, una sección que llegaba. Cada grupo en la suyo y la mirada de los jefes en todo.

Un legionario, con un saco a la espalda, describía, corriendo, siempre el mismo círculo alrededor de un cabo que ni siquiera le miraba.

Solo aquel tictac de:

-¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Un, dos!...

Parecía ordenar aquella Babel sin palabras. La tarde, con las moradas sombras africanas, ya estaba vencida. La luna, en lo alto, sobre el azul, se miraba tímida mente en el mar.

Al fin se fueron reuniendo todos, y la voz del Jefe ordenó:

-¡Rompan filas!

Y estalló un vocerío de algarabía.

Los cantineros se aprestaron a sacar sus botellas y marrajas. Lo mismo hicieron algunas cantineras que, al aire su sonrisa, esperaban...

Sólo el legionario del saco siguió corriendo su círculo alrededor del cabo. Sus ojos parecían apagados, sin mirada alguna que dijera algo.

Unos fueron entrando en los barracones a dejar las armas; otros quedaron con ellas. Empezaron las charlas:

-Nuestra Bandera, la primera, será la de “Los Jabalíes”, luchando por una rama de laurel.

-La segunda la de “Las Aguilas”.

-Pues la nuestra, la tercera, llevará “El Tigre”.

-Todo eso de los banderines está muy bien. Mucho teatro, pero ¿cuándo vamos a pegar tiros?

Un moro voceaba:

-Guivos, tabac, galettas...

A lo lejos, con unas cuantas cantineras y acompañados por un acordeón, algunos cantaban:

*“Legionario, legionario soy.
y mi niña dice cuando a verla voy:
¡Niño mío!, yo quiero ser la primera
que se abraza a la bandera
ganada por la Legión...”*

Otros grupos, había entre ellos algunos cubanos, cantaban con fina entonación; como despidiendo a la tarde o saludando a la noche que llegaba.

De pronto, las reuniones se fueron descomponiendo. Muchos fueron los legionarios que se acercaron a curiosear los nuevos que llegaban. El cabo, el mismo cabo que habló con Solano, después de aposentarles, se reunió con el grupo que formaban Piqueras, García, “el Risita”, el viejo Colbert, “el Señorito” y algunos más. Le saludaron militarmente y luego cambiaron impresiones.

-No os habéis enterado y ha pasado por vuestro lado y como si nada. Hoy han venido: un príncipe ruso, Dirka le llaman, más falso que un duro sevillano; un conde auténtico, el de los Olmos; tres sindicalistas; “el Caballero de la Muerte”, y no sé cuántos más. Dentro de poco no vamos a caber.

-Pero, bueno, ¿cuándo va a haber “barud”? -dijo Tarok, con su acento extranjero.
-”Barud” o lo que sea, aquí no lo hay como en esa Guerra Europea en que tú has estado. Aquí la muerte llega silenciosa, de puntillas, sin gloria. Cuando menos te lo figuras. Con un “paco” ...

-¿Qué es un “paco”?

-Un fusil y detrás un moro.

-¿Pero cuándo vamos a salir? dijo alguien.- Esto está aburrido, cansado.

-Yo sabré salvaros siempre de la muerte. Ya veréis cómo curo.

-Pronto sabremos si “monsieur” Colbert es o no doctor.

-¿Salimos pronto?

-Creo que si.

-¡Ah!, ¿sí? Si sabes algo, desembucha.

Pero nada pudo decir. La corneta vino a cortar el diálogo. Tocaba fagina.

Formaron y se les dio la cena. En grupos, sentados en el suelo, comían. Sólo la noche, sembrada de estrellas, les alumbraba.

-¿Sabéis, vamos a salir pronto?

-¿Sí?

-La primera Bandera hacia Uad-Lau. La segunda al Zoco el Arbáa.

-¿Quién te lo ha dicho?

-Juan Zunueta, el cabo que hoy ha estado de conducción. Por lo menos, eso se dice.

Se desparramaron los legionarios por las cantinas y cafetines. A la luz de las velas y faroles, aquellos rostros, curtidos por la fatiga, el aire y el sol africanos, iban tomando una dureza y una fisonomía peculiar. Algo raro ya fulguraba en ellos.

Zunueta le decía a “el Señorito”:

-Creo que vas muy bien; que te lo sabes todo.

-¿Es envidia? Inteligente que es uno. A ti ya te costaría. Con esa cabeza...

-Oye tú, que no me gustan las bromas pesadas.

-No me las gastes.

-Es que a ti no te puede entrar “esto”. Tú eres un señoritingo...

-Pues ya ves, tú mismo me lo has dicho; me lo sé todo. Estoy de vuelta.

-Ya hablaremos a la hora de luchar.

Solano apuró la copa. Se levantó y mirándole de lado, un poco en jaque, se marchó.

En aquel momento tocaban retreta. Se pasó lista. Formó entonces, con su saco a la espalda, el legionario que corría describiendo el círculo. Cuando rompieron filas, Fulman, el alemán, preguntó;

-¿Por qué “estar” ése en el pelotón de castigo?

-Te contestaré como él lo hace: “Dicen que por desertar”, y cuando le aclaran: “No será por lo que dicen, sino por haberlo intentado”, él contesta: “Tal vez, quizá...”. Y se le nota el acento gallego...

-¿Qué es ser gallego? ¿Cosa mala? -interrumpió Fulman.

-¡Oh, no! Ser natural de Galicia y algunas cosas más...

-¡Ah, ya!

-Pero si le preguntan cualquier cosa: ¿Has sido quincallero? El dice: “Tal vez”. ¿Has sido afilador? Contesta: “Quizá”. ¿Has estado en la cárcel?: “Quizá”. Y no hay quien le saque de ahí. Es el caballero “Tal Vez Quizá”.

Otra vez la corneta, ahora suavemente, como una aguja larga y fina que quisiera coser el sueño a la noche, cantó silencio. Al toque, los legionarios fueron entrando en las tiendas y barracones. Se hizo el silencio con fingida paz.

Desde el cielo, la luna todo lo tenía con su plata pálida. Parecía no tener sangre y querer buscarla en aquel llano donde los legionarios, esfinges de la muerte, dormían. Ella, con sus rayos, bruja de ensueños, tejía una escala tenue y sutil, como para subir a la gloria; incitando a conseguirla, buscando la sangre, los sueños, la amargura de aquellos hombres que reposaban en el llano de Dar-Riffien.

* * *

Así, con más impaciencia que riesgo, con más disciplina que arrogancia, con más inquietud que añoranzas, fue madurándose la primera levadura de la Legión.

Cada día que pasaba, una nueva avalancha de hombres entraba en el campamento. Distintos de raza, idioma, país, pasado, vicios, virtudes... Los más venían por la ambición por el místico deseo de redimirse; unos por la aventura de luchar; algunos, estoicamente, tan sólo por morir... El Credo Legionario era como un soplo, el unguento común de aquellos hombres, entre los que ya fluctuaba una conciencia colectiva de combatividad y los entrelazaba, precisamente, sin borrar las propias personalidades.

Los banderines y guiones marcaban sobre el aire, como a fuego, las briosas estelas que habían de seguir. La contraseña: “Legionarios a luchar, Legionarios a morir”, ya era lo único propio de cada uno y de todos. Agrupados en las unidades, un espíritu de sana y limpia emulación fue brotando de buena y magnífica manera. De unidad a unidad había orgullo y también estimación. El emblema era como una llama que todo lo unía y lo fundía. Las canciones, el entusiasmo, la justicia, los castigos, los premios, la obediencia, la aptitud para morir... Todo venía presagiando el poderío para el choque y la batalla que había de tener aquella fuerza. Pero -era verdad- sólo era eso: un presagio.

En Dar-Riffien, la vida iba pasando, y con ella, Werner, un legionario austríaco, construyó una ingeniosa veleta, un oficial saludando que, al moverle el viento, levantaba el sable con toda la gracia mecánica.

Los moros se paraban a mirarla, pasmados, asombrados, diciendo:

-¿Tu visor muñico estar diablo? ⁽⁶⁾

Los legionarios se reían y les imitaban.

⁶ El campamento va tomando su aspecto legionario; un ingenioso austríaco, Werner, ha construido para el edificio más alto una ingeniosa veleta que representa un Oficial saludando. El viento la mueve y cada vez que esta recorre cinco metros, levanta y baja el sable el fantástico muñeco. Los naturales se paran al paso y miran curiosos la veleta. Y los soldados burlones les, imitan. ¿Tu visor muñico estar diablo?. **Comandante Franco, Diario de una Bandera**. Primera edición. Editorial Pueyo. Arenal, 6. Madrid, 1922.

Fulman, francés, alemán, catalán, -cualquiera lo averiguaba-, era tonto y era listo. A veces loco. Se envolvía con una manta y gritaba desaforada, desesperadamente. Quería matar con una caña al que se le acercase. Cuando le ponían la camisa de fuerza, aullaba en francés, cantaba en catalán, maldecía en alemán. El príncipe ruso, sobre la prima de enganche, pidió más dinero para poder pagar el hotel de Ceuta. Relenga era una fiera; iberismo puro. Hablador cuando se emborrachaba, dijo haber bailado con los cadáveres de unas monjas en Barcelona, “la ciudad sin ley”. Fue cómplice de Rafael Sancho Alegre, el que disparó dos veces contra el Rey y le mató su caballo “Alarun” que montaba. Conocía los grandes “hoteles” de Chinchilla y Cartagena.

-Esto es la gloria -decía.

El conde estaba triste. “El Risita”, haciendo de las suyas, sacaba las carteras de los bolsillos sin que nadie lo notara. Luego las devolvía. Era, sencillamente, un puro y honrado pasatiempo. Carlos Piqueras, el anarquista, un día paró a todo el campamento. Había que ver cómo cantaba aquello de:

*“Mi padre estaba en presidio
cuando se murió mi madre,
y yo me quedé solito
en la mitad de la calle”.*

Y alguien le replicó con aire de fandango:

*“Un querer tuve en la vida
tan grande y tan verdadero.
que si en Dios lo hubiera
puesto hubiera ganado el cielo”.*

Salía de la garganta de Cifuentes. Aquel que dijo con ceceo andaluz que su mujer... Bueno, lo de siempre: Su mujer, eso...

William Brown, un negro gigante, siempre sucio y derrotado -el que iba de escolta con el teniente coronel-, causaba la confusión entre los moros.

-Tú estar moro porque estar negro como yo. ¿Cómo no entender?

William reía y “el Señorito” explicaba:

-No es moro, es yanqui; aunque le veáis negro...

-Sí, estar moro como yo. ¿Cómo no entender?

Había que dejarles en su creencia. Unas cantineras: la Lola, “la Chata”, “la Cuerpo-bueno” y “la Churra”, se esforzaban en explicarles que no era ni moro ni cristiano; era un boxeador americano al que se le había pegado el “cafard”, el tedio, el aburrimiento de Africa.

Gamoneda y Santoja, “Kukú y Picheli”, los payasos del madrileño circo Colón, allí estaban. Eran legionarios, y en los descansos lucían su gracia contando chistes y tocando el acordeón.

El frailecito exclausturado hacía una vida ejemplar. Rezaba siempre al compás del “¡Un, dos!... ¡Un, dos!...”; lo temía todo y sólo hablaba con “el Caballero de la Muerte”,

el “Arditti” D’Annunziano y Zunueta, que le era simpático, muy simpático. Observaba en él cómo el cumplimiento del deber fortalecía su voluntad, desarrollaba un carácter y creaba un espíritu de abnegación, que en alguna ocasión había de fructificar. Lo veía, lo sentía, lo admiraba. Algo así quería que para él fuera su paso por la Legión...

Zunueta, en cambio, estaba muy lejos de admirar a aquel Fernando Sande, “Fernandito”, tímido y receloso, que no había sabido cumplir con su deber.

Aquel jovencito que estaba cansado de la oficina, Manolito Asin, para todos tenía una mirada embobada, dulce.

Un viejo cabo bávaro, Gustavo Hort, hacía reír a todos durante la noche que le tocaba de centinela, al decir para dar el alto: “¡Halt, qen vife!”.

El galleguito “Tal Vez Quizá” y el desertor seguían corriendo la noria de su círculo con el saco auestas, y hasta cantaban con todos aquello, ya entonces de verdad:

*“A la Legión le gusta mucho el vino.
A la Legión le gusta mucho el ron.
A la Legión le gustan las mujeres.
A la Legión. A la Legión. A la Legión...”*

Cantado siempre a grandes voces, con estruendo, desgarradamente. Con gritos y ademanes. Golpeando latas y cajones... Por algún sitio se tenía que escapar la contenida energía.

A Zunueta, “el Risita”, que había salido de asistente con un teniente, le llamaba “el cabo de vela”, porque en los primeros días de la organización, ante una avalancha de cuatrocientos recién llegados, para gobernar a aquellos hombres sin disciplina y con ambiciones tan opuestas, con toda solemnidad y a la luz de una vela se le nombró cabo, juntamente con otros, y diciéndoles a los que llegaron:

-Mandan tanto, cada uno, como el teniente coronel.

-Y se lo han creído -apostillaba “el Risita”.

Pero es buena persona. Muy entero y muy cumplidor. Los mandos le estiman mucho -decía José Solano, “el Señorito”.

-Muy hombre -añadió Rafael Cifuentes.- Ya sabéis que cuando nosotros ni pensábamos en venir, un día en instrucción un alférez le dijo: “¿Quieres salir conmigo de asistente?” Y él le contestó: “Yo no he venido a ser asistente, sino a tenerlo”.

Callaron porque era el propio Zunueta el que se acercaba. Le saludaron al mismo tiempo que les decía:

-¿Qué hay muchachos?

-Nada, mi cabo; ganas de salir -dijo Cifuentes.

-Pronto será. Ya sé, Pedro, que vas de asistente.

“El Risita” tuvo cierta emoción al oírse llamar por su nombre, ya que casi todos le nombraban por el apodo.

-Así es. Yo obedezco.

-Me parece muy bien. También sé que a ti José, te dejan por ahora aquí, en la compañía de depósito. Escribes tan bien -añadió con chufra.- Algún día me escribirás una carta.

-Con mucho gusto, mi cabo -respondió “el Señorito”.

-Yo voy de acemilero, con mi mulo y mi guitarra que no pienso abandonar.

-Ya te la pasarán las balas algún día. Desde entonces tendrá otro sonido. Ya verás.

Por qué no la traes? Antes de “silencio” no estaría mal un poco de cante.

-Voy por ella, mi cabo.

-Hombre, no; así, no. Ahora no soy el cabo. Ahora soy vuestro amigo Zunueta.

-Pues voy por ella, Zunueta.

“El Risita” se marchó con Cifuentes, y quedaron solos, frente a frente, Solano y el cabo. Este se volvió para decir a los que iban por la guitarra:

-Oye, Cifuentes, te esperamos en la cantina de “la Chata”. Vamos -le dijo a Solano. y luego, andando:- ¿Y a ti te gusta que te dejen aquí?

-Yo voy donde me mandan.

-De palabras muy bien, pero...

-Yo quisiera que usted...

-Háblame de tú.

Solano le miró fijamente. Zunueta era de proporciones muy equilibradas: fuerte, macizo, moreno. Por sus ojos se le salía la fuerza. Las cejas, muy rectas y pobladas, le daban un grave aspecto que sólo al sonreír se borraba.

José desafió aquella mirada penetrante; le buscó la punta a aquella confianza del tuteo, y contestó con cierto desprecio, “el Señorito”:

-Uno no tiene la culpa de ser fino, inteligente, educado...

Zunueta sonrió al decir:

-Ya sé que te sabes muy bien el primer artículo del Credo: “Acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta”.

-A eso he venido.

-Pero claro, tú la alargas...

Se puso firme José, diciendo:

-Voy donde me mandan.

-Bueno, muchacho, es una broma. Obedecer es lo primero.

-Si es broma, vaya, pase...

-¿Y si no lo fuera? -preguntó el cabo, muy serio.

-Ahora mismo... tú habías acabado para mí. Contigo ni cruzaría palabra. Y algún día te devolvería la pelota.

-Está bien. Era una broma. Sólo que quería saber como eras.

Zunueta le pasó su brazo por la espalda. Ahora parecía contento, risueño, como un chiquillo. Con esto llegaron a la cantina y pidieron unas copas.

A los pocos momentos llegó Cifuentes con su guitarra. Callaron todos cuando la empezó a rasguear. Al conjuro del rasgueo se fueron acercando los legionarios.

Las luces del cielo parecían parpadear al compás de las notas, resonantes y trémulas. Mágicamente brotaban de las manos de un hombre que al moverlas parecían querer estrujar una pena que le salía del alma y saltaba hasta las estrellas.

* * *

Fueron pasando los días. Las Banderas salieron, La primera hacia Uad-Lau; la segunda a Ben-Karrich; la tercera a Beni-Amram.

Dar Riffien siguió nutriéndose de nuevos legionarios. Era cuna y matriz. Respaldado de altas cumbres y mirando al mar, parecía un nido de águilas dispuestas a emprender el vuelo con una sola consigna: O remontarse o morir.

Una tarde llegó una noticia que por primera vez conmovió. Venía del campamento del Zoco el Arbáa. La Legión había tenido su primer muerto. Un legionario, Baltasar Quieja Vega se llamaba (7).

Todos recibieron la noticia emocionados. A José Solano le tembló el alma.

Contaban, identificándole, que era un muchacho joven, valiente, no mal parecido y soñador, al que los jefes estimaban.

La misma tarde de su muerte, la del 7 de enero de 1921, según decían, el propio teniente coronel lo encontró solo y triste en el campamento. Entre sus manos apretaba una carta.

-¿Qué te pasa, muchacho? ¿Te ha ocurrido algo?

-¡Acabo de saber que mi novia ha muerto, mi teniente coronel! ¡Ojalá la primera bala no tarde mucho y sea para mi corazón, para reunirme pronto con ella!

Aquella misma tarde, dos horas después, el enemigo atacaba al destacamento en retirada de la protección del camino al campamento. Hubo una bala: La de Baltasar Quieja Vega.

En sus bolsillos encontraron unos versos, la Canción del legionario, se titulaba, Entre poesías llegaba la muerte. Los versos decían así:

*“Somos los extranjeros legionarios
el Tercio de hombres voluntarios
que por España vienen a luchar..;”*

Por lo visto la Muerte también había leído aquel cartel. La Muerte ya estaba filiada. La Muerte llegó a Dar-Riffien. La Muerte se hizo legionaria.

⁷ El primer muerto de la Legión fue el cabo Baltasar Quieja Vega. Nacido en Minas de Riotinto, Huelva, el 21 de mayo de 1902. Se incorporó a la Legión el 9 de Octubre de 1920. Poeta ingenio, hizo versos de vigor guerrero. Los compañeros contaban: “Cierta día, a los pocos de salir el campo, dicen que recibió una carta en la que decía que acababa de morir la mujer que quería. El legionario se emplazó para reunirse con ella en la muerte con la primera bala que llegase. Su gesto dio origen a la canción: El Novio de la Muerte. Letra de F. Prado y música de Juan Costa.

La Legión Española. Cincuenta Años de Historia. Tomo I. Madrid. 1970, dice escuetamente: “El 7 de enero de 1921, después de haberse defendido honrosamente con su escuadra frente a los cabileños que le atacaron y pretendieron apoderarse de sus armas, murió a consecuencia de las graves heridas recibidas el cabo Baltasar Quieja Vega. Es el primer muerto de la Legión. En su bolsillo se encontraron unos versos legionarios llenos de emoción y amor al Cuerpo. Es significativo y óptimo que el primer muerto de la Legión fuese poeta”.

II

LA PRIMERA EN LA FRENTE

***El espíritu de compañerismo.-
Con el sagrado juramento
de no abandonar jamás a un hombre
en el campo hasta perecer todos.***

Las nuevas figuras de la baraja legionaria fueron lanzadas al pardo tapete del campo marroquí; pero las bazas que querían jugar no les llegaban. El mando ordenaba, y viendo en ellas un ímpetu ingenuo, inexperto y brioso no se atrevía a jugarlas.

Pero el enemigo -"del enemigo el consejo"- ya les llamaba los "haramis", los malos.

- "Tú matar padre y madre y escapar aquí", decían los moros.

Cuando no les llamaban, distinguiéndoles, los de "bujannú", los del madroño, por la borla colorada que colgaba del gorrillo ladeado.

Los amigos, soldados y compañeros -la guerra siempre es alegre, porque siempre la hace la juventud- les cantaban al verles en campaña con sus enormes sombreros:

*¿Quiénes son esos soldados
de tan bonitos
sombrosos? El Tercio de Legionarios,
que llena sacos terreros.*

La chufla y rechufla de la copla no fue contestada por otra, sino que se esperaba el momento propicio para mostrar un heroísmo bravío, particular y acumulado: de propia marca..., cuando el mando ordenase, la ocasión lo pidiera y en el momento oportuno.

Todo parecía incierto en aquella aventura de coagular, de fundir tantas sangres distintas en un sólo espíritu desafiando la muerte. Sólo una opinión modesta, absurda, descabellada -como toda profecía cierta- fraguaba el perfil de lo que había de ser la

Legión. La opinión venía, ni más ni menos, que del comandante del Hacho ⁽⁸⁾; al ver a los legionarios sin uniformar, pero distinguiéndose entre los demás condenados de la prisión de su mando, decía:

-Son sin igual: la Legión no fracasará.

Pero, en verdad, una desesperanza y una defraudación a las ansias puestas de combatir al emplearlos el mando en el grueso de las columnas, había invadido a todos y cada uno. Mas lo primero, antes que nada, era obedecer. Y en eso ya cumplían al quemar la pólvora disciplinadamente, para adentro, como en un incendio de rabia de su propia sangre.

Los hombres de la Legión fueron ocupando sus puestos: nuevos, como creados para ellos, sin ningún historial. Parecían hechos a propósito, como para lanzarlos a una vida distinta.

Y así, Zunueta, “el cabo de vela”, vino a mandar una escuadra que formaban: Cifuentes, aquel que vino por no matar a su mujer; el jovencito cansado de la oficina, Manuel Asin, “el Manolito”; Wanffer, -austriaco o polaco, con los ojos más claros y soñadores que habían visto; García, el escapado del presidio, y “Nohabit”, un francés misterioso del que nada se sabía. Le provenía el nombre de la traducción francesa del “No visto”, “el caballero no visto”, aunque bien es verdad, que cuando llegó a la Legión y le pidieron el nombre, dijo sencillamente con fino descaro parisino: “Pongan ustedes lo que quieran”.

Pero en “Nohabit” se quedó. Todos fueron a parar a la segunda Bandera, con muchos más que la formaron.

A la primera fueron: Piqueras, el anarquista barcelonés; Tarok, siempre hablando de sus pasadas grandezas; William Brown, el negro boxeador neoyorquino; Colbert, que aun a pesar de ser doctor le llevaban de camillero; Gamoneda y Santoja, los famosos clowns “Kukú” y “Picheli”; uno que fue guardia civil; un maltés, “Macarroni” le llamaban, que sabía muy poco español, pero lo suficiente para insultar mejor que nadie; Fulmán, el loco; Gustavo Hort, un antiguo suboficial bávaro... y “el Risitas”, con su asistencia, y otros muchos, que desde luego, con el tiempo y el combate, habían de revelar su personalidad.

En la tercera Bandera formaron: Relenga, “el Cid”, un italiano, “el Caballero de la Muerte”, un príncipe, Dimitri Grigiroff, Zamiski, López, Contreras... El resto de ella, por ser la última unidad que se organizó, recogió los que llegaron después.

La escuadra de Zunueta se fue componiendo. Wanffer, el austriaco, siempre estaba como teñido de una vaga melancolía, siempre tenía ganas de dormir y siempre sonreía; por lo demás, nada se sabía de él. A Cifuentes cada día se le notaba con más afecto al cabo. El jovencito oficinista, “el Manolito”, era cuidadosísimo. No parecía andar por Africa, el barro de los campamentos jamás le manchaba. “Nohabit” era un enigma. García, por el contrario, de día en día, hablaba más.

-Pero mira que se está bien aquí. ¡Andar! ¡Qué gusto!

⁸ El Hacho, fortaleza del monte que domina a Ceuta. Fue famoso presidio hasta ayer mismo. En aquellos tiempos sus celdas reunían lo peor de España y sus guarniciones; “los impeorables”. No obstante mantenían el suministro de agua potable de la ciudad.

El Arditti D'Annunziano, sus gestos y sus cicatrices, le daban un aspecto feroz, y cargaba la camilla con Sande, “el Frailecico”; le miró con cierto desprecio.

-Oye, tú “italiani tallarini”, ¿no te parece bien lo que digo?

-¡Andar! ¡Puaf...! Tú tener la alegría de andar al salir de presidio, de la cárcel. Yo estar “desinflado”, que decís vosotros. Yo he venido por los tiros.

-No te preocupes, ya los tendrás -le replicó Zunueta serio.

-¿A mí los tiros...? Pues qué quieres que, te diga. Si llegan ya les responderemos.

-A mí me gusta mucho apretar el dedo, y tuve un amigo, ¡que amigo...! Bueno, vosotros habéis oído hablar de lo de Canalejas.

-¡Hombre, claro! -contestó Fernando Sande, “el frailecico”, aquel novicio exclaustado que estaba en la Legión como penitente y llevaba como una cruz el palo de la camilla-. ¡Era todo un señor!

-Pues yo conocí a Manuel Pardiñas. ¡Qué tío! ¡Lo que se dice todo un tío!

-A ese no le recuerdo yo.

-No te asustes, “curita”. Yo le conocí en la cárcel. Quería acabar con el mundo. Luego, se pegó un tiro.

-Menos mal, si quería acabar con el mundo empezando por él... Es una manera de principiarla tarea como cualquiera otra, aunque muy chuscamente...

-Bueno, pero es que antes se llevó por delante a Canalejas. Fue el que le pegó el tiritito; después se suicidó.

-¿Y tú qué habías hecho que estabas en la “sombra”? -le preguntó Cifuentes.

-¿Yo? Nada de particular: robar. Mejor dicho, una estafa, la quinta creo que fue, a un amigo de mi padre, y aunque se la pagó, a mí me metieron en “chirona”. Allí le conocí. ¡Cómo hablaba!

-¿Blasfemaría?

-No, qué va; “eso” no le importaba nada. El quería acabar con el mundo.

-¡Y por qué fue aquello de Canalejas?

-Pues recordarás hubo en Cullera...

Wanffer se volvió, y casi riendo dijo:

-Quererlo contar todo, García... ¡todo! ¿Otra vez? ¿Todo?

Le miró de fijo, un poco sorprendido, y le respondió:

-Buen pájaro debes de estar tú.

-¡Oh...! No interesar política. Es cosa para volver locos.

-Pues, mira, ya ves, en eso puede que tengas razón. Desde que yo oí a Pardiñas créeme que voy para eso..., para loco.

-¡Políticos! -e hizo un gesto de asco.

-El también decía eso, que había que acabar con ellos.

Callaron al parar la marcha. Cerraron sobre las filas y tomaron el paso ordinario al compás del “¡un, dos...!, ¡un, dos!”!, ya no había que cantarles; se lo cantaban ellos mismos, interiormente, sin sospecharlo siquiera.

* * *

Rotas las filas se dirigieron a las tiendas de campaña. Dejaron el armamento y los correajes -eran de lona, los “Mills” ingleses- y cada uno fue a buscar, entre los amigos, los que más simpatizaban.

Cifuentes fue derecho a buscar a Solanes, un catalán que había sido marinero. No le encontró en su tienda, y al fin, dio con él en un chamizo. Delante del legionario, un vaso de vino, y por el fondo, en la penumbra, una mujer.

-Oye, tú, ¿tienes trabajo?

-Yo nunca tengo trabajo.

-Bueno, lo que yo quiero es que me marques. Aquí, en el brazo.

-Sí, hombre, ahora mismo. ¿Y qué quieres que te marque?

-Un niño, ¿sabes?, un niño.

La “Churra” lo miró sorprendida. Solanes se sonrió al decir:

-Me parece que te equivocas. Eso... no sé si sabré pintarlo. De carne sí sé hacerlo.

La mujer le miró sorprendida y se acercó a Solanes que la apartó con desgana.

-Yo sé marcar corazones, puñales, bichas... Pero un niño. ¡Qué capricho más raro!...

Cifuentes calló, un poco tímido, mas volvió a su ruego:

-Un niño quiero, si no sabes...

-¡Anda este...! Si Jaime sabe tatuar hasta el alma

-Bueno, ¿pero va o no?

-Ven, déjame el brazo.

-Mira, aquí, por adentro, para que al saludar me lo vea.

-Bueno, hombre, donde quieras. “Churra”, acércale el cajón para que se siente... ¡Que tiene que estar uno en todo!

Así lo hizo María, cuando el legionario se buscaba en el bolsillo de la camisa. Sacó de él una fina aguja y fue punteando pacientemente, pitillo en boca, mientras canturreaba algo que no se entendía.

Sobre el brazo de Cifuentes aparecían unos puntitos de sangre. El legionario sonreía y se movía impaciente sobre el duro cajón.

-¿Te duele?.

-No, nada. ¿Quedará bien?

María, “la Churra”, que un poco separada contemplaba a los dos hombres, salió:

-¿Que si va a quedar bien...? Jaime es un artista, lo que se dice un artista. Ese niño va a hablar.

-Cállate tú; tráete una vela y la tinta.

Así lo hizo la mujer, siempre curioseando el trabajo de Solanes. Abstraído en él, pinchaba y volvía a pinchar en el brazo de Cifuentes, que aguantaba pacientemente. A pausas se separaba y contemplaba el punteado, cuando a lo lejos sonó un disparo, luego otro.

-Deben de estar retirando la protección de los caminos.

-Seguramente.

“La Churra”, curiosa, se asomó a la puerta del chamizo. Levantó la cortina y aún entró la última y delgada luz del atardecer, cárdena y violeta. A lo lejos, en el horizonte, el último rayo incendiaba unos celajes que parecían de cristal,

María, experta, dijo:

-Sí, es la protección que se retira. Ya entran en el campamento. No ha habido novedad. Aunque traen una baja. Ahora le sacan de la artola y le ponen en la camilla. Debe venir muerto. Le tapan hasta la cabeza.

-Entonces, sí que ha habido novedad -respondió Solanes.

-Para el servicio, no.

-Para ese que ha muerto... Bueno, para ése: “¡Vaterlól!”.

Decía esto Solanes impasible, sin distraerse de su trabajo. Cifuentes, con más inquietud, intentaba mirar lo que ocurría fuera. “La Churra”, ya sin poder contenerse, salió.

-¿Te gustan mucho los niños?

-Es que... Yo tengo un hijo y...

-No me digas más. Si me hubieras dado un retrato te lo saco igual.

-Ya lo sé. Pero no lo tengo. Ni siquiera eso. Sólo el recuerdo. Mi mujer...

-No me lo cuentes, me lo figuro. ¡Como todas!

-Como todas, no. Lo contrario de las demás. Las mujeres se pierden porque les sobra corazón. A la mía le faltaba; no quería más que dinero...

-Anda, no sigas. Aquí hemos venido a olvidar.

-¿Y si no podemos?

-Algún día habrá tiros, y ya verás qué divertido. Ahora... Si tardan nos vamos a volver locos.

Callaron, el uno ensimismado en su trabajo, el otro, esperando ver el fin de aquel dibujo.

De pronto entró María diciendo:

-Sí, venía muerto del blocao. Era un soldadito muy majo él, del Batallón de la Corona. ¡Pobre chico!

-¡Qué soldado no será majo para “la Churra”!

-¿Qué quieres, hijo? Yo soy muy “militara”, le tengo mucha “fisión” a esto, y desde que se creó la Legión, legionaria soy. Y tú lo sabes muy bien; tengo casa y madre...

-María, cállate y déjame trabajar. Si se pone a hablar no voy a acabar.

María calló y se acercó a ver cómo iba el dibujo. Solanes dejó la aguja. Alzó su mano perezosamente y, volviéndola por la palma, le hizo una seña a la legionaria, que sacó un frasco y vertió unas gotas.

-Sobra ya..., si no el niño va a salir morito.

Con aquel liquido negro restregó su mano sobre el brazo de Cifuentes.

-Esto ya está.

María trajo una marraja y un trapo. Dejó caer el chorro. Lentamente lo fue restregando sobre el brazo. En él, dibujado caprichosamente, empezó a aparecer la cabeza de un niño, luego los bracitos levantados y después las piernecitas. Cuando acabó la faena le soltó el brazo.

-¿Qué...? ¿Te gusta?

Cifuentes se miraba el tatuaje. Un finísimo punteado y en su contorno silueteado un niño. Los ojos eran dos puntitos; la nariz, tres; la boca, uno, y el pelo, casi una mancha negra.

La mirada del legionario temblaba. Con la otra mano se cogió el brazo, lo palpó con el pulgar, por encima del tatuaje.

-¿Pero te gusta o no?

-Está muy propio. Es mismamente él -al pasarse el dedo y arrugarse la piel decía emocionado-: y mira, hasta sonrío.

-Si ya te dije yo que iba a hablar -añadió “la Churra”

-Pero, ¿te gusta...? -repetía impaciente Solanes.

-¡Eres un artista! -decía casi llorando- Es muy bonito, estoy muy contento... ¡Mi niño! ¿Qué te debo?

-¡Estaría bien! Yo no cobro nada. Lo hago por amor al arte...

-Está bien, pero “la Churra” podría traer un poco de vino.

Tiró Cifuentes unas pesetas sobre un cajón y la mujer, después de cogerlas, salió.

-¿Y tú... dónde aprendiste a hacer esto?

-En los barcos, en el mar. Mira cómo voy.

Le enseñó su pecho moreno, velludo, potente. Era una selva de sirenas, nombres, corazones, flechas... Llevaba hasta un dragón devorando a un hombre.

-Esto lo que tiene es que es muy ingrato, Te arrepientes y luego quieres borrártelo, y como no puedes, te pintas otro.

Cifuentes se sentó entonces en el camastro, cariñosamente, junto a Solanes.

-De éste te aseguro que no me arrepentiré. Me sale de dentro.

En esto llegó María con el vino.

-Del bueno, del mejor. Y “el Sultán” a mí me considera muy mucho. Un vino que quita las penas, pero de veras.

Empezó la cosa con el vino, y hasta después de tocar silencio dentro del chamizo siguieron cruzando palabras, dichos y recuerdos. Cifuentes cantó como nunca “por lo bajini”, gangueándole la voz quiebros desgarrados al calor de aquel vinillo que se pegaba.

Cuando salió en busca de su tienda, el norte un poco perdido, briosa la sangre, derretida ya un poco, miró al cielo y se figuró que su tatuaje había volado.

En el cielo africano, dos estrellas parecían aquellos ojos, aquellas otras la nariz y aquella otra, ¡tan bonita!, su boca, que le llamaba...

Se miró el brazo. Su niño estaba allí. Amorosamente se lo besó. A su niño no se lo había robado el cielo. Allí, con él, estaba.

Pero la disciplina es dura, y más la legionaria. Cifuentes y Solanes llegaron tarde a sus puestos; no precisamente a los de combate, sino a los de descanso, tan sólo unos momentos, y fueron arrestados. Tres noches al parapeto, al saludable relente de las estrellas de marzo.

La segunda noche coincidieron con al escuadra de Zunueta, que rondaba por los puestos preciso y exacto. A la madrugada, relevados los centinelas, coincidió con Cifuentes, que ya no quiso tumbarse. Los otros se fueron a buscar la lumbre de una hoguera y él quedó reclinado sobre los sacos terreros de la principal, mirándose, casi acariciándose el brazo.

-¿Te pasa algo? ¿Quieres un trago de “matarratas”?

-No me pasa nada. No quiero nada.

-Bueno, hombre.

La noche, en esa calma de antes de la amanecida, era más lenta y agobiadora con sus sombras negras. Sólo las llamaradas de la hoguera, de vez en cuando, les enviaban su tenue resplandor...

-A estas horas, quizá... Allá en España...

-A estas horas todo el mundo duerme.

-Quizá un niño llora y su madre...

-¿Estás casado?

-Casado y como Dios manda. ¡Tengo un niño! Ese niño quizá esté llorando porque su madre, mi mujer, ¿dónde estará?

-¿Y por qué viniste?

-Tuve miedo de matarla.

Calló Zunueta. El silencio se podía cortar. Sólo estuvo herido por el aliento de Cifuentes.

-¡Las mujeres...! -dijo el cabo.

-No... ¡Y los hombres también! Ella me quería y me quiere. Lo que pasa es que yo me encariñé demasiado con esa guitarra. Yo nací en Nerja, un pueblecillo de la provincia de Málaga. ¡Con una afición por el cante...!

-Y bien que lo haces.

-Pues ya ves, eso ha sido mi perdición, mi desgracia...

Los ojos de Cifuentes relumbraban. El cabo sacó tabaco y le ofreció. Encendieron los pitillos.

-¡Y yo me tiré al mundo creyendo que lo iba a ganar! Todo lo veía tan fácil, y si no la hubiera encontrado... ¡Pero era tan buena y tan guapa! Limpia, trabajadora, muy de su casa. La culpa es sólo mía.

-¿Y sabe ella que tú estás aquí?

-No, pero mañana mismo pienso echarle una carta. Pero es que no sé qué decirle...

-Con decirle que estás aquí, con eso, ya se dará cuenta que tú lo sabes todo.

Cifuentes bajó la cabeza como si toda la noche se le cayera encima.

-Eso ya me lo ha dicho ella misma en la cara.

Zunueta le miro muy tranquilo.

-¿Y tú...?

-Ya te lo he dicho, tuve miedo... Era ya un mocito cuando cantaba con bastante éxito por Sevilla, donde fui a colocarme en una fábrica de mis tíos. Un día me hablaron de cantar en Barcelona y allá me fui sin pensarlo. Canté y me aplaudieron mucho. Me creía el amo del mundo.

“Una tarde la encontré. Nati se llama, una catalana fina si las hay, con su moño y aquella sonrisa... ella me llevó por el bien, me separó de la guitarra y me colocó en una fábrica de hilados. Pero la guitarra, esa misma guitarra, me perseguía.

“Me iba con los amigos, me jaleaban, me aplaudían... A los catalanes les gusta mucho el cante, y lo que pasa, cada vez llevaba menos jornal a casa. Y a todo esto, la suegra, una suegra de una vez, pero buena y ahorrativa, si algún defecto tiene es que le gusta mucho el dinero; no me toleraba ni a mí ni a mis jipíos.

“Al año nació el niño, y yo prometí no volver con los amigos. De casa a la fábrica, de la fábrica a casa. Pero estaba tan contento con mi hijo que un día, ¡lo que pasa!, volví un poco alegre, y desde entonces nunca fue lo del principio. Yo, sin notarlo, me fui separando más; ella empezó a trabajar, a coser ropa para una tienda, a llevar la casa adelante. Desde entonces nunca le faltó el dinero ni a mí tampoco; esta es la verdad.

“Una madrugada, acostado, entre los pliegues de una camisa de Nati encontré algo duro y que pinchaba. Era un alfiler de corbata, en los días siguientes, la seguí. ¡Era el dueño de la tienda donde trabajaba!

“La abandoné. Seis meses tenía el niño cuando los dejé. Quise cantar, contratarme. Inútil empeño. El varieté francés lo llenaba todo. ¡Y la quería tanto, que tuve que volver! Fracasado, completamente fracasado. Entonces, entre las dos, me dijeron lo que les vino en gana. Me echaron de casa y ni siquiera me dejaron ver al niño.

-Debías de...

-Ya lo sé, debía de haberla matado. Hasta la ley, creo que me ampara. Pero ella lo hizo todo por el niño, así me lo dijo: ¡Para que no le faltara nada!, y aún me quería, pero yo no podía...

-Hay que tener más agallas. Haber cogido al niño y habérselo llevado a tus padres.

-Sólo tengo madre y tan vieja que si se lo hubiera contado...

-¿No tienes hermanos?

-Sí.

-Pues a casa de cualquiera de ellos.

-Tengo mi orgullo. Lo mejor era esto: La Legión. Un día me lega una bala y sanseacabó.

-De todas formas, el niño estaría mejor en cualquier lado que con tu mujer.

-Ella es muy buena, muy ...

-Hombre; una santa, para ponerla en un altar.

Cifuentes miró tan fijamente que Zunueta se sintió cohibido. No obstante aún se atrevió a decirle:

-En cualquier lado mejor que...

No le dejó acabar. Se levantó diciendo:

-Es su madre.

Y se marchó, sin mirarle siquiera, a buscar los que estaban junto a la hoguera.

* * *

Pasaron algunos días, y aunque el cabo estuvo más solícito que nunca con el legionario, no le decía ni una palabra. Hasta parecía huirle. Tan pronto se rompían filas, Cifuentes desaparecía, se iba con Solanes y algunos más. Cuando el cabo llegaba, el legionario, con paso mohíno, se marchaba. Por lo visto le molestaba su presencia.

A Zunueta llegó a inquietarle esta actitud, mas las ligeras novedades de su escuadra le libraron de esta preocupación. Dos le faltaban momentáneamente, y no por combate: a Wanffer, le habían dado un permiso para bajar a la plaza, y García, sufría una “barrigosis”.

Una tarde, acompañados de un sargento, llegaron “los nuevos”, destinados a cubrir bajas en la Bandera. Cuando Zunueta estaba más tranquilo en su tienda, se le presentó José Solano acompañado de un “morenito” cubano, Máximo López Belén.

-A sus órdenes, mi cabo. Somos los dos legionarios que venimos, de momento, alojados a esta tienda. Accidentalmente yo sustituiré a García; Belén se hará cargo de la camilla con Sande hasta que vuelva el italiano.

-Muy bien, me alegro mucho.

-Bueno, ¿y qué tal por Dar-Riffien?

-Lo de siempre, cada día van llegando más legionarios.

Zunueta tiró de petaca. Lieron los pitillos, que luego encendieron.

-¿Y a ti...? ¿Te ha pasado algo?

-¿A mí? ¿Qué me va a pasar?

-No, como has venido...

-He venido porque sabe usted...

-Una vez te dije que me hablaras de tú -y la voz de Zunueta se hizo un poco anhelante.

-Bueno, pues he venido porque he querido. Ya lo sabes.

El “morenito”, sin darle ninguna importancia a lo que hablaban, preguntó:

-Y diga, mi cabo, ¿no hay vino en este campamento?

-Claro que lo hay.

-Pues andandito a buscarlo vamos.

Salieron hacia la cantina. Al encontrarse con otros legionarios amigos se abrazaba.

Al “Señorito” todos le preguntaban:

-¿Pero cuándo nos vamos a mover?

-¿Por dónde andan las otras Banderas?

-¿Qué es de aquel capitán rumano? ¿Y de Fulmán? ¿Y de Brown? ¿Y de Werner? ¿Y del “Risita” más listo que el hambre?

Solano pacientemente y complacido iba contestando. La primera Bandera andaba por Uad-Lau, la tercera por Beni-Anram; ninguna aún había entrado en fuego, pero ya llegaría la hora.

-En cuanto a Pedro, “el Risita”, que está de asistente, bajó a la plaza de compras... ¿Os acordáis de aquella “señora” que tan atento ayudó a bajar sus maletas cuando llegamos a Ceuta? ¡Bueno...! Está que bufa. “Mira tú que a mí dármela con queso”, dice.

-En cuanto me lo encuentre, le preguntaré...

-Él está muy contento y además ha resultado ser un gran cocinero.

-¡Ah! ¿Si?

-Pero, compadres, ¿aquí se va a beber o no?

-Sí, vamos.

Llegaron a un “garigolo” que servía de cantina; “el Sultán” llenó los vasos de vinillo.

-Esta ronda -dijo “el Señorito”- la pago yo. Traigo dinerito fresco.

Bebieron de un trago el vino.

-Pon más, “Sultán”. Esta a mi cuenta, a mi crédito.

Volvió a servirles de nuevo.

“La Churra”, con otras mujeres, se fue acercando. Al principio un poco tímidas, luego ya, descaradamente (⁹).

-Acercaros... princesas.

-Que “haiga” paz, -dijo “la Churra” que sabía conjugar el verbo “haigar” como nadie.

-Y vino, “Sultán”, dales también a ellas.

Les sirvió unos vasos que aceptaron encantadas.

-Oye tú, “Rompehuesos”, deja eso para luego que ahora estamos en sociedad dijo Paca, “la loca”, a un legionario que cogía por la mano a la Juana.

-Mira éste, un “morenito” -y “la Concha”, salerosa, se acercó a él.

Máximo le huyó, afectando un miedo que no tenía, y moviéndose jacarandosamente, vaso en mano, pitillo en boca y gorrito milagrosamente ladeado cantó:

*Hay ojos que cuando miran
los corazones destrozan.*

Ae, la chamelona.

Como les gustó el cantar improvisó otro:

*¿Qué pasa, que hay peligro
allá arribita en la loma?*

Ae, la chamelona.

Y otro añadió:

*Pues vamos los legionarios,
que somos buenas personas.*

Ae, la chamelona.

La canción, como si sonara la corneta, fue congregando a los legionarios. Pronto apareció un acordeón, y cogido el compás, fueron cantando letras distintas.

De momento, todos se olvidaron de sus penas. Se sentía una alegría tan retumbante y encendida que algunos oficiales se asomaron. El cubano, levantando el vaso de vino, cantó:

*Saludo a los oficiales,
que son muy buenas personas.*

Ae, la chamelona.

-Demonio del “morenito”, se las sabe todas.

* * *

⁹ Cada mujer de estas, sería para el legionario como su esposa de hace quince años, si se pudiera prescindir al hacer esta consideración, del trato que cada una de ellas tiene con los demás. Están hermanados. **Carlos Micó España, los Caballeros de la Legión**, Madrid. Sucesores de Rivadeneyra (S.A.). Paseo de San Vicente, 20. 1922

-Permita Dios que te mueras y nazcas acemilero -le decía un muchacho fuerte y colorado, Cándido Ponte, legionario de segunda, a un mulo, mirándole fijamente.

Lo trataba de igual a igual, insultándole. vociferando. El mulo, incómodo con su carga de cubas, coceaba cuando no se paraba en seco. El acemilero entonces tiraba de él y la bestia se quedaba quieta como una estatua y al menor ademán del legionario le enseñaba los dientes, se violentaba coceando y... ¡al aire cubas!

Era la tercera vez que lo hacía en el corto trayecto del campamento al pozo que servía de aguada.

-¡Mira que a bruto no me ganas!

Y le tiraba de las riendas. y el mulo, dolorido de boca, quería escapar.

-¡"Recaredo", quieto o te...!

"Recaredo", el mulo, seguía quieto, plantado. Al acemilero se le crisparon los puños y le golpeó en los ojos, en la boca... hasta donde le llegó la rabia.

Zunueta, desde lo alto de una loma, por la que llevaba su escuadra dando el servicio de protección a la aguada, le gritó:

-Anda, Ponte, quítale otra vez el baste y sepárate de la senda para que pasen los otros.

-¡Perro! ¡Canalla...! La cuarta vez que me lo haces. A la otra te mato y yo solito me llevo la carga.

Le decía esto el legionario, mientras conseguía separarle del camino. Recogió la cuba que le colgaba y la otra tirada en el camino. Luego le quitó el baste y, al fin, el sudadero.

Al verse el mulo libre de la carga se sacudió ufano y buscaba entre la gaba.

-¡Gandul! ¡Sinvergüenza! ¡Canalla!

Zunueta, desde lo alto, ordenaba:

-Tú, Solano, y tú, Manolito, quedaros con Ponte por si se retrasa.

Bajaron los dos, descolgaron los fusiles y ayudaron al acemilero, que le decía al mulo miles de palabrotas entre dientes y le echaba fuego con la mirada, en tanto pasaban las otras acémilas y los conductores le gastaban bromas.

Quedaron rezagados. Ya los primeros mulos abrevaban en los calderos, mientras un legionario sacaba agua y los otros iban llenando las cubas. La escuadra estaba muy adelantada. El cabo, a lo lejos, en el vértice de un cerro, perfilaba reciamente su silueta a los rayos del sol naciente, oteando el horizonte. Subiendo por un repecho andaba Cifuentes, "Nohabit", indiferente a todo, le seguía canturreando algo. Tan perfecta era la calma, que se percibía al vientecillo meciendo a la canción:

*Dans la chambre encare fatale
de l'encor fatale maison!...*

sólo quebrada por el grito de algún acemilero a su mulo. Y de pronto, un tiro, otro y otro. Después, el golpe de un hombre que caía y rodaba ladera abajo.

Manolito, inmediatamente, fusil en mano, corrió hacia la cumbre, buscando al enemigo. Solano, un poco aturdido, le siguió, pero al ver que rodaba Cifuentes se fue

hasta él. Sangraba por el pecho. Le abrió la camisa y con el paquete de cura individual le taponó la herida.

Inmediatamente llegó Sande, serenamente se arrodilló ante el herido; le tomó el pulso y pasándole la mano por la frente le decía:

-¡Animo, Cifuentes, no es nada!

Solano destapó la cantimplora y se la acercó al herido; éste abrió los ojos, volvió la cabeza y tuvo un gesto de dolor al decir:

-¡No quiero! ¡No quiero!

Hablaba con dificultad y respiraba con fatiga. La cosa parecía grave.

-Ahora armaremos la camilla y te llevaremos en seguida al campamento.

Volvieron a sonar algunos tiros lejanos. Los acemileros, también Ponte, ya habían efectuado la aguada y estaban a la expectativa de volver. Algunos, dejando sus mulos a los compañeros, andaban por los altos. También había llegado Máximo y quedó armada la camilla, cuando desde lo alto se oyó:

-¡Aquí! ¡Camilla!

Después, mirando al barranco, apareció “el Manolito”. Luego, imperativa, se oyó la voz del cabo.

-¡No hace falta! ¡No es nada! ¡Puedo yo solo!

Zunueta había sido herido en la frente y le manaba sangre abundante. Camisa y pantalones estaban manchados; hasta en las alpargatas llevaba sangre.

-¿Ha pasado algo por aquí?

-A Cifuentes también le han herido.

Corrió el cabo hasta él. Se reunieron todos junto al herido. Sólo “Nohabit” quedó en la cumbre. Zunueta, al verle plantado allí, le dijo:

-¡Eh, tu! Ven. Ya no haces falta. Esos tiran de donde no les vemos y se van; no esperan. Ya estarán muy tranquilos en su aduar.

Solano, confidencialmente, le dijo al cabo:

-Parece que lo de Cifuentes es grave.

Zunueta le miró con gesto despectivo. Solano, en aquel momento, lo comprendió todo. El debía de haber acudido como “el Manolito” al fuego. Lo decía el Credo: “La Legión, desde el hombre solo hasta la Legión entera, acudirá siempre a donde oiga fuego...” Pero el cabo no le hizo caso alguno y sólo atendía al herido.

-¿Qué te pasa, Cifuentes?

Cifuentes, mirándolo con los ojos vidriados, le dijo:

-Nada, Zunueta..., que me muero. Me han dado y bien; a modo.

-En seguida, al campamento. ¿Habéis acabado vosotros con la aguada?

-Sí, mi cabo. Ponte ahí viene, luchando con el mulo, como siempre.

-Pues en marcha.

Manolito se acercó al cabo:

-Zunueta, está herido.

-¡Sí, ya lo sé!

-En la frente.

-Espera, hombre, que te cure.

Mientras los otros empezaron a andar, “el Manolito” hizo sentar al cabo. Cuidadosamente, hasta con exquisitez, deshizo su paquete de cura individual. Le vendó y una vez acabado:

-¡Ea! ¡Ya está! Y qué fuerte eres, ni te has quejado. ¿Te he hecho daño?

-No; si curas como una enfermera.

“El Manolito” se sintió conmovido, se estremeció con cierto gozo extraño.

Se iban a marchar, cuando llegaba Ponte con su mulo.

-¡Anda...! ¡Perro!

-¡Eh, tú! Que el mulo cojea y tiene sangre.

Será alguna rozadura. Como todo es cocear y tirar la carga.

El acemilero, no obstante, se volvió a mirarle y al reconocerlo pasándole la mano por una pata y teñirsele de sangre, exclamó:

-¡Arrea! ¡Si me lo han herido!

-Habrá sido alguna bala de caída.

Inmediatamente Ponte le tiró la carga, luego el baste. Zunueta gritó:

-¡Eh!, vosotros, pararse que hay otro herido.

Se pararon hasta los de la camilla, que ya andaban lejos. Volvió “Nohabit”, que cargó con las cubas, mientras “el Manolito” lo hacia con el sudadero y el atalaje. Con Zunueta, sin darse cuenta, se adelantaron dejando atrás a Ponte y su mulo.

-¡Pobre mulito mío! ¡Y qué bruto soy...! ¡Ni notar que te habían herido!

El animal ahora, dolorido, sumiso, paciente y cojeando, seguía al conductor. En sus ojos redondos, negros y agrandados por el dolor, se reflejaba la luz rebrillante del sol al nacer.

Encorvado bajo el peso del baste, le miraba el legionario, y al verle aquellas luces en la mirada y, quizá recordando sus tristezas por la vida, le decía:

-¡Pobre mulito mío...! ¡“Recaredo”! ¡Si hasta llora! ¡Sólo le falta hablar...! ¡Y si hablaras, seguro estoy que serías mejor que muchas personas!

* * *

Hasta para curarse, hasta para morir sujeta la disciplina legionaria.

Llegados que fueron al campamento y dadas las novedades, Cifuentes pasó al botiquín, donde se le practicó la primera cura, calificando su estado de grave. Zunueta, por más que pidiera y hasta suplicó que le dejaran curarse en el campamento, recibió la orden de evacuación. Era un simple surco en la frente -de esas balas que besan-; pero ante el peligro de la infección, ¡aquel polvo del campamento!, tuvo que marchar al hospital.

Esperando estaban la ambulancia, una camioneta Lhoner, para conducirlos a la plaza. Zunueta se sentía triste, pesaroso. Cifuentes, cerrados los ojos, respiraba con mucha fatiga y apenas si hablaba.

Entró el teniente, al que saludaron, y acercándose al cabo, le dijo:

-He conseguido lo que querías. Cuando te cures volverás a tu escuadra; así lo ha ordenado el capitán.

-Gracias, mi teniente.

-No te preocupes; nuestros médicos son muy buenos y te curarán. Quedarás nuevo.

Salieron con el teniente los legionarios. Junto a Cifuentes sólo quedó el camillero Fernando Sande.

-¿Qué tal va eso? Animo, hombre, y rézale a Dios, que te salvará.

Al herido se le notaba fiebre y cansancio. La cara, fría, brillante; la nariz, por momentos, se le agudizaba. Parecía dormir, aunque de vez en cuando alzaba sus ojos turbios, que ya daban la sensación de mirar para adentro.

En la puerta se quedó Solano junto al cabo.

-Yo quería decirte, Zunueta...

-Dí lo que quieras.

-Que lo de esta mañana... ¿sabes? ...es que me aturdí. En vez de ir al fuego, al ver herido a Cifuentes, me quedé con él.

-Allá arriba no hacías maldita la falta. Ni siquiera vimos al enemigo; si hubieras subido, un blanco más.

-Pero es que yo te lo decía...

Se paró, tragó saliva, se le encendió el color de la cara; pero pudo continuar:

-Yo no tengo "dolor de garganta"...

-¿Quién se acuerda de eso? Fue una broma.

-No te niego -continuó sincero- que en los primeros días...

-Tú eres un valiente y ya lo probarás. Días nos quedan.

Se miraron los dos hombres. Algo había que les atraía a la amistad. Zunueta, rudo y valiente, se complacía en hablar con aquel muchacho fino, cultivado, "señorito". Solano, por su parte, admiraba la serenidad, la hombría, la oscura amargura que veía en el cabo.

-Es que yo vine aquí por...

-La Legión te hará valiente. Ya lo verás.

Por el centro del campamento venían el capitán médico, seguido del practicante, y detrás el cura. Entraron en la tienda; inyectaron algo a Cifuentes, que le reanimó.

Cuando salió el médico, le preguntaron:

-¿Qué tal, mi capitán?

-Mal, muy mal.

Era ya muy mediada la tarde y la ambulancia no llegaba. Cuando el cura salió de la tienda entraron todos y muchos más legionarios que venían a preguntar por el herido.

Cifuentes, inquieto, angustiado, alzaba de vez en cuando su brazo desnudo para mirarse el tatuaje. Sande se lo envolvía con la manta. Cifuentes le preguntó al cabo:

-¿Y lo tuyo, te duele?

-Eso no es nada -le contestó, alegre de ver que le hablaba.

-¿Te han herido muchas veces?

-La primera.

-La primera en la frente, no está mal... Como enseña la doctrina cristiana -añadió Sande.

-¿Por qué es eso? -preguntó ingenuamente el cabo.

-La primera en la frente, la primera cruz en la frente para santiguarse; en la frente, para que nos libre Dios de los malos pensamientos...

-¡Ah!, ya...

Zunueta se sintió avergonzado, y no porque ignorara aquello, sino porque había pensado que Cifuentes era demasiado “consentido”: Solano, un señoritingo cobarde: “el Manolito”, “muy fino”; García, un criminal; Ponte, más bruto que su mulo; “Nohabit”, un pretencioso; Solanes, un golfo; del mismo Sande... Desde su mundo elemental, infantil, primitivo, envidiaba a aquellos hombres, que ahora, de momento, y a través de sus defectos, veía mejores que él mismo. Ellos habían venido allí sencillamente, porque querían acabar con sus faltas, en tanto él, con su pobreza, como nunca había vivido ni gozado del mundo, quería ganarlo, y se veía perfecto. Ahora lo comprendía; se veía así, tontamente, porque no había pasado por la vida con sus vicios y dolores. Era un orgulloso ignorante, que no sabía nada y encima, despreciaba a todos. Era...

No pudo pensar más. La ambulancia había llegado. A Cifuentes le transportaron en la camilla. El cabo subió por sus propios pasos.

A una regular velocidad por los caminos de Marruecos les llevaba la ambulancia, cuando Cifuentes sacó su brazo. Zunueta le arropó.

-Déjame que lo vea... ¡mi niño!

Ya lo verás cuando te cures. Te darán un permiso de convalecencia y podrás verle. Y a tu mujer...

-Sé que no les volveré a ver. Me muero, Zunueta. No lo siento por mí: para eso he venido a la Legión. ¡Mi niño!

-Perdóname, si la otra noche...

-Tenías razón. La debí matar...: pero si la culpa sólo era mía...

-¿Le escribiste?

-No, pero tú lo harás. Sólo tú lo sabes. Ni siquiera Solanes.

-El “páter” le escribirá. El tiene la dirección. Algún día besarás a mi hijo: tú, tan hombre... Tú lo harás.

Zunueta callaba; se sentía abrumado. Miró a Cifuentes, y al verle en los ojos la visión perdida, comprendió que se moría.

-Si juramos no dejar ningún hombre en el campo, ¿Por qué dejar solo a mi hijo?... Solo y con mi mujer...

El cabo, agobiado, le respondió:

-Sí, lo haré; pero calla, te estás fatigando.

-Mi guitarra, ¿sabes?, también mi guitarra...

-Calla, no te fatigues.

Calló al fin. Pasados unos minutos, Zunueta sintió un vago temor, un recio escalofrío le corrió la espalda. Se acercó a Cifuentes, que ni siquiera abrió los ojos. Le quiso tomar el pulso ¿para qué?; no sabía cómo se tomaba. Le puso el oído sobre el pecho: respiraba. Muy lenta, muy trabajosamente, pero respiraba. Los labios iban tomándole un color violáceo, casi gris. De entre ellos salían unas palabras de fiebre, que no comprendía:

-Mi niño: dos estrellas, sus ojos... una: la boca... ¡Solanes... pincha estrellas... y con el vino se escapan...

Le pasó la mano por la frente: estaba fría y un sudor la bañaba. Era como grumoso y comunicaba su frialdad. Le cogió la mano y le parecía cada vez más helada. El tatuaje del niño, sin embargo, a medida que el brazo azuleaba, se presentaba más fijo, más claro, con más vida.

* * *

En tanto, la ambulancia corría, corría, cuando de pronto minoró la marcha al llegar a una población. Luego paró. Por lo visto, habían llegado.

-¿Cuántas camas hay que preparar? -dijo una voz.

-Dos -contestó otra desde la cabina.

Cuando abrieron la puerta del vehículo para sacar los heridos, Zunueta, pálido, con su cabeza vendada, levantado, en pie, rectificó bajando:

-¡Una sola! El otro era mejor legionario. No sabía morir en una cama.

III

CARNAVAL SIN ANTIFACES

*El Espíritu de amistad.
De juramento entre cada dos hombres.*

El hospital de sangre es un reino blanco, misterioso y suave; de algodones y éteres; de gasas que parecen cortadas de túnicas de enigmáticos ángeles que sonríen impasibles a la vida y a la muerte, mientras los doctores con batas blancas, como para un carnaval de espectros, bajo luces de inmóviles anunciaciones, se afanan en descubrir y arrancar a la carne doliente el secreto camino: la fuga incógnita del alma que huye.

Zunueta -Juan Zunueta Zalve, cabo legionario de la segunda Bandera-, aguantó sin estremecerse que le quitaran la venda, el algodón y la gasa y vieran su carne quemada, su frente rasgada porque así lo quiso una bala que despreció su existencia.

Resistió, con un sólo cerrar de ojos, apretándolos, el baño de alcohol; luego una minúscula lluvia fría y después unas punzadas. Algo así como si cosieran a otro y él sintiera; mejor, se figurara el dolor. Después no pudo apreciar nada más, porque una mano vino a posarse sobre la suya.

Era -¡tan fina!-, le parecía hecha de luz caliente. Nunca había sentido nada parecido. La apretó para que no se le escapase. Era como un pájaro tierno y cándido que buscara su nido. Movié la cabeza y abrió los ojos.

-Procure estar quieto; en seguida acabamos.

Pero el cabo, por el rabillo del ojo, pudo ver de quién era la mano. De una enfermera, que miraba sin inmutarse la operación.

-¡Ea, ya está!

Zunueta, impulsivo, quiso levantarse; pero la enfermera le dijo:

-Espere, hay que vendarle.

Y dejando la mano del legionario, le ciñó una larga tira blanca a la cabeza.

-Va a parecer un moro.

Abrió decididamente los ojos. Se vio rodeado de un capitán médico y sus ayudantes. La enfermera y una hermana de la caridad.

Que no tome nada; reposo y la antitetánica. ¿Dónde fue muchacho?

-Muy cerca del campamento.

-¿Muchos tiros?

-Pocos.

-Bueno ahora unos días de hospital...

Tímidamente, por ese agobio que da cambiar de un mundo a otro, por blanco y encantado que sea, se atrevió a preguntar:

-¿Cuántos, mi Capitán?

-Si no se infecta y todo va bien, unos quince.

-¡Quince días! -exclamó el cabo.

Pero nadie le hizo caso. La hermana y la enfermera le acompañaron a una gran sala en penumbra, donde se veían unas camas alineadas muy limpias, muy blancas, como surgidas de un sueño.

-Ésta es su cama. Acuéstese y ahora mismo vendremos a inyectarle.

Se fue desnudando con cierto rubor, dejando su ropa en una silla. Suave, oyó un ligero quejido. En la cama de al lado alguien dormía. La del otro costado, estaba vacía. Cuando se iba a meter en la cama, del fondo de la sala se dejó oír una voz:

-Escucha, tú, el nuevo, el que acaba de entrar. ¿Cómo te llamas?

-Juan Zunueta.

-¿De qué cuerpo?

-De la Legión.

-¿Te han dado bien?

-Nada, un rasguño sin importancia.

-¿Ha entrado alguien más?

-Otro, pero muerto; un legionario; Cifuentes se llamaba -dijo Zunueta, metiéndose en la cama.

Estaba blanda, esponjada. Le parecía haber entrado en una nube.

-¿Dónde ha sido?

-En la frente.

-No, hombre; ¿en que posición?

-Muy cerca del campamento, cuando la aguada, en...

De pronto Zunueta creyó ver visiones. Unos bultos negros, unos fantasmas salían de aquella semioscuridad y se le aproximaban. Se incorporó ligeramente.

-Yo también soy de la Legión. Estoy herido en el pié. Soy de la primera Bandera. Me llamo Carlos Piqueras dijo una de las sombras.

Zunueta respiró tranquilo. No eran visiones suyas.

-Yo también de la Legión. Richard Tarok, rumain.

-A ti ya te conozco, de Ceuta, de Dar-Riffien.

-¿Quién no conoce a Tarok?

Se acercó otro, cojeaba mucho y andaba apoyado en una muleta.

-Yo soy de la primera, "el Charte", y aún somos más. Hay uno de la tercera, está muy mal...

Rápidamente desaparecieron, se evaporaron. Zunueta se restregó los ojos. ¿Tendría mucha, muchísima fiebre? Pero no... Oyó pasos y después vio perfectamente cómo llegaban la hermana, la enfermera y un practicante.

-¿Qué tal se encuentra? -le preguntó la monja.

-Bien, muy bien.

Y al decírselo alargó las piernas.

Sentía una laxitud cálida y perezosa, que le descansaba.

-Le vamos a hacer un poco de daño. Un pinchacito.

Sin darle tiempo a nada, le cogieron el brazo, le levantaron la manga de la camisa y le inyectaron. El cabo tuvo cierto temor; pero la monja, hábil, le dijo:

-Valiente, ¿eh?

Zunueta sonrió, y con muchísimo ánimo contestó:

-¡De la Legión!

Cuando se fueron, volvieron los legionarios y rodearon la cama.

-¿Tú no has estado nunca en el hospital?

-No nunca. Es la primera vez.

-Pues ya verás. Se está... ¡la "karaba" de bien!

-¿Vosotros lleváis muchos días?

-Yo, tres; ya te acuerdas de mí... -dijo Piqueras-. Un mulo me pisó el pié.

-Yo, una semana. Un tiro en el hombro, sin consecuencias. "Le troisieme". El primero, en Francia, antes de la guerra, en la "poitrine". "C'est une historie...". El segundo, ya siendo "lieutenant" ..., cuando lo del Marne...

Le miraron todos un poco asombrados. Tarok se ufanó:

-Cualquier día os contaré la "histoire". Bien vale un tiro.

-Pues, chico, yo un tiro sin ninguna tontería de esas... Pero por poco me quedo sin mulo, sin carga y sin mí.

Iba a continuar "el Charte"; pero de pronto se oyeron pasos y desaparecieron en sus camas.

Venía ahora el doctor; se acercó a otra cama, a la del legionario que estaba grave. Apenas si estuvo unos momentos y luego salió acompañado de sus ayudantes.

Zunueta sentía un sopor agradable, una somnolencia que le bajaba de los párpados. Ligeras, oyó estas voces:

-Que descanses...

-Ya hablaremos...

-Hasta mañana...

Y de la cama de aquel legionario, un quejido hondo, repetido, penoso, como si se le secase la sangre.

Casi dormido, se sonrió Zunueta. La Legión -pensó- también estaba allí con su extremado compañerismo, su fantasía, su misterio y mirando de cara a la muerte. Al dar una vuelta, sintió aquella cama como suya, propia..., cuando apenas si se acordaba que nunca la tuvo...

Y el ángel rubio del hospital, de sueño y cloroformo, que velaba el de aquel legionario, sonreía pensando que, si aquella no era su cama, sí el paso casi obligado para que la sangre del combate se pierda o gane para la vida o el más allá.

Se despertó al compás de una voz que gritaba:

-¡El Presidente del Consejo, asesinado!"... ¡Don Eduardo Dato ⁽¹⁰⁾, muerto a tiros!"

El cabo abrió los ojos y vio la gran sala del hospital, toda blanca y llena de luz. La voz seguía:

-¡Don Eduardo Dato, asesinado!" "¡No se conoce la pista de los asesinos...!"

Después vio a Piqueras que salía corriendo. A Tarok, indiferente a todo. A "el Charte", que aún seguía en la cama. Algunos soldados andaban por la sala. Junto a la cama del legionario grave, un practicante y algunos curiosos.

El herido tenía los ojos abiertos, un sudor tenue le bañaba como un polvo de fina plata.

A los pocos momentos volvía Piqueras; traía un periódico en las manos, que devoraba con los ojos.

-No sé quién pueda ser. Pero... ¡qué atrevido y seguro ha sido el golpe! Bueno de veras, y sino anda en él Casanellas...

-¿Qué dices? -preguntó Zunueta.

-Nada, chico: la noticia del día. Han asesinado a Dato.

Zunueta calló. En realidad, él era un pobre ganapán y no sabía a punto de qué iba aquello.

Se acercó Tarok, y con su gangosería de voz le preguntó:

-¿Qué tal? ¿Cómo la noche?

-Muy bien, amigo...

Con la toalla al cuello y su muleta, se acercó "el Charte".

-¡Hola, muchachos! Me parece que el pobre Santos Ochández no pasa de hoy.

-¡Quién pudiera como él "mourir", descansar y no tener que vivir como "moi"! -dijo Tarok.

"El Charte" le miró con un gesto burlón y siguió a los lavabos.

-Vosotros no saber lo que es vivir como "moi"..., perseguido, "toujours" perseguido. Mi muerte, "peut-être", quizás, ¿no es así?.. puede estar en el desayuno que voy a tomar, en esta venda que me oprime...tengo que desconfiar de todo.

Calló porque llegaba otro legionario mirando a cada una de las camas.

-¡Pero si es "el Risita"! ¿Pero qué haces tú por aquí? ¿Te han dado?

-¡Qué val! Venía a verte. He bajado a Ceuta a hacer la compra para "la república" de los oficiales y me he enterado que estabas herido y lo del pobre Cifuentes. Y me dije, ¡vete a verlos.!

-¿Sabes que Cifuentes deja un drama: un hijo?

¹⁰ Eduardo Dato Iradier (1856-1911) Político español del partido conservador. Subsecretario de Gobernación, 1891; Ministro de la Gobernación. 1899; Presidente del Congreso en el gobierno de Maura. Al dimitir Maura de la jefatura del partido liberal conservador en 1909 a consecuencia de la Semana Trágica, Dato fue considerado como jefe de una facción del partido. De 1913 a 1915 presidió el gobierno y produjo definitivamente la división de los conservadores en mauristas y datistas. Mantuvo la neutralidad de España al declararse la Primera Guerra Mundial. De nuevo ocupó el poder en 1917 enfrentándose con el problema de las Juntas de Defensa, el de los parlamentarios y la huelga general de agosto. En 1918 fue ministro de Estado en el gobierno de concentración presidido por Maura. Formó gobierno en 1920. Durante este período se acentuó la crisis social. Fue asesinado el 8 de marzo de 1921

Hubo un silencio, y el cabo rompió a preguntar:

-¿Y de...? Bueno, te la dio con queso.

-¡Mira tú que a mí! Pero ella misma venía engañada.

Colbert, el franchute, el camillero de la primera, le dijo que era el capitán médico de la Legión. La ha hecho venir desde no sé dónde diciéndole que se iba a casar con ella... La pobre se lo creyó y aquí la tienes. Pero se defiende muy bien...

Y se hará muy rica.

El "Charte", a cojitrancas, con su muleta, entro diciendo

-¡Cada uno a su puesto! Ya viene el comandante médico a pasar revista.

Todos corrieron a sus camas. "El Risita" se quedó junto al cabo. Al pasar el médico, le saludó con su marcial desparpajo.

El comandante se fue deteniendo ante los heridos, observándolos, preguntándoles cómo habían pasado la noche, y luego les daba órdenes a los ayudantes. Al llegar ante Santos Ocháñez, le tomó el pulso. Todos los ojos de la sala se volvieron hacia el herido grave.

Rodearon la cama del herido cuantos acompañaban al doctor. Solícitos le atendían en todos los cuidados y sobrecogidos quedaron al oír la voz serena de aquel hombre, camino de la muerte:

-Sé que ha llegado el momento de despedirme; no, no me consuelen, lo sé; y me voy tranquilo a la otra vida.

Ante la verdad sincera de aquellas palabras, nadie se atrevió a añadir ni una sola.

Continuó el legionario:

-Ustedes me han tratado con cariño, me han cuidado hasta donde han podido y más. Yo soy rico. He venido de América ocultando mi personalidad. Mi verdadero nombre es Fausto Yancubé Gonzalvo. Tengo fincas, muchas fincas, en La Habana, y dinero hasta aquí mismo, en el Banco Hispano Marroquí.

-¡Qué tío! -dijo "el Risita" por lo bajo.

-A usted, señor doctor, le dejo medio millón de pesetas; a usted, sor, otro medio millón; a vosotros, practicantes, enfermeros y enfermeras, cien mil pesetas cada uno. El resto de mi dinero y las fincas, para la Cruz Roja. Oídllo todos, porque así quiero que se cumpla mi voluntad. Estos compañeros, estos caballeros legionarios, harán que así sea.

-¡Caramba! -dijo "el Risita"-. Ya podía habernos dejado algo de la "pedrea".

El médico arropó al herido, y en silencio, con sus acompañantes, en la boca una sonrisa, cruzaron la sala.

Cuando salieron, todos se acercaron al legionario que permanecía con los ojos cerrados, los labios abiertos al dolor y con una sonrisa que parecía burlarse de sí mismo.

-¡Gran hombre! -exclamó Tarok.

-Y a nosotros ni un mal recuerdo nos deja.

-A vosotros -dijo el moribundo-, eso: el recuerdo de mi testamento. Vosotros sois los depositarios de mi voluntad. Frente a la muerte hay que saber desprenderse de todo, menos de la sonrisa. Hay que esperarla sonriendo. Esta es la herencia que a vosotros os dejo, la verdadera, para que seáis lo que sois, lo que queréis ser...

Les impresionaron aquellas palabras, y “el Risita”, con los demás, se separaron de la cama. Al llegar a la de Zunueta, ya estaba levantado y vestido. Con Tarok y “el Risita” salió al jardín, y después le despidieron en la misma puerta del hospital.

Pasada la comida, después del reposo, el legionario americano entró en período agónico. A las ocho de la noche, la muerte estaba clavada en él.

Zunueta, sin saber por qué, se sentía risueño. Su apósito fue levantado y la herida iba mejorando. Sólo le pusieron sobre la frente, en vez de la venda, una gran tira de esparadrapo. Después de la cena, cuando ya se iba a acostar, a oscuras en la sala, se le acero Tarok.

-¿Que? ¿Salimos?

-¿Cómo vamos a salir? Está prohibido.

-Ceuta no está mal de noche. No es Constantinopla, ni París, ni Viena... Pero ¡bien vale una fuga! Hadú tiene reflejos de Busbir.

-¿Y si nos pillan?

-Lo más... mandarnos al campamento.

-Entonces, salimos: vamos...

-“Silence”, atención, calla y sígueme...

Tarok fue a su cama. La abrió y fue metiendo ropas y la almohada. Figuró un muñeco, al que tapó, diciéndole al cabo, al oído:

-Tarok duerme. ¡Si yo pudiera dormir así! Tarok sería “hereux”, dichoso... ¿no es así?.

Seguidamente volvieron a la cama de Zunueta, haciendo la misma operación. Al cabo le hizo mucha gracia verse dormido.

-Eres el mismo demonio.

-“Je suis...” Yo soy el mismo Tarok. ¿Más...?

Se acercaron a Piqueras. Dormía profundamente, y luego a “el Charte”, que se despertó.

-Oiga, escucha..., salimos. Cierra la ventana. Ya te llamaremos al “retourner”.

-Yo también me voy con vosotros.

-Tú no poder. Estar cojo. Ser como... la impedimenta. Tú delatarnos sin querer con la muleta. No poder saltar a tapia. Cuando puedas correr... -añadió burlón- y te mandarán al campamento.

Saltaron por la ventana. “El Charte” la cerró con todo cuidado. Quedaron en medio del jardín. Al llegar a la tapia, Tarok se agachó y le ofreció la espalda:

-¡“Allo”! ¡“Vite”! Arriba, a la pared. Que no te vean.

Zunueta saltó sobre la espalda del legionario, alcanzó la tapia, sobre ella se puso a horcajadas. Indeciso, no sabía qué hacer.

-Las manos, “vit”, las manos...

Se las dió. Tarok gateó y ganó la pared. Se descolgaron al otro lado.

-¡“Ca est”! ¿Ves qué fácil?... Y Ceuta nuestra por toda la noche. Así no me siguen: Tarok duerme. Sólo así Tarok puede estar seguro. Me persiguen siempre, siempre... Es ella. Me quiere y me odia... Algún día te contaré. Yo no soy Tarok: me llamo Boulewski...

Zunueta, llevado por el legionario entre callejas estrechas, sin apenas luz, se creía otro y se dejaba guiar por las alas de la noche. Parecía soñada y cantada a lo lejos por el mentir de las estrellas.

* * *

En el oscuro rincón del cafetín, Tarok o Boulewski, ya un poco alegre de coñac, miraba fijamente a cuantos entraban.

-Bajo esa chilaba, quizás...

-¿Qué dices?

-Posiblemente, bajo esa chilaba, esté el hombre, el asesino, el que me busca a mí, ¡a mí!

El cabo, ingenuo, más confidencial y abierto por el alcohol, le dijo:

-Si es algo secreto, que no debo oír, yo me voy.

-Todo lo contrario, "mon camarade". Si me buscan es para matarme.

El cabo le miró sorprendido, mientras Tarok o Boulewski, con el dedo meñique, elegantemente, sacudía la ceniza del cigarrillo. Boulewski es un nombre que tuve que borrar por lo de Sarajevo ⁽¹⁾.

Ante los nombres tan raros, Zunueta se fijó en él. Era un hombre rubio, alto, de ojos azules muy vivos, casi llameantes; cara achatada, pómulos salientes; su boca dejaba ver una dentadura potente. Las manos muy finas. El uniforme le sentaba a las mil maravillas. Algo atraía en su mirada. Y a pesar de su robustez y fortaleza, gravitaba sobre él esa picardía de niño bueno.

-¿Tú conocer los Dardanelos?

Zunueta, tímido, en su ignorancia, sólo pudo decir:

-¿Los Dardanelos...?

Y pensó si serían aquel padre y su hijo que se juntaron en la Legión.

Pero, en ese preciso instante, el salón quedó en una semioscuridad. Se encendieron las candilejas de un pequeño tablado y un piano, acompañado de un aullante violín, atacó una melodía.

Zunueta distinguió perfectamente cómo su compañero se llevaba la mano a un puñal escondido y observó cómo miraba a las mesas, a los soldados, a los legionarios, a los moros y a las mujeres; hasta las que iban sirviendo de mesa en mesa.

Dejó de observar porque todas sus miradas se centraron sobre el tabladillo, donde una mujer, vestida con un traje que brillaba mucho, cuajado de lentejuelas y aplicaciones, con dengues de finura cantaba:

¹¹ Sarajevo. Ciudad de Yugoslavia. antigua capital de la República de Bosnia y Herzegovina. Formó parte del imperio austro-húngaro hasta después de la Primera Guerra Mundial. En ella fueron asesinados el archiduque Francisco Fernando de Austria y su esposa el 28 de junio de 1914. El asesinato provocó la iniciación de la citada guerra.

*“Porque me gusta bailar
y mi novio se enteró
cuando yo me iba a casar,
el infame me dejó.
¿Ay! ¿Ay! ¡Ay! ¡Ay!...*

Y a las risas y los gritos del estribillo el cafetín se conmovía. Gustó mucho la canción, más por el desenfado con que cantó, y todos aplaudieron a rabiar.

Tarok o Boulewski prosiguió impasible:

-Yo no soy “rumain”, sino sardo, y vivía en Bulair, al fondo del golfo de Saros.
¿Por qué vivía en Bulair?

Zunueta abrió los ojos, negros de tan azules; pero nada contestó.

Por el fondo de la sala, entre las mesas, andaba la mujer que cantó el “couplet” y era guapa, pero que muy guapa. Llevaba la cintura por la cadera, el busto muy ablusado y sus brazos tan blancos y tan al aire parecían dos chorros de luz.

-Vivía en Bulair porque yo fui quien construyó los fuertes de los Dardanelos. Entonces me llamaba Bonissa. Suvla, Seddul, Bahr y muchos más se deben a mis planos. Pero ella me engañó en la información. Ella, Marissa, que ahora me persigue y yo la salvé. Por ella no se pudo ganar la operación de desembarco del año 15.

El cabo casi no le prestaba atención. Su mirada estaba prendida de la mujer que cantó. Pero Boulewski o Bonissa seguía imperturbable:

-¡Pero qué buena Marissa! Cuando lo de Rumania me salvó. Me llamé desde entonces Milkowitchs, Anton Milkowitchs Horty, y entonces, mira...

Zunueta se fijó en el cuello que le enseñaba Bonissa o Milkowitchs, y la vio cruzado de cicatrices, parecían de cuchilladas, y quedó sorprendido.

-Esta es una operación que me hicieron para cambiarme la cara. ¡“Parbleau”! Los alemanes llegaban y, Marissa, con sus artes diabólicas, me hizo alemán. Me llamé Hermann Maak y juntos pudimos salir de Rumania, y tras muchas peripecias “llegamos” a París. Pasando hasta los frentes, ganando los momentos, por avión...

El del piano arremetió contra una java.

Si Zunueta hubiese sabido bailar sacaría a la chica que cantó, ¡qué mirada la suya!, y no a la camarera que, acercándose, les dijo:

-¿Pero vosotros sois de la Legión? ¡Vaya un par de pavisosos!

-Tráete más coñac y una copa para ti.

Diligente, entre las parejas cruzó la camarera hasta el mostrador. El humo ya era tan espeso que podía ser niebla de las almas. La animación había crecido tanto que parecía feroz, agresiva. Al piano no se le oía, se le presentía al bailar de las parejas.

-Marissa, ¿me oyes?, es una hermosa mujer. Me traicionó al principio, pero se enamoró de mí... Desde lo de Rumania me llevó de su mano; le pertenecía; pero cuando descubrí su ficha H.W.42, me quiso matar.

Volvió la camarera y se sentó junto al cabo; después de servir las copas, preguntó:

-¿Y tú “monsiú”...? ¿No sabes bailar?

-¡Bailar! Así fue mi primera herida, desde entonces...

-Vamos, hombre; no cuentes cosas tristes...

Se interrumpió. O el del piano había acabado con la pieza o algo raro pasaba entre los que bailaban. Las parejas se desordenaron y no precisamente a un ritmo musical. De pronto, algunas mujeres salieron corriendo, gritando.

Los dos legionarios se levantaron y fueron derechos al tumulto.

Zunueta y otro sargento que apareció querían imponer su autoridad, aunque nada conseguían. Por fin los separaron.

-Vamos a ver si somos caballeros -dijo el sargento.

-A las tres de la mañana ya no hay caballeros...

Como relámpagos empezaron las bofetadas. La mujer vino a caer en brazos del cabo. La recogió junto con una sonora bofetada. Se disponía a devolverla cuando oyó:

-¡La vigilancia!

Todos a una corrieron a separar a dos legionarios que, enzarzados, rodaban por el suelo tirando mesas, botellas y vasos entre gritos de mujeres y de la clientela que corría de un lado para otro.

Zunueta, sin saber cómo, se vio en una calle estrecha. Lo había sacado Milkovitchs o Maak. El cabo protestaba:

-Esa mujer, esa mujer

-No preocuparte. Las mujeres siempre saben ganar. No le pasará nada. A ellos... veraneo en el Hacho, ¿no? ¡La vigilancia! Para andar por aquí, como decir vosotros en el campo: "saber manera"...

-Y es guapa, ¿eh?

-¡Oh si haber visto Marissa! Acabada la guerra vivir con ella, pero un día la dejé... Desde entonces me persigue siempre, siempre... Todos los agentes secretos vienen tras de mí.

Se volvió a mirar por si alguien los seguía. Se apoyó en Zunueta y continuó confidencial:

-Es su venganza. Porque me quiere aún. Siempre, siempre... ¿comprendes? Todos mis papeles están en manos de los agentes. Por ella traicioné a los míos y a los suyos. Un día, silenciosamente, me matarán. Tú sólo sabes mi vida, este secreto que... "Mistere"...

Zunueta, con tantas emociones encontradas, tanto hablar aquel dichoso legionario, ya no se acordaba de lo que le había contado, ni siquiera de los nombres... ¡Eran tantos, y tan difíciles y, luego, con aquel chapurreado!

La noche oscura y silenciosa les ocultaba entre las sombras. El cabo preguntó:

-Oye tú, ¿y dónde vamos ahora?

Se sonrió el rumano o lo que fuera y como se llamase, y dijo:

-A ver a las Hijas del Islam.

Respiró el cabo, porque aquello lo conocía él muy bien de cuando estuvo en Ceuta. Casi se orientó en la noche. Al llegar a una revuelta, entre luz y sombras, en las que la luna parecía jugar al escondite, entraron en una casa.

Les recibió una vieja mora, Jadduya, rifeña, los ojos ribeteados de rojo, casi en carne viva. Les miró bien, les hizo sentar.

De lejos venía una música de guitarra. Milkovitchs o Maak, en fin, Tarok, se levantó para ver quién andaba por allí.

-¡Oh, no: eso, no! -le dijo Jadduya deteniéndole.

Tarok se sonrió diciendo:

-¡Oh, esto ser igual en todos los países! Secreto profesional. Sin embargo, por ahí puede llegar la muerte... y desde allí... -y señaló un ventano bajo con su celosía entreabierta que parecía cerner las estrellas.

Zunueta, impaciente, desapareció.

Un silencio completo se apoderó de la casa. La noche africana, con toda su sangre caliente que le venía del desierto, se hacía impenetrable. Nada la alteraba, cuando, de pronto, se oyó estentóreo:

-¡"A mí la Legión"!

El cabo, desde donde estaba, rápido como una centella, se dirigió hacia donde partía el grito. Bajó las escaleras de tres en tres. La voz era la de Tarok. La casa fue un alboroto. Fueron apareciendo legionarios, algunos se reconocieron, tan sólo porque llevaban tatuado el emblema.

Cuando llegaron junto a Tarok lo encontraron tendido en la colchoneta y sin conocimiento. Su puñal y cartera por el suelo, la venda que llevaba en la herida del hombro sangraba. El ventano estaba de par en par.

-¿Qué ha pasado? ¿le han matado?

-¡Allah!... ¡Allah! -exclamaba tras la cortina la vieja Jadduya.

-¡"Par le fenétre"! ¡"Par le fenétre"!... -y dándose cuenta que no le entendían, señalando la ventana-. Por aquí..., por ventano..., una mano... querer ahogarme. Al defenderme mover brazo. El dolor... y ya no saber más.

Zunueta saltó por la ventana seguido de otro legionario casi desnudo.

-Oye tú, que soy yo.

-¡Anda, "el Risita"!... ¿Pero qué hacías tú por aquí?

-Toma lo que tú.

Se orientaron en la oscuridad de la calle. No se veía a nadie. Cuando sus ojos se acomodaron a la oscuridad, vieron a lo lejos una sombra que se perdía. Corrieron hacia ella. Era un pobre de pedir. Apenas si podía andar con su muleta.

-Tú, ¿quién eres? ¿Moro o cristiano?

-Una limosnita por el amor de Dios...

-¿No has visto a nadie por aquí?

-No, a nadie...

-¿A nadie?

Bernárdez, "el Risita", lo zarandeo.

-Tu eres un ladrón; un ratero... Has metido la mano por la ventana para robar a un legionario, y cuando nos has visto bajar, muleta al hombro, has corrido hasta aquí...

-Yo salgo ahora a pedir, a la iglesia, a la primera misa...

"El Risita" iba a pegarle. Zunueta se interpuso:

-Déjalo; puede que estés equivocado; a ese... Tarok o como se llame, le persiguen.

Lo dejaron volviendo sobre sus pasos, y ya a cierta distancia oyeron cómo un hombre corría. Miraron. y era el cojo, el pobre de pedir que les dejaba sin pista.

-¿Ves? ¿Qué Tarok ni qué camelancias? Si era un ladrón, un ladrón. ¡Si los conoceré yo! y ese "capitain rumain", buen pájaro debe ser cuando se creyó que lo iban a matar...

Llegaron a la casa de Jadduya. Tarok sonreía como un héroe legendario entre las moras, que, solícitas, le atendían y algunos legionarios le escuchaban. Cuando entraban Zunueta y Bernárdez, Tarok se llamaba de otra manera muy distinta. El mismo lo decía:
-Aquello ser en Arizona, yo llamarme entonces Buck Stevens...

* * *

-¡Uno menos!

-¡Tan hombre! -dijo Tarok desde la cama, pues las andanzas de la noche anterior le habían abierto la herida.

-¡Ya podía habernos dejado algo!

-Mira que con tanto dinero y venir a “casar” aquí desde La Habana. Si yo lo hubiera tenido... -decía “el Charte”.

A Piqueras se le notaba preocupado y a todos tristes. Era la cama de aquel legionario millonario. Ya estaba vacía. Sus hierros pintados de blanco y su limpia colcha la hacían como un fantasma de ella misma. Otro vendría, doliente y herido, pero entonces la cama, ¡qué contraste!, tendría vida para continuar su historial.

-Aún no se sabe nada.

-Nada... ¿de qué?

-De lo de Dato.

-¡Ah! -exclamó Zunueta.

-Ha sido un gran golpe. ¡Bueno de veras! Iba en su coche y en la Puerta de Alcalá lo han claveteado. Mira la fotografía.

Piqueras le enseñó el diario. Con desgana lo miró Zunueta.

Creo que era un gran hombre.

Como Tarok ya dormía, se separaron de la cama. Piqueras y “el Charte”, con el bastón y la muleta, siguieron a Zunueta. Se cruzaron con un enfermero, Paco, al que le dijo “el Charte”:

-Mañana a cobrar, ¿eh? De esos no caen todos los días.

El enfermero se sonrió frotándose las manos.

-Todos los pillos tienen suerte.

Paco siguió a sus menesteres y los legionarios hasta la cama del cabo, sobre la que se sentaron.

-Bueno, ¿y qué tal anoche?

-Eso..., con lo del millonario no nos habéis contado nada. El Tarok ese ha llegado hecho polvo.

-Lo quisieron matar o robar, yo qué sé...

-No te lo creas. Yo le tomo el pelo... -decía “el Charte”.

-Embustero ya lo es.

-Algo extraño debió pasar. Gritó: “A mí la Legión”.

-Pues para que grite... lo que sea, ya necesita. Porque si es trolero, valiente lo es un rato. Si gritó... casi me creo que..., anda, cuenta.

Zunueta contó lo ocurrido, y a demás según decía el mismo Raissuni le había mandado agentes, porque Tarok, en secreto, ¡por favor!, él era tan importante o más para Europa que el problema español de Marruecos.

Mira, no hagas caso. Yo los primeros días me lo creí todo y ahora le hago rabiar. Así me vengo. Tomadura de pelo por corte al rape -decía “el Charte”-. Lo de anoche...

-¿Te contó la historia de las minas?

-No.

-Cuando era millonario en la Costa Azul?

-No.

-¿Naviero de Londres?

-Tampoco...

-Ese va a tener más repertorio que la Guerrero? ⁽¹²⁾ Entonces.. qué te contó? -dijo Piqueras, al fin, sonriendo.

-Cuando era espía en los Dardanelos y le cambiaron la cara en Rumania... ¡Con unos nombrajos!

-¡Luego dicen de los andaluces! Eso de anoche es nuevo, ¡Que tío!

-Pero intentaron quitarle la cartera y ¿quién sabe?... Esa es la “fetén”.

-Y de valiente es un jabato.

Interrumpieron la charla. Llamaban a cenar. En el cielo aparecieron las primeras estrellas.

Cuando acabada la cena volvieron a la sala, Tarok seguía durmiendo.

-¿Vas a salir, Zunueta? -preguntó “el Charte”.

-No, estoy cansado.

“El Charte” se metió en la cama y Piqueras y el cabo se sentaron a los pies de la misma.

-Ahora mi familia, allá en Yurre, estará a la lumbre de la cocina rezando. Quizás preparando el viaje... ¡La vieja ya estará contenta!

-¿Contenta de que estés en la Legión? -replicó extrañado Piqueras.

-Contenta porque se creará que tengo negocios y gano dinero. Le mandé la prima de enganche y se podrá operar. Sus ojos se quedaban sin vista. Cataratas, ¿sabéis?

-¿Y por qué no le has dicho que estabas aquí, que ese dinero era de la prima?

-Hubiese sido peor el remedio que la enfermedad. ¡En la Legión!... Y vine por ella, por mi madre, por sus ojos. No tenía de dónde sacar el dinero y cuando leí lo de la prima en el cartel, me dije: “Charte”, majo, a la Legión. Y aquí estoy.

“Yo le he dicho que tengo negocios aquí, que gano mucho dinero, que gaste todo lo que quiera, que... Allí, en la Bandera, me escribía Caverro... ¡Como yo no tengo muchas letras!

-Si quieres, yo te escribo -dijo Piqueras.

¹² Frase tópica de aquellos tiempos. María Guerrero (1868-1928). Actriz española de fama mundial. Sus grandes éxitos: La de San Quintín de Galdós; La Dolores Feliú y Codina; La Malquerida, Benavente; Mancha que limpia, Echegaray; En Flandes se ha puesto el sol, Marquina... Revalorizó el teatro clásico español. Actuó en París con Coquelin y Sara Bernhardt. Fue primera actriz de los teatros de la Comedia, Español y de la Princesa de Madrid. Triunfó en toda América y contribuyó a edificar el Teatro Cervantes de Buenos Aires.

-¿Tú sabrás?

-Pues claro...

Rápidamente, de una mesilla trajo papel y pluma, tintero y sobre. Se sentó en una silla, dispuesto a escribir en la mesilla de noche, y dijo, como retándole:

-Aada, dime.

-Querida madre...

El cabo les miraba arrobado. “El Charte”, tierno y sumiso, iba desgranando suavemente sus palabras como si fueran una oración.

-He tenido mucha suerte. Tengo ya un gran almacén de... ¡eso es!, de vinos, mi nombre es una garantía para los bancos y...

Piqueras, catalán o valenciano, hasta había perdido su sonrisa de medio lado, pero graciosamente levantó la cabeza para decirle:

-Oye, tú, que vas muy de prisa.

Y como “el Charte” se parara un ratito, añadió:

-Digo de prisa en el negocio, no en el dictado. Al paso que vas eres el rey del vino.

-¿Y de despedida? ¿Qué le ponemos?

-¿De despedida”... Que si los negocios siguen así, para fin de año, me compraré un automóvil y...

-¡Eso!... iré a verla. Y ella ¡Podrá mirarlo! ¡Verlo! Iremos a Bilbao y...

-Bueno, ya está. La firma.

-Si firmo con mi garabato...

-Mira, la firmo yo, por poder; como si fuera tu secretario.

-¡Eso! ¡Eso! -exclamaba “el Charte”, ilusionado-. ¡Tú, mi secretario!

-Pues ya está. ¿Te la leo?

El bilbaíno, con un gesto de niño, dijo que sí con la cabeza. A medida que oía a Piqueras, se le iban nublando los ojos. Sin darse cuenta reclinó su cabeza en la almohada. Cuando acabó la carta dijo:

-Eres un artista. ¡Qué bien está! Sobre todo eso que has añadido. Has acertado con lo que yo le quería decir: “No obstante el mucho dinero que gano, sigo pensando en ti. madre; en tus ojos... Volverán a tener vista. Sólo por ellos no me pesan ni mis desvelos ni mis trabajos...”.

Zunueta y Paco, el enfermero, lo miraban en su alegría cuando cogió la carta y la miró embelesado. Y, metiéndola en su sobre, la guardó debajo de la almohada.

-Gracias, Piqueras, majo.

El cabo se levantó para irse a su cama pensando que él no tenía a quién escribir. Una tía, una hermana de su madre, con la que nunca había tenido trato, en Salamanca vivía, era casi lo único que le quedaba.

-Vaya, Piqueras, si alguna vez tengo que escribir una carta de postín, ya te buscaré. Redactas muy bien.

-Disparo mejor.

Piqueras se había levantado y se iba a su cama. Buscó apoyo en Zunueta.

-Hasta mañana “Charte”.

Pero el legionario no le oyó. Apoyaba su cabeza en la almohada guardaba la carta. Era como un sueño despierto. ¡Sus vinos! ¡Su automóvil...!

-A disparar, -le decía el cabo a Piqueras, al dejarlo junto a su cama- te gano. Soy tirador distinguido, selecto; el que más premios se ha llevado..

-Yo me refiero a otra clase de tiro... Desde las esquinas, con la pistola. En ese solo me gana a mi el que ha tumbado a Dato.

* * *

Cuando al mediodía, después de pasar revista el comandante, quedó de guardia Paco el enfermero, "el Charte", le dijo:

- Bueno, ya convidarás.

El enfermero tuvo muy mal gesto. Le miró con desprecio.

-No me vas a decir que sientes tanto su muerte...

-Vivo debía estar que lo...

-¿Que lo qué? -preguntó chulón Piqueras.

-Hombre, que no hay derecho. Tanto hablar de sus millones a la hora de la verdad, a la hora de la muerte, y resulta que no tenía ni una perra. ¡Todo fantasía! En el banco no sabían nada, y todos se han reído.

Se sorprendieron. Tarok el que más. Intrigados, se acercaron al enfermero.

-Pero, ¿qué dices?

-Que nos ha engañado! ¡Que no tenía ni un centimillo chico! ¡Fantasía moruna!

-Legionario bueno, de la mejor ley.

"El Charte", volviéndose a Tarok, le dijo:

-Ya ves, este te ha ganado. ¡Para que te empapes!

-¡Gran hombre, ya lo dije! ¡Magnífica herencia! ¡Buen humor!

En enfermero los miraba con gesto adusto y los legionarios se reían cada vez más, hasta el punto que Paco, contagiado, también se echó a reír.

-¡Qué se le va a hacer! Seguiré siendo enfermero.

Esta quizá, iba a ser la verdad, la única verdad entre todas las palabras que se cruzaban en aquella sala. Tarok, aun a pesar de aquel "A mí la legión", era un caso: el "Charte", un negociante de vinos; Piqueras, ¿qué enigma tenía que sólo se le escapaban algunas palabras y luego volvía a un mutismo inquietante?

Mas los días con su paso aún trajeron algo más realmente legionario. Dejó boquiabierto a Ceuta y casi a España.

Había ingresado en el hospital un "morenito" de Jamaica que no decía ni palabra y, a su lado se movían una serie de personajes, cónsules y periodistas, los que según decían, habían oído:

-¿Ha reposado su alteza?

-Le traigo recuerdos de su abuelita la emperatriz.

-La Embajada francesa se siente agobiada por tanto honor.

La gente se interesaba, preguntaban vivamente por aquél personaje al que los legionarios llamaban familiarmente "Michelín". Según contaban, en una penosa marcha

de castigo, iba de acemilero por haber perdido el cerrojo de su fusil. Rebelándose íntimamente con su nuevo destino se le escapó esta queja:

- "¡Si la emperatriz viese a su nieto!"

Interrogado, vino a decir:

- "Por la muerte de mi padre, el príncipe de Kenya, soy el heredero directo del trono de Abisinia. Pero mi abuela, la emperatriz Zadultu, ignora la muerte de mi padre y mi existencia".

Esto era, en definitiva, lo que se sabía. Pero ya toda Ceuta decía que en el Hospital Central estaba Menelik III, emperador de Etiopía. Que iba a venir un barco de Estados Unidos para cumplimentarle. Que el propio rey de España le había escrito... ¡tuteándole!

Mas nada de cierto se podía saber, aunque los periodistas no abandonaban el tema. "Michelin" estaba en una habitación aparte, solo, y esto sí que se sabía: estaba enfermo.

Cuando un día ingresaron dos legionarios heridos de su Bandera, las cosas se pusieron más en claro. El "morenito", según decían, era hijo del príncipe de Kenya, hijo a su vez de Su Majestad Imperial el Negus Menelik II de Etiopía. Invitado el príncipe de Kenya por lord Kitchener, ministro de Inglaterra, de Abisinia, vino a Europa. De aquí pasó a América y, abandonando todo lo que tenía de majestad y de abisinio, se convirtió en súbdito americano, rompiendo las relaciones paternas para contraer matrimonio con una linda muchacha de Nueva Orleans. La Imperial familia reinante en Abisinia le abandonó completamente, dejándole a su propia suerte.

Perdido en las grandes ciudades de América del Norte, sin dejar rastro en ellas, un buen día apareció en el Uruguay, en calidad de cónsul inglés. Un niño habido del matrimonio le dejaron para educarle en un colegio de Boston, y la madre, también otro día, dejó al esposo para fugarse con un blanco. Un terremoto causo la muerte del príncipe, del que ya nada más se supo, y la viuda, que entonces se casó en segundas nupcias, marchó a Filipinas con su nuevo marido.

Sherwington Harlesson, súbdito norteamericano, negro mate de pelo muy rizado, de gesto bobalicón y ojos muy expresivos, decía ser aquel pequeño...

- "¿Et pourquoi non?" ¿Por qué no ha de ser así? -exclamaba Tarok indignado.

-Esta tarde subimos a verle y que nos cuente...

-¿Y cómo llegó a la Legión?

-Según dicen, le ha escrito a la emperatriz y ha contestado con una serie de preguntas para saber si realmente es su nieto.

-Cualquier día vendrá la Escuadra a rendirle honores, ya lo dicen los papeles...

-¿Pero cómo vino a parar a la Legión?

Uno de los legionarios recién llegado lo explicó detenidamente. Iba ya camino de Abisinia, protegido por un pastor protestante, pero en la travesía se enamoró de una mujer con cierto escándalo en el barco. El pastor, avergonzado, le dejó correr su propia aventura, y fracasado en sus amores, en La Coruña vio un cartel de la Legión...

-Y lo que pasa... -acabó el legionario.

-A todo hay quien gane, Tarok.

-Ese es tan príncipe o emperador como yo rico -dijo el enfermero.

-Pues parece que tiene en su poder un papel del director del colegio de Boston que confirma que lo es y un acta de su madre. Poco antes de morir reveló el secreto.

-Si no lo veo, pero sentadito en su trono, no me lo creo -insistía el enfermero.

-”¿Et pourquoi?” ¿Por qué no creerlo? Aquí me tienes a mí, “capitain rumain”, y soy...

-Ni tú mismo lo sabes -decía riendo “el Charte”.

-Bueno, bueno...

-El de arriba, un príncipe negro... como tú exportador de vinos. ¿Y Piqueras no es un peligroso anarquista que escribe esas bonitas cartas a tu madre? Y Zunueta, ¿qué es Zunueta?

-¡Cállate tú, que eres riquísimo y, sin embargo, sigues de enfermero...!

-¡Bueno va...!

Se rieron todos como en un carnaval sin antifaces, burlándose de ellos mismos, soñando sus propias personalidades, inventándose unas vidas que calmaran las suyas propias, rotas, deshechas... Así nació la personalidad, el individualismo de los legionarios, que iba cifrando el de la Legión. Legión, al fin, soñar una quimera que busca la lucha, la muerte; porque la realidad ha hecho jirones el corazón.

-¿Y cuándo lo podremos ver?

-”¡Ça est!” Si yo hablar con él, me nombrará primer ministro -dijo Tarok, levantando sus ojos, soñando, ¡Mi suerte y la de...! (13)

Casi no pudo acabar la frase. Las campanas avisaba violentamente. Ya se sabía. Llegaban heridos. Paco, el enfermero, corrió hacia la puerta, regresando a los pocos momentos con otro enfermero y llevando una camilla. Al entrar en la sala, dirigiéndose a los Legionarios, les decía en voz alta:

-¡Más emperadores, más príncipes, más millonarios, más ministros, más...!

-¿Pero qué dice ése? ¿Se ha vuelto loco?

-¡Que han entrado más legionarios!

Zunueta corrió a la puerta. Se encontró con algunos en la sala de cura. Eran de la tercera Bandera. Había sido fuertemente agredida en la protección de un convoy desde el aduar de Beni-Amram, y se entabló una seria pelea.

-¡El Alto Mando nos ha felicitado!- decían los legionarios, sin pensar en sus heridas.

Llegaron luego Piqueras, Tarok, “el Charte” y algunos más. Impacientes, salieron a recibirles a la misma puerta. Con todos hablaban, se reían y abrazaban.

¹³ “Michelin” fue licenciado como inútil, pero la fama de su historia sigue creciendo y se dice por Ceuta que va a llegar la escuadra inglesa... unos *destroyers* que en maniobras se acercan al puerto para rendirle honores. Después, cuando llega al puerto de Algeciras como las damas de la Cruz Roja le instalan en un confortable automóvil al verle marchar apoyado en sus muletas la noticia corrió diciendo que “las damas de la reina le habían ido a esperar para cuidarle, ya que había sido herido luchando por España”... y, de pronto, desaparece esta figura en la que hemos de admirar siempre algo: su historia si era cierta, o su imaginación poderosa, imaginación legionaria, en caso contrario. Nada mas, ha vuelto a saberse de “Michelin”. **Coronel Mateo. La legión que vive...**, Imprenta Africa. Ceuta, 1932.

Sacaron de la ambulancia algunos heridos a los que preguntaban. Después otros de los que no recibieron contestación. Solemnes, se quitaron los gorros y firmes, impassibles, los vieron pasar.

El enfermero, al cargar con otra camilla, y al pasar junto a los legionarios, se sonrió diciéndoles:

-Estos ya no pueden nombrarme heredero...

Pero el capitán médico, que andaba por allí y lo oyó, vino a decir:

-¿Y qué mejor herencia para Marruecos que ésta, tan verdadera del Tercio de Extranjeros y de España...?

IV LA DANZA DE LAS BALAS

***El Espíritu de unión y socorro.
A la voz de “A mi la Legión”, sea donde sea,
acudirán todos y con razón o sin ella,
defenderán al legionario que pida auxilio.***

A pesar de las charlas entretenidas; de la baraja y sus juegos; de aquellos diarios que hablaban del mundo: la Raquel triunfante en “El Relicario”, la Fábregas en “Zazá”, la muerte de la marquesa de Fernán Núñez, encontrar la pista de los asesinos de Dato, las soflamas o el chismorreo de las Cortes... No obstante aquella cama tan blanda y blanca y la comida en mesa y a servilleta, y aquellas noches de Ceuta, mecida su cintura estrecha de istmo por las orillas del mar; los bailes, la música, las canciones, las mujeres; las moras, con su encanto áspero para el amor... Zunueta se sintió como libre al darle el alta.

Pasó por la representación y de allí al tren, a Dar-Riffien. Le acompañaba Piqueras, también dado de alta el mismo día.

La mañana era espléndida, de un sol brillante. Parecía quemar el mar. El cabo miraba indiferente, mientras Piqueras tiró con hastío el periódico. Un moro, sentado al lado lo recogió inmediatamente y, arrugado como estaba, lo guardó rápido. Algunos nuevos afiliados a la Legión conducidos por otro cabo, les miraban con alguna envidia y también con ganas de demostrar “quiénes eran”.

Observaba Zunueta a Piqueras. Era muy moreno, un “peludo”, de frente potente muy despejada. Alguna cana prematura le brillaba en las sienas. Las manos finas, nerviosas. En las comisuras de la boca se le notaban unas arrugas. Parecían sepultar una vieja sonrisa. Se encontraron sus ojos, y el cabo, sintiéndose un poco abrumado, tiró de petaca:

-¿Quieres fumar?

-No.

-Bueno, hombre.

El cabo guardó la petaca, mirándola con cariño. La había comprado en Ceuta, y estaba seguro que iba a ser la envidia de todos. Cuando ya la estaba guardando. Piqueras dijo:

-Anda, dame un cigarro.

-Ahora no te lo debía de dar.

Piqueras levanto los hombros.

-Toma.

-Los han encontrado, ¿sabes?; pero no les harán nada -decía mientras encendía el pitillo.

-A los de Dato. Los han pillado.

-¡Ah,! A los asesinos.

-¿Asesinos?

-Angelitos, ¿no?

-Sindicalistas, del Unico de Barcelona. A Ramón no le atraparán.

-¿Quién es Ramón?

-Ramón Casanellas. Mateu ha delatado, y si lo sueltan lo va a pasar mal. Noble ése, no sé quién es.

Uno de los nuevos se volvió a mirar a Piqueras. Le devolvió la mirada desafiante. Como si en ello encontrase un motivo incitante para hablar, continuó:

-El golpe estaba muy bien preparado. Una motocicleta y a seguir al coche; al llegar a la Puerta de Alcalá -¡pim, pam!-, los disparos...

-Pues ya ves, los han atrapado.

-¡Eso no importa! El golpe no ha fallado, que es lo que interesa.

-Creo que era un buen hombre.

-¡Bah!... Todos son igual.

Calló Zunueta. El tren seguía. El cabo se puso a hablar con un nuevo legionario que le preguntaba por un tal Benítez y un tal Salinas, de los que nada sabía. Se fijó en uno que apenas si hablaba español. Por el apellido, Draminski, le parecía polaco. Parecía un niño travieso. Todo lo admiraba con sus ojos azules. Parecían de gato. El tren se paró. Habían llegado.

Mientras los nuevos formaban para entrar por primera vez en el campamento, los veteranos tomaban la empinada cuesta. Piqueras todo miraba airado: a los legionarios nuevos y viejos, al cabo, al campamento, al cielo, a las nubes...

-¿Qué te pasa?

-No sé; pero quisiera acabar con todo, veo a esos infelices y...

-Hombre, vienen a lo que tú, a...

-Mejor estarían allí, en España, tirando a diestro y siniestro... Sí nos hubieran hecho caso, todo estaría acabado,

-A eso vienen, a acabarlo.

-Bueno, Zunueta., ¡no das una en el clavo! Con lo que hay que acabar es con el orden, con España, con... Hacer un mundo nuevo. Que todo sea de todos y que nadie mande.

El cabo se quedó desconcertado, no porque le asustase, sino porque no comprendía para qué acabar con una cosa para volverla a empezar. Las cosas, las del mundo y España -él bien lo presentía-, no iban bien; pero nadie sabía por qué, ni por qué causa. Piqueras calló al llegar al campamento.

En Dar-Riffien, lo de siempre:... ¡Un,dos!... ¡Un,dos!...”. “Apunten: ¡fuego!”. Más cantinas que en los primeros tiempos, y ya amenazando formar poblado. Nuevas legionarias. Moros vendiendo sus mercancías. Fotografos de los de “al minuto”. En los descansos de la instrucción retrataban a los legionarios, no sin la colaboración de los moros amigos, tumbados en el suelo y amenazados con un gesto feroz y a punta de la bayoneta.

A la hora del primer rancho, Zunueta, Piqueras y un cabo instructor, con su comida, se reunieron en una cantina; cuando luego llamaron a instrucción, quedaron los dos frente a frente.

-No puedo estar conforme con todo esto. Odio a toda esa gente; todo se debe a influencias, a sus cargos, a sus amigos, y no dejan que los verdaderamente buenos, suban.

-Aquí no pasa eso... Aquí... Piqueras, ¿y tú por qué has venido?

-¡Qué sé yo!

-Lo que pasa es que todos hemos venido a la guerra y esto es...

-Esto es -dijo Piqueras- una continuación de aquello, de la política. Todo en España se convierte en esto: en política. Total, para nada.

-Estos no piensan en todas esas tonterías. Han venido a luchar y nada más. Aquí no hay política de esa que tú dices...

-Que te crees tú eso.

-Hombre, ya lo verás. Creo que vamos a atacar en serio al Raissuni. La función será bonita y no va a haber nada de lo que tú dices.

El sargento Naggi Karoly, yugoeslavo de origen, se les acercó. Le saludaron al punto.

-Ser vosotros los que veniros conmigo. Tú al Zoco y tú a Xauen.

-Sí, mi sargento -respondieron.

-Atentos, ¡eh! Marchar con camioneta de ingenieros, tener que cargar municiones..

-¿No quiere una copa?

-Siempre.

La cantinera, desmelenada, como entre sueños, en esa modorra africana del mediodía, con aire de sonámbula, les sirvió sobre un cajón. Se la tomó de golpe Karoly.

-Gracias y atentos, ¿eh?, en cuanto llegar camión...

Y se marchó, añadiendo una seña de picardía para la cantinera.

Ante los ojos de los dos legionarios se desarrollaba la actividad militar del campamento. Las voces de mando eran como hilos invisibles que hacían volver y disparar, correr y parar a aquellos hombres fuertes, que luego no se doblegaban ni a ellos mismos, como le ocurría a Piqueras. Zunueta todo lo contemplaba abstraído y un poco sonriente por el regusto que el anís había dejado en su boca. Ni siquiera oía a Piqueras, que menos fiero, decía:

-Es que yo, ¿sabes?, no creo en nada. Sólo en los humildes. ¿Crees tú que hay derecho que porque unos paguen una cuota no han de venir? ¿Que compren a otros hombres para que mueran? ¡No hay derecho! Y ellos se quedan allá, y esos mandan después. ¿Tú crees que eso debe ser?

-¡Ah!, como quieras... --decía distraído Zunueta.

-¡Como debe ser! Por eso hay que sabotearlo todo.

A Zunueta le chocó la palabra y se volvió a mirarle.

-¿Todo que?

-Hay que matar al poder, hay que matar a los esclavos; son más peligrosos que los tiranos. Uno tiene que consagrarse a sí mismo para salvar a los demás.

-Monsergas de mitin, Piqueras. La vida es como es y nada más.

Iba a contestarle; pero en aquel momento una camioneta entraba en el campamento y los dos legionarios se apresuraron. “El Risita”, venía en ella, se echó al suelo para saludar a Zunueta.

-Yo voy a la primera. Corro con el suministro de los oficiales.- Soy el administrador de confianza. Ni yo mismo me reconozco.

Piqueras, en tanto cargaba las municiones con el sargento.

-Oye tú, buen mozo, lo que tienes que hacer es arrimar el hombro -le dijo.

-Bueno va, te ayudaré.

Cargaron y, al fin, se pusieron en marcha, dejando atrás a Dar-Riffien, siguiendo la carretera de Tetuán. El sol todo lo doraba, presintiendo su ocaso. El ruido del motor les impedía hablar. De vez en cuando, al encontrarse las miradas, se sonreían.

Al llegar al Zoco de Beui-Arós paró la camioneta. El sargento y los otros bajaron.

-Allá está el campamento. Adiós, muchacho.

Al despedirse de todos, le dijo a Piqueras:

-¡Ya se te irán esos pensamientos! Con el primer “barud”, ya verás...

Se puso la camioneta en marcha, todos subieron, y cuando ya estaba dispuesta a arrancar, Piqueras se tiró de ella.

-Oye, tú -dijo alcanzando al cabo- Yo no he venido aquí como los otros... -y añadió con fina zumba:- A regenerare, a hacer carrera... o a morir románticamente o a correr una aventura... Yo he venido a la Legión a todo lo contrario: a salvar la vida, porque en Barcelona me buscan pero luego...

No pudo continuar. Desde la camioneta le llamaban, y a la voz enérgica del sargento tuvo que obedecer.

Zunueta, plantado, mientras le veía alejarse, con cierta guasa y haciendo bocina con las manos, le soltó con todo su vozarrón:

-Pues te advierto que en la Legión, y en estas condiciones, no es el sitio más a propósito para salvar la piel.

Pero el vehículo ya se perdía en la lejanía.

* * *

Cuando el cabo entró en el campamento, la noche tejía en el aire sus primeros y sutiles velos.

Fue recibido con abrazos y palabras precipitadas de un afecto recóndito, aunque en su expresión fueran duras y hasta soeces. Alejado, liberado de aquel mundo blanco y suave del hospital de sangre, el campamento de la Segunda Bandera le parecía una explosión de vida, de movimiento y hasta de locura. En unos creyó ver héroes, en otros

hombres altivos, cuando no bravucones... Algunos, tiernos en su recibimiento; a pocos, en jaque. Y así, unos altruistas, desprendidos, blasfemos..., y otros alegres, borrachos, sobrios... Pero disciplinados todos e igualmente admirables. Con la noche, que ya estaba cernida por las estrellas, parecía tocarse el enigma insondable de la Legión.

Posiblemente por allí habría algún que otro príncipe; desde luego, algunos banqueros arruinados; seguramente, muchos sentirían como una amargura royéndoles sus propias penas; casi seguro, había muchos oficiales de distintos ejércitos, sin olvidar al español: ciertamente, presidiarios, ladrones, asesinos, locos de cualquier idea política... Hombres, en fi, desde lo más sublime de la vida hasta el más bajo de sus aspectos, habían llegado allí cansados de ellos mismos, fantasmas de una muerte que, por soñada, al llegarles, les parecía bella, menos desesperada que su misma vida,

Esta diversidad, al mismo tiempo afinidad, es la que tejía homogénea, pero sustancialmente y en concreto, el aire, el brío, la fuerza de estas nuevas unidades de la Legión. El secreto del alma del Tercio ya se iba casi tocando en aquellos soldados alegres o huraños, mudos o locuaces, vehementes o serenos, que habían llegado a España con la estoica búsqueda de una aventura brava, cara a la muerte. Eran: americanos de tierras duras que, por una llamada insospechada en el espacio y el tiempo, sentían una violenta atracción hacia la sangre española derramada en Africa; rusos huidos de la revolución, que se sentían felices de llevar colgadas de sus correajes las granadas de mano, de hablar soñando, evocando perfiladamente un mundo de redención y violencia, mientras en su bolsillo acariciaban los caramelos que tiernamente daban a los moritos; italianos golfos y artistas; malteses con pólvora en la sangre para las pasiones; polacos románticos y sorprendentes por su valentía y delicadeza; alemanes desquiciados, locos y soñadores; negros silenciosos, con tristeza de metal; franceses siempre sutiles; portugueses de pecho ancho, con su optimismo de la vida; ingleses retorcidos, como sus intenciones..., y españoles coagulando todas aquellas sangres. Con su picardía y nobleza, con su estoicismo y valentía, con su eterna y escondida sabiduría de saber vivir para morir.

A la luz de la noche, el campamento, íntimo hasta con las estrellas, iba mostrando todo esto. Un día todo acabaría escrito en sangre de la batalla con toda violencia y fantasía, con toda poesía y esperanza. Porque aquel campamento, Babel de locos de cansada alma, cifrado tenía su impulso al borde del heroísmo, rozando el suicidio y anhelando la lucha.

Se hablaba de un cabito analfabeto, redicho él, Martín Peña se llamaba, que un día, porque un legionario, Fernández Blázquez, al oír a María “la Churra” que con su gramática parda ya sabía francés, ruso y belga; maestra de muchas cosas y, sobre todo, en no saber callar, al oírla repetidamente decir:

-Como continúe esta lluvia nos vamos a “invertir” en ranas.

-Convertir, María, convertir -le dijo.

Ella le sonrió gachonamente, con los ojos más negros que ha tenido el mundo, seguramente porque con la mayor alegría transparentaba sus penas. Pero cuando luego le pregunto:

-Y tú, María, ¿Porqué eres legionario?

-Legionaria dirás, Alfonso.

-La gramática dice...

-¡Huy, la gramática! Con eso no se entiende una.

El tal cabito oyó el diálogo. Formado que tuvo un pelotón de legionarios, les decía:

-¡No quiero ver moverse ni una sola borla de los gorros!

Luego preguntó amablemente:

-¿Hay quien sepa leer y escribir? -y fijándose en Fernández Blázquez añadió:-
¿Pero es que nadie sabe gramática?

El legionario saltó de filas. Cuando lo tenía a su frente, en posición de saludo, le preguntó:

-¿Con ortografía y todo?

-Sí, mi cabo.

-Pues bien, preséntese al sargento Rubiano, le dará una escoba para barrer la compañía.

Otro de los que se destacaron fue un legionario, “el Pastor” le llamaban, más cerrado que una cárcel. Una tarde calurosa, estando de centinela, un sargento, dudando de sus dotes intelectuales, se le acercó para decirle:

-¿No te asas de calor?

-Me quemo, mi sargento.

-Si yo estuviera en tu lugar, me aflojaría un poco el cinto, dejaría el fusil y echaría un cigarro.

“El Pastor”, firme y clavado como un poste, replicó:

-Mi sargento, si yo estuviera en lugar de usted, también haría eso y mucho más. Pero estoy de centinela.

Así iba la vida en la Legión en aquel campamento, el de la segunda Bandera, en el Zoco el Arbáa de Beni-Arós; como igualmente iría el de la tercera en Taimutz, y la primera camino de Xauen.

Pero en el del Zoco había una gran novedad. Una mujer joven, hermosa, conocedora -según decían- de las lides legionarias, en busca de no sabían quién, había plantado en aquél recinto del Tercio su garigolo, y en su puerta, el letrero más original y desconcertante que se había leído en tierras de Africa. Todo el mundo parpadeaba al leer aquello de:

“Aquí se hace lo que se puede y se arreglan abanicos”.

* * *

José Solano Sánchez, “el Señorito”, estaba contento, eufórico. Se le acercó Zunueta y le dijo a bocajarro, como haciéndole un disparo:

-Ya no me “duelen las anginas”.

-Muy bien, hombre: me alegro.

Ante la serenidad del cabo, Solano titubeó:

-Es que yo, sabes...

De golpe, como en una catarata, Solano le contó su vida. El porqué había venido, tontamente, por probarse a sí mismo que era un hombre: por curarse, por lavarse

aquella sangre... Por librarse del ridículo ante los amigos. Al principio de estar en la Legión tuvo miedo lo confesaba, tuvo miedo. El cabo fue el único que se lo conoció; pero ahora, después de algunos encuentros con los de Beni-Arós, en los que habían muerto hasta capitanes, se sentía valiente, muy valiente. Acabó diciendo:

-¡Y pensar que yo vine aquí por cobarde!

-Ya te dije una vez que tú acabarías siendo un buen legionario. Vamos a celebrarlo.

-Yo pago.

-No seas tan rumboso.

-Tengo mucho dinero y además el que me mandan.

-Pero yo quiero pagar la primera copa. Vamos.

Sentían una mutua atracción. Sin notar lo, se cogieron de la mano y como niños casi corrían entre el barro del campamento buscando una cantina. Iban veloces, tanto, que parecía con su alegría querer asaltar la hoguera de nubes que el sol había encendido al ocultarse. Un rojo grosella lo iluminaba todo. El azul se hacía más intenso, ya apolillado por alguna estrella.

Cuando llegaron a la chabola del "Sultán", María "la Churra" decía:

-Yo no lo niego: guapa lo es. Pero "fisión", a "fisión", cariño a la Legión, a mí no me gana (14).

-Anda, toma ese vinillo y calla -le dijo Zunueta ofreciéndole un vaso.

-Es que no puedo. Sois siempre de la última... Y como ésta es italiana...

-¿Quién es ella?

-Esa del cartel de los abanicos. Rosetta dice que se llama. No debe ser una niña, hay que oírla... ¡Cómo se explica!

-Pero ha tenido gracia lo del cartel.

-Las cosas como son: eso es verdad, eso y lo otro. ¡Como no tiene que ganárselo como una! Ahí el amo es ese "Nohabit" de tu escuadra y otro francés, uno jovencito, casi un niño. Son dos desertores, como ella, de la Legión francesa...

María fue contando con más brío, a medida que aumentaba la concurrencia, lo que ella sabía y lo que inventaba de la Rosetta. Que si era muy "fina" y, desde luego, no había venido a lo que todas. Había venido a algo más. Buscaba algo, a alguien. Se le notaba en los ojos. Era un misterio.

-Aunque con el tiempo haga lo mismo que nosotras, no es igual. Os lo digo yo.

-¿Y si la invitásemos?

-Es inútil; no vendrá.

-Oye, ¿y Solanes?... Hace días que no lo veo,

-Eso se ha acabado. Todo lo que "ganamos" se lo juega.

-Y, ¡claro!, no te conviene.

-No hijo, que no le gano lo bastante para que él lo tire, que no es lo mismo.

¹⁴ El legionario habla una jerga española con mezcla de palabras árabes, calés, tópicos y propias. Así como "fisión" quiere decir cariño o pasión; vestirse es maquearse; cartera, pelleja; comida, papeo; vino, caldo; coronel, el bacha; sargento, sardo; guardia civil, picoletto; ver, dicar; chivato, berreón; pistola, la fusca; Kif, petardo; grifa, la hierba; la baraja, el catecismo... y así un largo vocabulario.

Y María, silenciosa, se fijaba en una estrella que brillaba a lo lejos, fría, limpia y pura. Al volver los ojos al vaso de vino, pegada a su retina la vio reflejarse y se la bebió de golpe, como si quisiera comulgar con su lejanía, con su frialdad y pureza.

Siguieron bebiendo, cantaron luego todos y en volandas del vino, Zunueta y Solano, abrazados, llegaban a la tienda.

-¡Qué bueno y qué hombre eres!

-Y tú qué tío más educado. Da gusto oírte hablar.

Cuando levantó la lona para entrar en la tienda, se quedaron sorprendidos. A la luz de una vela, Solanes, García, Wanffer, “el Manolito”, el “Arditti” y Fernández Blázquez, el de la ortografía, jugaban fuertes envites baraja en mano. Sande, con otros cuantos, estaba de mirón. Los demás dormían.

-¡Vaya, timba tenemos! ¿No sabéis que está prohibido? ¿No sois caballeros legionarios?

-Oye, tú dijo Solanes descarándose- A las dos de la mañana, no hay caballeros legionarios, ni de ninguna clase.

Zunueta se acercó lentamente y les fue cogiendo las cartas de las manos. Sólo “el Manolito”, con un ingenuo mohín en los labios, las quiso ocultar.

-Vamos, no seas maula y dámelas.

-Deja al chico -dijo, un tanto fiero, Solanes.

-Tú te callas y tú obedece.

Se las dio, mirando fijamente a Solanes, que le sonreía.

Al fin, cedió, entregándoselas. El cabo; lentamente, con mucha parsimonia, rasgó la baraja.

-¡Ea, ya está! ¡Se acabó la partida!

“El Señorito” miraba la faena con ojos de admiración. “El Manolito”, con los suyos, claros, incisivos, y sus labios sinuosos, tuvo un dejo irónico, buscando siempre a Solanes.

-¿Y qué hacemos de esto? -dijo señalando el resto, unos cuantos duros que quedaban sobre la manta.

-Os lo repartís y a otra cosa.

-Si para acabar nos lo dejaras siquiera jugar a un juego inocente, al tres en raya...

-Aquí, como inocente no sea ése -dijo señalando a Sande-, no creo que lo sea nadie. Bueno, se acabó: a dormir.

Fue entonces Solanes el que, mirando fijamente a Zunueta, propuso:

-¿Y por qué no al revólver: Es la única manera de acabar esto a bien, porque si no... Anda, te invitamos, sin poner resto. Se lo lleva el penúltimo; el último “la palma”.

-Este no es un juego de cartas.

-He dicho a dormir.

-¿Tienes miedo?

-¿Miedo de jugar?

-De jugar a la muerte.

El cabo no sabía de qué se trataba. El juego del revólver, mejor dicho, el del “gallo”, “echar un gallo”, lo había traído un mejicano. Pueo se llamaba, y estaba en la Bandera. Consistía –“No más!”- en cargar un revólver de tambor con una sola bala,

montarlo y puestos en rueda los jugadores con los brazos cruzados, uno de ellos lo lanzaba a cualquiera de los otros, que no había de moverse hasta que el “gallo” cayera sobre él. Tenía entonces que cogerlo con tal pulso y habilidad para que no se le disparara y mucho menos para que no se le cayera. Si se le disparaba, resultando herido, cobraba el resto; si, muerto, si le daba tiempo, el compañero que designase. Al que, inhábil, se le caía, pagaba el doble del resto. Naturalmente, no todos podían jugar. Se necesitaba tener algún dinero ⁽¹⁵⁾.

Al cabo, Solanes le había hecho el honor de dispensarle el resto, y suponerle el valor, no sin advertirle:

-Nosotros lo jugamos de otra manera. Se pone, como ellos, una sola bala, con el dedo se le dan vueltas al tambor, te lo pones a la sien y disparas. Si te matas, allá tú... Si no... el resto queda siempre para el penúltimo. Así, de esta forma, es más cómodo.

Se quedó mirándole fijamente, con aire de matón y añadió:

-Hay que ser muy hombre, ¿sabes?... Este -añadió por “el Manolito”-, no va a jugar. Lo estoy estimando demasiado.

-¿Yo? ¿Por qué no? ¿Que no soy hombre? ¡Tan valiente como el que más! Porque ser hombre, de eso que presumís vosotros, ¿qué es?: pues tener una cuenta corriente en un banco, por lo menos de siete cifras; esos se lo pueden permitir todo. Los demás no podemos tener caprichos. ¿No es así?

-Bueno, menos cuento y al juego. Ya se sabe, el que muera, se ha suicidado y no le cantamos el “Adiós Facundo”, porque lo iban a notar, que siempre hay chivatos. El que no quiera jugar que se levante ⁽¹⁶⁾.

Ninguno se levantó y entonces Sande dijo:

-¡No ser bárbaros!

-Tú te callas; aquí sólo manda el cabo y lo ha autorizado.

-Esperad -y tirando de su cantimplora y un vaso, añadió-; si me dispensáis del resto, ahí va un poco de mi coñac. Os invito.

-Pero al juego.

-Ahora mismo.

Se sentó con ellos. Fue el “Arditti” el que sacó el revólver. Un revólver precioso, niquelado, relucía como de plata, frío y brillante, a la luz de la vela, parecía un talismán de la muerte. Del bolsillo sacó una bala, desmontó el tambor y la introdujo en uno de los huecos.

-Ya está -dijo, dejando el arma sobre la manta.

-Yo el primero.

¹⁵ Quien disparase el revólver por uno u otro procedimiento perdía su apuesta y si resultaba un herido, este cobraba al doble de lo apostado por el torpe jugador causante del accidente. Y así, inocentemente, se jugaba un gallo hasta que los jugadores iban quedando excluidos por cualquiera de los motivos expresados. El capitán recordó a todos que en España están prohibidos los juegos de azar y la reunión se disolvió pacíficamente. Coronel Mateo. Obra citada.

¹⁶ “Adiós Facundo” era un cuplet humorístico muy popular en aquellos tiempos. El estribillo decía así: Adiós facundo; que te vas al otro mundo; sin decirle nada a nadie; y me dejas y te vas. Tú decías que me amabas y te vas.

Habló Solanes, empuñando el revólver con la mano derecha y con el dedo índice de la izquierda le dio al tambor. Giró rápido. Se lo apuntó en la sien y disparó. El percutor dio en el vacío.

-Vaya, pasó -dijo con naturalidad, y se empinó la cantimplora.

Lo cogió luego “el Manolito”, que estaba a su derecha. Al sacar el brazo desnudo de debajo del capote-manta y vérselo como arañado, le preguntó el cabo:

-¿Qué te pasa en el brazo?

-Que tengo muchos amigos -en aquel momento se disparaba como Solanes-. Vaya, también pasó.

Lo tomó entonces Wanffer. Indiferente le dio la vuelta al tambor, y se disparó. Sin ningún comentario se lo dio a García.

-Pues esto, sabes -decía Manolito enseñando su brazo es el juramento de amistad, y para sellarlo nos hacemos una herida. Te bebes la sangre del otro y el otro la tuya y quedamos hermanos de penas y fatigas.

García, una vez hecho el disparo, se lo pasó al “Arditti”. Hizo lo mismo, sin resultado alguno.

-Como te descuides te quedas sin gota de sangre.

En aquel momento el “Arditti” ponía el revolver en manos del cabo.

-Anda tú, aligera, que esto se está poniendo aburrido -dijo Solanes, como reprendiéndole.

Pero el cabo, con mucha calma, cogió el revólver, le dio la vuelta al tambor, se apuntó en la sien derecha y disparó.

-Nada; así es que esto se acabó. Creo, Solanes, que tú y yo lo tenemos que acabar, y de otra forma...

Hizo mención de levantarse para pegarle, pero el “Arditti”, con esas maneras teatrales que nunca abandonan a los italianos, exclamó:

-¡Oh, no! Esto no ser un acto de indisciplina; ser un juego, mi cabo. Y acabado todo se perdona. La muerte de uno sella la amistad entre los otros. Todos somos cómplices de un suicidio prestado. Morir en manos de amigos. Ser honor y...

Sande miraba la escena con cierto horror. “El Señorito”, alegre porque su amigo Zunueta había pasado el peligro. El resto seguía el juego con interés. Uno de los que dormían, un portugués, Barrado Dasilva, se removió y restregándose los ojos, al ver que Fernández Blázquez se apuntaba el revólver y se disparaba, exclamó irritado:

-Ya podíais dejar de jugar a esa tontería y apagar la luz. Aquí, por la visto, ninguna noche se va a poder dormir.

-Tiene razón el chico; hay que abreviar. “Arditti”, pon dos balas más.

-Paciencia...; antes tomar un trago.

Se empinó la cantimplora, y cogiendo luego el arma, cargó las dos balas.

Solanes la tomó, mirando fijamente a Zunueta. Se disparó...

-Vaya, Fernández, no hay suerte: no te llevas el resto. “El Manolito” cogió el revólver. Le imprimió el giro al tambor. Parpadearon sus ojos al llevárselo a la sien. Apretó el gatillo y sonó el disparo.

Su mano cayó lenta y de espaldas se iba al suelo, cuando Solanes lo recogió. Zunueta, rápido, dijo:

-Cada uno a su cama.

Entre Solanes y el cabo tendieron el cuerpo de Manolito sobre su colchoneta.

-Y está muerto, se ha dado muy bien. Ahora vendrá la ronda.

-Tú, pasmado, apaga la vela.

Le decía Solanes a Fernando Sande, que con los ojos desorbitados alzaba sus manos como para darle la absolución al muerto.

-No puedo, no le valdría, no...

-Cállate de una vez, y apaga la vela.

Barrado Dasilva levantó la cabeza y dijo:

-Eso, apagarla de una vez... ¡Por fin! Menos mal que habéis acabado. ¿A quién le ha tocado?

García contestó:

-Solanes se lleva el resto.

-¿Pero quién ha “palmado”?

-”El Manolito”.

-¡“El Manolito”! ¿Quién lo diría? -y Barrado, extrañado, casi se incorporó.

A la luz de la noche, filtrada por lo alto de la galleta de la tienda, junto al muerto, Zunueta y Solanes se miraban.

-¡Eso! -dijo Solanes- ¿Quién lo diría? Era tan hombre como tú... y como yo... y...

Le daba la mano por encima del cadáver. Mano que Zunueta estrechó con emoción.

En el silencio se oyó como el respingo de un suspiro y la voz de Sande, que decía:

-Homo homini lupus...

Y otra que añadió:

-¡Anda ese! ¡Hasta suelta latinajos!

* * *

Pasaron los días, y con su hombría llevada a los galones, Zunueta se impuso. Su tienda fue un modelo de limpieza, de actividad y disciplina. Pero el “el caffard”, un tedio, una desesperanza, un aburrimiento terrible lo iba invadiendo todo. Los días siempre iguales, repetidos. Un día y otro y el siguiente, igual.

Los legionarios ni con el vino podían borrarlo. Los comentarios, siempre los mismos.

-¿Para esto hemos venido?

-¡Con lo que hemos pringado en instrucción!...

-Si sé yo esto me meto en las ursulinas, total es igual...

-Nosotros hemos venido a pelear, no a...

Pero, de pronto, todo varió. Se pusieron en movimiento las Banderas, con sus alegres canciones:

*Dicen que los legionarios
tienen la vida en un hilo,
legionario fue mi padre,
legionario es mi marido”.*

Y todos a coro:

*“Selepinar, Selepinó
el aparato para volar...”*

Cuando no cualquier variante de “La chamelona”, el “No quiero ir a la guerra” o el “Arriba Covadonga”.

Todo, entre un barullo de marcha, mulos tirando de las cargas, motocicletas veloces, caballos, volquetes, carros, automóviles de Sanidad y otros del Estado Mayor.

Sobre todas saltaba la canción preferida:

*“Y antes que abandonar
a uno sin compasión,
había de quedar
entera la legión.
Nuestra Bandera es brava y decidida
todos hermanos en el corazón,
que ¡viva España! sobre nuestra vida.
¡Viva España y viva la Legión! “*

Y así, cantando para apagar la fatiga, bebiendo para atinarse en el camino de morir, deseando pelea, queriendo encontrar la batalla para saber lo que era luchar; pasado Tetuán, por los caminos de Tagsut, de Kobba-Darsa y Talambó, iban las Banderas, desplegados al aire sus banderines y guiones ya en rima con los riachuelos que los copiaban en sus aguas.

Marchaban entre la gaba espesa que honesta cubre como un manto esta tierra agreste, rocosa; de cresterías desafiantes. Algunas veces, las huertas avisaban las proximidades de algún poblado, que después resplandecía con las torres de sus mezquitas, encorsetado entre los derruidos paredones de las murallas.

En ocasiones, al cruzar un río, al subir una cresta o dejar un valle, el enemigo, presintiendo lo que significaba aquella marcha, disparaba. Y las balas, altas, silbaban como cosiendo el inmenso azul con el viento, igual que movía las nubes los guiones, las banderas.

El 2 de mayo de 1921, las tres Banderas, por caminos distintos llegaban a Xauen, abierto a España hacía unos meses, con todos sus misterios por sus siete puertas; con su canción de agua oculta, con sus viejos tejares reflejando un sol moreno, como de cobre.

El oxidado silencio de Xauen saltó a los gritos de los legionarios. Sus cafetines se llenaron, quedando confusos y repletos.

Los sagrados olivos cobijaron las charlas y cuitas de estos hombres.

Unos contaban lo de Beni-Amram; otros, lo de Beni-Arós; otros, sencillamente, sus propias inquietudes. Las antiguas amarguras parecían olvidadas.

Zunueta, por una de las callejas, encontró a Piqueras.

-¿Qué tal va eso?

-¿Ya sabes que ha habido bombas de mano?

-¿Cuándo? ¿Dónde? Si esto se está haciendo sin un tiro...

-Esto, si; pero aquello... En Barcelona, en la acera del café Continental, ha habido tres muertos y muchos heridos. Más que aquí. Ya verás cómo algún día tendremos que ir allá.¹⁷

-Tú siempre estás con lo mismo. Cambia el rollo. Anda, compra unos pinchitos y vamos a un cafetín.

-Pago yo:

-Como quieras.

Los compraron y con ellos entraron en el primer local que encontraron. Moros, legionarios y soldados lo llenaban. El jaleo, el barullo era imponente. Una orquesta moruna, monótona, incesante, parecía cantar el chirrido de todas aquellas almas, y, naturalmente, era disorde. Unos bebían té moruno, otros matarratas; algunos fumaban kif.

“El Señorito” y García, al verles entrar, se les acercaron.

-Vaya patillas que te has dejado.

-Anda que si te vieran por Madrid.

-¿Qué estás bebiendo?

-Un coñac que ha hecho Fulmán y se lo ha vendido a los moros. Lo hace con unos polvos misteriosos. Toma, bebe sabe bien.

Todos, y de todo, hablaban atropelladamente.

-¿No sabéis? Aquel que se llamaba “el Caballero de la Muerte”... se suicidó.

-¿Y “el Charte”?

-Sigue en el hospital.

-¿Y Tarok?

-Está de guardia.

Un moro servía; mejor, quería servir a todos. Como el servicio era insuficiente, lo hacían los mismos legionarios.

-Y a aquella princesa ¿qué le pasa?

-Es la Rosetta.

Estaba en un rincón del cafeticho. Entre sus dedos un fino pitillo de un humo azulado la aureolaba entre sus ligeras nubes dando la sensación de ser como una aparición. Estaba silenciosa entre el “Nohabit” y “el otro”, según decían un antiguo legionario francés, desertor y muy jovencito. Nadie sabía cómo se llamaba; “el tercero” o “el otro”, le decían. Eran un mundo aparte.

-¿Y si la invitáramos?

Relenga se adelantó.

-Rosetta, éstos te llaman, te invitan a una copa.

-De lo que quieras, princesa.

Miró con desprecio a los dos franceses y se acercó al grupo de Zunueta,

-*Je suis...*, lo mismo que las otras. Yo vine buscando a un hombre, un padre. ¿Qué os importa?, les he rogado, les he pedido, les... El secreto..., Pedir ese gran secreto de

¹⁷ De la prensa de aquellos días.

vuestra misma sangre... No me lo confiarán, ¡corazones duros! ¡Sabré vengarme! ¡Pero que no les maten hasta que uno u otro decir!...

Se acercaron al oír estas palabras las otras legionarias. María, “la churra”, bajo sus sayas sonaba los duros haciéndose el reclamo.

La Vicenta con sus ojos de loca y estúpida, como si estuviera en trance, risueña y serena, ingenua y lasciva a la vez, Sólo con su mirada delataba el vicio. Por lo demás, vestida de otro modo, sin su flequillo, sus patillas, sus greñas y la flor en el pelo, hubiese podido pasar como la más modesta mujer. “La Huelvana” le decía a Rosetta:

-Confíate a nosotras. Ninguno vale un pimiento, lo que tú...

“El Pastor”, interrumpió.

-¡Eso!

-Tu, al monte.

“La churra” al ver que le iba a pegar se adelantó:

-Que “haiga” paz -y separó a “la Huelvana” de “el Pastor”.

En aquél momento “Nohabit” y “el otro” se levantaron. Todos estuvieron a la expectativa. Ellos, indiferentes, cruzaron el cafetín y siguieron hasta la puerta.

-¡Canallas! La misma sangre... la misma... y mía. Ya veréis quien soy yo!

Pero salieron como si nada hubiesen oído. Rosetta, loca, fue hasta la puerta; luego volvió arrepentida de su arranque y dijo:

-¡Ya supliqué demasiado! ¡Ahora, venganza! ¡Me las pagarán! ¡Vaya si me las pagarán!

Se derrumbó en brazos de la Vicenta con un tumultuoso llanto, ocultando sus lágrimas.

-Llora, mujer, llora... Es una “nurasténica”.

De pronto se irguió magnífica con su cabeza desmelenada.

-¡No vale la pena! ¿Para qué? ¿Llorar?... ¿Para qué?

-¡Hija!, como quieras... “Nurasténica” perdida.

“El Pastor” le dio un vaso con anís que bebió de un trago. Solanes se acercó entonces:

-Buen saque, compañera.

“La Churra” lo miró con desprecio:

-Oye tú, formalidad. -y sonó sus duros.

-¡Viva el Banco de España! -dijo Solanes.

-¡Y viva su administrador general! -añadió “La Churra”.

Uno dijo que allí lo que faltaba era cante, música. Piqueras estaba dispuesto a cantar.

-Pero me falta acompañamiento. -dijo.

Alguien habló de la guitarra de Cifuentes. Zunueta, al oírlo, se sobrecogió. Pensó en aquel legionario, en su muerte, en su mujer, en su hijo...

-Que cante Piqueras -gritaban.

García se acercó al cabo:

-Voy a traer la guitarra, esa que traemos, la de Cifuentes.

-Bueno -dijo asintiendo Zunueta.

Cuando salía García entraba “el Risita”. Lo recibieron con una salva de aplausos; era el héroe de la jornada. Se contaba de él que los oficiales, y hasta el mismo teniente coronel, alababan sus habilidades de “artista”, sus manos virtuosas de carterista. Tanto las ponderaron que tuvo deseos de conocerle. Cuando le llamaron entró en el comedor de oficiales, naturalmente, por detrás de ellos, y luego que pasó al frente, se cuadró pinturero con un firme taconazo, juntos los talones, afuera el pecho, alta la cabeza, desafiante la vista.

El teniente coronel, primer jefe, le dijo así:

-Me han dicho que eres carterista, ¿es cierto?

-Lo era, mi teniente coronel. Ahora soy legionario.

-Bien, hijo mío, veo que sabes dignificar tu vida. Pero quisiera ver una prueba de tu antigua habilidad. ¿Podrías dármele? ¿Qué prueba puedes darme?

“El Risita”, descomponiendo su figura de firme y sacándose una cartera del bolsillo, dijo sencillamente:

-Esta, mi teniente Coronel. -y le entregó la cartera que le había “limpiado” al pasar.

Los legionarios le preguntaban y él les contestaba:

-Fue tan fácil. Como yo estaba allí, en la cocina, y les oía hablar de mí... Me figuré lo que iba a pasar y...

-Pues mira, si no te pide la prueba...

-“Pesquis” que tiene uno -y añadió un gesto pícaro.

Todo se interrumpió. García había llegado con la guitarra, y Zunueta, tomándosela, se la dio a Piqueras.

-No sabes lo que te entrego. A esta guitarra se le escapó el alma. Tú sólo se la puedes dar, y, si se la das, entrégasela del todo, sin sabotajes..., ¿no se dice así? Era de Cifuentes; es una herencia de la Legión. Si cantas con ella, ya sabes que le has de ser fiel... Siempre.

Piqueras, contento de vino y jaleo, nada le contestó. Rasgueó la guitarra y al momento nació en sus labios esta copla:

*En Jerez degüellan gente,
en Madrid se sube el pan
y en las Cortes se desuellan
unos a otros sin piedad.
Conque si esto es vivir bien,
preferimos vivir mal.*

Vivas, oles y aplausos cerraron el cante, mientras Piqueras punteaba en la guitarra, y de sus manos brotaban surtidores de notas que mecían en aquel aire sus trémolos con dolor y alegría.

* * *

Al día siguiente las tres Banderas, la legión por primera vez completa, toda reunida, formaba para pasar revista, enseñaba sus pechos altos, sus ojos desafiantes, sus brazos semidesnudos y tatuados, sus patillas y algunas barbas en los rostros quemados por el sol. Parecía presta a enseñar toda el alma que palpitaba bajo su corteza dura, violenta, humana.

Al fondo, Xauen daba a la formación todo su aire de misterio. Arriba el Magot despeinaba las nubes y el agua de Ras-el-Ma se rompía, cantando entre peñas y arbustos, en tanto las cometas herían el aire dormido y los tambores lo hacían bailar.

Pronto se separaron las Banderas. La segunda regresaba a su puesto del Zoco el Arbaa, donde de nuevo el enemigo hostilizaba posiciones y blocaos. La tercera marchaba con otra columna. La primera había de quedar en Xauen; tenía que atender a la instalación de unas posiciones próximas a la ciudad, a la salida de las puertas de Garuzín.

Los legionarios de las otras Banderas, al despedirse, lo hicieron con algún dejo de superioridad. Sus Banderas, la segunda y la tercera, ya habían entrado en fuego, lo habían recibido como bautismo de sangre y muerte. La primera aún no sabía lo que era el combate.

Con el amanecer, formó esta Bandera en la columna, pero en el grueso. Los legionarios se miraban avergonzados, pero siempre fieles a su disciplina, lo aceptaron sin rechistar.

Cuando desplegaron las vanguardias, empezaron a sonar los tiros. Después el fuego se hizo más nutrido, pero la Bandera reposaba al sol. Uno de los legionarios, que estaba tendido, decía:

-Esto parece una huelga.

A los pocos momentos un enlace traía una orden para que las ametralladoras entrasen en posición. Se oía el fuego. Después se pidió otra compañía de la Legión. El tiroteo seguía nutrido, aunque en algunas pausas languidecía.

Al mediodía movieron toda la Bandera, y aunque sonaban los tiros, parecía que no les afectaban. Había que establecer otro nuevo blocao. Antes se tenía que levantar un alto paredón, para que, con tranquilidad, pudieran trabajar los ingenieros.

Todo parecía encalmado. Los legionarios dejaron sus armas, y cargando piedras se adelantaban sobre el río; cuando de pronto, desde la otra orilla, ocultos por la gaba, los fusiles traicioneros empezaron a disparar.

Los legionarios, como encantados de oír el fuego tan cerca, lo recibieron con alegría, siguiendo el trabajo, llevando piedras, sin interrumpirlo, impasibles, sin intentar siquiera coger el fusil. Aunque esto sí, con entusiasmo, contentos, bailando al compás de las balas.

Unos gritaban con entusiasmo:

-¡Viva España! ¡Viva la Legión!

Otros tiraron sus gorros al aire, mientras insultaban al enemigo oculto. Algunos cayeron heridos por el plomo, dando con su sangre generosa el bautismo anhelado para su Bandera. Así continuaron hasta que los oficiales los obligaron a guarecerse en el paredón, Así hasta que llegó la noche.

Volvieron a Xauen cantando, con sus camillas al frente, como ofrendas de su valor a los misterios de la Santa ciudad que, como una blanca paloma de la montaña, ya dormía en su regazo.

El ensueño de cal y nube, sol y agua, de sombra gozando a otra sombra que es Xauen, parecía romperse aquella noche en un ensalmo de novia embrujada y dormida que despertaba... Porque la muerte española, la muerte legionaria llegaba hasta ella.

La luna en el cielo parecía desnudarse con honradez de casada, y la muerte rondaba por las murallas de la ciudad, que se iba tiñendo de plata, de finos velos de novia.

Aquella noche en Xauen la luna del Islam y la muerte de España, viejas amigas de sangre y tiempo, se encontraron.

Y todo quedó mudo, como encantado, en secreto, aunque una nube lo escribiera en el cielo, y un murmullo de agua aún lo esté declinado como un eterno amor en silencio.

Segunda parte

LA LEGION EN MARCHA

V

EL LAUREL SIN LA VICTORIA

***El espíritu de marcha.
Jamás un legionario dirá que está cansado
hasta caer reventado: será el cuerpo
más veloz y resistente.***

Las operaciones seguían igual, con su calma imperturbable. Exactas, perfectas. Parecía que la guerra iba a acabar.

De Xauen a Beni-Lait, de Muñoz Crespo a Buharrat, del 5 de mayo al 29 de junio, la Legión siguió sus pasos. Sólo llevaba unos meses de creación y ya era mayor de edad. Su misión estaba cumplida, colmada, rebasada en cuantas operaciones había intervenido. El mando iba teniendo confianza en esta fuerza, y aunque la había citado como distinguida en alguna de las operaciones, una de sus Banderas ya había ganado una cinta, aún la seguía empleando en los gruesos de las columnas. Tras una serie de operaciones, se ocuparon Robba-Gozal, Bab-el-Sor y Mesmula, dejando a la vista Tazarut, la cueva del Raissuni, el feroz jabalí. El alto comisario, ya en completa confianza con la actuación legionaria, había dicho:

-Que se prepare la legión para entrar en Tazarut. Ese será su día.

Y así, con esta esperanza, estaban los legionarios, emulándose unos a otros, dispuestos a morir cara a la muerte. Todo quizá viviéndolo como hasta entonces: encalmado, preciso, perfecto. A paso de combate milimetrado en el plano. Sin angustia,

sin emoción, sin estremecimientos, sin gracia: todo lo contrario como quería ser lo legionario.

Como todas, tranquila y silenciosa, transcurría la noche del 21 de julio de 1921. Su brisa veloz, apenas si agitando la gaba: los chacales aullando, llorando como niños chiquitos, cerca de los campamentos -Bab-el-Sor, Robba-el-Gozal, Zoco-el-Arbaa-poniendo una inquietud vibrante que templaba aquellos apacibles sueños de gloria.

Un sonar gangoso del teléfono, como un roncar de las estrellas, vino a despertar a los jefes. Se oyeron esas voces opacas de los hombres en la medianoche:

-Hay que sortear.

-¿Para qué?

-Una bandera ha de quedarse y las otras dos han de salir.

La conversación fue interrumpida por otra llamada urgente, apremiante. Había que salir inmediatamente, velozmente, sin perder instante. En seguida. A Tetuán. En el campo recibirían órdenes.

La corneta pinchó a la noche con su estridente silbido. Y a su voz los legionarios se pusieron en pie. Zunueta, en Zoco-el-Arbaa, fue el primero en tirar de la manta y decir:

-Arriba, muchachos... ¡Diana!

-¿Diana?

-¿Qué hora es?

-Las dos de la noche.

-¿Y a las dos de la noche tocan diana?

-Y llamada, ¡a formar!

En el campamento de la primera ocurría algo parecido. Cuando “el Risita”, que creía estar en el secreto de todo cuanto ocurría, oyó la diana, se revolvió en la colchoneta y dijo:

-¡Arrea! El corneta se ha vuelto loco.

-No; debe pasar algo muy grave, y lejos de aquí. Quizá en España -dijo otro.

Pero no hubo lugar a ningún otro comentario; la Bandera fue formada y a continuación se emprendió la marcha. Igualmente ocurrió en el Zoco, la segunda también se puso en movimiento.

A esas horas de la noche, cuando aún los fantasmas se esconden en las sombras y el viento se mueve presagiando el amanecer, las charlas y las confidencias no están prontas a brotar. La marcha con todo orden, pero sin canciones y todos un poco intrigados por el punto final; sufría un silencio aplanante que ni siquiera una aurora roja con sus brumosas nubes conseguía vencer.

Solanes, de vez en cuando, se volvía para mirar a la impedimenta. Creía, con cierto gozo, que “la Churra” se quedaría para siempre. Sande, con la camilla, miraba al cielo naciente y parecía rezar. “El Señorito”, impasible, seguía a Zunueta. García parecía contento y hasta canturreaba.

Algo parecido pasaba en la Primera. Werner, ausente de todo, seguía andando. Piqueras sonreía maliciosamente porque algo grande iba a ocurrir. Colbert se quedaba atrás, aunque fielmente seguía la marcha agarrado a la correa del baste del mulo.

Las dos Banderas, por caminos distintos, siguieron andando. Al mediodía, una descansó bajo unos árboles junto al camino; la otra en los bosques próximos a Al-Yundi. Allí, aunque estaba latente la pregunta:

-“¿Qué pasara?”

Los legionarios se bañaron, pudieron tomar hasta ranchos en caliente y tiempo tuvieron de bromear. De las legionarias, solo una, la Rosetta, les seguía; las otras, cansadas, aspeadas, quedaron atrás.

-Esto va muy bien -decía ella, mientras miraba al “Nohabit” y al “otro”. -Creo que va muy bien.

La corneta no dio tiempo para más. De nuevo se reanudó la marcha. Más de una motocicleta rápida llegaba para dar órdenes a los mandos.

-Debe de ser grave. -le decía “el Señorito” a Zunueta.

-Ya lo sabremos.

Casi no hubo tiempo para hablar más. Todo aquel día fue andar, paso tras paso, sin remisión. Al parecer sin esperanza, porque ya en la noche, cuando se veían las luces del Fondak, como en los cuentos, a cada paso, parecían más lejanas.

las dos Banderas, a las once de la noche, tenían a sus legionarios cansados, rendidos. En los breves descansos se tumbaban en el suelo sin desabrocharse siquiera el corraje, sin abrir los ojos: sin querer ver siquiera el cielo estrellado.

No querían comer. Sentían ese cansancio terrible de las marchas. Esa fatiga que, paso a paso, se mete en el cuerpo y luego se siente tanta angustia que parece huir hasta el alma. Pero de nuevo sonaba la corneta, y, otra vez, la legión, incansable, seguía la marcha. Casi había que llamar a uno por uno y eran muchos los que decían:

-¿Por qué no vendrán los moros? Esto ya es demasiado...

Rotos, deshechos, con polvo en las cejas, en el pelo y hasta en el aliento, los legionarios parecían estatuas y marchaban como si una voz desconocida y misteriosa, desde muy lejos, les llamase a una maravillosa empresa de sangre.

Tetuán, con su elegancia blanca, los recibió al amanecer. Lo cruzaron como si no quisieran despertar su silencio, vigilado por alminares y cerrados jardines. Todo enhebrado en el muestrario de sus arcos caprichosos. Aún los zocos no se habían animado con la algarabía de sus gritos. En la estación les esperaba el tren.

Cuando fueron a embarcar alguien oyó:

-En Melilla ocurrió un desastre, y el general Silvestre se ha suicidado. ⁽¹⁸⁾

Piqueras sonrió, y acercándose a Zunueta, le dijo:

¹⁸ La gran catástrofe de Africa, que fue decisiva en la crisis del régimen, no tuvo responsables directos. Hay una responsabilidad difusa que comprende a militares cuya propia bravura y cuya ambición de gloria les hizo acometer empresas desmesuradas para sus medios; a los gobiernos, que constreñidos por la opinión antibelicista en el Parlamento y en la calle, no facilitaron elementos suficientes; a la falta de acuerdo entre el Comisario general don Dámaso Berenguer y el general don Manuel Fernández Silvestre, que, acaso prevalido de su amistad personal con el rey, obró a veces con peligrosa independencia. **Historia de España, Marques de Lozoya**, Tomo VI.

-Ya verás como vamos a España ⁽¹⁹⁾.

Cuando el tren arrancó, Solanes, asomado a la ventanilla, miraba a un lado y a otro sin cesar. De debajo del asiento, entre las risas de todos, tiznada la cara, revuelto el pelo, salió María, “la Churra”. Tocándole la espalda le decía:

-No te preocupes, nene, voy contigo.

Solanes la miraba contrariado y ella se reía con unas carcajadas tan fuertes que a su impulso parecía que marchaba el tren.

* * *

Por fin, las Banderas, al llegar a Ceuta, tuvieron unos momentos de descanso. El suficiente para reparar las pequeñas faltas que habían tenido en aquella última marcha. En tanto, se iba efectuando el embarque del ganado y material en un barco vetusto y airoso, el “Ciudad de Cádiz”. Atracado en el puerto esperaba a la primera y segunda Banderas.

Formadas estaban en el patio del Cuartel del Rey, cuando el teniente coronel, brioso, les lanzó esta arenga:

-“¡Legionarios! De Melilla nos llaman en su socorro. Ha llegado la hora de los legionarios. La situación allá es grave; quizás en esta empresa tengamos todos que morir. ¡Legionarios!, si hay alguno que no quiera venir con nosotros, que salga de la fila, que se marche; queda licenciado ahora mismo... Legionarios, ahora jurad: ¿Juráis todos morir, si es preciso, en socorro de Melilla?...” ⁽²⁰⁾

-“¡Sí, juramos!” fue el grito total, estentóreo.

Tiraron con alegría sus gorros al aire y gritaban vivas tan fuertemente que atronaban el cielo.

Después se inició el desfile hacia el puerto, y Ceuta, toda Ceuta, con clamor, entre asombrada y serena, un poco fascinada por lo que se contaba de aquella fuerza, bajó a contemplarles, a requebrarles. La Legión desfilaba impasible, como si nada tuviera que ver con aquellas aclamaciones, y cantaba, siempre cantando.

*“Vamos al frente vivos y ligeros,
en la vanguardia que es puesto de honor,
a demostrar que somos los primeros,
a demostrar el Tercio su valor.*

¹⁹ En los círculos políticos de Madrid, el desastre había causado una justificada conmoción. Los enemigos de la Monarquía, cada vez más numerosos, pretendían a toda costa hacer responsable al rey. Cuando hizo falta un héroe, se buscó al general Navarro, defensor de Monte Arruit. Ahora que hacía falta una víctima se escogió al mismo general, que había tenido que hacerse cargo de un ejército en huida, desmoralizado por la derrota. Pero lo más grave, lo que hacía que la situación no tuviera salida, fue el desgaste de todos los partidos, la falta de un hombre de prestigio suficiente para restablecer la autoridad. **Marqués de Lozoya**. Obra citada.

²⁰ José Millán-Astray. Obra citada.

*Los legionarios son leales,
siempre dispuestos a morir
ni las fatigas, ni cien males,
pueden hacernos desistir...*

La gente se agolpaba al verlos pasar con una emoción agridulce, de esas que dan frío por la espalda; presentía la verdad que cantaban aquellas fuerzas, tan airoosas, que no dejaban adivinar que llevaban dos noches sin dormir, y una marcha de más de cien kilómetros.

Cuando el barco se tragó la Legión, tras unas palabras del comandante general, acabadas con la marcha de Infantes y la Marcha Real, zarpó. Ceuta, de puntillas sobre el puerto, los despedía agitando banderas y pañuelos. Los legionarios seguían cantando y gritando.

Quedó Ceuta atrás con su corona del Hacho y, al fondo Sierra Bullones, ocultó al sol.

Los legionarios, indiferentes a lo que habían escuchado, con esa tranquilidad que da el cansancio, buscaron su acomodo. Unos bajaron a las bodegas para tumbarse, otros, sencillamente, lo hicieron en cubierta, y los menos, escasos, acodados en la borda, se quedaron vigilando las estrellas.

Avanzada la noche, “el Risita”, servida la cena al general, jefes y oficiales, bajó a la bodega. Llegó hasta donde estaba el ganado. Buscaba a alguien.

Los mulos y caballos, con su impasibilidad, se removieron un tanto al ver la luz del farol que llevaba el legionario.

-¡Cuadra! -dijo una voz somnolienta.

Luego bajó hasta el mismo fondo, oyó perfectamente a “la Churra” que decía:

-Lo que yo quiero saber es donde metes el dinero. ¿Es que lo entierras?

-¡A ti qué te importa!

-Hombre, es que es mío, ganado con mis sudores, honradamente...

-¿Honradamente? ¡lo que me quedaba por oír!

-Mira: o me lo das o tu no llegas a Melilla.

-¡Y qué perra has cogido! ¿No quedamos en que yo sería tu administrador?

Alzó el farol y a su luz Solanes se incorporó restregándose los ojos y diciendo:

-¿Que pasa? ¡Ah!, Eres tu.

-Que “haiga” paz -dijo irónicamente “el Risita” imitando a “la Churra”.

-Me parece que no la va a haber.

-No seas mal educada; “el Risita” es un chico muy fino, Qué va a pensar de nosotros? ¡Cállate!

-¿Has visto a Solano? ¿Y a Zunueta?

-Deben de estar en cubierta. Hacia popa los dejé. ¿Querías algo?

-No, nada, hablar con ellos. Lo de Melilla es grave; no sé si llegaremos a tiempo.

-¡No tenemos que llegar!... ¿Es eso todo lo que querías? Anda, vete y déjame dormir... Vas a resultar más pesado que ésta.

Se alejó “el Risita” sonriente. Aún dio algunas vueltas por cubierta hasta que, por fin, encontró a Zunueta:

-Chico, que eso de Melilla es gravísimo.

-No será tanto,

-Pues mira; del general Silvestre no se sabe nada. Han caído en poder de los moros todas las posiciones: Igueriben, Anual, Dar-Drius, Nador, Zeluan ¡qué sé yo! Monte Arruit está cercado. Melilla a punto de caer. El general Navarro, prisionero. ¡Una escabechina! ¡No quedan ni las raspas! El fregado es gordo.

-¡Vaya, me alegro! -dijo Piqueras, que estaba cerca.- Este va a ser un combate, como decía aquél, sin intemperie, sin contrapendientes...

-No está la cosa para hablar así.

-Hable como hable... la cosa va a estar igual.

-¿Y aquí también interviene el Raissuni?

-No, el cabecilla es un moro que antes era amigo de España y ahora..., se llama, ¿cómo se llama? ¡Ah, sí! Abd-el-Krim. Se escapó a su cábila no sé por qué. Total, que nos han declarado la guerra santa y nos han puesto en un brete. Hasta le protegen algunos alemanes...

-Lo que le faltaba al puerto.

-Total, que si no nos damos prisa no vamos a tener dónde desembarcar.

-¿Oye, y qué pajarito te lo ha contado?

-No ha habido otra conversación en la cena de los oficiales.

-Luego, ¿es verdad?

-Anda éste, como siempre, pensando en “señorito”. ¿Qué te creías tú, que nos iban a llevar de Ceuta a Melilla en viaje de recreo?

* * *

La mañana se abrió con todas esas esencias de luz que el mes de julio tiene para los mares sabrosos y salados del estrecho. A lo lejos se veía la costa como una raya oscura, cerrando el horizonte de mar y cielo.

Los legionarios se desperezaban; lentamente se fueron levantando, formando grupos, comentando los motivos de un viaje tan rápido. Pero pronto se olvidaron de ellos mismos y enredaron las charlas.

-Según dicen, ya están en el Gurugú, que es para Melilla lo que el Gorges para Tetuán. El monte que la domina. Así es que figúrate tu para echarlos de ahí. No tienen más que descolgarse para llegar a la plaza.

-Pero allí hay mucha tropa.

-Y la habrá, pero...

“El Charte”, con mucha alegría, se acercó a Zunueta.

-Mi cabo, aquí me tienes. Abajo no se puede parar; hace un calor que derrite, huele que apesta.

-Pero tú aún cojeas. ¿Te dieron el alta en el hospital?

-No, pero me he escapado, como todos: hemos dejado solos a los médicos.

-Y, ¿cómo va tu negocio de vinos?

-Muy bien. Se lo han creído todos. Mi madre está contentísima. La van a operar y saldrá bien. Algún día me podrá ver.

Lo decía “el Charte” mirando al cielo, lleno de alegría, contento de que su mentira fuera ya una verdad para sus familiares y sus amigos.

-¿Y qué hubo más por el hospital? ¿Qué fue del Príncipe Negro?

-¿De Tarok? Por ahí anda.

-No, hombre, de “Michelin”, el que iba para emperador de Abisinia.

-¡Ah!... Pues está esperando en Ceuta a la Escuadra inglesa... Lo confundí con ese Tarok, porque ése, ¡qué gran embustero!, desde que tú te fuiste ha sido: Cardenal, multimillonario, canibal arrepentido, rompehuelgas... ¡qué sé yo las cosas! Míralo: por allí anda contando su vida. ¡Vete tú a saber en estos momentos lo que será!

Miró en la dirección que le indicó “el Charte”. Alrededor de Tarok había muchos legionarios y le escuchaban boquiabiertos, con gran atención.

-Así, hasta que le conozcan, porque... ¡se pone tan pesado!

Por otra parte, solitarios, andaban “Nohabit” y “el otro”. Parecían más tristes que nunca. Hacia proa, un grupo formado por alemanes, cantaban algo que el viento se llevaba sin dejar oír. Los morenitos de Cuba estaban con los españoles, a juzgar por las risas, contando chanzas y sucedidos.

En grupos, o solitarios, por todos los sitios, legionarios sin camisa, con el pecho al aire, tomando el sol, tumbados, como ausentes de ellos mismos, sumidos en sus recuerdos. Algunos, mirando el mar desde la borda. Pocos, tambaleándose, mareados, y esta vez, no precisamente de vino.

Eran las once de la mañana cuando el barco aumentó la velocidad, y aunque el número de los mareados creció, no por ello disminuyeron las charlas, las canciones y hasta los bailes.

Cuando Solano vio a “el Risita” se le acercó, pero antes de que hablara le dijo:

-El general acaba de recibir un radio del alto comisario, en el que “nos ordena” que se fuerce la marcha. Para que lo toméis a broma.

-¿Qué quieres? ¿Que lloremos?

-Eso, no. Pero esto parece una romería.

A los pocos momentos la corneta llamaba a misa.

Formaron los legionarios y la oyeron respetuosamente, con emoción. En el momento de alzar, al doblar las rodillas, hubiese sido interesante descubrir los pensamientos de aquellos hombres que les habían anunciado la muerte. Sus recuerdos se les agolparon duros, feroces, temibles, y les espoleaban para seguir adelante, sin reparar siquiera lo que dejaban atrás. Pero Dios que acerca al infinito, había tocado sus elegidos.

Cuando rompieron filas volvieron otra vez a formar sus animadas tertulias. Los cubanos, con sus acordes, rizaron el duro aire del mar. Dos de ellos, con un ritmo caliente y oscuro, se cimbreaban bailando una rumba, primero lánguida, después violenta. Sus labios negros se abrían de vez en cuando a la blanca sonrisa de sus dientes, mientras los ojos, ritual mirada de la raza, miraban doloridos ese extraño enigma infantil y tenebroso que siempre parecen ver. Unas voces nutridas de armonía cantaban:

*“Zumba, mamá, la rumba y tambó,
marimba, mabomba, mabomba y bombó.
Como baila la rumba la negra Tomasa,
Como baila la rumba José Encarnación.
Ella mueve una nalga, el mueve la otra.
Zumba, mamá, la rumba y tambó.
marimba, mabomba, mabomba y bombó.
El se estira, se encoge, dispara la grupa,
el vientre dispara, se agacha, camina
sobre el uno y el otro talón
Zumba, mamá, la rumba y tambó,
marimba, mabomba, mabomba y tambó...”*

Los “morenitos”, al compás de las voces, seguían sus movimientos, al aire sus pañuelos, con ese ritmo a un tiempo procaz, ingenuo, atormentado y sensual. Ya todos cantaban:

“Zumba, mamá, la rumba...”

Hasta el barco parecía ir al compás de ellos. Pero pronto se separó. Nuevos radios del alto comisario reiteraban que se forzara la marcha, y se ordenó por el teniente coronel:

“Que se acelere la marcha todo cuanto sea posible, con tal de que no estallen las calderas...”

En otro de los grupos “Kuku y Picheli”, los antiguos clowns del Colón, los mismos legionarios Gamoneda y Santonja, hacían reír a muchos legionarios con sus gestos, su mímica y sus chistes; premiados con salvas de aplausos. Cuando acabaron un improvisado saltarín dio unas volteretas mortales y, después, un recitador decía aquello de:

*“Sabrás, Calixto querido,
que de Logroño ha venido
una tal Canuta Infante
con su hija Paz, que es cantante,
aunque carece de oído... (21)*

²¹ Versos picantes, festivos y groseros que tenían éxito por la declamación graciosísima del gran humorista que fue Luis Esteso. Había estrofas como esta:

*Menos mal que aprendió el piano
con Angulo este verano.
mas lo dejó... porque Angulo
quiso darle por el... piano
mil reales según calculo*

La corneta, de nuevo, cortó todas las tertulias. Llamaba a fajina y los legionarios formaron con sus platos y cantimploras. Algunos por afecto, más que por la comida, se reunieron a comer.

La escuadra de Zunueta lo hizo casi al completo: sólo faltaba “Nohabit”, que con “el tercero” estaban en lo más alto de la proa.

-Quizás ésta, a lo mejor, sea la última comida dijo Solano.

Hombre, a lo mejor no, será a lo peor.

-Tan pronto como lleguemos... Melilla ya debe estar en poder de los moros.

-No será tanto.

-Y si ha caído en poder de ellos va a ser peor...

-¿Peor para quién? ¿Para ellos o para nosotros?

-Pero vamos a ver: ¿No pedíamos guerra, tiros...? -dijo García.

-“Barud” -añadió Wanffer.

Zunueta miró fijamente a García, del que a través de las palabras de Piqueras, por saberlo anarquista, desconfiaba. Luego, tiernamente, a Solano, como para darle confianza. Le presentía con el alma encogida,

Junto a ellos estaba el maltés, que se decía italiano, le llamaban “Macarroni”, y no entendía ni una sola palabra de español, aunque sabía insultar perfectamente a sus compañeros, padres y hasta muertos. Era un gran camorrista y siempre estaba a la gresca.

-Oye italiani: ¿tú sabes algo de esa Rosetta? Tan guapa, tan fina y...

El maltés se encogió de hombros, pero Relenga que apoyaba su espalda en la de García, contestó:

-Es la mujer del “Nohabit”. Por lo menos, dicen eso, y hay por medio un hijo.

-¿De quién?

-¿*Chi lo sa?*

-Oye tú “Macarroni” a ver si resulta que eres tú el hijo.

“Macarroni” ni le dejó acabar. Se tiró contra Relenga como un tigre. Zunueta le paró el golpe.

-No tengas tan malas pulgas.

-*La tua mare...*

Se levantó con un desprecio de actor de ópera y con su plato se largó buscando una sombra.

-Después de todo tiene razón. Siempre estáis buscándole las vueltas.

-Porque le gusta. Cuando no, él lo hace con nosotros. Si bebe un poco más de vino nos muerde a todos. ¡Mira!

Relenga le enseñaba el brazo, al que le faltaba un trozo de carne. Un tremendo mordisco.

-Fue el otro día, en el campamento. Es un bicho. Hasta que le salte las muelas...

Relenga, tras el café y el “matarratas”, que corría abundante, con el sopor de la digestión, se tumbó cuan largo era. Los otros iban a hacer lo mismo, cuando apareció “el Risita” y García le dijo:

-¿Qué?... ¿Cuándo van a asaltar los moros el barco? Porque como tú lo pintas...

-No, pero a la marcha que vamos, si el barco no explota, llegaremos a Melilla sobre, las dos.

A los pocos instantes, como buscando a alguien, apareció Solanes.

-¿Os ha sobrado algo?

-No sé... ¿Pero es que te ha faltado comida?

-No, pero es que allá abajo tengo...

-Bueno, no digas más.

Al avío -dijo "el Risita"- eso te lo arreglo yo. Merodeó por entre los legionarios dormidos y al poco rato volvía con panes, latas de conservas y hasta fruta.

-Eres un lince -le dijo Solanes.

-Era: esto sólo lo hago por ti, y por esas pobres que tú proteges. Yo también he sabido lo que es el hambre. Pero procura que "la Churra" no te afeite en seco. ¡Hay que ver cómo vas de arañazos!

Solanes, agradecido como un perro, se marchó a la bodega y les dejó con la palabra en la boca.

Al sol y a la sombra, la siesta, como anticipo de la muerte, dejaba ver aquellos legionarios dormidos. El "Ciudad de Cádiz" parecía un barco de muertos que navegara a la deriva.

-“Risita”, ¿dónde vas?

-A buscar una sombra.

-Vamos.

Se acomodaron cerca del puente. Dormidos, casi juntos, encontraron a "el Charte" y el Pastor. El "Curita", Sande, quedaba un poco más allá, junto a un portugués alto y fuerte, de los últimos que se habían incorporado.

-Parecen muertos, ¿verdad? -dijo Zunueta echándose.

"El Risita" estiró el cuello y afiló la mirada.

-Y puede que lo sean. Huele tanto a "fiambre" a pesar de este viento de mar.

Pero también se echó. La modorra de la siesta y el gentil balanceo del barco les hizo cerrar los ojos. Un denso humo, como negro velo de luto, cubría el cielo: pero por popa la bandera de España se agitaba inquieta como moviéndose a los golpes de aquel motor que desde abajo trepidaba.

No supo Zunueta cuánto tiempo estuvo dormido: le despertó una voz que decía:

-Entonces el Gran Duque Nicolás, alzándose hasta su mismo corazón, me dijo: Tú eres el salvador de Rusia...

Luego oyó:

-¡Miau! -imitado por una voz humana.

Abrió los ojos. Estaba boca arriba y el azul era tan intenso que le dolía en los ojos. Todo lo veía como teñido de morado y de una blanca luz que hería. Poco a poco fue acomodándose su visión. Siguió oyendo la voz.

-Después fui negro en Harlem, un barrio de Nueva York. Yo fui quien descubrió los secretos del Ku-Kux-Klan, y el gobierno me llamó entonces para que...

-¡Miau! -le dijo la misma voz de antes.

Pero la otra siguió impasible:

-Fue después cuando fundé el Front Swarai. El mismo presidente me llamó...

-¡Miau!

Zunueta, aun indolente, levantó la cabeza y vio a “el Charte”, que tras de unas cajas de municiones le hacia señas para que no le descubriera. Le acompañaba “el Pastor”, y tenían en sus bocas una sonrisa de travesura infantil, cargada de ingenuidad. Al otro lado de las municiones se levantó el que hablaba. Era Tarok.

-¡Ah! ¿ser tú? Cuando tú mismo ver que quieren asesinar... -le dijo a Zunueta.

Y mientras el cabo lo miró sonriente, él se volvió tranquilo hacia los que le escuchaban, diciéndoles:

-Sólo ser una burla del cabo Zunueta. Pero él mismo os lo puede contar. Hace unos días, en Ceuta, en la villa de una xerifa, al tomar el té...

-¡Miau!

Hosco entonces se levantó Tarok, encarándose con Zunueta. Buscando al que le burlaba. Muy serio dijo:

-Deben de ser mis enemigos.

-¡Miau!

Se levantó “el Charte” riendo. Coloradote, sudoroso, la mirada entornada, se tiró el gorrito hacia atrás y apoyándose de codos en las cajas de municiones que los separaba, dijo a los legionarios que escuchaban:

-¿Pero como le hacéis caso a ese “trolero”? ¡Si mete cada bola!

-Vinatero, negociante sin vinos...

-Oye, tú, franchute, o lo que seas, te voy a dar una torta por cada una de las cosas que has sido.

-Para eso te faltan manos.

-Puede que tengas razón. Has sido tantas cosas...

Mientras decía esto saltó sobre Tarok. Zunueta vino a interponerse entre los dos.

-Anda. “Charte”, lárgate, porque si no vas a resultar un agente secreto.

-Antes quiero chafarle los morros.

-¡Bah! -decía Tarok- ni siquiera sabe hablar. ¡Desgraciado!

-Que te caliento...

En un revés, soltándose de el cabo y de “el pastor” vino a darle una tremenda bofetada. Tarok le dirigió un golpe que lo llevó hasta las mismas cajas de municiones. Enérgico, Zunueta se interpuso.

-¡Ea!, ¡se acabó! Ya te estás largando, “Charte”.

-Me voy porque te aprecio y no quiero meterte en líos; pero me la paga... ¡Vaya si me la paga! ¡A ti te “chino” yo!

Tarok, digno, ni siquiera profirió una sola palabra, y sentándose donde estaba, como si nada hubiese ocurrido, prosiguió:

-Ese golpe lo aprendí en la India...

“El Pastor”, que se agregó a la concurrencia, le miraba embobado, pero se atrevió a decir:

-En la India o en donde quieras, pero si te dejan solo con ése te come...

Tarok ni le miró siquiera. Como si aquellas palabras no fueran con él. Siguió:

-¿Y para qué contar más cosas? El cabo Zunueta estar aquí. El contar aquel té en la casa de la xerifa, mi bien amada xerifa Dunía, pero alguien por la ventana quererme matar.

Los ojos de los legionarios, particularmente los de “el Pastor”, interrogantes, se volvieron hacia el cabo. Se sintió un poco abrumado.

-Bueno -dijo al fin- la cosa no fue en casa de ninguna xerifa, sino en Hadú, y...

-Eran sus esclavas.

-Sí, pero pagando -añadió Zunueta, riendo.

El cabo se sonreía y también muchos de los legionarios. Otros, impacientes, esperaban que el cabo hablase. Tarok no le dejó.

-¡Así fue!... Y, ¿además, a qué vamos a Melilla? Quizá todo esto haber sido movido por matarme a mí. Posiblemente ser este el único motivo.

-Bueno -dijo uno-, no será tanto.

-¿No sabéis quién soy?

-Mira, en eso tienes razón. Has sido tantas cosas en tan poco tiempo, que, verdaderamente, yo me hago un lío.

-Pues en verdad, yo soy...

No pudo acabar. Un legionario, desde lo alto de la proa, gritó:

-¡Melilla a la vista!

Todos se desbordaron hacia proa, hacia los palos y puente. Rivalizaban en llegar a lo más alto del barco que en un momento estuvo empavesado de legionarios. Desde las alturas se agitaban ellos mismos y sus brazos y sonrisas, como si fueran banderas.

Hasta las legionarias salieron de sus escondrijos, arremangadas, el pelo suelto y contagiadas de aquel entusiasmo, parecían furias que acabasen de soltar.

-Mira, Cabrerizas, Fuente Camellos...

-El barrio Real. ¡El Atalayón!

A lo lejos, se veía Melilla blanca y fría, como de plata, rebrillando al sol de la tarde de julio. En principio les pareció muerta, aterida, acobardada, replegada en si misma...

Mas luego, al ver el barco, toda la población se lanzó a la calle, a los muelles, a las playas. Agitaban pañuelos, banderas, las manos. Vociferaban. La muchedumbre se removía como el mar, parecía una inmensa ola.

Los legionarios, con sus banderines y guiones, enracimados en el barco, respondían a los saludos, y cuando percibieron el clamor, los gritos, los vivas... los contestaban más fuertes, más tronantes que los de la muchedumbre.

Al entrar el barco en el muelle, empavesado de legionarios, y lanzar los calabrotos y cadenas, el griterío resultaba ensordecedor. Nadie se entendía.

Se tiró una escala y subió el Comandante del cañonero Bonifaz, seguido del ayudante del alto comisario. Hablaron con los jefes y oficiales. “El Risita” y “el Señorito” estaban por allí y pudieron oír:

-“De la Comandancia General de Melilla no queda nada; el Ejército, derrotado: la plaza abierta y la ciudad loca, presa del pánico: hace falta levantar la moral del pueblo, traerle la confianza que le falta, y todas las fantasías serán pocas”.

Los legionarios se miraron al escuchar aquello. Cuando desapareció el ayudante empezó a tocar la música y los vivas se repetían sin interrupción.

En lo más alto, Tarok, repartía sonrisas como si el recibimiento fuera sólo para él. “El Pastor” le miraba embobado, mientras “el Charte” le hacía burla, pero ya sin ningún rencor. Piqueras lo miraba todo muy ensimismado. Cuando una vez cruzó sus ojos con Zunueta fingió una seriedad malhumorada.

-¡Viva España!

-¡Viva la Legión!

Se repetían incesantemente entre los acordes de la música y el clamor de la multitud.

Cuando después de cumplimentar al general ⁽²²⁾ volvió el ayudante, le dijo al teniente coronel jefe del Tercio:

-Acabo de hablar con el general y tengo su venia para transmitirle esta orden: El alto comisario me encarga te diga que la población de Melilla atraviesa un momento de pánico. Es preciso elevar su espíritu, y para ello harás cuanto te sugiera tu patriotismo.

Primero habló el general jefe de la expedición, entre vivas, gritos y lágrimas. Luego, el teniente coronel, el teniente coronel Millán Astray, dijo así:

-“Melillenses, os saludamos. Es la Legión, que viene a salvaros; nada temáis, nuestras vidas os lo garantizan...” ⁽²³⁾

El fuego de estas palabras quemó el ambiente. Las interrupciones cada vez más desbordadas, más galopantes no dejaban oírle.

-“¡Melillenses! ¡Los legionarios y todos venimos dispuestos a morir por vosotros. Ya no hay peligro. ¡Viva España! ¡Viva Melilla...!”

Aplausos sin compás, sombreros al aire, pañuelos que se agitaban... Había, cundía una emoción, acaso demasiado aturdida, quizá sarcástica; por dentro la corroía una vergüenza, un dolor, una impotencia...

Cuando el barco se unió al muelle, Melilla se crispó y aplaudía y gritaba sin cesar, sin cansarse, como para olvidarse ella misma, de su propio miedo.

A la voz de saltar a tierra, los legionarios lo hicieron a la carrera, en perfecto silencio, ordenadamente. Por primera vez desde unos días, al presentir aquel orden que le llegaba, Melilla tuvo una pausa de serenidad. Un silencio de asombro y admiración la hizo olvidar sus convulsiones.

El teniente coronel captó la psicología del momento, y en aquel silencio, lanzó un grito más alto, más enérgico, más vibrante que todos los lamentos y sollozos de aquella multitud. Las Banderas de la Legión movieron las armas perfecta, maravillosamente. Y aún no sabemos por qué la multitud respiró tranquila...

²² El general que mandaba la expedición era Sanjurjo. José Sanjurjo y Sacanell (1872-1936). Participó en la guerra de Cuba y en distintas campañas de África. Colaborador del general Primo de Rivera. Director General de la Guardia Civil al proclamarse la República. Se sublevó el 10 de agosto de 1932. Fue juzgado y condenado a muerte. Indultado, dos años después, se le puso en libertad. Cuando se trasladaba a España para ponerse al frente del Alzamiento del 18 de Julio, murió víctima de un accidente de aviación.

²³ Según testimonio de uno de los legionarios que estaban cerca del teniente coronel Millán Astray, sólo dijo estas palabras. El griterío de la multitud apagaba toda voz. El teniente coronel, serenamente, se limitó a accionar. En su citado libro *La Legión*, no obstante, está al completo la vibrante, breve y urgente arenga. *Nota del autor.*

En Melilla no se había visto nunca estas fuerzas del Tercio bruñidas de sol, sudor y barro. No las habían visto nunca. Pero presentían que despreciaban la muerte, que sabrían combatir, les darían la tranquilidad, les vengarían...

La multitud se desbordó. Toda quería fundirse con la Legión y los legionarios, apretarles las manos, contarles lo que ocurría: estrujarles. Pero vibró un cornetín y el Tercio se puso en marcha.

Como un huracán pasaron aquellos hombres. Con los ojos taladraban el aire; el brazo, alto, al viento, como queriendo agarrar al enemigo: llenos de cicatrices, tatuajes, peludos y con patillas, tomaban un perfil de victoria: la banda jugaba con sus cornetas volteándolas en el aire; mientras otros golpeaban con rabia, con furia, los tambores. Todos cantaban:

*“Avanzar sin cesar,
sin temor a morir.
La vida es luchar.
el fin es sucumbir”.*

A su paso se conmovía el suelo, las calles, las casas; temblaban los corazones...
Melilla.

Por encima de la formación, quemando el aire, las banderas, banderines y guiones con sus águilas, calaveras, tigres, chacales... borraban el miedo, fusil al hombro, ametralladoras a brazo, granadas colgadas de los correajes levantaban el ánimo.

Las mujeres se abrazaban a los legionarios, les ofrecían cigarros, frutas, bebidas... Algunas hasta les besaban.

-¡Estos son, míralos...! ¡Los salvadores! ¡Viva la Legión! ¡Los salvadores!

Una madre, llorando, loca, pedía que le buscasen a su hijo. Otra alzaba un niño diciendo:

-¡Míralos, éstos nos salvarán!

Pero la Legión seguía su marcha mientras la multitud les seguía arrebatada, fulgurada. Enronquecida -lágrimas en la garganta-, ya no podía gritar, pero si rugir:

-¡El Tercio! ¡El Tercio!

Y el Tercio seguía y al doblar las esquinas de calles y plazas miraba el Gurugú. Le atraía como un imán.

Melilla se alzaba en una emoción que de ella misma le venía, se la entregaba a la Legión que, sin combatir, ganaba su primera gran batalla.

Por la tarde llegaron más fuerzas: los Regulares y Batallones de la Corona, Borbón, Extremadura, Granada y tres baterías. La ciudad les recibió con más serenidad.

La primera Bandera fue a parar a los Lavaderos, y la segunda, a Fuerte Camellos y Cabrerizas. Al atardecer montaron las guardias; fueron recogiendo algunos fugitivos que

llegaban escapados del desastre. Venían locos, torturados, extenuados, dementes y nunca contestaban a lo que se les preguntaba.

-¡Agua! ¡Sólo quiero agua!

Solano le dio su cantimplora. Se la bebió de un trago, chorreándole, tragando con feroz fruición. De pronto, cayó. Estaba muerto.

Mientras se lo llevaban llegó otro, tan desarrapado y enflaquecido que les asustó. Era un espectro.

-¡Los cuchillos! ¡Los cuchillos! ¡La luna también es un cuchillo...!

-Está loco -decía García.

-Al hospital. -dijo Zunueta.

-¡Los cuchillos!... ¡Los cuchillos!...

Después llegó un tercero, casi desnudo. De arrastrarse, del sol, traía la came viva. El vientre era todo una llaga repulsiva. Contaba haber bebido su propio orín, haber cavado mucho para encontrar piedras frescas; de cómo aquel enemigo castigaba y acuchillaba sin piedad.

-¡Todo perdido!

-Zeluán aún resiste y Nador también. Aquí estamos nosotros.

-Vendrán y... ¡no hay quién los pare!

De golpe le saltó un llanto feroz, rabioso, atormentado.

-¡Vaya! -decía Solanes, removiéndose entre la manta- Por lo visto, tampoco esta noche se va a poder dormir.

La llegada de los fugitivos se fue repitiendo incesantemente. Los legionarios les atendían. Los soldados contaban cada uno su visión más terrible, más inclemente, y agrandada como sus mismas pupilas, dilatadas y negras, como la noche, que se tendía por el cielo, sólo desgarrada por los disparos de cañón que, contra Melilla, lanzaba el enemigo.

“Nohabit”, por fin, habló:

-¿Qué ser aquello? Aquello, en la montaña...

Señalaba al Gurugú, coronado de hogueras.

-Son hogueras. las hogueras de los moros.

Así fue pasando la noche. Muy avanzada, llegó un fugitivo, gritando horriblemente, sembrándolo todo de pánico. Solanes, removiéndose, decía:

-De todas maneras, mejor que anoche con “la Churra”. ¡Qué tranquilidad...!

Y volvió a su sueño.

En lo alto, aquel fuego era corona de Melilla. La ciudad se había entregado a la legión, sin conocerla, para que la defendiera, para que la salvara... Melilla se le habla entregado, le había dado el laurel, pero sin la victoria. La legión tenía esta deuda, la de conseguirla por su honor y por su nombre, al precio que fuera...

Y aquella llama del Islam ardiendo en la noche y en lo alto de la montaña parecía el precio. Fuego, siempre sagrado; que al arrebatárselo al enemigo daría la victoria y haría invencible a la Legión.

VI

MAÑANA MAS

***El espíritu de sufrimiento y dureza.
No se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre,
ni de sed, ni de sueño; hará todos los trabajos, cavará,
arrastrará cañones, carros, estará destacado,
hará convoyes, trabajará en lo que le manden.***

-Lo del otro día estuvo bueno.

-La chica es guapa.

-¡Hombre, no!. Yo no me refería a ese festival. Yo te hablaba de lo otro, de lo de anteayer...

-¿Qué es lo de anteayer? Lo más importante de estos días es esa chica. Hay que ver cómo canta eso de:

*“Nadie en el Tercio sabía
quién era aquel legionario...”*

-Pero lo de Ait-Aisa estuvo bueno. “El Risita”, ¿quién se lo iba a figurar?, es una fiera. Si no, que lo diga éste, que es “nutral”.

Sande, Fernandito Sande, el que había venido a la Legión por penitencia, ruborizado y algo nervioso, no se atrevió a contestar. Primero, cuando en instrucción cumplía como el mejor y desde que soltó los latinajos, le llamaban “el “Curita”. Más tarde, por su delgadez, un segundo nombre eclipsó al anterior; todos le llamaban “Pajarito”. Realmente no se sabía por qué, quizá por lo poco que comía.

De su ración siempre tomaba lo mínimo, lo indispensable para vivir. Era el gran compañero de mesa. El resto lo distribuía entre los legionarios, legionarias, moros y perros. Comía, según decía, lo suficiente para subsistir, para combatir llevando su camilla.

Al preguntarle por qué hacía aquello, vista su delicada salud aparente, su cara lívida, pálida, en trance, con sólo sus ojos negros y tan abiertos, decía:

-Si yo comiera y bebiera más de lo debido, tendría más energías, más vida, y caería otra vez en las pasiones, en los vicios. Me abandono a mí mismo porque vivir es ir muriendo poco a poco. Quiero tener el alma limpia. Aquí es fácil morir; la vida para nosotros, milagro es. Por eso quiero vivir aquí limpio y puro, a fuerza de vivir de tanto morir. Como dijo Séneca: “Hay que alimentar al cuerpo como a un servidor, no como a un amo”.

Los legionarios, cuando le escuchaban, se quedaban boquiabiertos. En alguna otra ocasión añadía sus finos latines. Salían de su boca suaves, como si tuvieran perfume de incienso. Todos le admiraban por ser tan valiente como ellos para la muerte y más, mucho más que ellos, para la vida.

Siempre, al preguntarle, se quedaba suspenso, como si le costase un esfuerzo salir de su interior, como entonces lo estaba.

-Oye, “Pajarito”, escucha, que es a ti -le decía García, y mientras miraba a Solano añadía:

-Este está en trance.

-¿Decíais?

-¿Pero hay que repetírtelo?

-Este sé que hablaba de una chica y tú de lo de Ait-Asa... Pero como yo estuve en lo de Tizza...

-Te habrás enterado cómo la posición de Ait-Asa flaqueaba porque el enemigo le tiraba a modo con cañón y todo. El capitán tocó llamada, y con los enfermos, rancheros, heridos, asistentes..., con los maulas, por un barranco llegó hasta ella y la salvó. A “el Risita”, que dio el pecho y “sabe manera”, le han hecho cabo.

-Pero yo le decía que ese mismo día, en la plaza, en un festival que se celebró para recaudar fondos para los hospitales, cantó una chica vestida de legionaria esa canción de “El novio de la muerte”... ¡Y el teatro se venía abajo!

-¿Tú estuviste allá?

-¡Qué va! Yo estuve de protección, con Zunueta, en el convoy a Casabona, que mejor sería llamarle Casamala...

-¿Y cómo lo sabes?

-Por la Fanny y la Vicenta. Al decírmelo se les saltaban las lágrimas, de emocionadas que estaban...

-¿Y queréis que yo os diga?

-Claro, tú que sabes tanto, ¿qué festival es el más importante?

-¡El de los tiros! La Legión, en un sólo día, se ha batido en cuatro sitios.

-A la Legión le han cantado, por primera vez.

-Yo... -titubeó Sande- creo que sin tiros no habría Legión; pero tampoco lucharíamos como lo hacemos, si Melilla no nos hubiera recibido como hace dos meses nos recibió.

-Eso es verdad. y hay que ver los que han palmado... Si no vienen pronto a cubrir bajas, nos quedamos en cuadro...

García rebuscó en su mochila, sacó un bote de mermelada y a machetazos lo abrió.

-Ya sabéis que la Legión se va a ampliar a dos Banderas más, la cuarta y la quinta, y se aumenta una compañía de fusileros por cada una de las de ahora. A eso ha marchado el teniente coronel a España.

-Así, si por un lado nos aumentan, por el otro nos disminuyen. ¿Os acordáis de aquel que había sido guardia civil?. Pues...

*“Adiós Facundo,
que te vas al otro mundo.”*

-García, ¡por Dios! , no cantes eso. Es, cuando menos, una falta de respeto.

-Y el “morenito” aquel que se movía tan bien con aquello de mambo y no sé qué más... Pues...

“Adiós, Facundo...”

-¿Y aquel polaco que...?

Sande elevó sus ojos al cielo. García untó el pan con mermelada, y dándosela decía:

-Anda y come, que esto te gusta. Mermelada de la buena, de la que me manda mi madrina.

Sonó un tiro alto. La bala silbó su trayectoria de muerte.

-Ya tenemos al “paco” de turno. Hoy que han estado tan formalitos, quietecitos, ¡tan monos! Bueno, pero ... ¿vas a tomar el pan, sí o no?

-García, eres la tentación.

-Come y calla. Lo que soy... Bueno, ya te lo dije. Si tú te escapaste de un convento, yo de un presidio. Esto es vida: la Legión. En la primera operación sería que tengamos me hacen cabo; en la segunda, sargento; en la tercera, brigada... y así hasta teniente, con mis estrellas...

-Oye, tú, ¡para! Que al paso que vas no tienes bastantes con todas las del cielo -dijo, sonriéndole con malicia, Solano.

-Y cuando se acabe esto, vuelvo a España, me planto en Chinchilla, sólo por el gusto de ver el presidio, y luego a Barcelona, a escupirle en la cara al juez que me condenó. Yo he de ganar la vida, yo he de poderle a...

-¡García, García!... Que lo que hay que ganar es la muerte.

-Eso para ti.

Solano, “el Señorito”, que comía, tiró de cantimplora.

-Bebe, es un buen coñac.

-No, eso no. Me excita demasiado.

De pronto apareció Ponte. Llevaba los ojos enrojecidos. Estaba como una furia.

-¿Qué te pasa?

-Me han matado a “Recaredo”, el mulo.

-“Adiós, Facundo...”

-Calla o te aplasto.
-Hombre, no es para tanto. Al fin, era un mulo...
-Mejor que muchos...
-Sólo te falta decir, mejorando lo presente. ¡Cuidado que eres bruto! ¿y dónde ha sido?
-Ahí, en el barranco ese de Frajana, cuando ya regresábamos del convoy. Todos se reían porque he llorado.
García ya lo estaba haciendo, y Solano, contagiado, también.
-Y con razón, con razón, Ponte... ¡Llorar por un mulo! Ni que estuvieras borracho.
-Llora, llora más si tienes ganas. Llorar es lavar el alma.
-Y ahora, al darle el parte al teniente, también se ha reído. Porque al entrar en la tienda, agobiado como estaba, le he dicho: “Con su permiso, se ha muerto mi mulo...”
-Es que el moro se ha equivocado de bestia.
-¡Mira, García!
Pero todo quedó en esta amenaza, porque Sande vino a decir:
-No es pecado llorar por un mulo; más pecado es querer robar todas las estrellas del cielo para poder escupir en la cara de un justo...
Y mientras Sande levantaba sus ojos, el azul se rasgaba con el primer lucero. García y “el Señorito” bajaban los suyos a ras de tierra. Ponte sonreía satisfecho, casi epilépticamente, y se le caía una lágrima que parecía reflejar la luz de aquélla, la primera estrella de la noche.

* * *

Así fueron pasando los días. Campamentos, convoyes, posiciones, blocaos, operaciones y operaciones, blocaos, posiciones, convoyes, campamentos...

En tanto, la vida de los legionarios se fue entramando. Y con ella la de la Legión, nacida hacía un año y ya parecía mayor de edad. Si el intento, el impulso al fundarla fue actualísimo; la remembranza, el peso glorioso de los viejos Tercios españoles se reflejaban en ella con su valentía y nobleza, con su ímpetu y picaresca, su furia y aguante.

Excepto la tercera Bandera, que quedó en Beni-Arós como centinela de aquel territorio, la primera y segunda eran el cinturón que defendía Melilla, su seguridad. En aquellos hombres de barba y patilla, de mirada dominadora, ademán impulsivo, España concentró su esperanza de salvar a Melilla; recuperarla del colapso de pánico. Volver a poner a España donde estaba.

Verdad es que después de la llegada del Tercio entraron en la plaza otras muchas tropas y defendiéndola estaban. Pero la Legión era alma y vida de todo aquello, y su secreto estaba en el contacto constante con el enemigo, en “su manera” de buscarle, en su gracia para resistir, en su desparpajo ante el peligro: en el desgarrar ante la muerte.

La Legión, sin combatir, había ganado la primera gran batalla de Marruecos. Venía a instaurar otro modo, otra manera de luchar, otra clase, otro gesto de morir y matar. Al parapeto, al saco terrero, los sustituyó con los pechos legionarios; al componer y querer arreglar todas las cosas con alambre “de alpaca”, la resuelta semilla de la bomba

de mano; al aire receloso, tímido de todos los avances, el terrible y trepidante de llegar con gozo, tirando al fin del machete, bayoneta o navaja; a quemar, arrasar, buscando cara a cara al “paco”, sin temor ni duda; a bañar no con su viril y trágico sentimentalismo las tierras ganadas con su sangre, sino a herir con su escondido enigma el aire misterioso de Marruecos. Antes del Tercio, la campaña de África es un frío mecanismo de tropas que se movían en avances y retrocesos; se conquista, pero no se gana; ni siquiera se triunfa con pena o gloria. Desde que se crea la Legión y combate, cada sierra, arroyo o poblado se une íntimamente a la fibra legionaria; todo es a sangre y a fuego... España renace en África sencillamente porque antes del Tercio lo de Marruecos era empresa, “compromiso”; la Legión le dio color de gesta, lo cambió en una auténtica aventura de poesía que sangraba.

Ya poco le importaba a Melilla que en aquellas noches de agosto, de corazón hondo y caliente, el “Felipe”, el cañón que los moros apresaron a los españoles, bombardeara a la ciudad; la defendían los hombres del Tercio. Ni que del Gurugú bajaran avalanchas de un enemigo valiente y obstinado para acabar con las defensas inmediatas de la plaza; los legionarios las recibían impávidos. Ni que los moros se empeñasen en permanecer en Sidi Amaran o Ismoar; la Legión avanza. Ni que uno, Taguel Manin, u otros blocaos se derrumben; allá irá la Legión a salvarlos, a tenerlos en sus seguras manos. Naturalmente, todo, muriendo, pero vendiendo muy cara la muerte.

Este nuevo ambiente, este nuevo impulso heroico desde aquellas fechas se respira en todos los campamentos en un aire cifrado y legionario; es lo que ya perfila exactamente a la Legión. Las chanzas de sus hombres, sus aventuras, el sentimentalismo, quedan fuera y están siempre limitando con gracia a la muerte que ronda.

Herben, el austriaco, era el héroe del momento. Con su ingenio y valentía, y con dinamita, balas y latas, confeccionaba granadas de mano, pacientemente, durante el día. Cuando a la noche los moros les atacaban y casi en sus narices les decían: “Si vosotros salir sin fusiles, nosotros no hacer nada; si no, matar a todos”, el cabo Herben salía prodigiosamente, sin ser visto, y, cogiéndoles por detrás, les arrojaba las granadas de su propia fabricación. El griterío y las maldiciones se repetían; pero el blocao quedaba siempre por la Legión.

Tampoco estaba nada mal la estratagema de Tarok. Se pasaba las noches levantando, atado a un palo, un farol. Después, cuando el enemigo, cansado de tirar, se le acercaba, ya muy próximo, lo recibía con granadas de mano.

Relenga, Hort, Canet, “el Risita”, ya de cabo, y muchos más, en la protección de los convoyes habían actuado perfectamente. Sobre todo al retirarse, ese momento en que las sombras se alargaban y los “pacos” se pegan a los últimos escalones, aguantando desesperadamente, mientras las columnas efectuaban sus movimientos de repliegue. Los muertos ya eran muchos; aún no habían llegado al centenar: eso sí, habían caído gritando los vivos de ritual, como en una fiesta o en una despedida alegre.

Cantineros, vendedores, cantineras siguen a la Legión. Su estela de gloria les da confianza y a todos arrastra.

Entre los nuevos legionarios que vinieron de Dar-Riffien a cubrir bajas, figura Campos, del que se dice detective; un tal “Dufor”, que pasa por haber sido matador de toros; “Cuartillo”, recién salido del calabozo porque hizo una huelga de hambre; un

español, castellano él, muy fino, que nadie sabe cómo se llama y dicen que fue capitán del Ejército, y en verdad lo parece... y más, muchos más.

Solanes ha montado una verdadera industria con lo del tatuaje, y “la Churra” rivaliza con los cantineros mediante unos polvos misteriosos que le vende Werner para fabricar coñac y hasta cualquier otro licor que se le antoje con sólo echarlos al agua. Guarda la guitarra de Cifuentes como una joya y va teniendo aire de adivinadora.

-El fregado de mañana va a ser gordo -dice, y acierta. ¡Pero en lo que no acierta es en saber dónde guarda el dinero Solanes, que ya debe de tener un buen capital, y cuando ella se lo busca, se ríe y dice:

-Si algún día me matan, lo sabrás.

Y ella, que todo lo adivina. teme y cierra los ojos como para no verlo. Al presentir -no sabe qué- , tiembla, y a él se entrega, aherrojándole, como si fuera un fantasma que se le fuera a escapar, y le araña, oprime y muerde. Cuando después de sus goces le notan los arañazos y mordiscos, Solanes, orgulloso, dice:

-Cosas de María. Cualquier día me voy con los moros. No me harían más...

* * *

-Ahora viene lo bueno -dijo “el Pastor”.

Piqueras, “el Señorito”, Solanes y Fernández Blázquez, al que por saber ortografía el cabo Martín Peña le dio una escoba, le miraron sorprendidos; pero nada dijeron y siguieron mirando . Estaban muy sentados en una delantera de anfiteatro de un cine melillense. Se celebraba un festival a favor de los heridos. Algunos de estos legionarios tenían permiso para asistir como premio a su comportamiento y buena conducta; muchos estaban “de clavo”, escapados. En butacas, entre el público, veían a Zunueta, con Tarok y el maltés. Los dos últimos habían ascendido a cabos. El primero, por su defensa, por sus noches en blocaos; el segundo, por la operación del Zoco del Had. Curioso resultaba que Tarok ni siquiera hablaba de ello. Lucía sus galones con la más sencilla naturalidad. Se comprendía: para un príncipe de su sangre, para un antiguo capitán, para un rompehuelgas de Nueva York, para un espía internacional... aquello no era ni el principio.

Entre el clamor del intermedio, Zunueta le hizo unas señas a Solano. Le enseñó una carta. A la salida se esperarían.

En aquellos precisos momentos se apagaron las luces de la sala y se encendieron las candilejas. La gente volvía a ocupar sus asientos. Muchos quedaron de pie, en los pasillos. Entre ellos, muchos legionarios. Un agente de enlace, un corneta y muchos más. Los dos primeros se sonreían como si supieran lo que iba a pasar.

-Lo bueno, lo bueno viene ahora; lo de Santoja. ¿Será verdad que ese pato Colás sabe solfeo?

-No es Colás; es Colette. Y, chico, como yo no sé solfeo... Qué quieres que te diga...

-Quedarán los que mejor. No hay nada en el mundo como la Legión -decía “el Pastor” - . Somos los amos.

Solano se volvió a mirarle, sonriéndole por su fe y su ingenuidad.

-No me mires así. Ya lo verás.

La orquesta, un modesto piano y un gangoso violín, atacó de firme, como si se tratará del Gurugú. Se levantó el telón y al instante apareció una cupletista guapa y no mal torneada. Cantaba muy a tono aquello de:

*“Se metió en mi corazón
como un ladrón,
traicionando mi querer
soy toda de él;
si me mira sin amor
de pena muero yo...”*

Con su balanceo de caderas, el humo del cigarrillo y cierta picardía en los ojos conmovió al auditorio. Al final le tributó una buena ovación.

-¡Qué tía! ¡Vaya tía! -decía “el Pastor”.

-Es que es muy buena esa canción apache.

“El Pastor” miró a Solano sorprendido; luego, casi suplicante, le preguntó:

-Oye, tú, ¿qué es eso de apache?

-Hombre, apache... -bosquejó Piqueras.

-Apache es como “la Churra”, como tu “Huelvana”... -dijo rotundo Solanes, mientras sonreía Fernández.

-Eso...

-Anda, calla, que ya están ahí esos.

Al presentarse “Kuku y Picheli” los aplausos retronaron en la sala. Por fin, tras el silencio, empezaron la pantomima. El público reía con lo de la niña, la abuelita y la bicicleta ⁽²⁴⁾. Melilla, curada ya de su espanto, lanzó la carcajada cuando la voltereta final y el gesto de los payasos..

-¡Qué artistas! ¡La Legión!

Al acabar, una larga ovación premió la actuación. Entonces “Picheli”, arrancándose la peluca y mostrando su personalidad de legionario, dirigiéndose al público, dijo:

-Señores: Pido perdón a ustedes por no poder satisfacer la expectación que había despertado el debut de mi pobre pato Colette; este pobre pato, digno de mejor suerte, ha sido víctima de la voracidad de un legionario, que se lo ha comido con patatas ¡cuando ya sabía solfeo! La ciencia ha perdido un magnífico ejemplar donde estudiar el origen de las especies, y yo mi mejor amigo.

²⁴ El chiste de la niña, la abuelita y la bicicleta, muy de moda entonces, lo escenificaban admirablemente estos payasos. La nieta pasaba ante la abuela y decía:

Mira, ahora, sin manos.

Luego daba otra vuelta y decía:

Mira, ahora, sin pies.

Daba una graciosa voltereta, le sangraba la boca y decía:

Abuelita, ahora, sin dientes.

Santoja sonreía muy amargamente y la gente se reía como si fuera un chiste más. ¡Pobre pato Colette! Quizá de aquí salió aquello que una vez dijo una señora: “La Legión... ¡Ya es una cosa muy grande! Es... ¡una cosa muy opípara!” y todo es verdad. Como le ocurre a la misma Legión. Todos la temían como si fuera de locos o condenados, y de su fondo, qué caudal de sensibilidad brotaba y la mantenía... Tan bajo, que de lo peor le llegaba, y tan alto, que ya tocaba el sueño eterno de los muertos. Algo inverosímil que la Legión estaba realizando con su valor ya todo evento. Como en un milagro heroico.

Las risas se acabaron cuando de nuevo cargó la orquesta.

-Ahí va lo bueno.

Sobre las tablas apareció una mujer vestida con falda color kaki, modelo pantalón; su busto, abombado con una camisa legionaria y un gorrito ladeado, le daba una gracia equívoca, de ingenuidad y malicia ⁽²⁵⁾.

Al cantar las primeras estrofas, el público fue ganado con esa emoción calurosa que seca la garganta.

Y al estribillo:

*“Soy un hombre a quien la suerte
hirió con zarpa de fiera,
soy un novio de la muerte...”*

Todo el público aplaudía en pie. Al final, sacada la bandera con sus vivos colores, todo el teatro hervía con gritos y vivas. Cayó el telón y la gente empezó a marcharse.

Solano esperaba en la puerta a Zunueta.

-¡La caraba de bien, chico!

-Es una artistaza.

-Y esa carta que me enseñabas, ¿qué es?

-Lo que tú querías. Tu hermana ya es mi madrina, ha aceptado; toma -y le dio la carta ⁽²⁶⁾.

En tanto se acercaron los otros y Solanes preguntó:

-¿Qué vais a hacer?

-Volver al campamento -dijo Zunueta.

Solanes torció el gesto. Y “el Pastor” sólo decía: -¡Qué tía! ¡Vaya “apacha”!

Se acercaron María. “la Churra” y “la Huelvana”.

-Que “haiga” paz.

Cuando “el Señorito” acabó de leer la carta, dijo al cabo Zunueta:

-Vamos a celebrarlo, yo invito.

Las legionarias con su fino instinto se cogieron a sus “maríos”.

²⁵ Sobre el artículo del autor: Del cuplé al himno pasando por la Legión (ABC, 19 Septiembre 1976) doña Mercedes Fernández, “Lola Montes” (ABC, 6 Octubre 1976) testimoniaba haberlo cantado por primera vez y en aquella ocasión. Véase réplica del autor en el mismo diario el 19 de octubre de 1976.

²⁶ En la guerra de Marruecos la madrina de guerra fue una verdadera institución. “De madrinas de guerra muchas bodas están hechas”.

-Mira -le decía al oído de Solanes “la Churra”-, éstos son muy “finolis” y harán carrera.

-Vamos todos, invito yo.

-Pero deja que yo mande la expedición. De esto sé más que vosotros. En esto soy, lo menos, capitán general -dijo la Vicenta.

A la luz incierta del atardecer, Melilla en sombras, nacía a la angustia de los bombardeos nocturnos. Las luces no se encendían, pero Vicenta no las necesitaba; era pájara de noche. Les encaminó al Barrio del Real, los entro en una taberna, ella delante como una reina pasó entre los soldados y paisanos.

-Vamos dentro, Luciano -dijo al tabernero.

A los pocos momentos todos estaban acomodados. Había vino, Kife, aceitunas; trajeron hasta cerdo asado.

Cuando menos se lo esperaban apareció Rosetta.

-¡Oh, signorina! -dijo “Macarroni”.

-¡Oh, cavalieri! -dijo ella.

El italiano y la italiana hablaban en su idioma. Tarok había pillado por banda a Fernández Blázquez y le hablaba de un viaje que hizo al Japón y luego de una apartada isla de la Oceanía donde le quisieron erigir rey.

“La Vicenta” desapareció sonriendo y diciendo:

-Ahora vuelvo. Es que tengo ropa tendida...

Zunueta y Solano hablaban aún de la carta.

-Es muy buena mi hermana, casi una niña, ¿sabes? ... Aún no tiene ni veinte años.

La conversación se hizo general cuando preguntó “el Pastor”:

-¿Es verdad lo del pato Colás?

-Colette, “Pastor”, Colette.

-Que se lo han comido, desde luego.

-¿Pero sabía solfeo? Ese “Picheli” es el demonio.

-¿Y quién se lo habrá comido?

-No sé, hija, no sé.

-¿Qué es solfeo?

-Música, “Pastor”... .

-¡Ah, ya! ¿y quien?

-A mí me parece que ese corneta...

-Yo creo que...

Una granada de cañón explotó muy cerca.

-Vaya, ya está el “Felipe” haciendo de las suyas.

-¿Vamos a ver qué ha pasado?

-Lo de siempre. Pero en ésta no ha habido “fiambres” -dijo María muy segura.

-Si ésta lo ha dicho, ni uno. Siempre acierta.

-De todas formas, ya es hora de regresar al campamento. ¡Vale muchachos!

Ninguno se movió. Solano únicamente estaba presto.

-¿No os venís?

Tarok, al ver que se levantaba Fernández, también lo hizo. Mientras Solano pagaba, “la Churra” se acercó a Zunueta.

-Oye, tú, aquí todos te queremos; pero déjalos. Luego irán.

-Es que...

-Se quedan con “Macarroni”, que es tan cabo como tú. Bueno, como tú, no. Tú harás muy buena carrera. ¡Pero éstos ...!

-¿Os venís o no? --añadió Zunueta.

Ni caso le hicieron. Cuando ya iban a salir Solano, Fernández, Tarok y Zunueta, le dijo la María:

-Déjalos, ya irán. Y a ti, “Señorito”, “barcalofi” por el convite...

No acabó. Al ver que Solanes, por detrás de “Macarroni” intentaba cogerle una mano a Rosetta. Le tiró de una oreja diciéndole:

-¡Niño!... ¡peligro de muerte!.

Se le plantó delante, muy en jarras, mientras “el Señorito” pagaba y salían los otros.

-Ese Zunueta va a llegar muy lejos.

-No, mujer, al campamento -dijo, ingenuo, “el Pastor”.

-¡Qué tonto eres! ¡Ni por casualidad aciertas! Quiero decir, mañana será sargento, y tú...

-¡Anda, Luciano!, tráete más vino. A ver si me puedo borrar un mal pensamiento que se me ha clavado en la frente.

Era muy de mañana cuando sonó la diana. Pasada la lista, resultó esto: al “maltés” le arrancaron los galones de cabo y, sin armas, a tirar de un mulo; “el Pastor”, Solanes y el negro Brown, castigados, al pelotón, sin perjuicio del servicio.

Cuando al tocar llamada formaron, Zunueta los miraba con cierta lástima, y “el Señorito” sentía el peso de un rencor en los ojos de “el Pastor”, que tenía un ojo hinchado, amoratado.

Apenas anduvieron unos pasos, quedaron en la retaguardia con sus mulos y sin una sola arma. Marchaban no muy ligeros. El sol se empezaba a notar. Era el 8 de septiembre de aquel mismo año del desastre, el de 1921.

Al llegar al Zoco del Had de Beni-Sicar se mandó alto y los oficiales acudieron al toque de llamada. Formaban la segunda Bandera y dos compañías -la de fusiles y ametralladoras- de la Primera. Cercanos estaban los Regulares de Ceuta.

Trarok se acercó a Zunueta:

-Parece que hoy va a ser bueno. “Barud”, mucho “barud”. ¿Sabes dónde vamos?

-¿Cómo no saberlo, Tarok? Convoy a Casabona.

-¡Maldita Casabona! -dijo “el Risita”, que llegaba al grupo- . ¡Está dando más guerra!

-Es lo suyo... -añadió Solano.

En aquellos momentos, “el Pastor”, aprovechando la ausencia de los sargentos, que habían sido llamados, dejándole las riendas de su mulo a Solanes, se acercaba al grupo:

-Oye, tú, “Señorito”, eso de apache es una cosa mala, ¿no?...

-No, hombre; es...

-Pues, mira, la “Huelvana” anoche la llamé “apacha”, y...

Le enseñaba su ojo amoratado, con el blanco sanguinolento y dolorido por la luz del sol.

-Debías ponerte algo. Vete a ver a Colbert; él te lo arreglará.

Pero se perdió entre los bulliciosos legionarios y la mañana clara, de una luz intensa. El azul del cielo caía como chorros en aquella barrancada.

Los enlaces ya estaban prestos a llevar los partes, entre ellos uno nuevo, Atienza, también se reía mucho en el teatro cuando lo del pato, y al que Campos, el detective, no dejaba de vigilar. Los camilleros armaban sus camillas. “El Pajarito” y “el Charte” prepararon la suya y Solanes se tumbó en ella cómodamente a tomar el sol, con el sombrero tirado a la cara, pero sin dejar la rienda del mulo.

“Cuartillo” estaba a su lado mirándole y le decía:

-Anda, hombre, levántate. Pareces un muerto.

Pero Solanes, impasible, siguió hasta que la columna se puso en marcha. A la media hora hicieron alto. Los fusileros seguían dejando los Regulares a la izquierda. Los dos se perdieron por el valle de Río de Oro.

De pronto, Blanes, el abanderado de la primera, alzó la bandera y una ola de hombres rugientes se lanzaron monte arriba. Al aire, las granadas de mano estallaban como rosas de fuego y muerte; las bayonetas rebrillaban, quebrando en miles los rayos del sol. La Legión había alcanzado en su primer asalto las tapias de un corralillo amurallado. Los Regulares, la margen de una viña.

Una batería, desde un blocao, abrió el fuego, como queriendo coser el azul de gloria que irradiaba la mañana.

Solanes empezó a aligerar las correas de las cajas de municiones.

-Esto va a estar bueno.

Arriba, las primeras guerrillas, veloces y audaces, asaltaban una casa; al frente, las Banderas: las Águilas y los Jabalíes, mordían el viento, conquistaban el aire. Detrás seguía la segunda línea; los hombres serenos, tranquilos, imperturbables.

El tiroteo se advertía intenso y muy cercano. La artillería abría sus fuegos con gran violencia. El estallido de las bombas de mano era constante.

“El Pastor” se maldecía:

-¡Y pensar que yo podía estar allí! ¡Todo por culpa de esa “apacha”! En cuanto la pille la desnucó.

Lentamente se fue moviendo la columna de los mulos hasta el mismo pie de la montaña donde se combatía. El mulo de “Macarroni” andaba suelto.

-¿Dónde estará ese tío?

-Cualquiera lo sabe.

Una voz desde arriba gritó:

-¡Municiones!

Solanes cogió dos cajas al hombro y se encaminó cuesta arriba. Al descrestar, centenares de silbidos le bordaron la silueta, pero él se dedicó a ver y mirar.

Había muchos enemigos muertos y algún que otro legionario. En la tapia de un corralizo los del botiquín asistían a los primeros heridos. Los camilleros, afanosos, realizaban viajes.

Solanes, con sus municiones, atravesó el campo, y llegó hasta una casa. Muy cerca de ella, un camión blindado, inutilizado, en el paso de uno de los convoyes anteriores a la posición de Casabona. Servía de parapeto a los moros, que disparaban, con su tino, con su ritual impasible, como si rezaran.

Se dio cuenta de todo el legionario, y entre el fragor del combate, hasta le hizo una seña a Zunueta, en el extremo de una guerrilla. Cuando veían voltear algún enemigo, se daban ovaciones, gritos y vivas. A lo lejos, vio a Tarok. Se quedó mirándole. No tiraba con fusil. Esperaba tranquilamente que llegara el enemigo, que le cercara, para romper el cerco con granadas de mano.

-¡Bravo, Tarok! , gran embustero, pero aquí de verdad te bates. Aquí no nos engañas; te estamos viendo.

Al volver sobre sus pasos, junto a la tapia, se encontró con “Macarroni”.

-¿Qué haces tú aquí?

-Viendo -dijo con melancolía.

-Vente abajo. Si se da cuenta el sargento te pone el saco. ¡Anda!

En el botiquín oyeron al médico, que decía:

-No traerme los muertos; primero, los heridos.

Los muertos, casi todos de cabeza, por la proximidad y el buen pulso del enemigo, yacían amontonados. El capellán les suministraba la absolución.

Cuando llegaron abajo “Macarroni” y Solanes, los camilleros les hicieron corro:

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa arriba?

-Chicos, aquello parece una verbena, un tiro al blanco.

-¡Oh, no! Los moros estar “farrucos”; querer recuperar la perdido.

Tiraba con más frecuencia la artillería y el tableteo de las ametralladoras era más seguido. Las ambulancias se fueron acercando, y de arriba bajaban los camilleros con su dramática carga.

-¿Qué tal viene?

-¿Quién es?

-Es Blanes, el abanderado, ese que era aristócrata, duque lo menos.

-Viene muerto.

En el Flanco izquierdo ocurría algo parecido. Y aunque circuló la noticia que el teniente coronel de Regulares. González Tablas había sido herido, todos siguieron en sus puestos, sin titubear ni un sólo instante.

-¿Pero por qué no avanzamos? -preguntó “el Pastor”.

-Porque no hay que avanzar. El convoy ya estará entrando en Casabona, y además, hay que aguantar todo el día, hasta que regrese.

-Mientras -terció el sargento- , se está poniendo otra posición intermedia entre la del Zoco y Casabona. Así acabaremos de una vez.

“El Pastor” cogió dos cajas y se fue hacia los tiros, con un orgullo tremendo. Se cruzó con unos camilleros, llevaban un teniente herido, y al pasar les dijo:

-No es nada, muchachos. ¡Viva la Legión!

-¡Viva! -contestaron.

El combate seguía con mayor denuedo. Del Gurugú bajaba un numeroso enemigo, y, aunque la artillería tiraba, prácticos en el terreno, los moros llegaban hasta muy cerca.

Las ametralladoras les contenían. Y cuando intentaban el asalto con las granadas de mano les batían. En algunos puntos y en varias ocasiones se había llegado a la lucha cuerpo a cuerpo. “El Pastor”, ante el espectáculo, se emocionaba y gritaba.

-¡La Legión! ¡La Legión! ¡Lo más grande del mundo! .

-Que te van a dar, que las balas no son borregos... -¡Tu madre! ... Pero anda ya, si es García. Chico, qué bueno está eso.

-Según a lo que tú llames bueno.

Cuando desde las avanzadas regresaba al segundo escalón vio a Tarok, a lo lejos, envuelto en una nube de humo, y rodeado de enemigos. Todo desapareció entre una gran explosión.

“El Charte”, que lo estaba mirando, instantáneamente cogió la camilla.

-Tú, allá -le dijo al “Pajarito”-; seguro que le han dado a Tarok.

Como un relámpago corrieron, y, al momento, en la camilla traían a Tarok, destrozado el pecho, yerto, rígido ya... La cabeza inmóvil, pálida la frente, sólo un hilillo de sangre en la comisura izquierda de la boca le daba un rictus de sonrisa burlona, como de sí mismo, de sus propios pensamientos.

Cuando el capitán médico, después de atender a un herido, que marchó por su pié acompañado de “el Pastor”, se acercó a Tarok, les dijo a los camilleros:

Ya os he dicho que los muertos después; primero los heridos.

-¿Muerto? ¿Muerto ha dicho?

-Sí, hombre, sí; muerto. Casi va siendo lo natural... -no acabó la frase y se puso a atender otro herido.

-¿Muerto?.. ¡Tarok!... ¡Muerto!... Yo estoy seguro que no; yo estoy seguro que cualquier día se nos aparecerá para decirnos: “Cuando yo estuve muerto, allá, en lo de Casabona...” Era ya lo único que te faltaba, compañero.

Y “el Charte” le pasaba la mano por la frente, le separaba un mechón de pelo aún sudoroso. Le miraba, absorto, el pecho destrozado, hueco, abierto, como para enseñar la verdad de su corazón valiente y aventurero.

Sande le sacó de aquella contemplación:

-Oye, “Charte”, que piden camilla los de la casa.

Allá fueron. Era García. Tenía una herida en el pecho. Pálido, dolorido, atravesado por el dolor yacía en el suelo.

-¡García! -exclamó Sande.

-¡”Pajarito”! -dijo moviendo la cabeza.

-No será nada, te pondrás bueno... Tú eres la vida...

-Me muero, pero lo he matado.

-¡No digas eso!

Cuidadosamente, lo colocaron en la camilla. “El Charte” no hablaba; parecía que se le habían secado los sentimientos.

-¡La Legión!

García no pudo decir más.

Los camilleros se pusieron en movimiento. Al desenfilarse de la casa, ya cerca de la primera tapia, donde estaba el puesto de socorro, “el Charre” notó que la camilla se le caía. Se volvió. “Pajarito” sangraba por la boca.

-¡Sigue, sigue!...

Así llegaron al puesto. Al acercarse el médico, Sande, derrumbado, caído, señalando a García, decía:

-No, no: a ése primero...

Cuando vio que llegaba el capellán, mirando al cielo:

-A ése primero... Vino a salvar la vida y lo que va a ganar es la muerte -repetió.

En esto pasaba Solanes, con su carga de municiones.

-¡”Pajarito”!

Sande miró al legionario, y, sonriente, como iluminado por el dolor, le dijo:

-No es nada, sigue.

Así lo hizo Solanes, y, al saltar la tapia, sintió un calambre en el brazo, y se le cayeron las dos cajas de municiones. Al ir a cogerlas no podía. Se vio entonces correr la sangre, y exclamó:

-¡Arrea!... ¡Si me han herido!

Como pudo se cargó una de ellas y siguió hasta la casucha, que aguantaba aún, a pesar de los primeros y certeros cañonazos que le dirigían los moros. Pero Zunueta les infundía su temple a los suyos. “Nohabit” tiraba sin cesar, cambiando de posición, de un lado a otro. Solano no descansaba con su fusil: Wanfer tiraba, y hasta canturreaba. “Tallarini”, el italiano preparaba las granadas de mano.

-Llevas sangre, Solanes.

-Sí: me han herido, ahora mismo, en el brazo.

Solano, con el paquete de cura individual, le vendó. El herido no dijo ni una sola palabra, Salió corriendo..., y al momento volvía con la otra caja de municiones.

-Aquí tenéis la otra caja.

-¡Cuidado que eres bestia! Vete al botiquín.

-Esto no es nada -y se tocaba ufano la venda empapada de sangre.

Un disparo entró por la ventana

-¡Agáchate! ¡Que te van a dar la segunda! ¡Anda ya, y lárgate a ver al médico!

Solanes obedeció. La sangre le manaba muy de prisa y casi le llegó a inquietar.

Pero no era esto...

Sencillamente, lo que le pasaba es que en su interior sentía un gozo extraño, un sentimiento distinto a cuantos hasta entonces había tenido. Notaba algo así como si al derramársele aquella sangre, se le fuera rompiendo la costra de sus vicios y pasiones que envolvían su alma; casi se la tocaba... Se sentía como cuando era niño.

El médico se rió al oírle decir:

-Me han herido, mi capitán; aquí, en el brazo, y me han estropeado mi mejor tatuaje, mi mejor obra de arte...

Y le enseñaba la herida, transido, orgulloso y sencillo. Como el niño travieso que ha cometido una diablura y espera modoso que le reprendan... de pronto se ríe porque nota que ha hecho gracia.

* * *

Así fue lo de Casabona. Más sal que táctica, menos sustancia que arrojo. Un combate rudo y empeñado de diez horas, en el que la Legión se supo sacrificar, para que se realizaran las órdenes del mando.

Lo de menos era lo logrado; lo de más fue cómo se había hecho. Tranquilamente, con la mayor naturalidad. Con un aire nuevo, con un estilo de cuño propio, de rabia y heroísmo, de malicia y talante, furia y tranquilidad. Hasta entonces sólo hubo jaque, desplante, fantasía... Desde entonces, la verdad desnuda y sangrante de saberse batir con hechura y seguridad, con derroche de personalidad, con donosura de saber morir y matar. La Legión, en su primer combate serio, había tenido más bajas que en todo un año de estar acudiendo a todos los encuentros. Melilla le dio el laurel. La victoria aún no estaba en sus manos y ya se presentía en sus vientos.

Nada quedaba en aquella zona del Ejército, pero la Legión estaba coagulando a uno nuevo que nacía. La bandera de España volvería a ondear en todas las posiciones perdidas. El mando, el de Africa, naturalmente; el de España, un Gobierno tímido y en sus cabildeos, se quería excusar buscando unas responsabilidades que en él mismo estaban y quería encontrar en los demás... Pero el mando del ejército de África se dejó ganar por la Legión.

El general en jefe abrazaba a los legionarios y les mandaba camiones para bajarlos a la plaza y pasearlos por ella como vencedores y campeones de su tranquilidad. La orden de felicitación de la Alta Comisaría era una loa encendida, sobria y severa.

Pero antes de que aquellos hombres, con su dudosa alegría de supervivientes, llegaran a la plaza, las legionarias Vicenta, "Huelvana", "la Churra", Rosetta y una nueva, "la Manón"... llegaron hasta la misma base de combate. Preguntaban sin cesar, agobiándoles de interrogaciones:

-¿Y "Nohabit"? ¿Y...?

-¿Sabes algo de "el Pastor"?

-¿"Nohabit"?... ¿"Nohabit"?... ¿quien es?

-A Solanes te lo han herido.

-¡Madre mía de las Angustias!

-Pero, ¡chica! No te pongas así, que no es grave la cosa. En un brazo. Una temporada en el hospital. ¡Menudo lo vais a pasar!

"La Churra", pasado el primer susto, lanzó un grito casi idéntico en su gozo, al de Solanes:

-¡Nos han herido!

-Mujer, que ha sido a él sólo.

-Eso es igual.

Cuando por Melilla, al atardecer, desfiló la Legión, para coronarla con la primera rama de laurel cosechada, el entusiasmo, los aplausos y vítores retemblaban.

Rotas las filas, los ofrecimientos, requiebros e invitaciones se multiplicaban. A legionario hubo que pasearon en hombros.

Los melillenses quedaban asombrados ante aquellos hombres desconcertantes. Uno casi lloraba, porque le habían comido un pato que decía saber solfeo; otros perdían

sus galones para volverlos a ganar; algunos, de los que se contaban las más extraordinarias historias... Ante aquellas miserables mujeres, las legionarias, que decían:

-¡Nos han herido! -y tan de veras parecía la afirmación que hasta las fulguraba, las ennoblecía.

Aún más asombrados quedaban ante Zunueta, nombrado sargento en el mismo campo de batalla. Rodeado de los suyos y unos paisanos que le invitaban, con el vino al alto brindaba diciendo:

-¡Por la Legión! Esto es el principio. Mañana más.

VII ESTRELLAS APAGADAS

El espíritu de acudir al fuego. La legión, desde el hombre solo, hasta la legión entera, acudirá siempre a donde oiga fuego, de día, de noche, siempre, siempre, aunque no tenga orden para ello.

Mañana era igual que ayer: pelear sin descanso.

Aunque ya habían llegado a Melilla muchas fuerzas, y las operaciones, como decían, iban a empezar, era la legión la que no cesaba en su afán de combatividad. Los huecos, las bajas, eran cada vez más numerosas; pero de Dar-Riffien llegaban los nuevos, orgullosos, resueltos, dispuestos a emular a los veteranos.

Entre ellos venían algunos valencianos, con sus ojos entornados, como buscando en los aires una melodía, y siempre con palabras rezumantes de ironía, como griegos de la decadencia. Asturianos, broncos hasta en su valor. Catalanes pervertidos hasta los tuétanos por los agitadores políticos, soñando un libertinaje brutal, sin reparar siquiera en los horizontes industriales de su región, ni mucho menos en el orden de la patria. Castellanos y aragoneses, silenciosos, como conscientes de su deber. Gallegos y portugueses, siempre tristes y siempre emprendedores, finos en sus ambiciones y chanzas, sin temor ni a la aventura ni al peligro. Andaluces risueños y dicharacheros, haciendo poesía con palabras y buscándola en sus hechos. Extranjeros, muchos extranjeros: franceses, alemanes, polacos, rusos y sudamericanos: cubanos, chilenos, argentinos, colombianos... Miles de hombres que llegaban a demostrar su valentía.

Entre todos, en aquellos precisos días, para cubrir inmediatamente bajas, trajeron dos grupos que causaron impresión hasta en los mismos legionarios. Unos eran “los impenables”, los del pelotón de castigo, con sus palas y picos, con esa alegría singular de llevar una pena a la guerra. Los otros, los que estaban sujetos a condena y arrestados: los del Hacho a ⁽²⁷⁾. Saludaron por todos con un: “ ¡Ahí va el Hacho!”.

Se ufanaban luciendo su categoría y clase de bravos e indeseables, de temerarios y feroces. Era curioso oírles contar sus historias que para contraste, buscaban el combate.

²⁷ Era entonces un grito para bravos e indeseables. Sencillamente eran los que indultaban del famoso presidio para que combatiendo redujeran la condena.

El maltés, “Macarroni” desapareció cuando aquella tarde volvieron en Melilla, después apareció, y aun a pesar de estar contrariado por la pérdida de sus galones de cabo, se sentía muy ufano.

El campamento estaba tranquilo; apenas si algún “paco” de las estribaciones del Gurugú. De vez en cuando cosía la calma con la inquietud de un disparo.

Cuando todos reían, llegó Piqueras con sus nuevos galones de cabo ganados en Casabona. Traía un gesto cerrado y duro y además un libro en la mano. Preguntó:

-¿Habéis visto a Zunueta?

-A tus órdenes, mi cabo. Enhorabuena.

-No moverse.

-Enhorabuena, hombre, por esos galones.

-Os pregunto si habéis visto a Zunueta. Tú que eres tan amigo de él, ¿no sabes dónde está?

“El Señorito” se levantó y lo miró con respeto.

-He dicho que no os levantéis. ¿Dónde está?

-Ven conmigo; estará en la chabola.

Se fueron Piqueras y “el Señorito”. Andados unos pasos, ante el gesto de rencor tan de Piqueras, el acompañante no se atrevía a hablar; pero, preocupado por lo que le pudiera pasar a Zunueta, rompió el silencio:

-¿Pasa algo? ¿Es alguna mala noticia para Juan?

-No, no es nada de particular. El era muy amigo de ese búlgaro, rumano, polaco, checo... o lo que fuera. De Tarok, ¿no?

-Sí, y yo también. Lo mataron en Casabona.

-Ya lo sé.

-¿Qué es lo que te pasa? Contento deberías estar por esos galones, y...

Solano calló mirándoselos con cierta envidia.

-¿Contento?...

Pero no pudo decir más. Llegaban a la chabola de Zunueta. Al verles se levantó, diciendo:

-¡Vaya, Piqueras!... ¡Cuánto me alegro que te hayan hecho cabo!

Le abrazó. Piqueras, inmóvil, se dejó abrazar.

-¿No te alegras? Te portarías muy bien, porque tú eres muy valiente...

-Sí, como quieras. Arreaban y uno se tenía que defender; eso es todo. Inútilmente me empleé en una causa que...

-Qué mejor causa que ésta, la nuestra, la de la Legión.

-Mira Zunueta, vamos a dejarlo; y a lo que venia.

-¿Te han sentado mal los galones?

-Eso le decía yo.

-Pero no te están mal ni mucho menos.

Zunueta le cogió de las manos y se las levantó.

-¡Vaya galones! ¡Si te están muy bien! ¡Menuda carrera vas a hacer tú!

Piqueras, en un rápido movimiento, casi convulsivo, se desprendió de Zunueta. Fuerte como era, lo consiguió fácilmente.

-Si no me dejáis hablar, me voy.

-Te dejaremos, porque si no, te va a comer la rabia.

-A lo que iba...

“El Señorito”, irónico entonces, replicó:

-A lo que venias, dirás.

A Zunueta le hizo tanta gracia la “salida” de su compañero, y estalló en una ruidosa carcajada al ver tan serio al nuevo cabo. Y -¡qué extraño!- el propio Piqueras también rompió a reír. Cuando se lleva un fuego cerrado, por dentro, y hay alguien que de golpe nos libera de él, el alma parece escaparse. Esto le ocurrió a Piqueras: se reía de algo inocentemente absurdo -cosa, por otra parte, frecuente en los campamentos-. Se reía desde sus tinieblas, como antes de venir a la Legión, de pistolero, disparaba en las encrucijadas sobre hombres a los que ni siquiera consideraba. Y luego, cuando huía, en pleno campo, se extasiaba mirando una nube en el cielo, el volar de un pájaro o el conmoverse con la brisa una flor.

-Pues bien, a lo que venía. -Piqueras continuó- Creo que tú conocías mucho a Tarok.

-Sí, claro...

-¿Sabes de dónde era? ¿Si tenía familia? ¿Dónde vivía?... Me manda el capitán de la compañía; es para escribirle a sus familiares...

-Pues, chico, no lo sé. Contaba tantas cosas, que...

-Conmigo vino desde Madrid, pero...

-Tanto como hablaba y nadie sabe nada de él. Es curioso.

-¡Es que contaba cada cosa! ¡Y cada vez era distinto! ¡Pero qué bien se portó! ¡Qué tío tirando bombas de mano!

El caso es que le hemos buscado en la mochila, y tampoco hemos encontrado dirección alguna. Sólo este libro.

Piqueras se lo dio a Zunueta, que, reconociéndose poco ducho en la materia, se lo pasó a “el Señorito”.

-¡Serán sus memorias!

-Aquí ya no se ve.

Entraron en la chabola, donde estaban Wanffer y “Nohabit”. Encendieron una vela y examinaron el libro. ¿Qué es?

-Pues... no sé. Está escrito en un idioma que francés ni inglés ni alemán...

Wanffer se acercó y cogió el libro.

-Ser “Don Quijote de la Mancha”, una traducción croata por Tomic, en Agraam, Zupana, el año 1879. ¡Gran tipo ese Tarok! Un enamorado de la España...

A la luz de una vela aquel libro era el verdadero testimonio de Tarok. El supo con aquel “Don Quijote” dar su última y verdadera lección desde un campamento de África a aquella España que frívolamente se europeizaba, sin atender a sus propias razones ni a ninguna convicción.

¡Lástima que tan hermosa lección ni siquiera la escuchase, y de escucharla... no la iba a entender!

Porque, por última vez, el libro que dejaba Tarok, su último recuerdo, como su muerte heroica, era de verdad, de la buena, de 1a legionaria, de la que se estaba -¡por fin! -realizando en Marruecos, y... ¡Cuánta falta le estaba haciendo a la misma España!

* * *

La noche no fue tranquila. Sobre el blocao más avanzado, “el Malo”, guarnecido por tropas de un Batallón Disciplinario, “primos hermanos del Tercio”, desde las últimas horas de la tarde, concentro sus fuegos el enemigo ⁽²⁸⁾.

Crepitaban los disparos sobre la cumbre de aquel picacho y parecía como si de él nacieran las estrellas.

De la segunda Caseta llamaron al Atalayón. El oficial que mandaba “el Malo” estaba herido. También muchos de tropa, y necesitaban auxilio. Ya con la noche cerrada, el enemigo había rodeado el blocao y encendía el cerco con hogueras al parecer de gasolina, pues tan altas eran las llamas, que ello semejaba una miniatura del infierno. Para completar la visión, de vez en cuando, no faltaba ni el rayo: un reflector de un barco de la escuadra iluminaba momentáneamente la posición. Después sonaron las bombas de mano, luego el cañón, muy atinada la puntería sobre la luz de las hogueras. El enemigo no quería dejar escapar la presa. Aquella noche campeaba la muerte tan vestida de resplandores, que todos los legionarios querían buscarla, encontrarla, saber cómo era...

-¿Qué pasa? ¿Qué pasará arriba? -era la pregunta que todos se hacían.

La Legión, toda la Legión, desde la sección que guarnecía el Atalayón, como las que estaban en las posiciones cercanas, querían acudir. El fuego les citaba.

Avanzada la noche, el tiroteo se hizo general. En todo los puntos, los hombres eran necesarios; pero dándose cuenta de la grave situación de “el Malo”, el oficial que mandaba el Atalayón decidió ir en socorro del avanzado blocao. Mas no todos podían ir. Esto era imposible; allí también hacían falta. Irían, eso sí, pero pocos, unos cuantos. Inmediatamente los formó, diciéndoles:

-¡Hay que ir en auxilio del blocao! ¿Quién es voluntario?

Y todos salieron.

-Está bien.

A la luz incierta de la noche, tan sólo alumbrada por aquellas hogueras de muerte, el oficial fue señalando a los legionarios:

-Tú, tú... ¿Cuántos van? Dos, tres..., catorce..., dieciséis. ¡Bastan! ¿Sabéis que vais a morir? ¿Que únicamente por un milagro podéis escapar? ¿Insistís en vuestro deseo?

²⁸ Se sigue la versión del sargento Ruperto Valle, que acompañado de dos legionarios, se acercaron al lugar donde estaba el blocao y encontraron los quince cadáveres entre los escombros. Este es el resumen del porcentaje de bajas:

Asistieron..... 16 Tropa.

Bajas absolutas..... 15 Tropa.

Tanto por ciento... 93,75

La Legión (Historial de Guerra) 1 Septiembre 1920 al 12 de Octubre de 1927. Federico Ramas Izquierdo. Imprenta África. Ceuta 1933.

Zunueta se esforzó por que lo viera el teniente. “Nohabit” se escurrió entre las sombras y se pasó al grupo de los voluntarios. “Dufor” estaba con el deseo de marchar: se le veía escrito en los ojos. “El Señorito” esperó sereno y firme.

-Bastan, he dicho. Que nadie venga sin estar designado. Fuera los demás.
Sólo se oyó una voz de uno de los designados:

-Mi teniente, como vamos a una muerte segura, ¿quiere usted entregar en mi nombre este dinero a la Cruz Roja?

Lorenzo Camps era el legionario que había hablado. Era de los nuevos, de los últimamente llegados; había cobrado hacía unos días la prima, y entregó la que tenía: 250 pesetas. Cundió el ejemplo, y casi todos dejaron el dinero. Hubo hasta quien dejó un anillo.

-Pero.., ¿qué haces tú ahí? -y el oficial separó a “Nohabit”.

-Cuando uno querer morir... cuántas razones tener -dijo el francés con su voz serena y gangosa.

-He dicho que no, y basta.

Designó un legionario de primera para mandar aquel grupo. Se llamaba Suceso Terrero López. Los que llevaba elegidos iban orgullosos... y todos eran iguales. La muerte fulguraba sobre ellos. La luz que ardía en el pico ya estaba en sus pupilas, en sus manos; estaban cerca de ella. Se perdieron entre las sombras, tragados por la noche.

Durante horas no cesó el fuego. De todas las posiciones miraban al blocao “el Malo”, y parecía en algunos momentos como un volcán en erupción, como un castillo de fuegos de artificio o un cuajo de luna caído en la sierra.

Cerca de la amanecida, una explosión violentísima fue el anuncio. Todo se había acabado. Mas no fue así; los moros habían acercado los cañones y disparaban sin cesar sobre la posición. Se notaba que resistía con bombas de mano y algún otro disparo lento, pausado; como el chisporroteo de una hoguera que se acaba.

-¿Qué pasará? ¿Qué pasará arriba?

Cuando el sol despuntó la mañana, “el Malo” estaba silencioso y humeante. Los primeros rayos doraban una neblina que al cielo volaba.

Zunueta y los suyos: Solano, Wanffer, el “Arditti”, “Nohabit” y Femández Blázquez, los que entonces, con otros más, formaban su pelotón, salieron al campo. No había tiros. Desplegados, a pasos cortos, llegaban hasta las cumbres, y desde ellas avizoraban el campo enemigo. Ni un solo moro, ni una sola chilaba, ni un solo disparo inquietaba la mañana de septiembre, límpida e inmóvil, como de acuarela. Las otras escuadras y pelotones de la compañía, desde otros sectores, hacían la misma descubierta. Ante el silencio de “el Malo”, se ordenó llegar hasta él. Poco a poco fueron coronando la cumbre.

El blocao no existía. Era un montón de ruinas. Entre las alambradas había unos cuerpos colgados, como peles mientras los dedos invisibles del aire inquietaban sus cabellos y el sol los iluminaba, llamándoles a la vida... Uno de ellos estaba tan gravemente herido, que ni podía hablar. Los otros, rotos, destrozados, enterrados bajo los escombros.

-¡Camillas!... ¡Camillas! -gritaron los primeros en llegar.

Los muertos, Lorim, Ródenas, Duarte, Camps..., los quince, con aquel moribundo los dieciséis, y el legionario de primera, ya ascendido a cabo, Suceso Terreno, muerto al frente.

El silencio mientras sacaban los cadáveres era completo. Los moros, ojos avizores estarían mirando, no disparaban, posiblemente por el asombro que les había causado la defensa, tan brava, que respetaban el acto de recoger aquellos despojos.

“El Charte”, había llegado con un mulo. Decía:

-¿Y qué ha pasado aquí?

-Pues ya lo ves...

Se acercó un legionario de los nuevos, Gil Correa, mixto de extremeño y andaluz. Ayudó a cargar a algunos muertos. Cuando se llevaban en la camilla al único con vida, y sólo se le notaba por un quejido lento y doloroso, repetía obsesionado “el Charte”:

-Pero... ¿qué ha pasado aquí?

Gil Correa se le encaró saleroso:

-¿Que qué ha pasado aquí? Ya lo oyes. Que el que dice ¡ay! ha echado un discurso.

* * *

*“Abd-el-Krim se subió al cielo
a pedirle a Dios perdón,
y San Pedro le repuso:
Pídeselo a la Legión.
Selepinar, selepinar,
el aparato para volar,
para volar...
Adelante la Legión,
adelante la Legión...
Selepinar, selepinar...”*

Cantaban los legionarios formados en la columna que pronto se desparramó.

Era la mañana siguiente de enterrar a aquellos muertos. La mañana del 17 de septiembre de 1921.

Desde la falda del Atalayón se empezó a remontar el globo “B-4”, para observar las operaciones. El enemigo le disparaba con cañón bastante certeramente.

“¡Que me dan!”

“¡Que no me dan!”

Decían los legionarios, tumbados, tomando a risa el primer momento de la operación, en tanto otras fuerzas iban llegando a la base de partida: Regulares de Ceuta, batallones de Toledo, Zaragoza, Princesa..., se contagiaban de aquel buen humor.

-¡Hoy van a “estar farrucos”!, comentaban todos.

Y decían verdad. Los “pacazos” ya silbaban altos, buscando las gasolinera, que, desde Mar Chica, abrían el fuego de sus ametralladoras. Las baterías flotantes y los cañones del “Alfonso XIII” tiraban contra los moros.

Una escuadrilla de aeroplanos, en dirección a Nador, pasó rápida por los aires. A los pocos momentos se oía la explosión de las bombas que lanzaban y un nutrido fuego de artillería. Al parecer era la señal de avance, pues la columna se puso en marcha. Regulares y legionarios, en la extrema vanguardia, ya coronaban la extensa loma que de Sidi-Hamed baja a Nador.

La mañana era tan hermosa, que hasta hacía bellísimo aquel espectáculo de luchar.

Por el aire, las explosiones fingían como nubes, como pompas de jabón, pero sembraban la muerte. En tierra, la tropa, animada por los cantos y dicharachos de los legionarios, toda se exaltaba, se enardecía. Querían avanzar presurosos, desasosegados, más de prisa... Había que limitar el avance al cambio de posición de las baterías de tierra, de mar y la escuadrilla que volaba. Todo se movía al unísono tropa, enlaces, camilleros, mulos... La batalla más parecía maniobra con algo de romería. Cantaban ya todos al contacto con la Legión:

*“Madre mía, madre mía,
cuando salgo a la campaña
tu recuerdo me acompaña,
y al ruido del cañón,
y gritando “¡Viva España!”
se me ensancha el corazón...”*

El acompañamiento, bien es verdad, era música de plomo. De vez en cuando caía alguno. Los camilleros corrían inmediatamente a recogerlo .

-No creas -le dijo “el Charte” al estar una vez junto a “el Señorito”-, aunque haya tanta alegría, también hay “bastante carne”. El puesto de socorro está “muy concurrido”.

Pero Solano se sentía en aquella mañana más “farruco” que los moros. Y corría en el avance, anticipándose a las órdenes del sargento Zunueta, que le miraba entre contento y asombrado.

Al llegar al barranco y poblado de Amadi, el enemigo se dispuso a parar el avance. Sus cañones tronaban, y parapetados en las casas, los moros estaban dispuestos a no ceder ni un palmo de tierra. Se paralizó por un momento la marcha; y luego, rápido, veloz, se ordenó el asalto.

La Legión entró en aquellas casas buscando los moros; el cuerpo a cuerpo, la única manera de ganar el poblado. Con rabia, como en la guerra antigua, luchando de hombre a hombre. Las granadas de mano hacían carne, los cuchillos rajaban, las casas eran incendiadas... Amadi quedó por los españoles.

Pero lo más importante en aquellos precisos instantes era una voz que corría entre los legionarios:

-¡Han herido al teniente coronel! ¡Al teniente coronel Millán Astray! ¡El teniente coronel esta herido! (29)

-Ha sido en la guerrilla, cuando le señalaba el puesto a ocupar al comandante Franco.

Desde entonces se avanzó con más furia, con más sed de venganza. No importaba que los cañones de los moros tirasen, y bastante certeramente, sobre las baterías españolas, como aquella granada que estalló sobre una, la 3ª de Montaña, ni que la caballería rifeña, resguardada por el blanco caserío de Nador, al ver las avanzadas guerrillas legionarias por el valle del Tarkaa, en alud se arrojase sobre ellas; el Tercio no retrocedía. y si las baterías flotantes y las de tierra tiraban sobre la lucha informe que iba a decidir la victoria entre moros y legionarios, éstos derribaban los jinetes con la culata de los fusiles, a machetazos, con los dientes, con las uñas... Al fin se coronó el monte Arbos, y Nador quedó por España.

Cuando Zunueta ordenó fuego a discreción contra el enemigo que huía, vio a “Nohabit”. Caía como una pelota, con el pecho ensangrentado.

-¡Camilla! ¡Camilla!

Era imposible que llegara pronto. Los del Tercio estaban muy adelantados. Habían rebasado Nador, y en aquel mismo instante entraban en el poblado en impetuosa carga los Escuadrones de Alcántara y Lusitania. La confusión era tremenda.

De las viviendas incendiadas salían grupos enemigos que se encontraban entre dos fuegos. Los legionarios, seguros de su victoria, ya vitoreaban a España, a la Legión, al teniente coronel. La alegría cundía, rápida. Los barcos dieron al aire sus banderas y sirenas. La escuadrilla tejía un vuelo de fantasía.

En tanto, “Nohabit”, recogido por Wanffer, decía con los ojos nublados y la voz muy apagada:

-Me muero... Que venga el sargento...

Se le avisó a Zunueta.

-¡Animo!... ¿Qué te pasa “Nohabit”?

-Me muero..., mi sargento... Pero aquí, en este bolsillo, tener... sacarme este sobre lacrado; ser para Rosetta...

Lo recogió Zunueta, y cuando el legionario lo vio en sus manos, continuó:

-Ahí estar la verdad... Nadie, nadie lo debe abrir... Sólo ella. Por todos medios a Rosetta..., y nadie, nadie, absolutamente nadie, lo abra... ¿Así lo harás?

-Así lo haré.

Apenas sí se le oía; por su voz, que se apagaba, y un vocerío de clamor atronaba el espacio. El sol pícaro buscaba el ocaso, como para teñir con su sangre aquella tarde, que marcaba la primera reconquista española en el territorio de Melilla.

* * *

²⁹ El Rey le dirigió personalmente este telegrama: “Enhorabuena gloriosa herida al frente Tercio; te deseo rápido restablecimiento y envío fuerte abrazo. Alfonso. Rey”. El 18 de este mismo septiembre de 1921, le nombraba gentilhombre de cámara con ejercicio. Manuel González Iglesias y José Arias Alonso: **¡Ha muerto Millán-Astray!**. Madrid. 1954.

Siguió un descanso a esta heroica actividad. Pero en Nador no se podía vivir. Un hedor insoportable invadía el poblado. Los muertos lo ocupaban todo. Las casas, los patios, los pozos... El mismo pueblo era como un cementerio de cadáveres sin enterrar. Allí estaban, en su última actitud, masas informes, carroñas horribles, huesos partidos y desparramados, cabezas roídas, dejando ver la sonrisa macabra de sus blancos dientes; brazos quemados, cráneos machacados, hierros en los vientres... Eran los muertos españoles del desastre.

Los legionarios se entregaron a la misericordia de enterrarlos y a la dura tarea de limpieza del poblado. Con su actividad todo lo fueron cambiando.

Desde el primer día extendieron el campamento en los alrededores con palos, lonas, planchas de cinc, puertas, ventanas. En realidad iniciaron un nuevo poblado. Algunos trajeron camas, sillas, mecedoras, cubiertos, colchas, carros, volquetes... "El Risita" trajo hasta una máquina de coser. Hubo que imponer una vigilancia. Los legionarios se alejaban en busca de las cosas. Algunos volvían heridos; otros ya nunca más volvieron.

Zunueta estaba preocupado. Los papeles que le entregó "Nohabit" le quemaban y cuanto antes quería dárselos en mano a Rosetta.

Antes de entregar aquel sobre quería saber la suerte del legionario. Cuando se lo llevaron aún respiraba. ¿Habría muerto? ¿Estaría en el hospital?

-Si me dieran permiso para bajar a la plaza... -le decía a "el Señorito".

-Yo te arreglo eso. Yo le hablaré al teniente, que me conoce. -y sin dejar que le contestase, Solano salió casi corriendo de la chabola.

Quedó el sargento frente a Wanffer y "el Arditti".

-¿Qué sabíais vosotros del "Nohabit"?

-Nada... *Rien du tout...*

-¿Y tú?

-No preocuparme las vidas ajenas. Quería morir. Eso es todo.

Cruzó un aire de tragedia que bañó las frentes de aquellos legionarios. Se advertía que era un misterio hondo. De esos que hieren cuando se habla de ellos, cuando se quiere penetrar en su amargura.

En aquel momento entraba Solano, y dijo radiante:

-Vamos, Zunueta, te llama el teniente.

-¿Qué le has dicho?

-Nada, hombre; no te preocupes.

-¿Vamos?

-No, tú solo... Así lo ha mandado.

Salió el sargento casi corriendo, mientras Solano, contento tiró de cantimplora y la ofreció a los compañeros.

-Buen coñac gastar -dijo Wanffer.

-Es de la madrina que...

Al conjuro de la palabra coñac, Fernández Blázquez, que dormitaba, abrió los ojos y, regustándose la lengua, dijo:

-¿Para mí no hay?

-Pues claro que sí, y con ortografía y todo.

-Algún día verás...

Echó un buen trago y se volvió a tumbar.

El sargento Zunueta, volvía estallante de gozo.

-Bueno, chico, mañana bajamos a la plaza. Tú y yo, para todo el día. Iremos al hospital, veremos a la Rosetta...

-¿Tu y yo?

-Sí, hombre, tú y yo. Así lo he pedido, y así me han dado el permiso. Podíamos preguntar a los nuestros si quieren algo.

-Estás en todo.

Marcharon por el campamento; cuando regresaron al toque de silencio, cada uno traía los más inverosímiles encargos. Desde colonia hasta gramáticas; desde bebidas hasta discos. Zunueta -cosa rara-, después de tocar silencio, por lo bajo dijo a Solano:

-¿Sabes, Pepe? Piqueras ha faltado a retreta... No se le ha encontrado... Yo mismo le he buscado por todo el campamento y no he dado con él...

Pero al amanecer, con la preocupación de la marcha, se le olvidó aquella deserción.

-Adiós, muchachos; Wanffer, como te quedas de jefe de la tienda, dale el parte al cabo Benito, que es el más antiguo y queda de sargento de pelotón. Tú darás el parte de diana.

Salieron el sargento y Solano, directamente a las cocinas. Los rancheros, sucios, enrojecidos los ojos por el humo, llenos de mugre y tiznados, les dieron café. Inmediatamente, con el camión de provisiones, a Melilla.

El campo estaba aún dormido. Los cuervos revoloteaban rumbo a Monte-Arruit en busca de carroña. La Mar Chica balanceaba en sus aguas los primeros reflejos del sol. Pararon a la entrada de la plaza. Allí bajaron, y entraron en el primer cafetín que encontraron.

A media mañana estaban en el hospital. La primera visita fue para el teniente coronel. La segunda, para Sande, "el Pajarito". Lo encontraron muy animado.

-¿Cómo estás?

-Muy bien, gracias a Dios. No ha sido nada. ¿Y vosotros?

-Ya lo ves.

-¿La Bandera?

-En Nador, con la primera. Lo de anteayer estuvo muy bien. Como siempre, hechos unos jabatos.

-Hasta el teniente coronel.

-Está grave, pero curará.

-¿Y "Nohabit"?

-Murió anoche, en esa cama.

-¿Y Solanes? El cabo Solanes...

-Muy mal. Se le ha complicado la herida.

Casi todos los de la sala dormían. El que estaba a la derecha de "el Pajarito" se revolvió y les miró fijamente.

-Hola, ¿qué hay?

-¿Cómo va eso?

Movió la cabeza indiferente.

-¿Dónde fue? En Casabona, en Nador...

-Yo mismo.

Y se volvió del otro lado. Sande, bajito, les fue contando:

-Es de los del Hacho. Un infeliz, muy bueno. De tanto ver caer a los legionarios, le fascinó la muerte. Como iba sin armas, sólo con pala y pico, de ver tanto herido y tanto muerto se obsesionó... Se expuso en la guerrilla, pero las balas lo respetaron. Y quiso saber cómo llegaba la muerte... En un descuido cogió una pistola de un sargento, se la puso en el pecho y con toda su serenidad se disparó. No quería matarse por matarse, suicidarse; quería saber cómo es, cómo llega la muerte... Me ha prometido que no lo hará más. Se llama Ignacio Carballo.

Se removió en la cama al oír su nombre. Luego se volvió al grupo y les miró apagadamente, casi con recato.

-Me van a evacuar a Málaga -dijo Sande para cortar aquella situación-, y éste se viene conmigo, ¿verdad, Ignacio?

Dijo que sí con la cabeza, y se quedó mirándoles fijamente. Parecía avergonzado, sin llegar a comprender que su gesto morboso, desde luego, tenía un valor y, salvado y conducido por una noble causa, algún día había de ser provechoso. Buena escuela legionaria es aprender a morir, que no a vivir.

-Nos vamos a ver a Solanes.

-Hasta que vuelvas por la Bandera.

-Que Dios os acompañe.

Entraron en la sala de los graves. Al fondo, junto a un ventanal, estaba Solanes. Su vientre abultadísimo y la respiración fatigosa delataban su grave estado. “La Churra”, en la cabecera, algo desmelenada y sudorosa, se arrojó en brazos del sargento y luego en los de “el Señorito”.

-No tiene remedio, se me muere... ¡La “emparma”!

-No hables así, te puede oír.

-Ya ni oye ni habla ni... Hasta le he encontrado el dinero; ya sé dónde lo mandaba.

-Calla, mujer, calla...

-Se le ha “cangrenado” la sangre. Ahora que era tan bueno. ¡Hasta el “páter” se ha hecho cruces de su confesión!

Zunueta se acercó al herido y casi al oído le dijo:

-¡Solanes! ¡Solanes! Soy yo, Zunueta; ¿no me conoces?

Como balbuceo de un niño quiso decir algo, pero no pudo.

-Ni siquiera ve.

Y como demostración, María pasaba su mano ante los ojos de Solanes, que estaban inmóviles, mirando al vacío, jugando con el infinito, Ante la mano, el herido respiró mas fuerte, como si quisiera hablar, aunque nada percibieron. María, explícita, decía:

-Aún tenía madre. El dinero era para ella. Yo he prometido que se lo tengo que mandar siempre. El le gastó la fortuna, y...

-¿Qué dicen los médicos?

“La Churra” levantó los hombros y dijo:

-Los primeros días no me dejaban entrar; ahora, hasta que le vea... Con eso está dicho todo.

Se fue hacia él y lo besó amorosamente. Apoyada su mano sobre la frente de Solanes, decía:

-Arde, quema... y está guapo, pero de veras.

No mentía. La frente ancha, los ojos ahora al contacto de la mano serenamente cerrados, la boca entreabierta, sin contracciones, y la nariz perfilada, le daban un aire de estatua, de belleza clásica. Algo noble había allí, en aquel hombre curtido de aventuras, que volaba etéreo y no estaba lejos del ángel.

-María, ¿has visto a la Rosetta?

-Está abajo, en el depósito, velando al "Nohabit". Ya sé que la buscas. Le traes algo, ¿no?

-Así es. ¿Cómo lo sabes?

-Lo esperaba, me lo dijo ella... Pero lo de Piqueras...

Zunueta sintió una sacudida.

-¿Lo de Piqueras? ¿Qué sabes tú? ¿Dónde está?

"La Churra", sin dejar de contemplar a Solanes, decía que no con la cabeza.

-¿Pero qué sabes, "Churra"?

-Que eso va a ser muy largo, muy penoso... -Señaló a Solanes y continuó diciendo: Ya ves si esto es triste. Aquello va a ser muy parecido, pero aún más, mucho más... ¡El "despiporren"!

* * *

Salieron de Melilla con el sol a lomos de la tarde. Regresaron en otra camioneta.

Tumbados entre los sacos de víveres y el correo, Zunueta leía una carta que le habían acabado de entregar.

-Toma lee. Es de tu hermana. Quiere que vaya a verla...

-Ya... me lo figuraba. En el primer permiso que tengamos, te llevo a casa y conocerás a todos. Tendrán una gran alegría cuando me vean hecho un hombre, y eso a ti te lo debo.

-¿A mí? A la Legión, a esta perra manera de vivir.

El ruido del motor y el aire de la velocidad les impedía oírse bien. Solano, confidencial, y para que los otros legionarios y clases que con ellos iban no se enterasen, le dijo casi al oído:

-Oye, y a propósito. ¿Qué te dijo la Rosetta?

-Nada; cogió los papeles, los leyó y sólo dijo: "¡Lo de siempre!"

-¿Qué será "lo de siempre"?

Otra vez el misterio se imponía entre los hombres. No obstante cambiaron las impresiones de cuanto sabían. Zunueta, ante todo aquello, tuvo un gesto de repulsión que hizo sonreír a Solano.

-Eres un niño -continuó-; cualquiera diría al verte que eres una fiera, y ya ves, eres... No sé nada de tu vida, pero sé que eres así.

-¿Un ángel?

-Un hombre bueno, sin cubo.

-Desde luego, yo he empezado a vivir desde que llegué al Tercio.

-A mí me gustaría...

No pudo acabar la frase. La camioneta paró en seco. Habían llegado a Nador. Se presentaron al teniente y empezaron a repartir los encargos, sin dejar de preguntar por Piqueras. Quedaron maravillados cuando, al entrar en una chabola, se encontraron a Rosetta. Estaba en pié, lívida, temblorosa y muda. Paúl, desde el fondo, tumbado en la oscuridad, sólo se le presentía. Le estaba diciendo:

-Nunca jamás. ¡Se lo prometí!

-¿Por qué tan cruel? Yo aún puedo -decía ella- empezar una vida nueva. Si tú quisieras...

-¡Nunca! ¡Jamás! ¡Vete!...

La situación era tan violenta, que ni siquiera se dieron cuenta que por allí habían pasado aquellos dos hombres. Cuando salieron, Zunueta le dijo:

-Esto va peor.

-Al fin, ella...

-Ya lo verás... Es muy lagarta.

Iban a volver a su chabola cuando, ya el campamento en sombras, se encontraron con "el Risita".

-Oye, Pedro, ¿sabes algo de Piqueras?

-Sí, ha vuelto. Está en el pelotón. Ha venido como loco...

-¡Pero ha vuelto! -dijo con gozo el sargento.

-Cuenta... Que ha visto el infierno, que ha estado con una mora loca, que...

El aquel momento tocaban retreta y los legionarios corrieron a formar. Cuando llegó, estaba alineado su pelotón. Se acercaron los cabos a darle las novedades. En las dos primeras no había ninguna. En la tercera, la que fue suya, el cabo Benito, ahora la mandaba, le dijo:

-A sus órdenes, mi sargento. El legionario Eusebio Sánchez Quiroga, incorporado a la escuadra.

A paso ligero llegó hasta el teniente para darle la novedad. Cuando volvía a su puesto miró la que fue su escuadra. Allí estaban Benito, el cabo; Wanfter, el "Arditti", Solano, Fernández Blasco, el nuevo ¿cómo se llamaba?...; y los que no estaban allí y estuvieron y para él contaban en aquellos momentos: Cifuentes, Manolito Asín, García, "Nohabit"... Su escuadra ya era muy larga. Tocaba el cielo.

Por un impulso irrefrenable se volvió a mirarla, para llevar con ella la vista hasta las estrellas. ¡Y se quedó sorprendido! Entre las sombras de la noche, al ver la cara del nuevo, sufrió una extraña alucinación. ¡Aquella cara!... ¡El la conocía! Pero ¿de dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿En qué circunstancia?

** *

Por encima de todo, la Legión seguía su marcha. Tras Nador cayó Tauima. Con el tiempo había de ser la segunda sede legionaria, el Dar-Riffien del territorio oriental.

Después, el avance continuó por Sebt y Ulad-Dau, con su llano y sus chumberas, con el Benibuifrufr y el Uisán, secas torrenteras como la rabia moruna. Y las vendas blancas de la carretera española como queriendo unir y curar la mutua herida abierta de los dos pueblos que luchaban. Los combates fueron duros, pero logrados.

La Legión ya era un estilo. Los legionarios, como siempre, cantaban, sin importarles las balas. En realidad, a pesar de los trances, la mayor dificultad estuvo en salir de Nador, alambrado y de noche, con tanta tropa, enlaces de aquí para allá, “motos”, carros, caballos, impedimenta... ¡Qué descanso cuando se tomó el orden de combate! Cada uno tenía su sitio y horizonte; el Atlaten al fondo. Ya todo fue avanzar, aunque el enemigo, bravo y decidido, mandado por el propio Abd-el-Krim, se afincaba como nunca al terreno y empleaba a fondo el arma blanca.

Se tomó Ulad-Dau al atardecer. El Tercio batió la marca propia de sus bajas. Hubo más que nunca. El repliegue fue durísimo. Los moros, obstinados, pegajosos, “paqueaban” sin cesar. Al fin, acabó la operación.

La sección de Zunueta quedó guarneciendo los puestos de avanzada, ya rodeados de enemigos cuando las tropas se retiraban. Enlazados por la vista se velan otros puestos del Tercio. Allí estarían, quedarían... ¿Cuántos días? ¿Cuántas noches? Solo un fuerte convoy podría llegar hasta ellos y, de nuevo, al tener contacto con los suyos. sabrían que existían. En tanto, allí quedaban. Allí: enterrados vivos.

¡Un blocao español de la guerra de África!... En lo alto de un monte, un hoyo, unos sacos terreros, una alambrada y unos hombres como con las alas cortadas y dispuestos a volar. ¡Qué sensación de perros abandonados por sus dueños! ¡Qué impaciencia contenida en el alma! ¡Qué inmensa la noche con su negrura y desamparo!

Los legionarios lo sentían y callaban. Pasado algún tiempo, reinó una tremenda calma. “El Señorito”, con cierta alegría infantil, dijo:

-Parece que se han ido... La noche va a ser tranquila.

Wanffer sonrió. Cogió un palo, le ato un farolillo y lo levantó. A los breves instantes silbaban las balas.

-¡Estar ahí! Lo de siempre: ahora marcharán y volverán luego... Así toda la noche, hasta mañana.

Zunueta, repartido el pelotón en distintos puestos, dijo al cabo:

-Hay que sortear los turnos.

Y Benito, con su cachaza, lo hizo. Les tocó el primer cuarto a Solano y al “Arditti”. Zunueta y Benito se repartieron la noche, si bien los dos vigilaban. Los otros tres, cansados del combate, envueltos en sus capotes mantas, sombras de ellos mismos, rumiaban el sueño, dormitaban. Al menor ruido alertaba la cabeza Zunueta. Lejano se oyó un leve mover de la gaba y después unos aullidos lastimeros, prolongados, como si quisieran rasgar las tinieblas. Los de turno se aprestaron.

-Son los chacales. Buscan la carne fresca del combate -dijo Zunueta.

Los que dormitaban se revolviéron serenamente. Así pasaron unas horas lentas, largas, pesadas, como si la noche se filtrara en las almas.

-Mira, mira allá.

-Ser las hogueras. Lo de siempre, tener frío y encenderlas.

De un puesto lejano se oyeron unos disparos. Lo atacaban. Fernández Blázquez, pasado el primer sueño, despabiló. Restregándose los ojos, decía:

-¿Tenéis por ahí el “matarratas”? Dar-me un trago.

Benito, tumbado, miraba la noche. Le largó su cantimplora. El colombiano se pegó un buen trago.

-Bárbaro este anís.

Encendió un pitillo y la luz de la cerilla concitó al primer “paco” contra el blocao. La bala pasó alta, silbante, como queriéndose remontar en el viento.

...¡Ay, qué lata, qué lata, qué lata!...

Ya vienen los moros a darnos la lata.

-Tú, agáchate y asoma sólo la “chola” entre los sacos. Fernández, esconde el pitillo.

El segundo disparo dio en un saco terrero. La sacudida fue muy pequeña, aunque rabiosa. Se hundió y ahogó en él.

-¡Tirador selecto!

De las otras avanzadas se oían disparos, la explosión de alguna bomba de mano y unos cuantos estribillos alusivos al momento. Era la manera del Tercio, que, lejos de aguantar en silencio y sin provocar al enemigo, por el contrario, le desafiaban haciendo alardes, desgastándole. Era preferible esto a esperar toda la noche, inmensa, como una mortaja.

Al ver el blanco revuelo de una chilaba ante una hoguera, el “Arditti” disparó y, al desaparecer la sombra, dijo Solano:

-¡Vaya! ¡Blanco! ¡Premio!

-Haber de corresponder.

Fernández, que no vio nada, gritó:

-¡Cochinos! ¡Acercaos! ¡Cobardes, de lejos!... Así os atrevéis.

-Aquí, entre unos y otros, no poder dormir -dijo Wanffer, revolviéndose en su capote manta.

La primera granada de mano estalló cerca de los sacos terreros.

-¡Cuidado! -dijo Zunueta-. Están cerca. Los machetes, la manta...

Todos entonces se pusieron en movimiento; hasta Wanffer se levantó. Desplegando una manta, le decía al nuevo, un tanto pasmado:

-Tú coger de ese lado.

-¿Yo? ¿Para qué?

-¿Estar tonto? Cuando oír caer granada, así, sacudir. Granada afuera, volver a ellos. Estallar fuera... Si caer dentro, “gori, gori”, que cantar vosotros.

En el parapeto estaban “el Señorito”, el “Arditti” y Fernández Blázquez.

-Parece que no vienen. Les ha debido hacer carne la avanzada de al lado.

Pasaron unos minutos. Sólo algunos disparos se oyeron cerca. Siguió un silencio impenetrable, hosco. Wanffer encendió un pitillo y no ocurrió nada.

-Bueno, relevaos -dijo el cabo.

Fernández Blázquez y el nuevo quedaron ahora de centinelas.

Wanffer, tranquilamente, recogió la manta y se arrebujó en ella durmiéndose de nuevo.

-¡Suerte!... ¡Dormir! -dijo entre sueños.

El "Arditti" y Solano comían pan con salchicha, que éste último sacó de su mochila.

Zunueta se acercó al nuevo:

-Oye, tú y yo, ¿no nos hemos visto antes de ahora?

Sánchez Quiroga se sonrió un poco al contestar:

-No creo, no recuerdo, no...

-Raro es que yo me equivoque.

Dejó a los del puesto y volvió con los otros.

Prefiero un combate a esto -decía "el Señorito" - Me molesta la noche así, tan quieta, tan desamparada, tan... De pronto saltan y nos degüellan.

"Arditti", brillándole los ojos, decía:

-A mí gustarme mucho la emboscada; si me dejaran, yo ir a buscarles...

-No te preocupes, volverán.-dijo Benito, el cabo.

Poco a poco, todo se fue encalmando, prendiéndose en los pliegues de la noche. Hasta las palabras se apagaron y el silencio lo llenó todo. Sólo de vez en cuando sonaba un "paco"... "Paco"... y parecía que se apagaba una estrella. "Paco"... y toda la noche parecía rugir con su calma. "Paco"... terrible, lento, ritual, como una pausa de mortal poesía. "Paco"... mariposa de la muerte en busca de un cuerpo para hacerle volar. "Paco"...

Un estruendo de bombas de mano, de pronto y muy cerca, despejó aquella calma.

-¡Perros! Ya están ahí otra vez. En la avanzadilla de al lado y en aquella otra. Debe ser la de "el Risita".

-¡Otra vez! -dijo Wanffer, levantándose perezosamente y extendiendo la manta.

Solano se apresuró a coger los extremos. El "Arditti" acudió a los sacos terreros y empezó a lanzar un verdadero discurso contra el enemigo que no veía.

-Che, compadrito, que no es para tanto -decía Blázquez.

Pero el italiano vociferaba ardiente, como en un trágico monólogo.

-Wanffer, saca el farol, parece que aprietan mucho a los de al lado.

Con su parsimonia noctámbula, borracha de sueño y tiniebla, buscó el farol y lo levantó. Esta vez con el brazo.

A los pocos momentos silbaban más balas y las bombas de mano estallaban sobre los sacos terreros. Zunueta sonreía; había conseguido lo que se propuso: el ataque quedó compartido.

Seguían los tiros, las granadas y los insultos por ambas partes, cuando, de pronto, el nuevo, entre aquel animado barullo, chilló:

-¡Ay, madre!... ¡Que me han dado!

Quedó en el centro de la posición, junto a las municiones, en el hoyo rectangular que era el blocao. Le tendieron, y a la luz del farol se le veía la cabeza ensangrentada. Al pasarse las manos por la frente se teñían de sangre.

-¡A ver! ¡A ver!

Lo miró Wanffer. Lo limpió con su toalla.

-No es grave -dijo muy serio.

Pero el herido se desmayaba, quedaba yerto. Wanffer lo envolvió con la manta. Le vendó la cabeza, buscó una jeringuilla y le inyectó. Lo dejó reposando.

Seguían los estampidos. Solano le decía a Zunueta:

-Están ahí, junto a la alambrada. ¿Oyes cómo se arrastran?

El colombiano cogió una bomba de mano, le quitó el seguro, desenrollando la cinta. Tranquilamente, como si pelara un higo chumbo. La lanzó y se abrió en la noche una rosa de fuego. A su resplandor, vieron cómo caían dos moros. Luego, los ayes y las maldiciones.

La réplica no se hizo esperar. Una granada estallaba sobre los sacos terreros, y Wanffer, en el centro de la posición, caía desplomado.

-¿Te han dado?

-Creer que sí...

Se pasó la mano sobre el pecho. Lo tenía encharcado de sangre.

-Solano, atiéndelo. Nosotros cuatro nos bastamos.

El ataque remitía. Al parecer, al no conseguir nada, los moros retiraban algunos heridos. Unos y otros, se entendían en aquella tregua de auxiliar a los suyos.

Pasados unos minutos, Zunueta fue junto a Wanffer. Le miró a la luz del farol. Estaba pálido: los ojos, vacilantes, parecían apagársele; las manos completamente frías.

-¿Qué te pasa?

Wanffer sonrió y apenas si pudo decir:

-Creo que, ¡Por fin! voy a descansar...

Tenía una pequeña, una minúscula herida en el pecho, sobre el corazón, y aunque se la habían taponado, manaba sangre, mucha sangre. Su capote estaba completamente empapado.

El nuevo parecía estar sonámbulo; cuando se acercó el sargento, le dijo:

-¡Me voy a morir! Antes te he engañado.

-No importa, eres un legionario valiente...

-Nos habíamos visto. En Ceuta, una noche, en casa de Jaduya... Un legionario contaba billetes. Yo lo vi por una ventana y le quise robar.

-¡Ah!... sí... Aquella noche... A Tarok... Ya me acuerdo. Ya decía yo que esa cara...

-Entonces él lanzó un grito: "¡A mí la Legión!..." y todos vinisteis. Yo corrí, con mis muletas bajo el brazo, y... ¡Qué efecto el del grito! Todos vinisteis... Cuando lo del desastre, yo sentía el grito. Yo, solo, desamparado, un pobre, un pobre de pedir, alguna vez lo podría gritar, y también todos vendríais... Y me vine a la Legión...

Si hermoso era el grito, más hermoso era aún oír aquello. Era la más alta y verdadera arenga, era la comunión de la valentía, de la unión legionaria con la noche oscura y desamparada. Les sostenía, les alimentaba en su arrojo y abandono.

El legionario desfallecía. Se acercó Solano. Le dio con el codo a Zunueta y le dijo al oído:

-Wanffer, sabes... ¿y éste?

-Pues, creo que también.

“El Señorito” le cogió la muñeca.

-El pulso le va normal, la respiración también... ¡Qué extraño! Las heridas -dijo levantándole la venda- son leves y, sin embargo, no vuelve.

Ni un solo “paco” sonaba en todo el horizonte, que se iluminaba con tímidos resplandores. El nuevo dormía tranquila, serenamente, como si nada ocurriera. Wanffer, frío, rígido, con los ojos abiertos, descansaba. Ya para siempre, sin que ni unos ni otros le pudieran molestar.

-¿Quién era Wanffer?

-Austriaco, creo. Joyero... Nadie sabía nada de él. Sacaba morfina hasta de los panecillos.

-¡Vamos, hombre! Ya sé lo que le pasa a éste. Le ha arreado una inyección de morfina que es más grave que la herida. Ahora mismo tiene una borrachera de la que no sale ni en tres días. ¡Por eso te lo ha contado todo!

Zunueta quedó maravillado de lo que sabía Solano. Primero rieron los dos y luego todos, estúpida, huecamente, con esa alegría de supervivientes. Se cortó la carcajada cuando sus ojos se encontraron con los de Wanffer, que parecían estrellas apagadas.

Estrellas apagadas de aquella noche legionaria. Una más y desconocida entre tantas de la Legión. Aquellos ojos, sumidos, misteriosos, legionarios, estaban allí como para velar la gloria intacta de aquella noche. Aquellos ojos alumbraban a los legionarios más que toda la luz del día que a raudales se desparramaba por el cielo... Más que toda la luz del día. Y eran... ¡estrellas apagadas!

VIII SANGRE VALIENTE

El espíritu de disciplina. Cumplirá su deber, obedecerá hasta morir.

La Legión siguió su marcha. Pero los legionarios no sabían por dónde andaban. Cada punto conquistado: Atlaten, Segangan, San Juan de las Minas, Taxuda o Zeluán... significaban nombres gloriosos para la gesta del Tercio. Más que por la propia aureola, por haber levantado el espíritu guerrero. Por ser cuajo y fermento valiente de aquel Ejército.

La Legión ⁽³⁰⁾ seguía su marcha incontenible con su sangre briosa, valiente, valiendo cada hombre, además de por sí mismo, ya por los que le precedieron y aún por los que habían de llegar. Su gloria se desparramaba. Bastaba para ello con aquella “manera” victoriosa de combatir; más aún tenía que rebasarla, haciendo realidad de la que en principio fue fantasía, trocando en fantasía la que ya ahora era realidad.

Cuando fue tomado Atlaten, la primera y segunda Banderas continuaron la campaña. Podían seguir mediante la llegada constante de los “nuevos”. Sin embargo, los Regulares de Ceuta, los compañeros de combate de las dos Banderas, desgastados, acabados en los dos meses de guerra, volvían a Ceuta.

Cuando “el Señorito” los vio marchar, le dijo a Zunueta:

-Ya vuelven... ¡qué suerte! Porque, ¿sabes?, a mi la otra noche, en el blocao... ¡me dio el “dolor de garganta”!

Zunueta se rió al decir:

-Pues bien que lo disimulaste. Ni yo mismo lo noté, y tú sabes que yo para eso... Quizá ahora sientas el miedo, es el susto del peligro pasado. Ya ves, a todo se acostumbra uno. Ahora mismo nos están tirando.

Evidentemente, el “paco” de turno, el de siempre y distinto, seguía con sus disparos. Muy lentamente, pero seguía.

³⁰ Y esa es, entre otras, la causa de por qué nosotros la hemos llamado “Legión” y a sus hombres “legionarios”. Para atraer a los extranjeros, para hacer rápida la propaganda, puesto que el nombre de Legión es conocido universalmente. Porque un extranjero vale dos soldados, uno español que ahorra y otro extranjero que se incorpora. **José Millán-Astray**. Obra citada.

-Dicen que el, valor es el miedo al miedo. La conciencia del honor, el credo, la religión del soldado...

-Mira que sabes tú cosas y te explicas bien. Otro, en tu lugar...

-Es que yo vine por...

-No me lo cuentes. Viniste por lo que fuera. ¿Qué más da?

-Vine por ganar ese credo, ese honor, por saberme para siempre valiente.

-Y ya lo ves; lo eres. No tengas manías tontas... ¡Con lo listo que eres!

Se acercó muy sonriente Gil Correa, de la primera, y se sentó con ellos.

-A tus órdenes, mi sargento. ¿Saben la última novedad?

-¿Qué es?

-A “Macarroni” le han vuelto a dar los galones de cabo. Ha subido como un tigre por esos peñascos.

Y señalaba en el horizonte próximo, donde quedaba destacada una avanzadilla del campamento.

-Vaya, me alegro. ¿Y Piqueras?... ¿Se ha rehabilitado?

-Piqueras sigue en el pelotón. Está como loco y, naturalmente, ha luchado, pero sin armas, con pala y pico y el saco a cuestras.

A pesar de todo, ya ves: yo tengo ahora cuatro bajas en mi pelotón y quisiera que me lo mandaran. Es valiente. Hay que saberlo llevar. Quisiera hablar con él.

-Pídele permiso al teniente.

-Si acaso, después.

-En el pelotón tiene para rato. A usted le darán de esos que hay tantos ahora, americanos: chilenos, cubanos, argentinos...

-Son muy majos.

Cuando fue repartida la cena, “el Risita”, con Fernández Blázquez, “El Charte”, Solano y “el Pastor”, formaron corro para comer en compañía.

-Qué calma; no parece que haya guerra. Ni un tiro.

-Es que estamos pegando de firme y creo, que pronto vamos a por el Gurugú⁽³¹⁾.

-¡A ver quién pillá al “Felipe”!

-¿Ha habido hoy muchas bajas?

-Pocas, menos que otros días. El enemigo está muy castigado, y de nosotros, ya ves: cada día hay más cabos y menos legionarios. Con eso está dicho todo.

-¿Qué sabéis de los heridos?

-Pues bien poco. Sande, “el Pajarito”, va mejorando; Solanes está muy mal; “Cuartillo”...

Se acercó Ponte, el que lloró por su mulo, al coger el hilo de la conversación, dijo:

-Solanes, el pobre, ya está enterrado.

-¿Quién te lo ha dicho?

-“La Vicenta”, acaba de llegar.

-¿Dónde está?

-En aquella casucha.

-¿Vamos? -le preguntó “el Charte” a Fernández Blázquez.

³¹ El Gurugú se convirtió en un nombre fatídico. Su fascinación y leyenda la borró la Legión. Nota del autor.

-Vamos.

Se quedaron los otros preguntando a Ponte, cuando a los pocos momentos apareció Campos, el detective.

-El que está muy mal es "Dufor". Ha cogido unas fiebres que se lo llevan.

-¿Es cierto lo de Solanes?

-Tan cierto como lo de Toledano, Hort, Terreros, Campos, Tarok, García, Wanfrer, el "Nohabit"...

-Oye, tú, para el carro, que acabas con todos.

De pronto en el campamento sonó un tiro, un grito y el llanto de mujer. Todos quedaron sobrecogidos por el tiro. Algo que les era tan íntimo, tan suyo, tan legionario... y era que un misterio se les escapaba de la tierra para volar al vacío.

Colbert vino a decir:

-Paul acaba de... ¡*Voilà!* Ese disparo... ¡Oh las mujeres! Poder lo que no puede la guerra.

Lo he visto yo.

"Sobre los montes suaves, jirones de vida, edificios quemados sin puertas ni ventanas, cadáveres, carroñas, ruinas... Mucha carroña. Un mundo desierto, lunar, calcinado, de cenizas. Y la brisa de la mañana, llena de vida, jugando con toda aquella desolación, con la muerte sin carne y alma. "

"Aún había algunos cuerpos con ojos, con sus pupilas vidriadas y la última mueca del postrer suspiro; hinchados, tumefactos, corroídos de un verdoso líquido gris que parecía nublar aquella mirada. Las moscas allí tenían sus nidos, y banquetes. Al verlo todo se presentía una emoción tan honda como la de un caos, como la del infinito, pero sin gracia ni amor...

"Cuervos, muchos cuervos, volaban ahitos, hartos de carne, raspando el aire con sus graznidos, como riéndose de los chacales, que sólo pueden gozar de esas presas muertas en la noche. También muchas calaveras ya blanqueadas, los dientes descarnados dando su sonrisa al viento tan feroz y espectral, que todo lo hacían temblar. Miembros separados, brazos cortados, piernas arrancadas, cuerpos desgarrados, cabezas machacadas... De sangre teñido, empapado el campo.

"Correaes y guerreras, pantalones y camisas... jugando con el viento; banderas del desastre sin atreverse a levantar el vuelo. Huesos astillados, manos retorcidas, algunos cuerpos clavados en las paredes, aún con las heridas abiertas. Todo deshecho, desgarrado, separado brutal, ferozmente. Al sol, supurantes, se derritieron los cuerpos, y los uniformes parecen como trozos de gigantes serpientes que anduvieron por allí.

"Algunos, bastante lejos de aquellos montes, los que en principio, en los primeros momentos, consiguieron escapar... y se les notaba aun su ultimo movimiento de vida..., ¡tan trágico al contemplar en ellos la muerte!

"Llegué sin saber como. Me separé de vosotros porque oí un llanto, y lo seguí. Oculto fui, aunque es verdad, sin temor a nada ni a nadie. Me encontré en aquellos montes, llenos de esa angustia muda, reconcentrada, amasándose a sí misma, agonizante

en su propia desgracia. Todo tenía pegajosidad, visión a los ojos de sepulcro abierto, un sepulcro inmenso... y los sentidos, ¡cómo hablaban!, fetidez, andrajos, brozas, plastas humanas, carne con costras de sangre, ya recocidas por el sol...

“También el fuego había dejado su huella, pero sin acabar de purificarlo con llama redentora. Las dentelladas de las explosiones se comieron torres y techos, casas y fortines. En todo la huella de la sangre, la mancha aún negra, el grito apagado que aún se palpa.

“Todo fue para mí como un castigo. Era lo que yo soñaba: la destrucción. Y todo se debe a los políticos. A ellos había que traer aquí, y que lo vieran y respiraran. Ellos son los culpables, porque no supieron gobernar, mandar... Ya lo verás, como yo lo he visto, y te horrorizarás de dolor y vergüenza.

-Bien Piqueras... Pero... ¿por qué te escapaste?

-Oí un llanto, y lo seguí.

-No me engañes.

-Escucha..., y sabrás.

Piqueras, mirando el horizonte cargado de luz, dejaba ver sus ojos inmóviles, parados, como mirando un misterio, y hablando consigo mismo, prosiguió:

-Fue la tarde que se tomó Nador. Yo entré en aquel morabo, ¿recuerdas? Me guió a ello un llanto, unas lágrimas mansas que oía.

“¿Te acuerdas que por allí encontramos a una morita muerta? Yo oía aquello... ¿de la madre?... Su dolor me guiaba. Me descolgué por monte Arbos y lo seguí. Cada vez lo oía más cerca, y algo, no sé qué, me obligaba...

“Al fin, después de mucho andar, ya noche cerrada, llegué a un poblado. Debía ser Zeluán. Seguía el llanto, y al ver luz en una casucha, llegué hasta ella. Agazapado, por una ventana pude ver lo que pasaba dentro.

“Allí estaba la mujer. Lloraba. Era una mora joven: ceñido a su cintura lleva un cinto de oficial; sobre su cabeza, como caída, una gorra con dos estrellas de teniente. Desparrramados por el suelo, junto a la luz, tenía varias cosas: una medalla de oro, un pañuelo, una cartera... A todo lo besaba con una emoción temblorosa, amorosamente. De pronto, todo lo tiró, lo despreció, dio un grito, se le extravió la mirada, y llorando, convulsa, se arrojó al suelo.

“A auxiliarla iba, cuando en la habitación entró un moro. De un manotazo le tiró la gorra. la agarró el pelo y casi la levantó en vilo. No entendí lo que le decía, pero debía de ser su hija o su mujer. Posiblemente aquel moro, ante el dinero y alhajas -reloj y anillo- del teniente, cuya gorra quedaba; lo debió guardar para obtener un buen rescate. A la mora debió confiar su custodia, y lo debió hacer demasiado bien.

“Probablemente, el teniente escapó, quizá haya llegado a nuestras líneas, tal vez a las francesas, también pudo morir a manos de aquel moro... ¡qué sé yo!... Lo que sí saqué en consecuencia es que aquella mora no era la madre de la otra que encontramos muerta, en el avance, Si quedó tan cerca de nuestras líneas era para buscar al teniente o para decirnos que se lo habían matado. Pero tuvo miedo ante nuestro avance, y se fue alejando, llorando, siempre llorando, y yo siguiéndola.

“En aquellos momentos, desde la ventana veía al moro -padre, hermano o marido-. Descubría en la mora la infidelidad, el amor que lloraba, seguramente el único,

dentro de tanta ferocidad. Había sido sorprendida en su culto al recuerdo, al llanto por la ausencia de su fuga, rescate o muerte... ¡que se yo!

“El moro le fue a pegar, mas al ver la medalla de oro la recogió, y se abalanzó derecho a una maleta que estaba en un rincón. Revolvía furiosamente. Tiró unos cajones, una guerrera. Debió comprender que ella había sido quien le debió de matar... No me preguntes, no sé. Lo que vi fue que él sacó un puñal, se fue hacia ella. Gritó.

“No me pude contener y salté sobre el moro. Le golpeé la cabeza con el machete. La luz se apagó. La mora seguía gritando. Cuando cayó, no sé si muert0, quise cogerla, pero no la encontré. Era grande la oscuridad. Debió de huir o desmayarse. No me di cuenta... Entonces oí unos pasos. Alguien llegaba, salté por la ventana, y entre las sombras de la noche me deslicé como una más.

“Después quise volver. La emoción, el sobresalto me debieron desorientar. Cuando amaneció vi todo lo que te conté.

-Mira, Piqueras, mientras me hablabas, no lo pude remediar, me acordaba, parecía que estaba oyendo a Tarok. ¿Te acuerdas? Abrevia, dime la verdad.

-La verdad es la que te he dicho. Oía aquel llanto, y...

Zunueta también se acordó que Piqueras escribió la carta del “Charte” para su madre ciega; y, aunque en parte creía en él, temía que todo aquello, tan fantástico, era ni más ni menos, una pantalla de mentiras para ocultar su desertión. Al verse en el pelotón tendría miedo que le ocurriera algo...

-¿Tú no me dijiste una vez que querías acabar con todo esto, que lo querías?... no sé, una cosa muy mala.

-Sabotear.

-¡Eso es! Pues creo que mientras no me demuestres lo contrario, eres un traidor.

-¿Qué quieres decir?

-Que eres un traidor a la Legión, de la que has desertado, y al ver todo eso, o parte de lo que dices, te has acobardado y has vuelto con nosotros. Lo demás, cuentos.

-¡Bah!... Yo soy un hombre libre, no como tú, que eres un esclavo. He venido aquí por... divertirme; me da igual un lado que otro. No como tú, dispuesto, como sea, a hacer carrera. Cualquier día te crearás un “salvador” de Marruecos, luego de España, después del mundo.

El sargento no le escuchaba. Le miraba fijamente, le observaba. Quería leer en aquella alma turbia y no lo conseguía.

Después de una monserga de mitin que le dijo Piqueras, sólo respondió:

-Tú eres un traidor, y de los peores. Traidor a ti mismo.

-Yo estoy aquí para... Bueno, yo estoy aquí porque me da la gana.

-Estás aquí porque abandonaste a los tuyos.

-Eso a ti no te importa.

-Y ahora has intentado abandonar la Legión, que te dio su pan, sus honores, sus muertos. Aquí no vamos a redimir al mundo, y demás tontunas que tú dices. Pero nuestra sangre nos hermana. Morimos, y muriendo, nos salvamos: eso es todo. Tenemos que ser fieles a los que...

-Eso es de la “lectura”. En tu cabeza de burro te lo han metido y no te lo puedes sacar.

-¡Piqueras!

-Piqueras es un hombre libre, ¿sabes?, y quiere la libertad. Si traidor soy a todos es que por todos me sacrifico, Desde la mora que quería al teniente, al moro que la quería matar. Porque esos y muchos otros quieren por encima de todo la libertad, su manera de vivir, y no como tu y otros cuantos más que por conseguir un... ¡nada! os doblégais a cuatro paparruchas que os han enseñado, y hasta capaces sois, ¡esclavos!, de dar la vida.

-Paparruchas que te van a doler, Piqueras. ¡Que no aguanto más, ea! ¡Que me he cansado de tus tonterías, por no llamarlas otra cosa!

-¿Qué puedes hacer contra mí? -dijo levantándose, y mirándole con desprecio.

-¿Contra ti?... Si fueras un hombre, te ajustaba ahora mismo las cuentas. Los jefes te han tomado en serio todo eso que cuentas y se las creen... Yo sé muy bien que eres un traidor.

-A mucha honra, ¡borrego!

-Mira Piqueras: porque estás como estás no te quiero señalar... y no por mí, sino por todos; desde el primer legionario que murió, hasta el último que llegue a Dar-Riffien. ¡Traidor!

-Somos dos hombres. Así es que...

-Ya que lo quieres, sea.

-¿Quieres decir?

-Que no aguanto más, ¡ea! Que nos vamos a pegar -y se levantó violento.

-Te voy a chafar esa cara que tienes -replicó el legionario, poniéndose en guardia.

-Espera -le dijo el sargento.

Se acercó a él con mucha calma. Le quitó el saco. El, después, la guerrera.

-Vamos ahí abajo, en esa hondonada, donde no nos vean...

Bajaron silenciosos. Cuando se vieron frente a frente a la luz del sol, Zunueta, agarrándole por el cuello, le dijo:

-¡Vaya, la primera! Para que sepas que cuando mando es porque tengo poder; porque sé mandar.

Le tiró el primer envite. Pero Piqueras se desprendió esquivándole con el codo.

-¡Borrego! -exclamó-. ¡Ahora verás!

Se lanzó sobre él como una fiera, y le alcanzó con el puño en la mejilla. El sargento, al sentir el dolor reaccionó, y le encajó un golpe en la boca. Piqueras retrocedió con el dolor, pero de nuevo se volvió a lanzar sobre su contrincante, que lo esperó tranquilo. Una fuerte patada en la espinilla le hizo tambalearse, y aprovechando el momento, el legionario se agarraba al cuello. Luego le dio varias bofetadas.

Al sentir la argolla de la mano y la lluvia de golpes, el sargento reaccionó. Sentía de cerca algo así como la muerte. Estaba ya casi de rodillas, pero con un movimiento rápido instintivo, dio un golpe de cabeza fuerte en la barbilla de Piqueras. Quedó tambaleante. Fue entonces cuando el sargento le golpeó, tan veloz, que Piqueras se desplomó sin sentido.

Se arreglaba su camisa tranquilamente cuando veía a legionario retorcerse de dolor.

-¡Bueno, ya está! Para que aprendas a ser de la Legión. ¡Traidor!

Como quedara sin sentido, con espumarajos de sangre en la boca, se lo cargó al hombro. Una vez subida la cuesta de la hondonada, le tiró contra el suelo y le ató el saco. Se puso la guerrera, se atusó el cabello, se palpó la mejilla, y de nuevo se lo cargó.

Al entregárselo al cabo del pelotón, tirándolo como un fardo dijo:

-Es muy sensible. Se ha escapado y ha visto lo de Monte Arruit. ¡La “caraba”!... Se ha desmayado contándomelo. Cuidalo bien, no sea que al llegar allí... se muera de la emoción.

El cabo Gutiérrez Terciado, jefe del pelotón, con cara de demonio arrepentido, se sonreía, diciendo filosóficamente:

-Hay muchos que les gusta que les peguen. Pero si Monte Arruit se llamara Zunueta... Entonces me figuro que se iba a morir recordando... recordando un palizón.

* * *

Evidentemente, con algún remordimiento, Zunueta contemplaba las ruinas de Monte Arruit. Quedó maravillado. Todo coincidía con el relato de Piqueras.

El horror y la desolación habían desposado con aquellas tierras en las que, ya liberadas, unas manos piadosas iban dando cristiana sepultura a los cadáveres momificados.

Muchos paisanos acompañaron durante aquellos días al Tercio para conseguir identificar sus hijos o hermanos: pero resultaba imposible.

Un nuevo legionario, Gil Rivero, recién incorporado, se acercó a pedirle permiso al jefe de la Bandera, diciéndole:

-Mi comandante, he venido de Cuba por vengar a mi Patria y a mi hermano que estaba en Monte Arruit. ¿Me permite usted llegar, a ver si puedo encontrarlo, ya que hasta hoy no se ha presentado ocasión de vengarlo?

-Vete allá, pero es difícil.

El legionario se alejó, y al cabo de unas horas volvió desalentado y diciendo:

-¡Es imposible! Alguno de ellos es, pero ¿quién le conoce? En la fosa común he echado un puñado de tierra... Gracias, mi comandante.

Las Banderas fueron alejadas de aquella ruina, y pasaron a Segangan. En aquel descanso se instruía a los novatos, perfeccionándoles en el tiro, en el aprovechamiento del terreno, en conferencias sobre el combate, y hasta en la historia de la Legión, tan joven, y ya leyenda parecía. La eficacia de estos guerreros se redoblaba, y curtiéndose en nuevos combates, seguían avanzando.

Así llegó la segunda operación sobre Taxuda: “las Esponjas” ocultas por la niebla, fueron tomadas a la bayoneta. Con una serenidad casi insultante; los moros, bravos, les esperaron, y el cuerpo a cuerpo fue como una gran pelea, como una batalla de antigua gesta. El sargento Herben rodó barranco abajo enzarzado con un moro; Fernández Blázquez luchaba con otro en una zanja. Todo con denuedo, sangre, brío y arrojo. Y gritos, muchos gritos. Sobre todo de los sudamericanos.

-¡Viva Cuba!

-¡Viva a legión...! ¡Viva Chile...! ¡mierda!...

El maltés tuvo el gran día. A mordiscos, a puñetazos llevó todo el combate.

Cuando después de la operación llamaron al colombiano Fernández Blázquez y le concedieron sus ganados galones de cabo, las felicitaciones le llegaban por todas partes. El grupo de sus paisanos le vitoreaban, le cantaban, lo llevaron hasta en hombros. Sin embargo, él parecía preocupado.

Por fin pudo escurrirse de todos ellos y buscando, entre los legionarios, y encontró al que buscaba. Era aquel cabito, Martín Peña, el que una vez le sacó preguntándole si sabía escribir con ortografía y todo... y le entregó una escoba para barrer el campamento.

-Ven -le dijo-, te voy a invitar por mi ascenso.

Anduvieron un rato a la deriva, alejándose del campamento, cuando le dijo Martín Peña:

-Oye, tú, chalado; por aquí no hay cantinas.

-No, si ya estamos. Anda, quítate la guerrera, o si quieres, con ella. Ya tenemos la misma graduación.

-¿Pero qué es lo que quieres?

-Enseñarte a leer y escribir con...

-¡Ah, ya! ...

Se dispuso a defenderse. Con el primer directo que le tiró Fernández Blázquez, le dijo:

-¡Ahí va! ¡Con ortografía y todo!

Se enredaron a puñetazos. Al principio con rabia, con malicia y rencor, hasta que Martín Peña cayó sin sentido. Entonces Fernández lo hizo reaccionar, y, sonriéndole, con una rara expresión del compañerismo legionario, le decía:

-Y cumpliré mi palabra. Te enseñaré a escribir.

-¿Con ortografía y todo?

-¡Con ortografía y todo!

Y cumplió su palabra. Fue esto el 2 de noviembre de 1921, en Segangan, y el 10 de enero del siguiente año, Martín Peña, en el campamento de Dar-Drius, leía y casi escribía de corrido gracias al esfuerzo y a la labor del colombiano Fernández Blázquez. Alguna faltilla de ortografía tenía, pero no era cuestión de emplear el método de los mamporros.

En esos dos meses la Legión no estuvo quieta. Muchos nombres de victoria se habían añadido a la lista de su joven historial: Iguermán, Río de Oro, Nisan, Ras Medua, Ras Tikermin... Todos con tiros, lluvias, barro, polvo, muertos, heridos...

Pasaron también las Navidades, con los regalos extraordinarios de las madrinas. En resumen: un tropel de fuerzas victoriosas que llevaron los límites de España donde estaban antes del desastre del desastre del 21.

La Legión había sido la levadura heroica de aquel avance jalonado por su bravura y sus muertos. Su vitalidad, su eficacia, su ordenada rapidez y valentía para el avance, el tumulto de furia para el asalto, y la fortaleza en la defensa; ya estaban probados. Las recompensas y las felicitaciones le daban un gran prestigio oficial alcanzado desde que puso su pie en el puerto de Melilla.

En los primeros días de la ocupación de Monte Arruit reinaba una gran tranquilidad. Ni un "paco" sonaba. Ni con el sol ni con la luna. Las descubiertas se

efectuaban sin novedad alguna, y sólo se recogían restos de los cadáveres: cráneos blanqueados o machacados o ahumados, sin posible identificación. En espuestas, cuando no en carros, eran recogidos: tibias, costillas y otros huesos, enterrándoles en una fosa común.

Las dos Banderas se reorganizaron. El pelotón de Zunueta se completó otra vez. Seguían en él el cabo Benito, con su serenidad de siempre; “el Arditti”, con su ferocidad teatral, aunque de ley, y sus imponentes discursos a los moros, que no le entendían; Solano, al fin, ya desaparecida su inquietud de cobardía, curado de todo temor. Sánchez Quiroga, el “pobre de pedir”, incorporado de su “herida”, la inyección de morfina de Wanffer; Fernández Blázquez de cabo. Y los demás hasta formar el pelotón. Entre los nuevos se destacaban Santos Ochando, argentino, que cantaba muy bien los tangos; Chaves Duarte, extremeño o portugués, que se enorgullecía de que le llamaran “el contrabandista”...

“El Risita” también tenía completa su escuadra con Gil Correa, Ros, Amado, uno que llamaban “Silbido”, y “el Charte”, que estaba contento como nunca. A su madre ya la habían operado de cataratas en Bilbao con el dinero que él le había mandado, y veía. Lo que no iba a ver era su negocio de vino. Pero él se las arreglaría para que lo siguieran creyendo.

Piqueras ya había cumplido en el pelotón. Parecía otro. No hablaba con Zunueta, pero según le dijo “el Señorito”, le estaba “muy agradecido”.

-¿Por qué?

-Chico, no sé. Ese está loco. Nunca sabe por dónde anda. Aunque lo que contó era cierto. Más cadáveres de los que te dijo hemos visto, pero de esto... ¿quién tuvo la culpa?

Las noticias que llegaban del hospital marcaban el brío con que combatía la Legión. Una entera, ya lo era de muertos, heridos y mutilados. Sande, “el Pajarito”, como otros muchos, andaba por los hospitales de España.

Las novedades de allá tampoco eran muy buenas, y las de la Zona Occidental señalaban como los sucesos de Melilla repercutieron. La cabila de Sumata había atacado Magán y Tiquisas, Ayalia y Afemún. En aquellos mismos días Akarrat y Draa-el-Asef donde apenas instruidas salieron al campo la cuarta y quinta Banderas, de nueva creación. Eran para la Zona Occidental lo que el rosario de nombres desde Nador a Dar Drius para la Oriental, la de Melilla. La tercera -¿qué sería de Relenga, “el Cid”, “el Caballero de la Muerte”, Cantos, Esteve, y de los últimos que llegaron?- se batía sin descanso. Reverdeciendo los primeros laureles que para la Legión consiguió en Buharrat.

Pero la gran novedad era la nueva actitud de Maria “la Churra”. Después de lo de Solanes estuvo como atontada. Luego hizo una amistad íntima y pura con un nuevo legionario, ruso, polaco o algo así. Por lo demás, no había conseguido aprenderse el nombre, de largo y complicado que era.

-Pero eso si, es un ángel -y mirando a Zunueta, seguía diciendo: ¡Un ángel!... que pronto va a volar. De éste no me voy a acordar ni del nombre.

Suspiró al alejarse. Zunueta, Campos y Solano la miraron marchar con cierta melancolía. Ella, traviesa, al colgarse del brazo de su legionario, les hizo una seña graciosa, como si fuera un fantasma el nuevo amigo.

- "Nohabit" y "el otro", a pesar de lo que dice María, eran hermanos -dijo Campos.

-¿Y tú cómo lo sabes?

-Mi experiencia no me puede engañar. Desde luego, algo grande tenía que haber entre los dos para quererla, despreciarla y ser tan amigos.

-Lo que había entre ellos para que ocurrieran esas tres cosas era esto: cuando estaban en la Legión francesa los tres se entendían. Y eran...

-¿Cómo lo sabes?

- "Nohabit", el más digno, asqueado se vino aquí. Detrás llegaron la madre y el hijo.

-Mira, vamos a dejarlo, ¿no? ...

Hubo un largo silencio, y al fin preguntó Zunueta:

-¿Y lo de Piqueras, qué fue?

-¿Piqueras? -Campos hizo un gesto como recordando-. ¡Ah, sí! ¡Piqueras! Intento de desertión. Arrepentido, dice: quiero pasar por cada Bandera, por las cinco, para recibir una herida en cada una de ellas.

-Me alegro.

-¿Qué os parece si fuéramos a tomar un trago?

-Bueno...

-Lo más importante que ha pasado en estos días no lo sabéis.

-¿A qué te refieres?

-¿Recuerdas, el otro día, cuando bajamos a Tarfesit? En una de las casas, en un patio, aún había cadáveres. Y sobre el muro se veían manchas de sangre, impactos... Por eso no nos entraron en el poblado, para no excitar los ánimos. La "cosa" va por conferencia, por política. Allí hubo entre moros y españoles "chau, chau".

Zunueta, sin poderlo remediar, hizo un gesto de asco. "El Señorito" dijo:

-No creo que así se pueda arreglar esto.

Llegaron a la cantina y se juntaron con otros. Al toque de retreta formaron. Al de silencio durmieron. La noche fue tranquila, sin un solo "paco". El servicio montado parecía innecesario.

Durante aquellos días, para acabar con el ocio -enemigo peligroso de los legionarios, tanto o más que los moros-, se organizaron concursos de canto, bailes, canciones, y disfraces. Hasta un circo, "La alegría de Dar-Drius". Hubo tardes de verdadera "función", pero en una de aquellas noches, una excepcional.

Cuando ya dormían las Banderas, se produjo un intenso ataque que los puestos de servicio repelieron. Tanto se generalizó el intenso tiroteo, que a su llamada casi acudieron al completo las dos Banderas.

Quizá el descanso de unos días había creado el "cafard", ese tedio africano que se apodera de los europeos en tierras de Marruecos. Posiblemente, para librarse de él, respondían a la agresión desacompañadamente, sin la serenidad acostumbrada, gastando de inútil manera las municiones.

Cuando más embebidos respondían a los tiros, sonó la corneta. Tocó alto al fuego. Absolutamente todos los legionarios dejaron de tirar. Después de esta orden, aún se sintieron más sorprendidos. La Banda, formada en el centro del campamento, tocaba

aquello de “Adiós, Granada, Granada mía...” Quizá por eso de la música que amansa a las fieras.

Si sorpresa hubo en el campo propio, mayor la hubo en el contrario. Al notar que no respondían al fuego, se acercaban hasta los mismos parapetos, mientras los legionarios les enseñaban sus bayonetas y los moros decían:

-”¡Ser el Tresio!” -y no se atrevían a lanzarse al asalto.

Con rencor, les insultaban en un castellano eficacísimo, pero como la banda seguía con su concierto, no se entendían.

Hacia los fogones de las cocinas el paqueo era más intenso, y los legionarios, riéndose de tan chusca situación, les tiraban patatas, tomates y botes de conservas. Los legionarios caían heridos y muertos, respetando la orden de alto el fuego alegremente cantando.

Al fin, los moros, cansados, aburridos y, hasta un tanto chasqueados, se retiraron. Cuando al día siguiente formaron a diana todos se reían. Si no contasen las bajas, les hubiera parecido un sueño. Campos decía:

-Es la primera vez en mi vida que he oído un concierto de patatas.

Poco después se empezaron a conocer los nombres de las bajas. Entre ellas estaba Gil Correa, herido en un hombro; Koloman, muerto en el servicio de cocina, y muchos más.

Se esperaba a las ambulancias, cuando a media mañana se tocó llamada y formaron las Banderas. Se leyeron nuevos nombramientos.

-Juan Zunueta Zalve.

-¡Presente!

-Giovanni Ruggiero Amposta.

-¡Presente!

-José Solano Sánchez.

-¡Presente!

Y así muchos más que eran ascendidos por aquel periodo de operaciones al empleo inmediato. Al romper filas, tras la ceremonia sencilla de estrechar la mano del jefe y recibir el ascenso, el teniente llamó a los tres.

-Enhorabuena, muchachos. Giovanni, tú te quedas; Zunueta y Solano, preparados; vosotros vais destinados a la cuarta y a la quinta. Allí hace falta gente curtida como vosotros. Ahora mismo os vais en la ambulancia que acaba de llegar de Melilla. De allí os pasaportarán a Ceuta.

-¡Mi teniente!

-Hay que obedecer y nada más, “hasta morir”, dice el Credo. Enhorabuena y que os vaya bien.

Al descubrir en ellos cierta melancolía añadió:

-Yo también lo siento, pero no se hizo la legión para los legionarios, sino los legionarios para la Legión. Desde todas las Banderas se la sirve. Todo es Legión.

Les dio la mano como despedida, y aún les añadió que por buenos les mandaba, y como les viera un tanto entristecidos les espabiló diciéndoles:

-Vamos, de prisa, que os espera la ambulancia.

Precipitadamente recogieron sus cosas. Los del pelotón no les dejaban. Particularmente, el “Arditti”, ya cabo, Sánchez Quiroga, “el pobre”, Santana, el argentino, y Fernández Blázquez, el colombiano de la ortografía, los despedían emocionados. Cuando salían de la tienda, Piqueras venía hacia Zunueta. Le miró muy fijamente y tendiéndole la mano le dijo:

-Enhorabuena, mi brigada. Me alegro mucho...

El nuevo brigada quería decir algo, pero no podía... y lo abrazó. Piqueras hizo lo mismo. Por fin pudo hablar Zunueta:

-¡Y pensar que tú podías ser más!...

-Y procuraré serlo de hoy en adelante.

Abrazados seguían en un verdadero diálogo mudo, de sentimientos, hasta llegar a la ambulancia.

Sánchez Quiroga le llevaba el macuto y el capote-manta. El argentino, el de Solano. Llegaron a la ambulancia y casi al mismo tiempo una camilla que seguía “la Churra”. Llevaban muerto a Koloman. María parecía triste, seria, seca de lágrimas.

-Ya te dije que de éste, ¡tan bueno!, no me iba a quedar ni con el nombre. Pronto se me ha ido.

-¡Qué importa el nombre, un legionario, un héroe más que murió cantando!-le contestó Zunueta.

-Se llamaba Wihellmi Koloman Kilt Szalter-Shunillg -dijo alguien.

-Ya ves tú, que por muy héroe que sea, cualquiera se aprende eso... -contestó tan ritual “la Churra” que hasta tuvo gracia.

Otras camillas llegaron a la ambulancia. Entre los heridos estaba Gil Correa. Preguntó a todos:

-¿Y qué esperamos para marchar?

-Más camillas -dijo el chófer.

-¿Es que vamos a los toros? Arrea ya, que pago yo el completo.

* * *

Tan pronto llegaron a Melilla se pasaron por la Representación del Tercio, donde les extendieron los pasaportes.

-El barco sale a las siete.

-¿Hay alguna cosa para nosotros?

Miraron el correo recién llegado. A Zunueta le entregaron una carta y a Solano un paquete postal, que impaciente y alegre abrió rápidamente.

-Mira, son mantecados, galletas, chocolate, salchicha... ¡Qué contentos se van a poner en mi casa cuando sepan que he ascendido!

-La carta es de mi madrina. De tu hermana Carmen. Es la única persona que me escribe.

-Algún día la veremos.

-Yo ya la estoy viendo. Me manda un retrato.

-A ver.

Casi se lo quitó de la mano. Miró la fotografía y se quedó ensimismado. Era de una muchachita joven, sonriente. En sus ojos ardía una estallante alegría.

-Lo que ha crecido en un año. Está hecha una mujer.

-Y que fina es... -añadió Zunueta, con un empaño de timidez.

-Y lo buena que es, vale todo.

Le devolvió la foto al brigada, que guardó con mucho cuidado. Luego leyó la carta. Se la dio, preguntando:

-¿Y qué hacemos hasta las siete?

-Ir a ver a los del hospital, comer... ¡Celebrar el día!

-Vamos. Oye, tú, ¿y de esto qué hacemos? -y señalaba el paquete.

-Dejarlo aquí con los macutos y luego lo recogemos.

Salieron a la calle contentos, radiantes de alegría. Al pasar junto a una tienda de efectos militares, Zunueta casi empujó a Solano diciéndole:

-Entra por los galones, te los pago yo.

Les atendieron y los compraron. Quedando un tanto desilusionados al tenerlos en sus manos. Una de las muchachas que estaban en el mostrador, con una sonrisa ruborosa se ofreció:

-¿Quieren que se los cosa?

-¡Pues claro! -estalló Solano.

Cuando de nuevo salieron a la calle resplandecían. Solano se los miraba diciendo:

-Los tuyos, tan nuevos y chiquiticos, parecen como rayos de sol, y los míos, tan rojos, de sangre, de sangre valiente...

-¿Ya estamos? ¿Es que me vas a contar otra vez la historia? ¡Que ya me la sé! Una vez te pegaron y acobardado no respondiste; eso te hizo venir a la Legión a probar; mejor: a probarte que eres valiente... ¡Ya lo eres, y sanseacabó!

-Sí, ya lo sé; y aunque a nadie le cuento mi historia porque, la verdad, es un poco tonta, a ti sí... Tú sólo sabes lo que me ha costado vencerme. Poco a poco, muy despacio, y gracias a ti.

-Te digo que esas cosas ni se dicen. Cada cual pasa su canguelo y a otra cosa.

-Pero es que...

El brigada, al pasar junto a una taberna, lo metió dentro y dijo al que estaba en el mostrador:

-Anda, tú, pon vino y del bueno; a ver si de una vez se calla este loro.

Hay algo en el vino que llama a los legionarios, y a los pocos momentos, sin saber cómo, ni de dónde ni cuándo, aparecieron Gutiérrez Terciado, que había bajado a la plaza; "la Huelvana", de nuevo separada con bronca de "el Pastor"; y "la Churra". Ya habla enterrado a su "marío" y tenía el firme propósito de volver a Ceuta, por si en aquella zona le cambiaba la fortuna. Ella decía:

-¡A ver qué pasa con mi perra suerte! ¡Y que aquí ya estoy muy vista!

Con el vino se fueron animando. La visita al hospital se fue alejando, y todo paró en una buena comida. A todos invitó Solano.

-¡Qué carrera la tuya, Zunueta! ¡Qué carrera! -decía "la Churra".

-Come y calla y no adivines, que nos va a sentar mal.

-Entonces me callo.

Gutiérrez Terciado, el cabo del pelotón, dijo casi al oído al brigada:

-Piqueras, desde lo tuyo, cambió.

-Te advierto... Yo creo, como tú me dijiste, casi se dejó pegar... es un buen chico.

-Está "tocaó".

-Esta mañana vino a despedirse casi llorando...

-No me extraña.

Trajeron los cafés, el anís y "la coñac" ⁽³²⁾, y al tufo se fueron congregando más legionarios y legionarias.

Ya en plena tarde, entre aquel optimismo, con melancolía, dijo Solano:

-¡Y no hemos ido al hospital!

-Ni falta que les hace. La duquesa les atiende muy bien; se sobra y se basta. Hoy mismo todos los heridos le han regalado un ramo de flores que no cabe aquí.

-¿Le habrán gustado?

-¡Cómo lo ha agradecido! Claro que dijo: "Si los legionarios me regalan flores, ¿con qué debe obsequiarme una damisela?"

-¿Hay muchos heridos en el hospital? -preguntó Solano.

-Muchos.

-Mira, "Churra", para los que toque. He recibido un paquete con cosas de comer, tú lo llevas y lo repartes. A lo que toquen.

-Olé los tíos..., los cabos rumbosos.

-Gracias. Ya es hora, y nos vamos. ¡A ver, cuánto se debe!

Lo dijo Solano embalado, con aire, sacando su fina gracia de señorito madrileño de Fornos y Sakuska, del Apolo y Reina Victoria, del Maxim's o el Parisiana. Todos le admiraron aquella elegancia y la manera de pagar, sacando muchos billetes, y de los grandes, como sábanas. "La Churra", sin saber ya qué decir, le piropeó así:

-¡Viva el Banco de España!

La comida, esta vez, no deshizo la compañía. Cuando el "Juan de Juanes" despegaba del puerto, Zunueta y Solano levantaban sus manos despidiendo a aquellos amigos y compañeros:

-¡Hasta pronto! -gritó "la Churra"- . Algo te llevaré que te gustará mucho, Zunueta. Porque se te ha olvidado...

No pudieron oír más. El barco soltó la sirena y a los pocos momentos estaban fuera del puerto. Luego, alta mar.

La noche, tranquila y serena, todo lo fue envolviendo con su calma. Cuando se durmieron, a pesar de la marcha, nada les molestó. Sólo a la madrugada se revolvió Zunueta. Oía la voz del amigo. Era Solano, que hablaba, soñaba. En su entresueño se tocaba los galones de cabo y repetía:

-¡Sangre valiente! ¡Sangre legionaria! ¡Sangre valiente!

El brigada lo miró como un niño y, sonriendo, levantó sus ojos a una estrella que lenta parpadeaba como al compás de aquellas palabras.

* * *

³² El legionario tu hace siempre femenino.

Llegaron a Ceuta. Pasaron por la Representación: el viejo cuartel del Rey, al que Solano miró con gozo dominador.

Allí, lo de siempre: los nuevos, los que llegaban con fatiga de la vida, con sus ilusiones en armas, con sus deseos de ser más, con sus ocultas ansias... ¡Lo de siempre!

En Dar Riffien, lo mismo: “¡un, dos...! ¡un, dos...!”. Los hombres se transformaban en legionarios, sabiendo ya su camino recto: lo que de ellos se pedía y lo que a ellos se les daba.

El campamento ya estaba cambiado. Los viejos barracones estaban sustituyéndose por otros sólidos, de mano de obra. La Legión se afincaba. En el arco de la entrada bien claro decía la trayectoria de su consigna: “Legionarios, a luchar. Legionarios, a morir”, que convertía a la Legión en eterna.

Un cabo muy veterano se les acercó.

-A sus órdenes, mi brigada. ¿Ya no se acuerda de mí? ¿Y, tú, no eres aquel que llamábamos “el Señorito”?

-¡Claro que sí!... y me lo puedes seguir llamando. Tu eres... Arrieta.

-El mismo...

-¿Qué haces por aquí? -terció Zunueta.

-Pues, no me dejan ir al campo. Me dieron en lo de Nuader y aún cojea un poco.

-¿Qué ha habido por aquí?

-Tiros, barro, instrucción. Ahora, después de lo de Draa -el-Assef, todo parece quieto ¿y por allá?

-Lo mismo. Allá los primeros momentos fueron muy duros, combates sin contrapendientes ni intemperie. Después, lo que aquí: instrucción, barro, tiros..., pero con mucha alegría. Hace unos días, en Dar-Drius...

Contándose las cosas de una y otra zona -idénticas caras de la misma moneda del Tercio, la Legión era una y misma- entraron en una cantina. Los legionarios se levantaron a saludar. Después todos se juntaron, y esta vez no por el vino, sino por escuchar los relatos.

-Lo de Casabona fue grande.

-Chico, si quieres que te diga, lo de Taxuda, la primera vez... ¡No eran mancos!

-Tú te acuerdas de un chico, joven él, que se llamaba... ¡No me acuerdo! Le llamábamos... ¡Vaya, no caigo! Muy bruto él...

-“El Pastor”; no puede ser otro.

-¡El mismo! ¿Qué tal está?

-Bien, sólo que “liado” con...

-Me alegro, hombre. ¿Se sabe ya el Credo? No hubo manera de meterle en la cabeza ni un sólo artículo.

-Sabérselo, creo que no se lo sabe, pero lo practica.

-Y aquél tío tan fantástico, ¡Tarok!; príncipe, pordiosero, espía, y qué sé yo cuántas cosas.

-En Casabona.

-A Solanes, también allí,

-¿Y Wanffer?...

-También, en...

Una voz desde el fondo gritó:

-¡Oye, tú, no preguntes más, que no vamos a saber si estamos vivos o muertos. Era Ferrer, fundador también y sargento. Se rieron todos.

Solano y Zunueta preguntaron, pero mirando al porvenir:

-¿Qué tal funciona la Cuarta?

-Igual que las otras: en Monte Magá, los amos.

-A esa voy destinado.

-¿Y la quinta?

-En Ayalía debutó... y ¡qué debut!. Jabatos, chacales, leones... Con decirte que a mí mismo me da miedo cuando pienso que soy del Tercio.

Se rieron otra vez y así continuaron la charla. Nuevos y viejos, todos revueltos y en disciplina, en completo optimismo, con su tumultuosa alegría, con ganas de contarse y saber. Cuando más embebidos estaban hablando entró el sargento Contreras.

-Oye, Zunueta, y tu, Solano, ya está ahí la camioneta del suministro que os ha de llevar a vuestras Banderas

-Vamos.

Recogieron sus cosas, y aun a punto de marchar preguntó Solano:

-¿Qué ha sido de Relenga?

-Mal bicho; de veraneo, en El Hacho. ¡Cosa fea lo último que hizo!

-¿Qué fue?

-Sedición, robo, y... de todo un poco. Es largo de contar.

-¡Vamos Solano! -gritó Zunueta, ya lejos, dispuesto a subir a la camioneta.

No pudo saberlo del todo. Se montó al vehículo con los rancheros. Allí se acomodaron todos entre los sacos de víveres y provisiones.

Cruzaron sierras, poblados, y ríos. Apenas si se detuvieron en Tetuán. Cuando ya lo dejaron, pararon en mitad del camino. El chofer golpeó desde la cabina.

-Los de la quinta. Allá está el campamento.

Con Solano bajó Zunueta.

-Bueno, hasta que... nos volvamos a ver.

-Eso..., quién sabe si...

-Daos prisa decía el chofer, impaciente- , que se hace de noche, y con los faros, los "pacos" nos tumban.

Se querían decir tantas cosas que se abrazaron casi a punto de llorar.

-Pase lo que pase, no dejes de escribir a mi hermana, ¿eh?

-Ahora, sin ti, me dará tanta pereza...

-Que lo hagas.

-En cuanto tengas permiso no dejes de venir a buscarme...

-Y tu, lo mismo.

-¿Estamos? ¡Vamos ya!

-Arreando -dijo el ayudante del chofer.

Por fin se despidieron. La camioneta arrancó a gran velocidad. Zunueta, los ojos empañados, casi el alma en ellos, miraba cómo por un repecho, macuto a la espalda,

subía Solano al campamento. Aun se volvió y le dijo adiós con la mano. Y el brigada contestó.

Con la velocidad se fue achicando la figura de Solano, perdiéndose, como una sombra más que borrara el atardecer.

El brigada respiró fuerte. Cuando miró de nuevo, todo había cambiado. Una revuelta se tragó el paisaje y ya era otro. Volvió a respirar Zunueta. Sentía el peso de la tarde. Se abstraía mirando a las nubes, sin darse cuenta que por lo bajo los rancheros se decían:

-¿Y dices que es muy valiente?

-Tiene fama. De lo más que hay en toda la Legión... Nunca ha tenido “dolor de garganta”...

-¡Si casi llora!

-Es que nosotros mismos, con serlo, ni entendemos a los legionarios...

TERCERA PARTE

SIN PUNTO FINAL

IX

LOS REYES SON DE VERDAD

El Espíritu de Combate. La Legión pedirá siempre, siempre combatir, sin turno, sin contar los días ni los meses ni los años.

El abanico Legionario de las cinco Banderas con su aire heroico levantaba el fuego de la guerra. Si por Melilla las líneas quedaban donde estuvieron y el dolor del desastre había culminado, no ya en una completa reconquista, sino en la confianza de que no se volvería a repetir; por Ceuta, si al revés, fue menor, Akkba-el-Kola significo para lo que Melilla, Abarrán; aquí las cosas no pasaron a mas. Y ni el Raisuni, ni el hermano de Abd-el-Krim, consiguieron ganar un palmo de terreno.

El mal, esta vez, como tantas otras, no venia de la guerra de Marruecos, sino de la guerra de España. La agitación política especulaba, como antes con el desastre; ahora con los brillantes, con los indudables éxitos. El parlamento era el campo de batalla. Si un Gobierno acordaba la lucha contra el Raisuni, una línea avanzada en la zona oriental, el desembarco en Alhucemas -antiguo sueño del Ejército marroquí- y como final, el total establecimiento del Protectorado; el Gobierno siguiente, con solo unos meses, resolvía: pacto con Abd-el-Krim para la devolución de los prisioneros del desastre, destitución y procesamiento del alto comisario, implantación del Protectorado civil. Absurdo pensamiento de políticos e intelectuales, creer que la guerra se gana con papeles y soflamas, y supresión de las operaciones y repatriación de las unidades. Lo peor era que de un programa a otro sobre Marruecos, sin firmeza alguna, se fue pasando de la noche a la mañana y de la mañana a la noche. Naturalmente, como siempre, ni se realizo lo uno, ni el otro se verificó. El alto comisario presentó su dimisión, sin serle aceptada, tampoco le ratificaron la confianza, aunque, eso si, fue atacado muy duramente: pero de palabra. Unidades, ni una sola se repatrió, aunque no se creó ninguna Bandera de la Legión, como esperaban ⁽³³⁾. Las operaciones se aplazaron en la

³³ Burguete comprendió que debía seguir una línea de conducta política en el protectorado, aunque no tuviera en cuenta los imperativos militares. El gobierno le encargo que utilizara al jalifa y a las autoridades indígenas tanto fuera posible; que mejorara la administración civil, vigilara toda la actividad militar, estableciera un acuerdo negociado con El Raisuni; que disminuyera las fuerzas militares... (Stanley G. Payne. Ruedo Ibérico. 1968. *Los Militares y la política en la España Contemporánea.*)

zona de Ceuta y empezaron en la de Melilla. Todo lo contrario de lo que se esperaba. Un oculto poder había en España que todo lo trastocaba.

La Legión seguía luchando contra los de dentro y fuera. Nada sabía de todo esto, pero se sentía alguna molestia, como un grano de finísima arena en la maquina perfecta de su disciplina. Era inoportuno arrancar a unos hombres de sus Banderas en plena lucha, para llevarlos a otras en tranquilidad y calma. Ellos, ciegamente, obedecían; el mando ordenaba y una ligerísima marejada se percibía como fomentada desde los altos poderes para anegar la brillante empresa.

El teniente coronel fundador, ya curado de la herida de Nador al frente de las Banderas. hablaba de: “Esa repartición de las Banderas nos proporcionaba opuestos sentimientos: el de disgusto de no estar reunidos y. el mayor, el de satisfacción de ver el aprecio que todos hacían de los Legionarios, pues no había jefe de columna que no los pidiera con sincero interés”.

El 18 de marzo se ocupó Ambar, con carros de combate, y si por diversas circunstancias no dieron el resultado previsto, el Comandante de la Bandera que con ellos actuó dijo con voz profética sobre las críticas: “Los carros de asalto y tanques son de gran aplicación en esta guerra: veremos si el tiempo me da la razón” ⁽³⁴⁾.

Todas estas inquietudes, teñidas de leves desesperanzas, eran el mínimo reflejo de lo que en España ocurría.

Pero en el mismo Ambar la Legión victoriosa tuvo un acontecimiento que la conmocionó. Como un romance y una elegía corrió la noticia de la muerte del comandante de la segunda Bandera.

Se llamaba Carlos Rodríguez Fontanes, fundador de los de primerísima hora, y tenía un heroísmo, una valentía, una bravura, que de tan infantil y sonriente parecía tímida, y de tan segura, natural ⁽³⁵⁾. Tan era así, que una tarde, hablando con el capitán médico Pages, que tantas vidas salvó en África, le dijo:

-“Como se conoce que es usted soltero, mi comandante, si no, no se batiría con tanto desenfado, con ese denuedo”.

-“¿Cómo soltero? Viudo y con seis hijos, dos varones; el mayor de estos, aun menor de edad, es fraile: el que le sigue se está preparando para ingresar en el Cuerpo de Correos. Las cuatro niñas son muy pequeñas todavía. Ahora viven con su abuela, mi madre, ya ancianita. Hace un mes que murió mi hermana. Era quien las cuidaba”.

El capitán Pages tuvo un gesto de asombro. El comandante, sonriente, como disculpándose, como si pidiera perdón por ser bravo, prosiguió:

-“Es que no se me ocurre que me pueda pasar nada: como oye uno tantas balas y aun no me ha dado ninguna, me he acostumbrado a no darles importancia. Además, se curan tantos que hay que pensar que no todos los proyectiles traen la muerte. Lo único que me preocupa muchas veces son las heridas de vientre”.

Por los ojos del comandante paso un presentimiento negro y fatal que el médico vino a borrar diciendo:

³⁴ Comandante Franco. Obra citada.

³⁵ Carlos Mico España. Obra citada.

-“Pues esas heridas no deben preocuparle mas que las otras. Con tal de poder hacer la primera cura dentro de las cuatro horas que sigan al momento de producirse, no hay peligro de muerte. A mi no se me ha muerto ningún herido en esas circunstancias”.

A los pocos días de esta conversación, en Ambar, una bala le rasgo el vientre, pero el comandante, cuando en la camilla lo llevaron a un lugar desafilado, mirando su reloj -eran las dos de la tarde-, dijo:

-“Que avisen al doctor Pages, a ver si puede venir. ¿Dónde esta?”

El heliógrafo, rompiendo rayos de sol, pregunto por el medico, que estaba lejos, ni siquiera se sabia dónde. Las ambulancias, por el intenso fuego, no podían llegar hasta el herido.

A las cuatro miró de nuevo su reloj:

-“ ¿Han avisado al doctor Pages? Parece que tarda; han pasado ya dos horas...”

A las cinco, sin una suplica, firme en su dolor:

-“No va a llegar... Queda poco...”

Pasadas las cuatro horas, llegada la implacable, la de su muerte, volvió a mirar el reloj, diciendo, como leyendo:

-“Son las seis; ya, venga o no venga... Ya no importa... Ya es tarde... Mis pobrecitos hijos”.

Y no volvió a mirar la hora. La noche llegó y con ella la muerte. De madrugada, rodeado de sus leales, aun dijo estas ultimas palabras:

-“Mis hijitos... Pero es por la Patria; no importa... ¡Dios mio!... Decid al teniente coronel que muero gritando: ¡Viva la Legión!”

Y este grito de muerte vivo recorrió todas las Banderas, las de la zona oriental y la occidental; todo Marruecos. Y un nuevo animo, fulgurado con los velos de la muerte, ensombrecía la faz heroica del Tercio y sus Legionarios. El ejemplo de Ambar, donde también murió el padre Vidal, cundió entre todos.

La Muerte, novia, amiga y compañera, hacia suyos a los Legionarios. No se arredraron por ello y su signo los hizo mas bravos.

Así fue pasando abril de 1922: La Legión esmaltando de heroísmo las posiciones africanas. En Miskrela, ante un enemigo veinticinco veces mayor en numero, aguanto impasible tres asaltos sin perder ni un palmo de terreno, y en el Peñón de Vélez de la Gomera cincuenta Legionarios voluntarios, al mando de un teniente, en la noche, subieron como tigres por las difíciles peñas, en medio de un horrisono fuego de fusilería y cañones enemigos, organizando por encima de todo la defensa. Allí estaban aislados, y tan solo desde los altos acantilados se comunicaban por una cuerda con las embarcaciones que llegaban. El furor de los moros se encrespaba y para calmarlo exclamaban desesperanzados al sospechar que ya nunca el Peñón seria de ellos:

-“¡Si llegar los del tresio!”

Lo confirmaron cuando les vieron y les tiraban, durante el día, cuando se bañaban, pescaban o cazaban gatos que convertían en riquísimos conejos; como en unas ociosas vacaciones. En la noche también buscaban, pero si los Legionarios caían por el fuego; todos los moros por arma blanca. De la guarnición, con los días, ya solo quedaban treinta hombres, aunque el parte seguía cursando el “sin novedad” de siempre. Hasta la misma España parecía seguir emocionada las incidencias de aquella defensa a

muerte. De la más alta autoridad: “El Rey, al Teniente Coronel Millan Astray, Jefe del Tercio”, se recibió este telegrama: “Felicito al Tercio por la hermosa defensa del bloqueo de Miskrela y por el espíritu que demuestra al ser todos voluntarios para ir al Peñón de las Banderas de Melilla, y tu como creador de esa fuerza recibes las gracias de tu Rey y un fuerte abrazo. Alfonso. Rey.”

De estas y otras cosas hablaban los Legionarios cuando como una sombra huidiza se presentó un tambor de la cuarta Bandera. Buscaba a Zunueta. Al fin lo encontró.

-A sus ordenes, mi brigada. Vengo de parte de Maria, “la Churra”.

Se conmovió Zunueta y le preguntó con ansia:

-¿Que le pasa?

-A ella nada. Ayer, en lo de Tazarut...

-¿Que?

-Lo de la quinta.

-Anda, revienta... ¿Qué?

Se levanta violento el brigada. El tambor continuo:

-Lo de la quinta. No me ha dicho mas, ni sé mas que esto. Dice que pida permiso y que vaya. Es urgente...

-¿Sabes si le ha pasado algo a un cabo?... Un tal Solano; le llaman “el Señorito”.

-No sé... Mi brigada, yo no estuve en la operación.

Se le nubla el cielo a Zunueta. Rápido comprendió que algo muy grave le debía ocurrir a Solano. ¿Estaría herido? ¿Habría tenido miedo? ¿Muerto? ¿Habría desertado? ¿Que tonterías pensaba!... Sería que... ¡Pero desde luego algo grave!

Sin saber como, se encontró ante el teniente de la sección y le expuso el caso, así tan ambiguamente, sin saber de fijo nada y con temor y hasta congoja.

-Es que yo, ¿sabe?, soy el mas amigo, ahijado de su hermana, y querrá decirme algo o...

-Yo, de momento, no sé mas que lo de Tazarut, la guarida del Raisuni, se ha conquistado. Hemos tenido un centenar o más de bajas, pero no se los nombres. Uno si sé quien es: muerto... El teniente coronel Gonzalez Tablas, de Regulares ⁽³⁶⁾. La operación ha sido bastante dura... Te puedes marchar a ver que le ha pasado.

Salió disparado. Tan solo cogió la pistola y el capote manta. El tambor le seguía a grandes zancadas por el camino.

-¿Cuándo te dio el recado “la Churra”?

-Esta misma mañana.

-¿Dónde esta ella?

-En el mismo Tazarut.

El brigada seguía andando. El mediodía dorado dejaba sentir el sol,

-¿Vamos a seguir dándole a los pies? ¿Por que no esperamos aquí a que pase un camión?

³⁶ El 10 nos reunimos con Sanjurjo; abrazándonos los dos territorios, Larache y Tetuán, con la mayor alegría. El 12 de mayo de 1922 se tomo por asalto Tazarut. En la vanguardia de su columna, y en los momentos de rudo combate, una bala infame, cruel, hirio mortalmente al heroe. Aquella noche entrego su alma al Creador, subiendo al Cielo. Tazarut nos habia costado la perdida del mejor soldado. **Jose Millán-Astray**. Obra citada. 228

-Vamos; si quieres, te quedas tu. Lo que andemos es camino adelantado.
El tambor se le quedo mirando un poco asombrado. Levanto los hombros y le siguió.

-¿Cómo te llamas, muchacho?

-Diosdado Tajueco, huérfano y expósito.

Zunueta calló. Le pregunto esto solamente por animarle. En aquellos momentos sólo le interesaba andar, devorar el horizonte. Quería librarse de una inquietud, de una angustia que poco a poco, cada vez mas, se iba apoderando de su animo.

Al pronto vieron, entre una nube de polvo, una ambulancia. Se plantaron en el camino y la pararon.

-¿Dónde vais?

-A Tazarut. A recoger cadáveres. Creo que ha habido un buen “cacao”.

-Allí vamos nosotros.

-Pues, arriba.

Arrancó de nuevo la camioneta. El brigada subió a la cabina, con el chofer, y el tambor atrás con los sanitarios, y mientras se limpiaba el sudor les decía:

-¡Caramba con el brigada! ¡Que manera de andar! Si no llegáis, pronto también me tendríais que llevar, pero de cadáver...

Cuando llegaron al poblado, la tarde ya mediaba. Al fondo, el Yebel Alam se cubría de sombra y luz. Una nube pasaba por su cumbre.

Al ir a entrar en el poblado, el brigada vio a “la Churra”, que parecía esperar a alguien,

-¡Para, para! -mando Zunueta.

Se tiró rápidamente.

-¿Que hay, María? ¿Que le pasa a Solano?

Ella no contestaba y solo miraba al tambor, a Diosdado Cuando le leyó la mirada y comprendió que nada le había dicho, hablo:

-Ya todo ha pasado.

-Pero...

María no dijo nada. Le cogió de la mano y lo entro en una casucha.

-Este es.

Tiró de una manta y apareció, entre otros, el cadáver de Solano. Uno que tenia al lado abrazaba una botella de coñac.

-¿Cómo fue?

-Murió como un bravo, como borracho de su valentía. Se fue adelante, adelante..., ¡el primero! Digno de ti, de tu escuadra. Por eso no te preocupes. Fue una chispita de metralla de una bomba de mano, al parecer, en el corazón.

Zunueta se acercó a mirarle, a contemplarle. Las finas facciones de Solano ya estaban afiladas por la muerte. Rígido, la camisa al desgaire -todos los muertos de guerra tienen tendencia a desnudarse-, daba la sensación de paz. Sus manos alargadas, el sol no las había quemado. Sensación daban de esculpidas.

-¿Que dijo?

-Fue... No pudo hablar. Un suspiro, ni se dio cuenta, según me dijeron. Me lo contó un Legionario de su escuadra, un portugués, Dacuña se llama. Pero ya lo han

evacuado a Ceuta. Habla con él, porque días antes le dijo... la muerte se presiente; en caso de que le mataran te hicieras cargo de todo lo suyo, y aquí lo tienes -y María le señaló la mochila.

-¿Y no sabes más?

-Sí; me dijo Dacuña que cuando cayó herido se miraba los galones de cabo y decía: “¡Sangre valiente! ¡Sangre valiente!”. Y creo que ni conocía a nadie... Fue muy rápido.

Hubo un silencio prolongado. Zunueta se acercó al cadáver, se arrodilló, besándole en la frente.

-¿Tienes unas tijeras?

-No, pero ahora mismito las traigo.

María fue a buscar a un practicante y a los pocos momentos le entregaba al brigada las tijeras. Zunueta le cortó un mechón de pelo a Solano. Luego le tapó.

-Todo lo que llevaba encima lo tiene Edmundo Dacuña, y aquí está lo demás.

María le acercó la mochila y el brigada la abrió. Cartas, calcetines, pañuelos... Le dio uno a la Legionaria.

-¡Chico, que fino! ¡De seda! Es que el pobre era muy señorito, hasta para morir... ¡Si parece dormido!

Cuando salieron de la casa, el atardecer se había ensombrecido. De momento, por la calle enlosada, de una revuelta aparecieron formados un grupo de Legionarios. Zunueta, en su dolor, los miraba atónito.

María, detrás, le decía a Diosdado: Te has portado muy bien y rápido. No te has “chivateado”.

En aquel momento se le acercó Esclapes, diciéndole:

-Anda, vente; vamos a descubrir una lapida donde mataron al teniente coronel.

Todos fueron menos Zunueta. Quedó cerca de su amigo muerto. Los otros llegaron a las afueras y subieron a una colina. Esclapes tocó un punto largo que parecía ensanchar el horizonte. Todos se descubrieron. Se tiro de una tela con los colores nacionales, y en una roca, dorada por el sol que agonizaba, apareció bajo una cruz laureada, finamente cincelada, esta inscripción: “En este lugar, el día 12 de mayo de 1922, cayó mortalmente herido, al tomar por asalto Tazarut, el heroico teniente coronel señor don Santiago González Tablas, jefe de los Regulares de Ceuta, num. 3. D.E.P. Los Legionarios”.

Zunueta estaba junto a los muertos. Al oír el punto de la corneta y luego tan largo silencio, salió a la puerta un poco sobrecogido. Vio lo que pasaba. A lo lejos ondeaban las banderas victoriosas, entre ellas la que llevaba las armas del Gran Capitán, la de la quinta de la Legión, bajo cuyos pliegues cayó Solano... Hasta para eso había sido “el Señorito”. Se había ido al otro mundo como siguiendo los aires de aquel otro, que en sus días, fue el primero.

Aquella misma noche, mientras le velaba -Tazarut a la luz de las estrellas y cercado por el chisporroteo de los “Pacos”-, el brigada escribía una larga carta a Carmen Solano, dándole detalles, sincerándose con su sentimiento.

Sin querer se acordaba de Piqueras. Se la hubiera redactado muy bien. Así iba de cualquier manera; pero él no sabía más.

La noche fue lenta, pausada. Zunueta no durmió. El dolor lo tuvo fijo. Sólo cuando entró el capitán se distrajo con una breve conversación. Quedó plenamente satisfecho al oír de sus labios;

-Estuvo muy valiente, un héroe.

Aun después escribió la frase en la carta y le contó la visita del capitán.

Al amanecer, con la primera ambulancia que salió y se llevaba el cuerpo de Solano, marchó para su Bandera.

En los aires acerados de la amanecida, Zunueta sentía un profundo desconsuelo, una angustia: quería como salirse del mundo... Era algo que no había sufrido en la vida, y lejanamente le llamaba y le obligaba a seguir.

* * *

El campamento le ahogaba de hastío, de aburrimiento, de melancolía... A pesar de combatirlo todo la alegría Legionaria.

Contaba un grupo de Legionarios en una cantina:

-¿No sabes lo que ha hecho Sulter?

-No se quien es Sulter.

-Sí, hombre, un alemán que, según decía, fue oficial de la Guardia Imperial Prusiana. A mí me parecía un anarquista.

-Pero vamos a ver, ¿ese no estuvo en el Hacho?

-Estuvo.

-¿Y porque estuvo?

-Era cartero y los giros que se enviaban no llegaban. Le habían crecido mucho las uñas.

-Salió el otro día y se presento al teniente coronel. Le enseñó un telegrama que acaba de recibir. Era de su familia, al parecer muy distinguida; le esperaban para verle en Algeciras. Le dieron el permiso, y hasta ahora... El telegrama estaba falsificado por él, y además...

-¿Mas cosas?

-Como no la pudo abrir, se llevo la caja de caudales del teniente ayudante.

-Vaya con Sulter, ¡Y eso que era oficial!

Triste y pesaroso andaba Zunueta, en compañía de un sargento amigo, que le decía:

-¡Ya lo ves! Cuando no hay "función", la gente vuelve a las mismas.

-Y cuando la hay, caen los mejores.

-De todo, que de todo hay.

Cortaron el diálogo. En aquel momento tocaban parte, y Zunueta, estaba de semana, corrió a tomarlo, no sin antes decirle al sargento:

-Creo que va a haber mas borrego. Ya lo verás.

Efectivamente, eran más borregos. Les recibió el comandante de la Bandera. Después de devolverles el saludo les dijo así:

-Ya lo sabéis: a un moro le ha robado un borrego un Legionario, según dice... Esto no se puede tolerar: va en contra de las órdenes de pacificación que tenemos. El borrego ha sido pagado por diez duros. El incidente ya está saldado.

Los suboficiales de semana se miraron. Si aquello estaba acabado, si no tenía remedio, ¿para qué se les llamaba? Pero el comandante continuó:

-Yo quiero, “espero de los caballeros Legionarios que me ayuden en esta ocasión, y si alguno de ellos en un momento de ofuscación ha cometido el robo, sabrá hacer honor al título de caballero Legionario presentándose al jefe”. Díganlo en las compañías. Nada más.

-A la orden, mi comandante.

-Se pueden retirar.

Cuando Zunueta se encontró de nuevo con el sargento le dijo:

-¿Ves como tenía razón? Más borregos. Voy a formar la compañía y a leer la orden.

Formaron las unidades, se leyeron las palabras del Comandante, pero nadie se presentó. El jefe, cada minuto que transcurría, se ponía más serio, más hosco. Se barruntaban días sin sonrisa. Los suboficiales y hasta los cabos torcieron el gesto, lo cual quería decir que la Bandera iba a ir muy derecha.

Pasaron algunas horas sin que el llamamiento a la caballería Legionaria diera efecto. Solo hacia la media tarde hubo algo que fue de verdadera novedad en el campamento. A marchas forzadas llegaron los últimos Legionarios incorporados, formados en dos compañías, la 1ª y 2ª de depósito. Cuando rompieron filas se reunieron con los veteranos. Sobraban las palabras. Todos se entendieron.

-Mañana va a haber “barud”, y de los gordos. Estos vienen de refuerzo.

-Chico, a mí lo que me preocupa es el borrego. Si yo encontrara al que... -le decía el sargento Rosado a Zunueta.

-¿Dónde será?

-No sé si hacia Baba o por ahí. Helalich o algo así... Ya lo verás.

A Zunueta, aun a pesar de la pregunta, le daba igual que fuera en un sitio u otro y hasta tenía ganas que llegase esa mañana. Solo un mes había pasado de lo de Solano, y lo tenía más presente que nunca. La imaginación no le dejaba y le hacía pensar en la familia de su compañero: en la madre viejecita, en su madrina Carmen, y en las otras hermanas y en los cuñados. ¡Él debía de haber sido el muerto! Por el nadie iba a llorar; sin embargo, por Solano...

En aquellos días había recibido algunas cartas de Carmen pidiéndole más detalles de la muerte. Pensó en aquel portugués, Dacuña, que los sabía, y tentado estuvo de pedir permiso para verle y le contara. El rumor de próximas operaciones, le detuvo. Escribió otras cartas casi contando los mismos detalles y anunciando que pronto les daría otros nuevos.

Cuando tocaron retreta pasó lista y nuevamente se leyó la orden del borrego. Nadie salió y sólo faltaba un tal Sangüesa, del que todos sospecharon. Era, por lo demás, cosa rarísima. En la Legión, de siempre se sabe: cuando se huelen las operaciones nadie falta a su puesto, es cuestión de honor acudir al fuego. Aquello era algo verdaderamente extraordinario.

Cuando Zunueta le dio el parte al oficial de semana, le dijo:

-Preséntate al comandante.

El brigada, rotas filas, corrió hacia la tienda del jefe, que esperaba fuera, al aire libre a los oficiales.

Le dieron el parte y oyó claramente cómo preguntaba:

-¿Y el del borrego?

-Nada, mi comandante.

Unos momentos después:

-A sus ordenes; se presenta el brigada Zunueta.

Le golpeaba la sangre en las sienes. ¿Que sería? ¿Algo grave? Él recordaba; nada extraordinario había hecho ni le había ocurrido. Estaba firme, cuadrado, y por dentro todo le bailaba.

-Zunueta, he recibido una carta de su madrina. Es una muchacha que se expresa muy bien, hermana de un cabo de la quinta, que mataron en Tazarut ...

-Si, mi comandante -contesto Zunueta, respirando fuerte.

-Me pide que te dé permiso para que vayas a Madrid y le cuentes cómo fue lo de su hermano... Parece una muchacha muy fina, de buena familia, y se ve que te tienen un gran afecto... ¿No es así?

-Así es, mi comandante.

-En el próximo periodo que tengamos de calma tendrás permiso y enhorabuena.

Zunueta no comprendió el porque de la enhorabuena que le daba el jefe entre tantas sonrisas. Ni lo pudo entender ni pensar, porque de improviso, como una tromba, se presento un Legionario.

-A la orden, mi comandante.

-¿Es esa manera de presentarse? ¿No ves que esto con el brigada? No interrumpas...

El Legionario, alto, fuerte, en posición de firme, el gorrito ladeado y la mirada muy fija, como respondiendo a su propia conciencia, un poco descaradamente, contesto:

-Es que soy... Presente el Legionario José Maria Sangüesa, "el que robó el borrego, y como soy un caballero Legionario vengo a que me imponga el castigo que merezco".

-¿Por que no te presentaste cuando se publico la orden?

Zunueta quedo admirado del desparpajo de Sangüesa El comandante, muy ligeramente, apretaba los labios. Pero el Legionario respondió tranquilísimo:

-Porque tenia que hacer.

-¿Que quieres decir? ¿Otro robo?

-No, mi comandante. Como el borrego no valía mas que tres duros y el moro se aprovecho de la ocasión y cobró diez, lo he buscado y le he invitado a tomar el té en una cantina, y después, a jugar.

Apenas sin descomponer su posición de firme saco del bolsillo diez duros de plata, que enseñó sobre la palma de su mano derecha, añadiendo:

-Puedo asegurarle, mi comandante, que se los he ganado limpiamente, sin trampas -y sonaba ligeramente los duros como para ponerle música a sus palabras.

El comandante, al fin, sonrió ligeramente, y Zunueta, contagiado, también.

Sangüesa era el único que no se sonreía; quedo muy serio. Quizá pensando que valía la pena el haber hecho todo aquello para que el brigada se sonriera. El Legionario lo sabía: era la primera sonrisa desde que murió el cabo Solano.

* * *

Aun los primeros albores del día no se habían rasgado cuando la diana rompió la noche. Rápidamente todos formaron y después se entregaron a las operaciones de municionamiento y embaste del ganado. A las siete de la mañana la cuarta Bandera de la Legión coronaba las primeras cumbres. La vanguardia, dos escuadrones de Regulares, pasearon el terreno. Apenas si sonaba algún tiro.

La Legión ocupó el puesto de honor al frente. Tranquilamente empezó a establecer el blocao de Baba. Terminado que fue el reducto siguió el avance. Zunueta, con su pelotón, iba en vanguardia. La artillería rompió el fuego sobre unos aduares, cuando el brigada recibió la orden de entrar al arma blanca. Era el de Marabtech.

Después de asaltarlo, vieron que tenían bastantes bajas. Todo el poblado estaba manchado de sangre. En una de las casas se entregaron siete moros y presentaron muchas “fusilas”.

-“¡No matar! ¡No matar!” -decían.

El brigada los mando a retaguardía mientras desde una de las ventanas dirigía el fuego contra el enemigo. Miró a su pelotón: tenia un muerto y dos heridos.

-¡Camilla! ¡Camilla!

-Que no venga... ¿para que? -decía uno de los heridos.

-Si no es nada.

-Ven, ven tu... -decía otro-; le escribes a mi padre y le dices que le pido perdón, que...

Zunueta no podía escuchar. Estaba atento a todos sus hombres y al combate. Era el conductor de aquel puñado de valientes. En la misma línea de combate, parecía desafiarse a sí mismo. El fuego enemigo remitió.

Sin saber de donde y como apareció un agente de enlace.

-¿El brigada?

-Aquí estoy, chaval.

El muchacho le entregó un papel, un parte, al que Zunueta le firmo el enterado.

-Vamos...

El brigada fue indicando a los cabos por donde debían avanzar las escuadras. Se trataba de tomar una posición entre los dos poblados. Avanzo con una de las escuadras. Él y los suyos, aun con el fuego, consiguieron llegar frente a la posición sin novedad.

Sudorosos, cansados, llenos de barro y sangre, se tumbaron. Casi a cubierto, unos levantaban las cantimploras, otros comían.

-¡Vaya con los nuevos! Están hechos unos “hachas”. Míralos como avanzan.

Al beber uno de los Legionarios, un tiro le atravesó la cantimplora. Se le caía el vino y rabioso exclamaba:

-¡Perro sarnoso!.. ¡Ni beber le dejan a uno!

Zunueta fue junto al teniente. Se reunió con el sargento del segundo pelotón.

-¿Veis aquel montículo?

-Si, mi teniente -respondieron.

-Se llama el Morrote. Sobre él va a tirar la artillería diez minutos. Luego, nosotros, al asalto. ¿Estamos?... Yo daré la señal.

Volvían a sus pelotones cuando la artillería rompía el fuego. Con los primeros disparos se notó el gran número de moros que había concentrados en la colina. Muchos eran los que se dispersaban tomando nuevas posiciones cercanas. El asalto iba a costar muchas bajas.

Zunueta miraba el terreno que había de correr hasta el Morrote. Allí, en lo alto, había algo como una piedra blanca que brillaba. Sería un morabito. Se volvió a los suyos para decirles:

-Armar los machetes, preparar las granadas. Vamos al asalto. A ver si somos los primeros en llegar.

Unos cuantos se echaron el fusil a la espalda, sacaban sus facas y decían:

-Yo prefiero la navaja; me siento mas seguro, y luego, sentir ese chorro de sangre...

-¡Preparados! Apenas si quedan unos minutos.

Mientras decía esto, el brigada, por primera vez aquel día, se acordó de su amigo muerto. Miro la piedra que brillaba. ¡Cómo deslumbraba! El se la podría llevar para que en ella se inscribieran: "Aqui descansa el cabo Legionario José Solano Sánchez. Nunca tuvo "dolor de garganta". Pero de pronto todo se perdió en el fragor del combate.

Seguían estallando las granadas sobre el montículo cuando, en un momento, cesó el fuego. De lejos se hoyo una corneta, el teniente dio un grito, se alzaron los guiones de la Bandera...

-¡Viva España! ¡Viva la Legión!

La primera ola, briosa, ya había salido de sus puestos, corrían el llano, blandían sus armas. De momento, les disparaban poco -esa sorpresa del asalto... -, pero al darse cuenta el enemigo empezó un tiroteo convulso, rápido.

Zunueta iba el primero, como iluminado por el resplandor de aquella piedra que le llamaba. De golpe sintió algo así en el pecho, como un látigo que le hendía sin cortar. Sin saber como, parecía que le habían salido alas, pero dio una voltereta y cayó sin dolor. Un tropel de gente le seguía y paso por encima y no lo notaba. Volaban... Tenían alas como él. Aun en el suelo, boca arriba, veía la luz de la piedra, pero era sencillamente, en lo alto del cielo, el sol. Oyó unos golpes hondos; eran las primeras granadas de mano que estallaban. Y gritos, muchos gritos, que se alargaban, y entre ellos el himno de la Legión.

-¡Viva la Legión! ¡Viva España!

Cada vez más largos, más lejanos. Un sudor caliente le bañaba, como de sangre. Apenas si podía pensar; un sueño negro y profundo le atenazaba. Aquella piedra... Aquí descansa..., dolor de garganta..., sangre valiente...

Se quiso revolver y sintió nuevamente como si algo se le escapara del pecho. Aun pudo llevarse la mano a él. ¡Que sensación de blandura tenía la tierra! ¡Qué dulce aquel sueño, tan feliz, que entrándole se le escapaba!

* * *

No sólo se le dio por muerto en el campo de batalla, sino en el mismo hospital durante días y noches y hasta semanas. Zunueta pasó entre la vida y la muerte largo tiempo.

Una lesión de pecho, de pulmón, al parecer, le amenazaba para toda la vida. No se le evacuó, esperando su muerte, aunque ya en franca mejoría, se ordenó. Era esto finales de noviembre. Habían pasado cuatro meses largos de su herida.

Al enterarse los Legionarios se reunieron alrededor de Zunueta.

-¿Dónde le evacúan, mi brigada?

-A Málaga. Salgo en la expedición de mañana. Total, por unos días que quedan para restablecerme...

-Eso que usted tiene dicen que va largo.

-En cuanto yo...

Todos callaron. Hasta el mismo Zunueta. Aunque sabían que era fuerte y joven, las consecuencias de la herida, si de momento ya no eran mortales, sí de difícil curación. Como pasa siempre el paciente era el único que no sabía la gravedad. Una serie de atenciones y el blando y algodónoso mundo del hospital ni siquiera le habían dejado pensar en ello. Él creía que pronto iba a volver al campo y se encontró con que le enviaban a la península. Esto le hacía dudar y era el motivo de su silencio.

Esto, y como tantas veces recordaba desde su herida, lo que pasó. Mas de un mes estuvo sin tener noción de sí mismo, del mundo, de la vida. Después habló con Dacuña, el portugués que estuvo al lado de Solano cuando murió. Según le contó, lo había hecho valientemente. Una medalla que llevaba se la entregó para que un día Zunueta se la llevara a su madre; este fue su último deseo. Para el brigada tuvo el recuerdo de un anillo que ya llevaba en su dedo. Aun le dijo Dacuña:

-Él, según me dijo, aquella tarde que os separasteis, se sentía fantasma...

Zunueta se estremeció al recordarlo, porque él también lo vio así. ¡La vida!... ¡Que terrible mensaje de la muerte!

-“Murió contento: era un señorito tronera y murió de cabo Legionario... Lo que él decía: sangre valiente”.

Aunque el brigada se sabía muy bien la historia, sus pensamientos volvían constantemente a ella. A la hermana, a la madrina, Carmen Solano, se la había contado muchas veces, casi en todas las cartas que le escribía desde su herida. El ángel tutelar de la correspondencia era Piqueras, que después de salir del pelotón había jurado recibir una herida en cada Bandera; y cumplía... Por aquellos días llegó de la cuarta y con el hombro atravesado.

¡Que bien escribía Piqueras! ¡Cómo penetraba en los pensamientos de Zunueta! Solo, a veces, mientras escribía se paraba y quedaba inmóvil. El brigada le volvía a la realidad. Y entonces le decía.

-Es que... ¿tu no lo oyes? Yo lo oigo..., lejano, el llanto de aquella mora. ¿No lo oyes?

-Tú estas chalado.

-Quizá...

Y volvía a la carta, con sus expresiones ciertas, brillantes, insospechadas para Zunueta, que siempre, al final, garrapateaba una postdata de despedida. En esta última carta el brigada le decía a Carmen que lo llevaban a Málaga, y después iría a Madrid, pero... ¡Le daba miedo! Mas miedo que un combate.

Hasta entonces, Solano y Piqueras le habían ayudado a expresarse, a escribir. Cartas completamente suyas, de su mano, apenas si habría escrito una docena. Él era un pobre diablo y encontrarse de pronto con una familia tan fina, tan distinguida, tan... Tenía un gran temor, una tremenda timidez. Nunca iría a Madrid, jamás le verían.

Piqueras, que adivinaba lo que pasaba por el brigada, siempre le decía:

-Debes ir a Madrid, ver a tu madrina. Tú eres un hombre bueno y llevas carrera...

-¡Piqueras! ¡Me parece “la Churra”!

En las largas tardes del hospital los legionarios hablaban de sus amigos. Pedro Bernárdez, “el Risita”, ya era sargento; en Chemorra gano sus galones y cualquiera le tosía. Fernando Sande, “Pajarito”, ya era cabo; mandaba su escuadra y era un modelo, pero contaba los días que le faltaban para volver al convento. “Charte” vivía sin ninguna ilusión: su madre había muerto. Fernández Blázquez y Martín Peña habían muerto “con ortografía y todo”, que este era el epitafio vivo que dejaron en la Legión. “Macarroni”, también. A Campos le faltaba una pierna. Gil Correa, en cambio, ya estaba curado y pegando tiros.

-¿Y “el Pastor”?

-¡Una pena! Ese podía ser sargento, lo menos; pero...

Y barajando recuerdos salieron las cantineras de primera hora, de cuando la fundación. Alguien, uno, dijo que “la Vicenta” estaba hecha una abuela de vieja, buena y pura.

-Como yo lo estoy por dentro -añadió Piqueras.

-¡Que cosas más raras dices!

-¡Que sé yo lo que digo! Pensamientos que se van y me vienen. Esa voz que oigo... Desde muy pequeño fui anarquista y ahora mayor... ¡Me encuentro tan viejo!

Se sonrieron todos ante la franqueza de Piqueras, y aunque Zunueta le iba a contestar, sin saber por que se calló.

En aquél momento entraba en la sala María “la Churra” Con muchos humos y acompañada por otros, entre ellos, un legionario, corneta él, Esclapes, que ya todos llamaban “el Churra”.

Le seguía otra mujer. Llevaba una guitarra.

-¿Cómo estamos?

-Ya lo ves, María, muy bien.

-Y que lo digas.

“El Churra” y la nueva se quedaron a cierta distancia.

-Acercaos; aunque es brigada no muerde.

-¿Y tu, que tal?

-Yo, pues mira... ese, que se esta jugando las sobras y lo voy a plantar; y esa... bueno esa, que llora porque se le van los “maríos” y, claro esta..., se le van todos. Te traigo esto.

Y ruborosa como una chiquilla, de una mano que escondía en la espalda sacó un ramo de flores, muy menudas y muy pobres que el brigada agradeció diciendo:

-¡Maria, que rumbosa!

-No me han costado nada... cogerlas..., cogerlas del paseo. Claro esta que el guardia se nos echó encima... Pero le arranque la “ignominia” de la autoridad. Aquí la llevo.

Orgullosa enseñaba el emblema del Ayuntamiento de Ceuta que le había arrebatado al guardia.

-Te van a meter en chirona.

-¿A mí? ¡Mañana!... Ese guardia esta por esa, pero a ella, como a mí, solo le gustan los del Tercio.

Zunueta, de la mesilla de noche, saco una botella y lleno casi un vaso grande, de los de agua.

-Vaya un trago.

“El Churra” se fue hacia él.

-No seas mal educado; primero las damas. Anda, Carmelilla.

“La Carmela” cogió el vaso, lo probó, chasqueo la lengua de gusto y parpadeando, de un trago, en un santiamén se lo bebió.

-Oye, niña, que eso era para los tres.

Pero la Legionaria sólo dijo, relamiéndose:

-¡Que jerez! ¡Vaya jerez!

-Pero... ¡hija mía, si es coñac!

Se reían cuando entro el médico acompañado del cortejo de enfermeras, hermanas y sanitarios. En un instante desapareció la botella. Piqueras marchó al pie de su cama, y Zunueta, aun riéndose, arregló el embozo de la suya. Las dos Legionarias y el corneta tenían una expresión de supina ingenuidad. Al llegar el doctor, María y “la Carmela” con toda reverencia besaron la cruz que colgaba del rosario de las hermanas. El medico se acerco a Zunueta y le tomo el pulso.

-Hay buen humor.

-Sí, mi capitán. De eso no estamos mal.

Volviéndose al ayudante le dijo:

-Esta cama mañana quedara libre. El brigada marcha evacuado.

-Bien, mi capitán dijo el ayudante.

-Buen viaje.

Se iba el medico, cuando Zunueta, anhelante, incorporándose, casi con suplica, le dijo:

-Mi capitán, yo quisiera saber como estoy. Si es muy grave lo que tengo... Mi familia soy yo; no tengo a nadie. Quisiera que usted me lo dijera claramente, de verdad. ¿No voy a curar nunca? ¿Voy a quedar inútil? Me voy a...

-No se preocupe. Su naturaleza responde; se curará.

-¿Entonces... ? ¿Por que me llevan a Málaga?

-Faltan camas y... lo que tienes, sin contar las complicaciones que se puedan presentar, es largo.

-¿Como cuánto va a durar?

-Nadie te lo podría decir. Buen viaje, y procura no pensar en eso.

Cuando marchó el capitán se le acercó "la Churra", diciéndole:

-Mi brigada, de esta te escapas. Yo te traigo esta guitarra, que es la de Cifuentes, para que se la llesves a su familia. Cuando vuelvas, ya me contarás, te queda mucho, pero vendras nuevo... Ya lo verás.

Y tuvo una mirada para el medico que rebrillaba de desprecio.

* * *

En el hospital de Málaga, la salud de Zunueta hizo grandes progresos. Solo un mes bastó para que se valiera de sí mismo. Se sentía otro, aun sin fuerzas, pero ya con ánimo, con ganas de volver, aunque los médicos se burlaban de su pretensión. Siempre, por las tardes, unas décimas le destemplaban. Pero un día decidió pedir la evacuación donde fuera. Carmen le escribió invitándole seriamente a pasar las Navidades en Madrid, con la familia, y en caso de no poder ir vendría a verlo con su hermana. Zunueta estaba indeciso: si marchar a Madrid o quedar en Malaga.

España, el mundo, casi la misma vida, le era desconocida. Era casi un niño cuando quedo sin padre, al que se lo trago una galerna, y a los dos años, al morir la madre, un familiar, un tío lejano, sargento de un regimiento, lo ingreso de cornetilla. El regimiento marchó expedicionario a Marruecos y de él salto Zunueta al Tercio cuando se creó.

No sabia andar entre personas; a lo mas, entre soldados, entre Legionarios. Se sentía pequeño, como cuando era niño, al lado de su madre, siempre cosiendo, con lo que llevo la casa adelante... Su madre, qué lejana y qué presente siempre; su única amiga y compañera. Después, aun con lágrimas en los ojos, el cuartel, la corneta, África, la Legión... Todo esto era lo que había vivido. Del mundo, por referencias, sabía que era... "estupendo", como decía Solano, pero el no lo sabría vivir. En sus veintitantos años solo había recibido de él a aquellos hombres que habían ido a morir a la Legión, enfermos, desgastados, rotos por el mundo y llagados de penas. Zunueta tenia cierto temor.

Aunque su aspecto -era alto y de presencia decidida- con su uniforme de la Legión tomaba un carácter arrojado, por dentro seguía siendo un niño con sus tristes recuerdos de un padre casi olvidado y una madre cariñosa que un día se le fue. La picardía de corneta y su heroísmo Legionario no le borraron este temor. Si a su lado

estuviera Solano... ¡cómo campearía por Málaga! Lo mismo que con “el Risita” y con Piqueras... ¡Bueno, con Piqueras!, con lo listo que era. No sabía Zunueta que lo que el tenía, como muchos hombres valientes, era timidez. Gracioso era el caso, porque seguía siendo un niño a pesar de ser todo un hombre.

Cuando quedaba solo, ante la invitación de Carmen, pensaba como si ya estuviera con ella: como le hablaría, como comportarse... Qué trato el de ella... En ocasiones sudaba solo de imaginarlo. El no era nada y aquel Solano tan fino... Haría el ridículo y, temiéndolo, decidió evitarlo.

La guitarra que llevaba se convirtió en un magnífico pretexto para salvarse de aquella invitación. Tenía que entregársela a la mujer de Cifuentes. Además vería al niño. Lo había prometido.

Entre estas dudas y pensamientos pasaron las Navidades. El primero de año, con la desazón de que se presentara la madrina, consiguió la evacuación a Barcelona. Era el 3 de enero cuando pisaba el muelle de la capital catalana.

Era, en realidad, la primera vez que entraba en el mundo. Barcelona le parecía una Babel, de la que no entendía ni el habla. Con la teresiana y el capote, la maleta y la guitarra, llamaba la atención o, por lo menos, la gente se volvía a mirarle. Pensó en el Banderín de Enganche: allí le indicarian... Cuando iba a decidirse a preguntar oyo un:

-A sus ordenes, mi brigada.

Se volvió rápido y vio a un hombre. Le saludaba firme, cuadrado y sonriente.

-¿Quién es usted?

-Un Legionario: Amancio Contreras Meseguer. Fui de la tercera.

De momento no se había dado cuenta: al fijarse, notó que le faltaba un brazo. Al darse cuenta el Legionario de la mirada, movió el muñón y dijo sencillamente:

-Buharrat.

La Legión se reconocía por sus heridas y mutilaciones. Se abrazaron. Zunueta vio el cielo abierto. Le explicó el motivo del viaje y se encaminaron al hospital.

-Yo tengo fiebre siempre por las tardes. Es una herida de pulmón, pero nada de particular. Podría estar pegando tiros. Solo que los médicos...

-Yo ya no; pero me voy a casar, que es casi lo mismo.

En el hospital, Contreras, que aun pasaba reconocimiento semanal y estaba en cura ambulatoria, tenía grandes simpatías. Zunueta quedó instalado en una habitación individual. Al despedirse, le dijo el mutilado:

-Hasta mañana, vendré a recogerte para ver a esa señora. Tú eres Zunueta, el que llamábamos “el cabo de vela”.

-El mismo -contesto con orgullo.

-Yo también fui de los primeros: pero esto... ¡Qué le vamos a hacer!

-Hasta mañana, que descanses. Y... ¡qué buena carrera lleva, mi brigada!

Cuando al día siguiente fue por él, Contreras no apareció solo, sino con otros Legionarios heridos y mutilados. Zunueta se sentía cambiado, hasta contento. En un café les invito y se fue enredando la charla.

-Esto -decía uno- se pone muy mal. Han nombrado un alto comisario civil, han paralizado las operaciones, dejando, entre otras posiciones, la de Tizzi-Assa al garete. Se

quiere pactar con el enemigo y un Comité le ha escrito al Raisuni saludándole con simpatía... Parece como si España le declarara la guerra a España.

-Mira, eso no esta mal, porque aquí hay mas asaltos que en Marruecos, y de asesinatos, no digamos.

-¿Se enteró, mi brigada, de lo del teniente coronel?

-Lo empapelaron por unas declaraciones que eran la pura verdad. La gente a mí me aplaudió aquel día como en Melilla.

-Esto esta que arde, y como el Gobierno no tome cartas en el asunto, el Tercio va a tener que venir.

Cambio la conversación, tomando el rumbo de la gente Legionaria, y Zunueta pregunto entonces si alguien conocía a Nati Ferrer, la viuda de un Legionario, Cifuentes, de la segunda Bandera.

-¡Acabáramos! Si a esa la conozco yo; le arregle lo de la pensión -dijo Contreras- ¿Y es para esa la guitarra? Para rompérsela... ¡Menuda pécora! ¡Vaya pendón redomado! Ahora esta liada con uno del Sindicato Libre. Un matón, un pistolero a sueldo.

-Pero yo le prometí a Cifuentes, cuando murió, ver al niño.

-Nada, mi brigada -dijo Contreras, cogiendo la guitarra-, vamos allá. Sé donde vive: mal barrio y peor casa.

Se despidieron y Zunueta y Contreras se encaminaron a buscar a la viuda de Cifuentes. Cuando llegaron a la puerta del piso, se asomó una mujer. Al ver a Zunueta de uniforme tuvo un instintivo movimiento de cerrar. Contreras, hábil, le dijo:

-Mujer, que somos gente de paz. Te trae la guitarra de tu marido, de Rafael. Ya te acuerdas de mí, te arregle los papeles cuando...

-¡Ah, sí, claro! Es que como esta tan oscura la escalera...

Dudó un momento, y dijo después:

-Pero pasen, pasen...

Cuando entraron, el brigada se sintió desolado. En la casa habia más desorden y mugre que en cualquier campamento africano. Nati, la viuda de Cifuentes, daba una impresión penosísima. La peor Legionaria tenia mas garbo que ella. Se la veía derrotada, envejecida, cansada.

-Siéntese... Y ustedes dirán.

Cuando iba a hablar Zunueta, quedó cortado. Una voz de hombre preguntó desde una habitación inmediata:

-¿Qui son?

-*Dos amics de mun marit, del Tersio, que me porten la guitarra.*

-*Tréncasela en el cap, ¡ganduls!*

Contreras se levantó; Zunueta, como no entendió, le miró asombrado. La mujer, conciliadora, les dijo:

-Es... mi marido. Es tan bromista...

Zunueta explicó:

-Yo acompañe a su marido en los últimos momentos. Era un hombre valiente y bueno. De los de verdad; lástima que...

Nati miraba tan fijamente a Zunueta, que, desconcertado, se calló. No sabia, por el gesto de aquella mujer, si iba a romper a reír o a llorar.

-Le traigo la guitarra. Allí se iba a perder, y...

Alguien palmoteaba en la puerta. La mujer se levanto y entraron una vieja y un niño. La vieja, sin dar siquiera las buenas tardes, siguió al interior. El niño era la misma cara de Cifuentes en mas fino, con más gracia, como si hubiera perdido toda aquella amargura y de pronto se echase a vivir. Les miro extrañado, pero después se dejó ganar por la sonrisa de Zunueta, que le besó, aunque se fue junto a su madre, preguntándole:

-¿Que me van a traer los Reyes?

-¿Los Reyes?.-dijo ella, sorprendida.

-¡Los Reyes! A todos los niños les traen cosas: juguetes, dulces... Yo quiero un caballo y caramelos.

-*¡Que se calle eixe chiquet!* -dijo la voz de antes, desde el interior.

-¿Los Reyes? -repetía la madre-. Cállate, Rafaelito. ¿Los Reyes?... Son una mentira. Los Reyes son los padres, que les compran los juguetes a los niños y se los ponen en los balcones. Nosotros no tenemos para juguetes. Los Reyes solo son para los niños ricos.

El niño miraba a todos desconsolado, como no creyendo aquello que le decía su madre. Zunueta vio la mirada de Cifuentes en los ojos de su hijo cuando una vez le dijo que su mujer era buena; cuando sabia que era mentira y quería que fuese verdad.

-Pues la abuela dice que son de verdad. Yo quiero que me traigan un caballo y...

-¡Calla, Rafael!

El niño rompió a llorar. Zunueta le quiso consolar, pero la madre se lo lleva. Cuando volvia, ellos ya estaban de pie.

-¿Se van ya?

-Sí, claro.

-Pues... muy bien.

Cuando salieron, Nati cerro la puerta violentamente. Al brigada le pareció oír un llanto y se acordó de Piqueras, que decía oír el de todos los desgraciados del mundo. Pero fue Contreras el que le despejo la duda al decirle:

-Ya oyes como llora. Aunque tiene orgullo, se ha contenido ante nosotros; ahora a solas, siente la falta que cometió, o es que el otro le pega por habernos recibido. Vete tú a saber.

Cuando estuvieron en la calle respiraron fuerte.

-Y ya ves para que tanto orgullo. Hay que ver como y donde vive. Entre lo peor: en todas estas casas se hace de todo.

En plena Rambla se despidieron. Zunueta siguió su andar. Se encontraba molesto, debía de tener algunas décimas; pero, como un niño en aquella vispera barcelonesa de Reyes, se embobaba mirando los juguetes, contemplándolos, disfrutando los que nunca tuvo, y hasta se sonreía mirando aquellos padres que golosos los compraban. Se acordaba de Cifuentes, de su hijo, de la mirada del niño.

Ya era de noche; pero ni pensó que llegaba tarde al hospital, él, tan puntual y cumplidor. Estaba encantado. Las tiendas de la ciudad le volvieron niño. Aquellos soldados de plomo, aquel caballo como el que quería el hijo de su amigo... En una confitería, montones de caramelos y bombones. Y el niño de Cifuentes...

No lo pensó más. Entro en un bazar y compró un caballo de cartón. Bonito porque sí, con sus orejas de cuero y todo. También cargo con una caja de soldados de plomo. Y caramelos, muchos caramelos.

Pero con todo aquello, ¿qué? ¿Cómo llegar hasta el niño? Mas siguió hacia la casa. Bajo su capote llevaba los juguetes. Cuando llego a la puerta calculó. Los portales ya estaban cerrados y llamo al sereno, que al verlo de Legionario le pregunto, como contestándose:

-Al siete, ¿no?

-Sí, al siete -dijo mirando la casa.

Era la casa de al lado de Nati. Al llegar al tercer piso se paro y fue hacia la puerta de la derecha. Se oía un cascado sonar de gramola. Llamo y le abrió una mujer.

-Quiero habitación por lo que valga: pero -se paró, orientándose- la última de la derecha... la de mas al interior...

-Pase, ande, pase. ¿Y ahí que trae usted?

-Luego se lo diré. ¿Me da habitación o no? Por un billete de los grandes -y dejando los paquetes en el suelo se lo enseñó.

-¿Con mujer?

-Sin... ya vendrá.

-Ande, pase. Todos los militares están locos.

La mujer cogió el billete, y mientras lo llevaba por los pasillos, decía:

-Yo es que tuve un novio también militar que... ¿No irá usted a hacer algo malo?

-No se preocupe...

Cruzo nervioso por una gran sala donde había un grupo de mujeres que descocadas sonrieron y curiosas miraban el bulto bajo el capote. Cuando paso, comentaron:

-Vete tú a saber lo que traerá y lo que querrá ese... es del Tercio.

Llegaron por fin a la habitación; tenía una ventana y daba a una galería.

-¿Le gusta?

-Sí, esta. Cuando venga esa mujer... Me llama.

-¿Por quien preguntará?

-Por... Juan.

-Y, oiga usted, ¿hasta que venga?

-Eso, a usted... Ya le pagué: ande, márchese.

Cuando se fue cerró la puerta y apago la luz. Adaptados sus ojos a la oscuridad salió a la galería, se oriento y empezó a ver. La casa de Nati, su piso era el de al lado y quedaba un poco mas baja. Solo le separaba un tabique de otra galería similar a la que se podía saltar fácilmente. En la casa sólo había una luz encendida, en la cocina, donde estaba la vieja con el niño. Pacientemente escuchó, aunque nada pudo oír. Luego vio encender la luz de la habitación contigua a la suya. Después la apagaron.

Dejo pasar un largo rato. Supuso que el niño y la abuela dormían en aquella habitación. Cuando ya todo se iba encalmando, menos la casa en donde estaba, saco el caballo de su envoltorio y con el brazo lo pasó a la galería de al lado. Después saltó, lo colocó junto a la ventana; a sus pies le puso la caja de soldados y muchos caramelos. Allí lo dejo todo, y de nuevo salto a la galería y paso a su habitación.

Tenia que descansar; sentía frío y la pesadumbre de la fiebre. Unos escalofríos le crispaban, le dolía el pecho. Se arropo con el capote, se tumbo en la cama, esperando el amanecer, sin pegar un ojo.

A las altas horas de la noche, quietado el barullo de la casa, sus oídos, acostumbrados a la vigilancia nocturna de los campamentos, percibieron perfectamente que alguien entraba en el piso de al lado. Sería Nati y su hombre. Después, el silencio completo, y así hasta que empezó a alborear.

Como pudo se levanto. Todo le dolía, estaba rendido, se sentía cansado, como resucitado. Entonces pensó que tenían razón los médicos.

Salió a la galería y vio que en la de Nati estaba el caballo, la caja de soldados, los caramelos; bajo la ventana. De su bolsillo sacó un puñado y los tiró contra ella.

Como nadie respondió, volvió a tirar otro, y otro... hasta que al fin logró que la abrieran.

Entonces se ocultó y, pegándose al tabique que le separaba, escuchó en silencio.

La vieja gritaba:

-¡Malas pécoras! ¡Ni dormir nos dejan!

Pero enseguida oyó la voz del niño, que decía:

-Mira, abuela... ¡Caramelos! ¡Caramelos! ¡Y un caballo! ¡Y soldados!... ¡Caramelos!
¡Los Reyes son de verdad!

Zunueta sentía una honda sensación. Su saliva pastosa, en la misma garganta, le sabía a un licor de emoción insospechada. Un frío le Coria la espalda, y sólo sobre aquel hermoso trozo de cielo que se cuadrículaba en el patio oía:

-¡Los Reyes son de verdad! ¡Los Reyes son de verdad!

Era la voz del hijo de Cifuentes, que ponía banderas de alegría en aquel cielo, por ultimo, el más divino y delicado de la Navidad.

X A LAS DOCE EN PUNTO

El espíritu de la muerte: El morir en el combate es el mayor honor. No se muere mas que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo mas horrible es vivir siendo un cobarde.

-Si usted vuelve a las andadas, se va con otro vomito. No le conviene ni el vino ni las mujeres, ni mucho menos las dos cosas juntas. Se lo advierto, y, desde luego, que de aquí no me sale hasta que yo lo ordene. Bajo ningún concepto. ¿Estamos?..

Era la primera vez que a Zunueta le bronqueaban y se sintió avergonzado. El comandante medico se lo decía paternalmente. El. se callaba, sin oponer la menor disculpa. Al final., sonriendo, como despedida, aun le añadió:

-Es por su bien.

Habia llegado al hospital en la mañana de Reyes, y al. caer en la cama, un vomito de sangre lo dejo sin sentido. Sintió como si le estallara el pecho. Lo comprendió perfectamente: la herida de nuevo se le había abierto, pero no por fuera, sino por dentro. Estaba como cuando le hirieron: en la misma postración, con la misma laxitud, en idéntica angustia.

Cuando todos pasaban a verle, le miraban picarescamente, pensando en la juerga que se habría corrido; el, adivinándolo, se sonreía. “Ni el vino ni las mujeres”... pero, en verdad, había querido ser más. ¡Rey Mago! ¡Había tocado casi el cielo!

En los siguientes días, cuando llegaban los legionarios a pasar revista, le miraban asombrados por lo que le había ocurrido. No podían figurarse aquello en un hombre tan fuerte. Contreras aun se atrevió a preguntarle:

-¿Pero como fue?

-Verás, cuando me dejaste en la Rambla... Estaba viendo los escaparates cuando...

-No me digas más. ¿Rubia o morena?

Todos se rieron, hasta el mismo brigada. Nadie creería que aquello era porque un niño, el huérfano de un legionario, tuviera una alegría. Si lo contara, se reirían, y prefirió callar. Que su aventura quedara en lo que todos creían. Zunueta empezaba a vivir, porque vivir es un poco tener secretos con uno mismo. Mínimo era este, pero era el primero.

Los días fueron pasando y el brigada estaba en franca mejoría, aun a pesar de una grave preocupación. Llevaba cuatro cartas escritas a Carmen y no contestaba. Tres desde

Málaga y una, más exactamente una tarjeta, al llegar a Barcelona, diciéndole la dirección del hospital.

La inmovilidad forzosa en que le retenían, le desvelaba. Soñaba con Carmen con los ojos abiertos. Creía haberse portado mal. ¡No sabía que temor tenía de encontrarse ante la familia de Solano! También pensaba en la Legión, por allá por África, “por tierra mora”, como decía el cantar, y también como Piqueras, en sus insomnios oía tiros, muchos tiros. Un día, preocupado, con mucho misterio, cuando entró Contreras, como siempre contento y despejado, se lo dijo:

-Yo oigo por las noches tiros al pensar en la Legión.

-Mira, que pienses en la Legión, me lo creo. Pero los tiros que oyes no son los de allá; son los de aquí, los de España, los de Barcelona. Son los del Sindicato Único, que están contra los del Libre. Hay tiros a todas horas y en todas partes. Habrá sido aquí, junto al hospital...

-¿Y la policía? Los “romanones” ... ⁽³⁷⁾

-Alguno que otro cae, como de somatenistas: pero los amos son los sindicalistas.

-Contreras, tu debes escribir muy bien...

-¡Anda con la pregunta! ¿Que tiene que ver eso con lo otro? ¿Es que tu también vas a lanzar un manifiesto al país?

-No: veras: yo tengo una madrina de guerra, hermana de un cabo, Solano; le llamaban “el Señorito”.

-Si, hombre, si: le conocía...

-En lo de Tazarut lo mataron, y...

El brigada, de pronto, como si se le escaparan las palabras, fue contándole su correspondencia, la invitación, el viaje a Barcelona por ver al niño de Cifuentes, que le libro del compromiso; la falta de cartas y la situación en que se encontraba.

-Pues, chico, ahora mismo le escribimos.

De la maleta sacó papel y tintero, y como la pluma estaba muy abierta, pidieron una al que estaba al lado, y empezó la escritura.

Ya acababan cuando llegaron algunos hospitalizados. Traían la gran noticia.

-Se han pagado mas de cuatro millones de pesetas por los prisioneros del desastre: el país esta que trina. Nos llaman de todo, sin distinción, desde el primer general al ultimo soldado, como si el Gobierno no tuviera también que...

-Esto envalentonara a los moritos, y ya veréis que gordas se van a armar por allá.

-Por gorda que se arme, no pasara lo de Melilla. La Legión ya esta en todos los sitios.

Siempre la conversación, con los temas de la actualidad, tomaba los mismos derroteros.

Llegó un día Contreras con otra gran noticia:

-¡Han asesinado al “Noy del Sucre”!

-Bueno... ¿y que? -pregunto el brigada.

-Pues que va a haber muchos tiros. Era el amo del Sindicato Único; ahora veras la paliza que se llevan los del Libre.

³⁷ Policía creada por el conde de Romanones de la que tomó el nombre.

Evidentemente, en los días que siguieron, muchos cayeron. Las batallas de la guerra de España hasta parecían mas grandes que las de Marruecos. Otro día, solo en el Paralelo, hubo mas de veinte heridos.

-Si allá se va arreglando todo, aun y a pesar del Gobierno, aquí no sé qué va a pasar.

-Como el Capitán general no tome cartas en el asunto...

-¿Quién es?

-Primo de Rivera.⁽³⁸⁾

La vida del brigada, de cultivo de hospital, transcurría remansada entre las conversaciones, que, en definitiva, poco le importaban. Carmen -esto si que era bueno- por fin un día le escribió. Estaba, según decía en la carta, muy disgustada; no porque no le escribiera, sino porque no iba a Madrid a verla. Desde luego, rompía con el toda clase de amistad si no llegaba a Madrid para el primer aniversario de su hermano, el 12 de mayo próximo. Mujer y chiquilla, mandaba mimosa, pedía exigiendo, rogaba y reía. Zunueta accedió, siempre que le dieran la evacuacion del hospital.

Desde enero, cuando lo del vomito, hasta últimos de abril, habia mejorado notablemente. Se creía perfectamente restablecido. El régimen de reposo, la alimentación, las escasas salidas, le devolvieron su antigua prestancia y alegría, su viva sinceridad. Solo algo perturbada por la evacuacion a Madrid, ahora que se encontraba tan a gusto, tan tranquilo con Contreras, otros Legiónarios y los nuevos amigos que habia hecho.

Una tarde, la ultima de abril, cuando llego Contreras, le preguntó:

-¿Escribimos?

-Oye, Zunueta... Yo creo... Tu ya has visto que nunca me negué... Pero es que la chica contesta de una forma, hay cada punto suspensivo... Yo creo que estas para hacerlo solo, y no porque te encuentres bien, sino porque... Mira, lo mejor es que te vayas a Madrid.

-Es que yo... ¡No soy nadie para ella!

-Tonterías: un hombre y una mujer. Y eso que no eres nadie: un brigada del Tercio. ¡Casi nada el aparato!

-Es que no me van a dar la evacuación.

-Si; el comandante es muy bueno. Yo, antes de venir aquí, estuve en siete hospitales. ¿Tu quieres que yo te lo arregle? ¿Tu quieres irte a Madrid?.

-Yo quiero volver al campo a pegar tiros. Yo ya estoy bueno.

-¡Que te crees tu eso! ¿Quieres que te lo arregle? ¿Si o no?

³⁸ Primo de Rivera y Orbaneja, Miguel (1870-1930). Siendo capitán general de la IV Región Militar, se pronunció contra el régimen parlamentario y con la aprobación del rey, formó un Directorio Militar. Gobernó intuitiva y sagazmente. Comprendió y resolvió los grandes problemas que aquejaban a España: Aseguró el orden, acabó la campaña de Marruecos, emprendió un vasto plan de obras publicas, saneó la Hacienda... En 1924 creó la Unión Patriótica, partido del que debía salir la Asamblea Nacional. La agitación en el ejercito y en la Universidad motivaron, entre otras causas, su retirada del poder.

Zunueta miró por un amplio ventanal al cielo, al azul, a lo alto. Quería leer en aquellas nubes, saber su porvenir. ¡Si estuviera allí la “Churra.”!

-¿Si o no?

-Si.

Cuando dejó Barcelona, en una ambulancia tuvieron que llevarlo a la estación, y no precisamente por su estado de salud, sino porque una huelga de transportes paralizaba toda la vida de la ciudad: No sólo dejaron de circular tranvías, taxis y coches particulares, sino las mercancías quedaban sin retirar, las fabricas sin materiales, los correos sin llegar, hasta las basuras se amontonaban por las calles y el aire de mayo llevaba un perfume no precisamente de rosas, Barcelona, España y su Gobierno se inundaban exactamente de las consecuencias de la política que habían hecho...

El humor -ese trágico humor de los españoles- se reflejaba en los cartelones que irónicamente clavaban en los montículos de inmundicias: “Respetad las flores”, “Ciudad jardín”, “fábrica de perfumes”...

-Esta es la basura que vemos por fuera; peor es la que no se ve... la que va por dentro: la de querer pactar con Abd-el-Krim o el Raisuni, con los sindicalistas... No se lo que va a pasar aquí -decía Contreras.

Todo quedo olvidado cuando el tren partió y el brigada, desde la ventanilla, le daba el adiós como un chiquillo emocionado y agradecido.

La noche se le hizo muy larga, sembrada de inquietudes, pensando en Marruecos, en el Tercio, no explicándose que el Gobierno consintiera tantas cosas... y también como se presentaría ante Carmen.

Pero ahora venía muy aleccionado por todos aquellos amigos y compañeros. Lo primero que debía hacer era presentarse en el Banderín; luego, al hospital; si quería, hasta podía dejar el claro de unos días para divertirse, sin temor alguno a las broncas de los médicos. Sobre todo no debía dejar de pasar por el Banderín. Allí encontraría a muchos. Y así lo hizo.

Madrid no le impresiono tanto como Barcelona. La población, dormida cuando lleo el tren, lo recibió señorial y amable -verdores del Prado y primores de bullicio en la calle de Alcalá-, y luego, en el Banderín, contento de encontrarse a Gutiérrez Terciado y “el Risita”, de paso para Palencia a arreglar, según él decía, un asunto de familia. “El Risita” ya era alférez; los últimos y empeñados combates le habían dado la estrella. Zunueta sentía una noble emulación, “la honrada ambición”, y pensaba que su estrella de seis puntas, con la herida, se le había nublado.

Después de los consiguientes abrazos, se enzarzo la conversación sobre África y la Legión.

-Aquello, de momento, está parado; pero el enemigo, envalentonado como nunca. Cuentan con armas, tienen dinero, luchar todos sabemos cómo lo hacen... Cualquiere día se va a armar la grande.

-Los pararán los nuestros...

Cuando llego el teniente se presentaron. Era un mutilado del combate de Magan. Hablaron de muy distintas cosas. Gutiérrez Terciado, con su melancolía, descubría cierta indignación contra las cosas que en España ocurrían, contra el Protectorado civil. El teniente lo calmó con palabras dignas:

-No hay mal sin buenos efectos, y este que padece España tiene el de reunirnos a todos los del ejercito. Antes siempre andábamos disgregados.

Zunueta se puso a sus ordenes, a pesar de tener que presentarse en el hospital.

-Pues, si, quizás algún día me intereses: a veces llegan a liarse verdaderas avalanchas. Ya te avisare. Pásate por aquí siempre que puedas. Y ahora, divertiros...

Gutiérrez Terciado también se despidió de ellos: salía para Marruecos; curado de la ultima herida. Se incorporaba de nuevo a su Bandera, la sexta, creada en septiembre ultimo, el de 1922, y naturalmente, ya habia recibido el bautismo de sangre. Zunueta le pregunto:

-¿Y que tal esa Bandera?

-Tan buena como la mejor.

-Pues adiós: y si te dan otra vez, que sea leve.

Cuando el brigada y el alférez salieron a la calle, le dijo el primero:

-¿Tu que vas a hacer, mi alférez?

-Hasta las siete que sale el tren, nada. Bueno, lo primero, comer; ¡tengo una “gazuzo”!

-¿Y donde?

-¡“Amos”, Zunueta, no seas primo! ¿Te crees que Madrid es un campamento y hay que buscar la cantina? Aquí hay cada restaurante que tumba. Te voy a llevar al mejor, y yo pago.

-No, eso no.

-¡Como que no! Contigo no he celebrado mi ascenso.

-Tu me llevas donde quieras, pero luego me acompañaras. ¿Te acuerdas de Solano?

-Claro que si.

-Tengo que visitar a su familia.

-Sobre todo a una hermana...

-Tengo que contarles, y...

-Si, hombre; te acompaño. Pero ya es hora que tu mismo, solito, te atrevas.

-Pero me acompañarás...

-Si, pero de forma que no pierda el tren.

-Yo, Después, me iré al hospital.

-No seas “panoli”; al hospital, mañana, porque, a lo mejor, con lo que tu tienes no te dejan salir.

-Yo estoy muy bien; ni fiebre tengo. Me encuentro “super”.

-Pero esa herida del pecho se te puede complicar.

-Aprensiones de los médicos.

-¡Más te valiera así!

Llegaron con esta charla a una gran plaza, con su rueda de tranvías y autos, bulliciosa y alegre; la gente iba de un lado para otro. Sonrió el alférez al decir:

-Aquí da gusto, pase b que pase siempre hay zoco. Aquí es; ya verás cómo se come.

Entraron en un gran café, oscuro y con muchos espejos que causaban alguna confusión. Se veía un mostrador al fondo, y en muchas mesas, ya estaban comiendo.

Se sentaron en un rincón y pidieron el menú y vino para empezar. El alférez se sentía contento, orgulloso, triunfante. Entre la gente le señalaba al brigada algunas personalidades de las letras y el variete.

Llegaban al postre, cuando al pasar un muchacho joven, bien vestido, y de ojos muy vivos, se les quedo mirando muy fijamente. Ellos respondieron a la mirada y el se les acerco, como hipnotizado, y dirigiéndose a Bernárdez, como si viera a un ser portentoso , le dijo:

-Pero... usted... ¡Tu eres “el Risita”!

-¡Claro que lo soy! -dijo, levantándose y dándole la mano.

-¡Pero...! ¡Si yo te creía “a la sombra”, y resulta que eres... ¡general, lo menos!

-Un modesto alférez de la Legión.

-¡De la Legión, nada menos! -decía el joven, parpadeando de asombro.

-Si, hombre; Después de “aquella”, como la “poli” me seguía de cerca, me fui al Tercio, y ya ves...

-Si no te viera, no lo creería. ¡Mira que tu, “el Risita”, un “caco” ¡en dos años una autoridad... ¡Qué tío!

-¿Y tu, que tal?

-Bien, los tiempos son buenos, hay mucho “trabajo”.

-¡Por que no te sientas con nosotros?

-No puedo; tengo “faena”, y Además, chico, me da vergüenza. ¡Y yo que te creía en “chirona”!

Con un poco de azoramiento se despidió. Al sentarse Bernárdez, le dijo a Zunueta:

-Oye, búscate la cartera. ¿La llevas?

-Si, aquí esta -dijo, enseñándosela.

-Yo también. Es que ese, ¿sabes?, es de los finos, Álvarez, “el Lunares”. Sin darte cuenta te roba hasta la respiración. Yo antes de ir al Tercio trabajaba con el.

Zunueta estaba atónito de lo que oía a Bernárdez. Cuando les sirvieron el café y unas copas, noto que al alférez se le llenaban los ojos de agua. Hasta una lagrima le cayo.

-Bernárdez, ¿que te pasa.? No hemos bebido tanto para que te de llorona.

Callaba el alférez, con la cabeza gacha, y apretaba los labios entre sonrisas. Cuando la levanto se encaro con Zunueta, diciéndole:

-Hace tres años, cuando yo entraba aquí, era para lo que ese: para robar. Hecho un “randa”. Una vez, hasta me echaron. Ahora... soy un caballero, un alférez de la Legión, lo entiendes?.. ni muriendo por ella le pago lo que soy.

* * *

La alegre comida y el placido bienestar de la digestión se le fueron al brigada de golpe cuando pulsó el timbre, diciendo:

-¡Aquí es!

Una criada de negro, con blanco delantal, cofia y puños de encaje les abrió.

-¿Que desean?

-¿La señorita Carmen Solano, vive aquí?

-Si señor.

-De parte del brigada Zunueta y el alférez Bernárdez, de la Legión somos, y...

La muchacha les dijo entonces:

-Pasen, pasen. Usted debe ser el ahijado de la señorita

El recibidor era oscuro. La luz eléctrica envuelta en una lámpara de tela, le daba un aire coquetón que recreaba un bienestar.

Se fue la muchacha, y a los pocos momentos, por el pasillo, se oyó un fino taconeo. A Zunueta le saltaba algo en el pecho. Apareció una mujer fina, de pelo negro, morena de piel, de ojos sonrientes, que sin ninguna duda se dirigió a Zunueta, diciéndole:

-¡Juan!

-Usted es... ¡Carmen!

-Pues claro que si.

Se miraron tanto, que nada se pudieron decir. Al fin rompió el brigada, diciendo:

-Este es el alférez Bernárdez, también muy amigo de Pepe, su hermano.

A Carmen se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¿Cómo esta usted?

-Muy bien...

-Pero pasen; mama también quiere conocerles. ¡Hemos hablado tanto de ti!

Se oía un llanto desde la habitación cercana. Antes de entrar, les dijo Carmen en voz baja:

-Procuren no decir muchas cosas de Pepito. Mi madre esta delicada, y le ha afectado tanto la muerte! ...

-Como usted quiera.

Carmen, entonces, con un gesto pícaro, se volvió a Zunueta, para reprenderle cariñosamente:

-Pero... ¿es que me vas a hablar de usted, cuando hace mas de un año nos tuteamos?

Zunueta la miró sorprendido, y ella, aun con los ojos empañados por las lagrimas, le sonrió, y casi les empujó para que pasaran.

Con una explosión de luz se encontraron al entrar en la habitación que daba a la calle. la madre de Solano, pelo blanco, frente noble, sentada en un sillón, los recibió llorando.

-¡Mi hijo! ¡Ay mi hijo!

Callaba Zunueta, y el alférez dijo:

-Murió como un héroe, puede estar usted orgullosa.

Se sentaron, y Zunueta, con voz pausada y atento, mirándolo todo, a los cuadros con su marco dorado, a los cortinajes rameados, aquel sofá tan cómodo, a los sillones,

aquél retrato que debía ser del padre de Solano, muerto hacia años; a la calle que se presentía, a la madre, y a los ojos de Carmen; hizo el relato. Cuando acabo, saco la medalla y el anillo, entregándoselo.

-No, el anillo para usted; así lo dispuso, como recuerdo. Pepito le quería mucho. En todas las cartas nos hablaba de usted, tan bueno para...

-Si, señora; éramos como hermanos...

Zunueta lo miraba todo, y ahora comprendía que Solano tuviera alguna vez “dolor de garganta”. Aquello era vivir. Ir a la Legión dejando todo esto tenía mas merito, ¡mucho mas!, que como fue el u otro cualquiera. Solo dejaban la calle o algo peor.

-Y usted perdone: ¿cómo esta usted. Con la pena no me acordaba, porque su herida fue de muerte, ¿no?.

Carmen fue entonces la que, mirándole fijamente, le dijo:

-Anda, es verdad; ni siquiera te lo he preguntado.

-Pues ya lo ven, muy bien. Dispuesto a volver.

-¿A volver? ¿Tan pronto?

Mañana me dirán en el hospital.

-Eso ya es otra cosa.

Se desviaba la conversación por otros cauces, cuando de pronto dijo el alférez:

-Señora, usted dispense, pero es que yo me tengo que marchar. Salgo para Palencia, y créame que lo siento, ¡no estar pasado mañana para el funeral! ...

Se despidieron. Zunueta primero le saludo militarmente y luego se abrazaron... Salió acompañado de Carmen y el brigada hasta la misma puerta de la escalera. Cuando volvían junto a la madre, le dijo Carmen:

-Juan, eres como yo te imaginaba: igual.

-Como me conocías por el retrato...

-Eso sólo es una referencia... Te veía igual, exactamente igual; ahora parece que sueño.

Llegaron con esto junto a doña Elvira, la madre y Zunueta no pudo decirle nada. Pero la realidad que tenía ante sus ojos le parecía mucho mas hermosa de lo que podía imaginar.

-Y, dígame, mi hijo, ¿por qué hizo esa locura de marcharse a la Legión?

-Señora... ¡era un valiente! Sentía el problema de África. Recuerdo que una tarde...

El brigada, animado por la serenidad que veía en aquella mirada, se embelesaba contando.

Carmen se levantó y salió. Cuando volvió tenía la palabra doña Elvira.

-Mi hijo le quería mucho.

-Juan merendara con nosotros. Van a venir mis hermanas con sus maridos. Te quieren conocer. En cuanto les llamé por teléfono, dejaron sus planes.

Y así fue. Al atardecer llegó Inés con Alfonso. Inés, la hermana mediana se parecía mucho a Carmen, pero su mirada era más lenta y resignada, menos penetrante. Ya a punto de marcharse, llegó Maruja, la mayor, sin su marido. Era guapa, de una belleza opulenta. Una señora. A los pocos minutos llegó el esposo, disculpándose de su

tardanza ante Zunueta, que si no se envaneció, si estaba lleno de gozo, casi tan contento como “el Risita” en el café: dispuesto a lagrimear.

Sin querer, al mirar a Carmen, se acordaba de Solano. Si él viviera, qué fácil sería todo lo que quería decir. Todos le resultaron muy simpáticos; hasta la misma Maruja, que con sus ojos finos y autoritarios parecía querer estrujarle el alma.

Cuando se despidió de todos ellos, Carmen le acompañó hasta la escalera.

-Hasta mañana.

-Hasta mañana, si me dejan salir del hospital, que en Barcelona no me dejaban.

-Pero aquí te dejarán, para que me cuentes por que te fuiste a Barcelona. Si mañana no puedes venir, me telefoneas; pero, desde luego, al funeral no faltarás.

Se despidieron. El tomó nota del teléfono, y la hora y la Iglesia del funeral.

Cuando Zunueta salió a la calle, Madrid, joven la noche de mayo, se quedó pasmado del bullicio y la alegría. ¿A estas horas, en que posición perdida de Marruecos estarían luchando los Legionarios?...

El, entre aquél tumulto de la calle, también sentía una muerte, pero chiquita y deliciosa. Le venía de aquél mirar los ojos de Carmen. Todo el cielo de África estaba en ellos, y también toda la alegría de Madrid.

* * *

No pudieron verse al día siguiente. El reconocimiento médico fue muy largo y detenido. Aunque el brigada preguntó a los médicos, poco le respondieron. Pero eso sí, le diagnosticaron reposo, mucho reposo, unas inyecciones, y, por fortuna, le autorizaron a salir.

Cuando aquel mismo día en la Prensa leyó “Primer aniversario de José Solano Sánchez, cabo de la Legión, muerto heroicamente en Tazarut el 12 de mayo de 1922”, se sintió importantísimo y emocionado.

Unos minutos antes de empezar la ceremonia llegó al templo. Desde un rincón pudo ver a todos: a la madre, a sus hijas, a los maridos, familiares y amigos. Había mucha gente, y, al parecer, de posición, y aunque la iglesia no era pequeña, estaba casi llena. También asistían algunos Legionarios y el teniente del Banderín. Cuando iba a empezar el acto se le acercó Luis, el marido de Maruja, la hermana mayor.

-Venga usted con nosotros..

-¡Yo!

-Si, usted: así lo quiere la madre. Y también el teniente; ande, dígaselo.

Mientras los latines resonaban en lo alto de la bóveda, con el incienso que se desvanecía, Zunueta se dio cuenta de que un señor le miraba insistentemente, y que Carmen era el centro de los ojos de unos jovencitos. Desde el primer momento les vio con recelo y envidia, por descarados y bien vestidos.

Cuando todo se acabó salieron a la calle. Maruja y Luis se llevaron a la madre en un auto. Inés y Alfonso se despidieron. Carmen, sin separarse de Zunueta, le dijo:

-Me acompañarás.

-Desde luego; pero antes espera a ver si quiere algo el teniente.

En tanto lo hizo, el señor y el grupo de jovencitos que les miraban, se acercaron a Carmen. Cuando volvió el brigada le recibieron con ojos de admiración, y aunque les saludó con toda atención -por dentro le eran muy antipáticos-, por finos por ocurrentes, por su cara de guasa... Después también se acercaron algunos de los que fueron amigos de Solano. Al fin sólo quedó aquel señor que tanto le miraba.

-Juan, este es don Esteban Cabanas, amigo de casa, y veras lo que le ocurre.

El señor, tímido y atento, le expuso su caso: tuvo un hermano menor que se fue al Tercio, y lo mataron en Tunguntz; pero al filiarse dio su nombre, y...

-Ya ve, resulta que el muerto soy yo, y el vivo él... figúrese, ahora que voy a casarme... ¡Que susto cuando al sacar los papeles me dijeron que estaba muerto! -Y don Esteban enrojecía al confesarlo.

-El se llamaba Diego Cabanas. ¿Lo conoció usted?

-Pues, no; no recuerdo. Pero es igual. Mañana mismo veremos al teniente, y se hará esa rectificación.

Se despidió. La pareja siguió por la acera, perdiéndose entre los que iban y venían, dejándose llevar por entre ese río sin nacimiento ni desembocadura que es toda gran ciudad.

-¿Por que no viniste en Navidades? ¡Con la ilusión que tenía! Me diste un disgusto... Por poco no te vuelvo a escribir. Tu no me conoces...

Zunueta, entonces, sincero, ingenuo como un niño, le contó sin ocultarle nada lo que hizo en Barcelona... Cumplir lo prometido a uno de los Legiónarios que murió en su escuadra. A ver a su hijo, a hacer sin proponérselo de Rey Mago. Cuando acabo, le dijo:

-¿No te lo crees?

-Ya lo creo que sí. Todos, hasta vosotros mismos, os creéis de otra forma, pero yo se que eres así, casi todos sois así. La Legión es así. ¿Cómo si no, ibais a morir tan tranquilos? Sois así y vais allá por unos sentimientos que guardáis muy adentro, unos buenos, otros malos; pero todos los cubrís de valor para disimular ...Mi hermano mismo...

-¿Tu me crees?

-Pues claro, tonto. Me lo figuraba por tus cartas; las que tu mismo me escribes, esas las guardo; las otras no. En la primera que me escribiste desde Barcelona me decías que ibas allí cumpliendo el mandato de un compañero, y para que pasaras por encima del de mi hermano...

-Tu eres la única persona que crees en mí.

Zunueta, sin darse cuenta, se acercó a Carmen. Ella se apoyó ligeramente -¡que extraño!-, tímida, muy tímida:

-Y tu muy bueno.

De esta forma fueron pasando los días. Así hasta que en uno, los periódicos lanzaron a grandes titulares un nombre: Tizzi-Assa y el gesto de muerte del jefe del Tercio, Valenzuela ⁽³⁹⁾, que llenó de volumen heroico y abnegado el vacío de una España que parecía navegar a la deriva.

³⁹ Mas que una nota biográfica el teniente coronel Rafael de Valenzuela Urzáiz queda retratado en estos párrafos: "Valenzuela era, sobre todo, un caballero. Un caballero, por su nacimiento, pero mas, mucho mas, por el pleno de virtudes caballerescas que anidaban en su hidalgo corazón." "En el campo, al

Zunueta y todos los Legionarios que se encontraron fuera de aquella acción, devoraron la Prensa y la entendieron en todo su contenido. Tizzi-Assa; alguien lo dijo: “Los convoyes aquí van a ser de película”. Era la extrema vanguardia, un infierno de fuego y metralla que los moros, envalentonados por los pactos y complacencias del Gobierno español, estaban dispuestos a conquistar. Pero se encontraron frente a la primera, segunda y cuarta Banderas de la Legión: y aun cuando los convoyes no habían podido romper el cerco, Valenzuela dijo:

-Mañana salvaremos a nuestros compañeros de Tizzi-Assa; mañana entrara el convoy o yo pereceré. Mañana ejecutaremos esta hazaña, “porque nuestra raza no ha muerto aun”.

Y así fue. En el momento que el combate parecía nivelarse, el jefe -en sus manos la pistola, al aire el gorrito y en sus labios los vivos- dio tan gran impulso, que las Banderas entraron.

La raza no había muerto aun. Estaba muriendo por vivir. Para recuperar el cadáver, “no abandonar jamás a un hombre en el campo basta perecer todos”, se inmoló una sección completa, la del alférez Sendra, de cuatro en cuatro, en perfecta y correcta formación militar.

-No lo comprendo, no lo acabo de entender. Tanta guerra, tanto odio..., ¿para que? -decía Luis, el marido de Maruja, y añadía -: Y Después, para recuperar el cuerpo, mas muertos, mas...

-Así lo prometemos todos, y así lo cumplimos. Y el que no lo hace, ya se sabe: ese es un cobarde. Dejar un cadáver en el campo quiere decir carne para los chacales; pero esto es lo de menos... Lo de mas es que lo prometemos -le contesto Zunueta.

Estaban todos en casa de Carmen, de sobremesa, entre licores y café. Era junio mediado.

-Pero eso es una barbaridad: muerto el hombre, para que...

-La misma guerra es una barbaridad inevitable: siempre la hubo y siempre la habrá -tercio Alfonso, el marido de Inés.

Las tres hermanas, con la madre, no tomaban parte en la conversación, pero los ojos de Maruja seguían la charla, sobre todo cuando hablaba Zunueta. Carmen también le miraba como dándole ánimos, para que no se arredrara; como cargándole de razones para que brotaran sus palabras.

El brigada, por encima y por debajo de la charla, sólo comprendía claramente una cosa: a la Legión aun no se la había entendido, quizás nunca... Su obra y acción: levantar las alas de un pueblo abatido por un desastre colonial. Conquistarle el terreno perdido, y ahora el gesto de Valenzuela, como el de otros tantos; resbalaban perdiéndose entre las marrullerías de los gobernantes.

-¡Que gente debe haber allí!

-Como en todos los lados, que “de todo hay en la viña del Señor”.

crepitar de la fusilera moruna, su esbelta y vigorosa figura se agigantaba y el Legionario se crecía”. “Valenzuela llevo en la tarde del 4 de junio y encontró reunidas las banderas 1ª, 2ª y 4ª. Confesó y comulgó el caballero santiaguista y Después elevo aquella voz inolvidable, ante su tropa formada”. “Valenzuela cayó, pero su espíritu vive en la Legión”. “Por eso, tras los vivos reglamentarios, oímos casi siempre el ¡Viva Valenzuela!”.

-Sobre todo predominan los anarquistas de Barcelona...

-A propósito de Barcelona, aquello si que debe de ser un infierno. La huelga del transporte continua, y ayer, cuando llego el capitán general, según dice la Prensa, le han recibido en la estación con muchos aplausos y ha habido vivas al Ejercito y al Somatén. Se ha gritado: “¡Viva el general valiente!” y “¡Abajo el Gobierno farsante!”.

-¿Y que pasara?

-Nada; ¿que va a pasar?

-No se, pero este estado de cosas: huelgas, atracos, asesinatos... necesita un remedio; si no...

-Allá ustedes; en cuanto me den de alta, vuelvo a Marruecos. Aquello, por lo menos, esta mas tranquilo.

Se rió Luis y también Alfonso. Las mujeres, curiosas, preguntaron entonces el motivo de las risas y la conversación tomo un carácter general.

Cuando los hombres se fueron a sus ocupaciones, Zunueta también se quiso marchar, pero Carmen se le acerco, diciéndole:

-¿Y es posible que te quieras ir a Marruecos? ¿Pero tan mal te tratamos aquí?

-Demasiado bien: tanto, que me puedo aficionar a esto... Y esto no es lo mío.

-Hasta que te cures...

-Ya estoy bien.

-Si estuvieras bien, ya te habrían dado el alta.

-La verdad es que lo de Tizzi-Assa me ha impresionado mucho. La segunda Bandera era la mía y la de su hijo. Yo hubiera querido estar en el “fregao” -decía, dirigiéndose a doña Elvira.

Pero Carmen, rápida, desvió la conversación, diciendo:

-No seas loco. Ahora mismo nos vamos a dar una vuelta por Madrid. A ver si esto no es mejor que aquello.

La madre tenia los ojos empañados. Al beso de despedida de Carmen se le borraron las lagrimas.

Cuando salieron, por la escalera Carmen le decía:

-No debes hablar de mi hermano cuando este mi madre .Ya te dije que esta muy delicada y le haces daño sin querer.

Ya en la calle, se volvieron hacia el balcón donde estaba la madre Con las hermanas y los nietos. Los dos hijos, niño y niña, de Inés.

Maruja decía:

-No me gusta ese afecto de Carmen. Es demasiado.

-Juan es muy bueno y se hace querer -dijo disculpándola Inés.

-Yo los dejo -añadió dona Elvira- un día se ira y... no lo veremos mas.

La pareja se perdía entre la muchedumbre. Aun se veía la ancha espalda del brigada, su erguida cabeza, cuando Maruja, retirándose la ultima del balcón, decía:

-Pues seria una lastima, porque es tan hombre, tan bien plantado...

* * *

Por fin, el 12 de aquel julio, resuelta la huelga de transportes en Barcelona, empezó la del personal de los bancos en Madrid, y con ese mínimo intermedio: mas viajes del capitán general de Cataluña a la Corte, mas asesinatos, asaltos, atracos y un grave incidente derivado de las responsabilidades del desastre de Marruecos entre el presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina y el ex presidente del Senado conmovió extrañamente a Madrid.

La Casa del Pueblo, el Ateneo y los militares se mostraron afectos al general presidente, pero Sánchez Guerra, solo apoyado por los políticos, con una bofetada derribaba al ídolo creado. Y aunque todo quedo en frases: “¡Viva la supremacía del poder civil!”, “¡No hay, no puede haber fuerza alguna superior al poder legislativo y al poder ejecutivo!”, “¡Antes tendrán que pasar por encima del banco azul!”; el pueblo impulsivo empujaba, queriendo salir a la superficie de aquel mar revuelto y tumultuoso de discursos que parecían ahogarle. Buscaba el aire, la acción, los hechos.

-¿No sabes? Según contó Luis, por poco se arma hace unos días en Madrid.

-Para que luego se rían tus cuñados de lo que yo digo: está mas tranquilo Marruecos que España.

-Siempre con tu manía de marcharte. ¡Tantas ganas tienes de perdernos de vista!

-¡Yo!... ninguna, Carmen, ¡ninguna! Siempre estaré a tu lado.

Sentados muy juntos en un aguaducho de la Castellana, bajo la sombra de un árbol. sus palabras parecían correr estremecidas al compás de las hojas que agitaba el viento.

-¡Siempre! ¿Y como?

-Aunque me marche. Lo que pasa es que...

Carmen le miro retadora, aguardando.

-Es que yo soy muy poco para ti.

-Eres un hombre y basta.

-Así quisiera yo. Pero tu, la única mujer que quiero, eres de otra clase.

Carmen, al oírle, se puso seria, y como preguntándose a si misma le dijo:

-Juan..., ¿pero tu me quieres?

-Con toda mi alma.

Entonces ella se volvió, diciéndole:

-Pero no mas que yo, que desde niña... Me hice mujer pensando en tí. Por tí...

Carmen empezó a contarle sus secretos, su ilusión, su disgusto por no haber venido antes, por aquella frialdad que le había demostrado al saludarla. Tantas cosas le decía, y de unas se iba a otras, que no contó nada. Pero el estaba encantado. Muy juntos y en silencio llegaron al portal de la casa,

Al despedirse, con toda ingenuidad, aun sin salir de su asombro le pregunto:

-Entonces... ¿quedamos novios?

-Mas que novios, porque yo solo seré de ti o de nadie. Te lo juro por la memoria de mi hermano.

Nada pudo decirle el. Ella corría hacia la escalera y se lo dejaba plantado, lleno de emoción el pecho, plena de ilusión el alma.

Fueron pasando los días, y aunque contento como nunca, algo le preocupaba al brigada. Se encontraba muy bien, pero no le daban el alta. Fue perdiéndose en aquella

preocupación; el vómito de Barcelona, los dolores que a veces se le plantaban en el pecho, la fiebre que en ocasiones arremetía...

Decidió saber que le pasaba.

Se lo pidió por favor al teniente del Banderín que le preguntara al director del hospital, y aunque durante aquellos días disimulo ante Carmen, esta le notó la preocupación. El decía que eran las noticias que se recibían de África, pero ella no se lo creía.

Cuando el teniente le dijo:

-Zunueta, a ti no te pueden dar el alta. Tienes una herida en el pulmón y aunque la pleura parece que ya no esta interesada; no te pueden dar el alta. Quizá nunca. Así me lo han dicho.

-Mi teniente, mi herida esta ya mas que curada. Lo demás que usted me dice no lo entiendo. Quiero volver allá. Por lo menos en algo seré útil: en instrucción, en el mismo campo, en...

-Mira, Zunueta, lo que tu tienes es una herida abierta en el pulmón y al menor esfuerzo puedes coger una tuberculosis...

Quedo el brigada abrumado. A pesar de su efectiva salud, en aquel momento se sintió un cadáver vivo. Pero, terco, supo decir:

-Pues volveré allá, con alta o sin alta.

-¡Allá tu! No se si te evacuaran, porque en los hospitales de Marruecos no se admiten heridos de larga curación.

Esa misma tarde, al verlo entrar en su casa, después de saludar a dona Elvira, al ir a salir, solos en el recibidor, le pregunto:

-Juan, ¿que te pasa? Desde hace unos días, ¿que te pasa?

-Carmen, yo... No me debes querer. Yo puedo tener algo incurable y malo.

Carmen lo cogió de la mano y en vez de tomar la puerta lo llevo hacia el pasillo. El se dejo mansamente. Al llegar a lo mas oscuro, Carmen le echó los brazos al cuello y le beso largamente en la boca. De la mano, lo llevo a la puerta.

-Adiós mama -dijo al salir.

Zunueta, mudo, callado, la seguía escaleras abajo. Cuando llegaron a la calle le dijo:

-Anda, "alelao", ahora dime lo que me estabas diciendo...

El, entre atónito y sumiso, extrañado de lo que Carmen había hecho, aun con el sabor del beso en los labios, pudo decir:

-Eso..., mi herida no esta curada, esta abierta por dentro y al menor esfuerzo se puede infectar un día y coger ...

-Pues por eso te he besado. Para que sepas que no me importa que tu herida me llegue también a mi, para que...

-Carmen, ¿tanto me quieres?

-Ya lo ves; hasta la muerte, si la muerte llegara. Yo ya lo sabía y mi familia, también. Mi cuñado Luis hablo con el director del hospital. Me han dicho todo esto para separarnos, porque saben que somos novios.

-¡Ah!, ¿lo saben?

-¡Pues claro! Yo misma se lo he dicho. Creen que es un capricho de niña mimada, y como saben que un día te iras... -calló y suspiró- nos dejan.

-Es que soy muy poco para ti, y además enfermo.

-Para mi madre, no. Los demás, particularmente mi hermana Maruja...

Callaron los dos, y después de dar unos pasos, Zunueta la llevó hacia una calle de menos tránsito, mas silenciosa.

-¿Tu me quieres de veras?

-Mas que tu.

-Eso, no; mas que yo no. Y yo te juro que seré mas, mas de lo que soy. Digno de ti.

Compenetrados desde entonces pasaron el mes mas feliz. El veraneo de la familia Solano venía a interrumpir el idilio. Pero antes de que marcharan consiguió el brigada la evacuación a Ceuta. Así lo concertaron los novios, como quiso Carmen, para que aquella separación forzosa no ofendiera a Zunueta. El amor parecía verdadero, porque es verdadero todo aquel amor que sabe renunciar.

Casi toda la familia le despidió en la misma estación, y aparte de las lágrimas de Carmen, persistía en sus oídos hasta llegar a Algeciras la voz hipócrita de Maruja que, abrazando a Carmen, lloraba y decía:

-¡No nos olvide! ¡No nos olvide!

* * *

Cuando el brigada llegó a Ceuta todos los compañeros le preguntaron por las novedades de España.

Nada les pudo contestar, porque España, Madrid, le resulto un paraíso encantado, y su novia, la única mujer del mundo.

En cambio quedo sorprendido cuando le contaron las ultimas de la Legión. Una vez mas un gran triunfo: Tifaruin, posición como Tizzi-Assa, siempre asediada de fuego y metralla, sucumbía. Estaba en trance de perderse. El alférez Topete, alma de la resistencia, recibió un mensaje desde un avión, pilotado por el capitán Boy, tanto se extremo en cumplirlo, que fue alcanzado por las balas enemigas, cayendo incendiado y muriendo toda la tripulación; pero el mensaje llegó. En el comunicaba que el nuevo jefe del Tercio se había incorporado. Decía esto: "Topete, eres un flamenco. Tened un poco de paciencia, que vamos por vosotros. Señaladnos con lienzos blancos de donde os tiren mas, para echarles todo lo que se pueda. Ya ha llegado Franco de Tetuán. Que tengan todos mucha suerte. Boy".

Y aunque el "pájaro tontón" cayó, el heliógrafo de la posición, quebrando y trenzando los rayos del sol, como para alzar aquel nombre de Franco por encima de tanta desdicha y del enemigo envalentonado, los sitiados contestaron: "Si viene Franco, resistiremos. ¡Viva España!".

Y la resistencia fue coronada con el triunfo de la liberación.

El otro suceso venia de la otra guerra, de la de España. Al día siguiente de esto, al embarcar para Melilla las fuerzas de un Regimiento, el de Garellano, en el puerto de Málaga, un grupo de soldados se resiste al embarque, se desmandan y a un suboficial que

los quiere contener, Ardoz, lo mataron a tiros. Por fin, otras fuerzas consiguieron que reembarcaran.

La sedición, al parecer, provenía de un cabo, Sánchez Barroso, detenido pistola en mano y alentando en los soldados la insubordinación. La batalla aquí también se ganó, pero indultando al cabo mediante la presión de los liberales. Apareció en todos los periódicos una fotografía del acusado abrazando a su defensor y al mismo juez...⁽⁴⁰⁾, y a los pocos días se formuló una orden telegráfica suspendiendo todos los embarques para África. La batalla se había ganado, lo que no se podía saber es quienes eran los vencedores.

-Y en España, ¿que?

-En España... El capitán general de Cataluña.

-El general Primo de Rivera..., ¿que?

-No se, pero...

-Mira Zunueta, tu no sabes nada, parece que vengas del limbo. Pero si el general Primo de Rivera quiere arreglar España, tendrá que acabar lo de Marruecos.

-Me tendréis que perdonar si os digo que si logra eso el general, Marruecos se abandonara. Primo de Rivera, como Weyler y muchos mas, es abandonista. Lo ha manifestado en diversas ocasiones.

Todos -López, aquel sargento que un día encontraron en Dar-Riffien; soler, brigada también; Campos, sin una pierna, pero con su cachimba de detective y Zunueta-se volvieron. El que hablo desde un rincón era otro brigada, ya propuesto para alférez. Era español, se afilio cuando la Legión llegaba a Dar-Drius, hacia apenas un año. Era la carrera mas rápida que se habia hecho en el Tercio. Según decían, era un antiguo oficial del Ejercito, pero con nadie hablaba, y era rarísimo que hubiera soltado aquello.

Estaban todos -lisiados y heridos-en la Representación de Ceuta, de tertulia. Zunueta esperaba el alta para marchar al campo, pero como no llegaba quedo incorporado a la oficina. La impaciencia le devoraba, y solo la calmaba al reunir fichas, datos, filiaciones y bajas, dándose entonces perfecta cuenta del funcionamiento de todas las Banderas del Tercio.

También desde entonces se aficiono a leer la prensa, y hubo una noticia que le intrigó. En el Congreso, un diputado, Prieto -¡que ironías tiene la vida!- interpelo al Ministro de la Guerra, porque a cierta y muy alta enfermera, los Legionarios, después de un combate con arma blanca, le habían regalado una extraña "corbeille", no precisamente de "florecitas..." Y decía la prensa:

- "Y hay que tener presente que el moro ve con el terror máximo la división del cuerpo muerto, porque la religión musulmana estima que solamente el cuerpo entero es el que alcanzara el paraíso de Mahoma. (Grandes rumores)

"Ya comprenderéis que ni justifico ni explico los bárbaros actos de mutilación realizados con nuestros soldados; pero no es caso de establecer un campeonato de barbarie."⁽⁴¹⁾

"El Ministro de la Guerra:

⁴⁰ De la prensa de aquellos días.

⁴¹ Diario de Sesiones del Congreso.

-“Olvida S.S. que Francia inauguró su protectorado cubriendo de cabezas las murallas le Fez... En los momentos en que son encontrados los cadáveres de nuestros soldados horriblemente mutilados no es oportuno hablar de crueldades españolas ...”

¿De que sería la famosa “corbeille”?

También había tenido noticias Zunueta de todos sus amigos: Bernárdez, en la primera, de alférez; sande, el “Pajarito”, de cabo en la segunda; Gil Correa había ido a parar a la tercera con el “Charte”, ya de sargento; Draminski, en la cuarta; “el Pastor”, con la “Huelvana”, en la quinta, cada vez el pobre mas cerrado; Gutierrez Terciado en la quinta; Piqueras en la sexta, ya por la sexta herida...

Aunque las bajas habían sido muchas, aun le quedaba aquel pequeño numero de amigos. “¡Ay, que poquitos vamos quedando!”

De las Legionarias también tenía noticias: Maria, “la Churra”, “la Cuerpobueno”, Juana, “la Chata”... vivían y seguían a la Legión.

Todos pertenecían a la Representación de Ceuta, menos el que había hablado. Estaba allí a la espera del correo de Melilla. Para incorporarse a la primera Bandera. En un rincón, entre sombras, parecía un fantasma de si mismo.

-Anda, acércate y explícanos.

-¿Para que?

-Anda hombre, para charlar.

Levanto los hombros y quedó impasible. Las clases comentaron:

-Esta loco, pero es muy valiente.

-Dice que ha venido a morir, y no hay manera de que le den.

-¿Por que vino?

-Abandono, siendo alférez del Ejercito, uno de aquellos blocaos de Melilla. Perdió la carrera y vino de Legionario. Al paso que va pronto llegara a teniente otra vez.

Cuando mas absortos estaban en sus comentarios se acercó hasta ellos.

-Vaya, ya esta decidido. Esta noche os invito a todos a lo que queráis y a las doce en punto me despido para siempre... Tengo una cita.

Le miraron sin creérselo. Pero el, sonriendo, como preparando una buena camorra:

-En serio va lo de convidaros. Vamos allá, quedareis contentos. Es mi despedida. A las doce en punto me marchó. ¡Vamos!

Ninguno se resistió y saliendo, decía Campos:

-Este esta “chalao” y nos va a tomar el pelo. Eso de irse para siempre es que nos va a engañar. Nos invita, no paga, se esconde, se larga mañana a Melilla, nos deja con la cuenta y el escándalo y al Hacho... ¡Ya lo veréis! Hoy le ha dado por ahí.

Mas no fue así. La cena fue magnífica, de postín y la pago con billetes de los grandes.

Cuando entre las sombras se dirigían a un cafetucho con mujeres, orquesta y variete se le acercó Soler.

-¿Y a que se debe esto?

-Ya os lo he dicho. ¡A las doce en punto!

-No irás a hacer ninguna tontería.

-Ya he hecho bastantes, esta va a ser una cosa seria -y se sonrió.

Luego, separándose de los otros, le decía a Soler:

-Ya sabes que yo... Todos sabéis quien soy y quien era. Pero lo que no sabéis es que tengo mujer, hijos. ¡Las mujeres! ¡Cualquiera las entiende! Cuando yo era el de antes siempre me decía: cuídate, procura librarte de los tiros, resguárdate... Le hice caso y por ella y mis hijos fui... ¡Todos lo sabéis!

Zunueta se acercó y alegre por el vino le dijo:

-Sabemos que eres un valiente.

-Pero ya no me sirve. Cuando sin mi estrella llegue hasta mi mujer creí que me iba a abrir los brazos. Le habia hecho caso...

-¡Naturalmente!

-Pues, todo lo contrario. Fui para ella como un ser extraño. Yo creía que el matrimonio, quererse, era compenetrarse en la misma desgracia, en el mismo desastre, porque... en la misma alegría..., para eso no vale la pena. ¡Cualquiera se compenetra!

-¡Las mujeres! La mejor... -añadió Soler.

-No hables así. Ella es buena, pero desde que fui un cobarde... No me abandono, no; viví en la casa, pero como un ser raro. No era la misma para mi.

-Con el vino y un poco de tiempo todo se pasa.

-Yo vine aquí, al Tercio, a morir, pero no de pena. Ni las balas ni el combate me quieren. Ya lo dice el Credo: "el morir en el combate es el mayor honor", pero yo, por lo visto, no lo merezco; merezco lo otro: "vivir siendo un cobarde".

-No seas así, que no hemos bebido tanto para que la cojas trágica.

En aquel momento llegaba López, presuroso y diciendo:

-¡Pero vais a entrar o no? Os estamos esperando; ya tenemos mesa y esta "pero que muy divertido".

Entrar en el cafetucho y disipársele todos aquellos pensamientos fue instantáneo. Aquel hombre estaba mas contento que ninguno.

-Ya os he dicho que es un "chalo" y vamos a parar al Hacho -decía Campos.

-Esta invitando a todo el mundo; no se cómo va a pagar.

El bullicio, el baile, las canciones y el vino -todo gratis, y lo gratis conmueve- se prodigaron. Cuando la animación era mayor un golpe de bombo la paró, y aquel brigada se planto sobre una mesa.

-Ahora la arma -le dijo Campos a Zunueta.

-Señores Legionarios... y todos. Mirad los relojes. Faltan tres minutos para las doce.

Mientras esto decía acariciaba la pistola pendiente de su cinto como a un talismán de la muerte.

-¡La que se va a armar! Vamos a ver por donde sale.

-Os invito a todos a una copa -y tiró unos billetes. Cuando se la sirvieron, levantándola dijo: -¡Bebamos por la muerte!

-¡Menos mal!

Todos se reían de aquella ocurrencia y nadie sospechaba en que iba a parar, cuando de pronto sonó un disparo. Se oyó el caer de un cuerpo a plomo y aun entre los ayes y rumores esta frase: "Aprended cómo muere un Legionario".

Gritos, zarabanda de las mujeres corriendo, caída de mesas, el vino derramado... Cuando se acercaron todavía respiraba. Sus ojos se apagaban. Campos se los cerro.

-El vino... -dijo uno.

-Las mujeres... -añadió otro.

-La Legión, que sabe morir bromeando.

Y nadie notó aquella noche que en el cielo se apago una estrella. La de aquel hombre, antes alférez. Su propio honor no le admitía que le llegara la del Legionario. Los de la Legión son así.

XI

LA PARTE Y EL TODO

La Bandera de la Legión. Será la mas gloriosa porque la teñirá la sangre de sus legionarios.

La vida fue pasando con todas esas cosas que se olvidan. Las cartas entre Carmen y Juan, la herida -ya mas de un año-, y el destino en la Representación de Ceuta; Draminski ascendía en un combate y descendía en el otro; “el Pastor” se unía y se separaba de “la Huelvana”... Por cierto un día llego un parte en que se le proponía para sargento y la declaración, relatando la defensa del blocao, la resumía diciendo que el gritaba: “¡Adelante! ¡Adelante!... y nos quedábamos en nuestro sitio”. De España las noticias cada vez eran mas alarmantes: Barcelona volvía a ser “la ciudad sin ley”, los Gobiernos con sus crisis, los bancos asaltados... Inés, la hermana de Carmen, había tenido el tercer niño, y Luis, el marido de Maruja, con sus trapicheos políticos y los negocios, iba camino de ser un personaje y millonario.

En la Legión, durante aquellos dos meses, apenas si hubo novedades.

Piqueras, ya de sargento, parecia haber olvidado sus locuras. Sande, también era sargento. Pero contaba día a día el año que le faltaba para acabar con su compromiso y volver al convento.

Y así iba pasando la vida

Aquel incidente, “a las doce en punto”, no lo acababa de entender Zunueta. ¿Como una mujer que quería tanto a su marido podía tratarlo así? Aquel hombre estaba loco. Con Carmen no le ocurriría. Se querían mucho. Su única preocupacion era volver a una Bandera, cumplir lo prometido a su novia: ganar la estrella de oficial: aunque ella le advirtiera en todas y en cada una de sus cartas: “Cuídate, procura que no te den; tu ya has hecho bastante. Yo te querré igual”..., o cosas parecidas.

Sólo se abstraía Zunueta cuando entre sus manos pasaban documentos y veía hasta aquella fecha, en menos de tres años, desde la creación: la Legión había intervenido en mas de doscientas operaciones, que eran: mas de ciento treinta combates, treinta convoyes victoriosos y unas setenta agresiones repelidas ⁽⁴²⁾. Los Legionarios, los hombres, venían a afiliarse con verdaderos torrentes de entusiasmo; de Ceuta pasaban a Dar-Riffien, y allí: “¡un, dos!... ¡un, dos!” Las bajas también eran numerosísimas.

⁴² Federico Ramas Izquierdo. Obra citada.

Pasaban, con mucho, de las dos mil, y entre ellas un primer jefe muerto y mas de doscientos jefes y oficiales y clases heridos, y el resto Legionarios. Se refugiaba en todo esto y en las cartas de Carmen, cuando un día llego la noticia: el capitán general de Cataluña, el general Primo de Rivera, se habia sublevado.

-¿Y que pasará?

-Ese hombre, ¡ay! , acabara con esto.

-Maria, esta vez te equivocas. El general es “abandonista”.

-Mira Zunueta: yo no me equivoco nunca. ¡Que va a ser “contrabandista” don Miguell.. ¡Es un tío! Yo le conozco de cuando era criada, en la fonda de Ceuta..., y buenas propinas me dio. ¡Es un tío!... Y va a pegar aquí mejor que... Como a mi me pegaba Solanes. ¡Que manos! El que mejor, el único, y no estos “pasmarotes” que tengo... Ahora soy yo la que pego.

A los pocos das, al no pasar nada , la prensa se mostraba optimista con el acontecimiento. Desde “El Liberal”: “Cuando los sublevados se jactan de haber recogido el ansia popular, tienen razón. En lo intimo de la conciencia de cada ciudadano brota una flor de gratitud para los que han interrumpido la rotación de concupiscencias...”, (43) hasta el “ABC”: “Lo que ha caído aquí no es el Gobierno, ni mejor ni peor que los anteriores, sino el sistema del que formaba parte-, bien caído esta...”, pasando por “El Sol”: “Apoyamos leal y resueltamente esta situación: primero, porque es la única posible; segundo, porque empieza a cumplir nuestro programa...”

España, toda España, por una vez, estaba conforme de que cayera lo que habia caído, y también con lo que anunció el Dictador: “No venimos a llorar lastimas y vergüenzas, sino a ponerlas pronto y radical remedio”.

En España, al parecer, se habia acabado la guerra, y en Marruecos todo parecia estar en paz.

* * *

Pero el enemigo, numerosísimo, provisto de un eficaz y moderno armamento, asesorado por agentes extranjeros, a la expectativa de aquel acontecimiento español y al ver que en África se resolvía en una gran pasividad, se envalentono e intento conseguir el derrumbamiento de todas las posiciones. Cuatro meses después del advenimiento de la Dictadura, en febrero y marzo del siguiente año, el 1924, atacó duramente en las dos zonas: M’Ter, y otra vez Tizzi Assa, la espina que la Legión habia clavado en la rabia moruna. Fueron lugares de combate y quedaron por España.

En mayo, durante una pelea de cuatro días, la Legión, con tres de sus Banderas -segunda, tercera y cuarta-, en Sidi Messaud consigue un éxito colosal. Pero en julio la situación se torna grave, gravísima. El enemigo, acaudillado por el Jeriro, antiguo lugarteniente del Raisuni, ahora a las ordenes de Abd-el-Krim, pone en peligro la línea del Lau. Y la Legión, con su alegría valiente, lo sabe alejar.

En el mismo año se habían licenciado mas de veinte mil soldados, en tanto el enemigo habia aumentado en unos quince mil, lo que hacia batallar a todas las fuerzas

⁴³ De la prensa de aquellos días.

africanas, y especialmente al Tercio, sin descanso ni resuello. De una a otra zona iban y venían las Banderas como si todo lo tuvieran ganado.

La inactividad pesadumbrosa de Zunueta se volvía alegre cuando se encontraba con alguno de sus viejos amigos fundadores. Les esperaba en el muelle y con ellos se iba por los cafetines.

-Lo de Sidi Messaud debió de ser duro de pelar.

-Duro, pero quedamos de "buten". Subimos cantando, de merienda... A los pocos días fue peor.

-Pues ¿que operación ha sido esa que yo no me entere? -¡Que te habías de enterar! Fue un plato de comida muy nuevo que nos dieron: corderos con tambor.

-¡Corderos con tambor! No los he comido nunca, ¿Que tal están?

-No seas atontado. Tu te acuerdas de...

Y le daba el nombre de Marín, aquel tambor que tanto se reía cuando lo del pato "Collete" de Kuku y Picheli..

-Pues en una larga marcha hacia Afrau vimos unos rebaños de corderos. A los pocos momentos se nos presentaba el moro, el pastor que los apacentaba. La faltaban dos -¡y claro!-, los de la Legión. Como no aparecían, se ordenó un registro total. ¡Si nos hubieras visto! ¡Todos desnudos! Uno por uno... ¡Pero no aparecieron ni a cachos! y los habían "mangado", ¡claro que los habían "mangado"! Era tan perfecto aquello, que el mismo comandante decidió perdonarles si le decían dónde estaban. Por el día, marchamos lo que quisimos, y por la noche, a la hora de la cena, el Marín y la banda... de cornetas, como sabían que estaban perdonados y los corderos pagados, los sacaron de dentro de las tambores..., donde los llevaban escondidos. ¡El demonio son esos chicos! Y luego, asaditos, nos los presentaron sobre los tambores... ¡Toma tambor y redobla! Para engañarme a mi... -decía el alférez Bernárdez.

Apenas si pudieron cruzar unas palabras mas. Las Banderas seguían para Uad-Lau. -¿Y tu, que tal?

-Muy bien, pero no quieren darme el alta. Te digo que cualquier día me voy sin ella.

-No seas bruto.

-¿Y la novia?

-Eso, todo muy bien.

-Pues me alegro, porque yo, en cuantito se acabe la guerra, me caso también. A eso iba a Palencia...

-Mira... ¡que callado te lo tenias!

Se despidieron y Zunueta quedó sumergido en su melancolía, hasta que otro día apareció Piqueras.

-¡Las ganas que tenía de verte!

Piqueras lo miró con un aire vago, entre disgustado y frío.

-¡Piqueras!, ¿no te alegras?

-Si, naturalmente.

Se abrazaron entonces.

-¿Que te pasa?

-Que oigo, oigo de nuevo aquel llanto... Ahora, por ahí, por el Lau, en Tetuán, en lo de Coba D'Arsa...

-Tu estas "chalao". Vamos a tomar un vaso de vino y todo se te pasara.

-No bebo.

-¿Pero que es lo que te pasa?

-Estoy muy mal con esta situación. ¡Eso del Directorio!... Yo vine aquí por... ¡bueno! Para que allá se ganara la libertad, aunque aquí se perdiera la guerra.

-¡Piqueras! ¡Piqueras!

-¿Que?... Quiero la libertad para el país.

-¿El país!... Si hubieras estado como yo en España... ¡Un asco!... Huelgas, atracos, asaltos, asesinatos...

-Ya se que tienes novia, la hermana de Solano... Y que no te destinan por ...

-Si, la herida.

-¿Y sabes una cosa? Te has hecho muy señor, muy "finolis".

-Demasiado sabes que soy siempre el mismo.

-Y yo también.

En aquel instante tocaban la corneta; llamaban para formar. Zunueta se quedo como sobrecogido por la actitud de Piqueras. Aun le alcanzo en el patio, y al salir le dijo:

-Piqueras, óyeme. ¿Verdad que no harás ninguna tontería?

Pera el sargento, ya con seis heridas Legionarias, ni siquiera miro al brigada.

Mas que nunca estuvo atento a lo que pasaba, y al leer la prensa un día encontró que los sucesos de Marruecos -¡por fin!- repercutían en Madrid. El levantamiento peligrosísimo de la Zona occidental motivó aquella nota del 1 de Julio de 1924, en la que decía Primo de Rivera: "El estado de cosas en la Zona occidental se ha agravado considerablemente con el levantamiento de algunas cabilas y la actitud dudosa de otras, provocada por la presencia de rifeños gomaris que vienen haciendo difícil el suministro y la comunicación con nuestros puestos". Se presentía, "se olía" un nuevo desastre. De mayor dimensión y alcance que el de Monte Arruit.

Zunueta recordaba otras notas de Primo de Rivera respecto a Marruecos. Ya habia dicho que requería "una solución pronta, digna y sensata". Y también: "Hay un asunto que no podemos dejar sin liquidar: la guerra de Marruecos". Pero, ¿como? , se preguntaba el brigada. De todas las maneras, no comprendía cómo Piqueras no estaba conforme, cuando lo que se quería era acabar, como en España se había acabado, con el terrorismo.

Pero aun quedo mas maravillado cuando, ante la delicada situación, llego a Ceuta el propio Primo de Rivera. Esto era la primera vez que ocurría. En días sucesivos dijo el general, a la vista de las posiciones: "Me he afirmado en mis convicciones...", aunque sólo de momento, se había salvado la gravedad.

El problema, la manera "de ver" Marruecos, tenia perfectamente definidas su cara y su cruz. Para los que allí combatían era algo que apasionaba. Para los que lo veían desde España sólo consistía en un pozo de presupuestos y vidas, unos tratados que comprometían, un mar de sangre. El problema, con la Dictadura, se resolvió, pues si el Poder estaba dispuesto a abandonarlo, el Ejercito del Protectorado no lo estaba; no quería que su sangre heroica resultara estéril.

“España no puede seguir manteniendo a sus soldados en riscos que tanto trabajo cuesta abastecerlos. Me he afirmado en mis convicciones, que son producto de un concienzudo estudio del problema”, dijo el Dictador.

Pero al visitar el campamento de Ben Tieb, como replica disciplinada, se encontraba con este letrero: “La Legión no retrocede nunca”; y luego, a los brindis de una comida, esta voz del jefe del Tercio ⁽⁴⁴⁾:

“Este que pisamos, Señor Presidente, es terreno de España, porque ha sido adquirido por el mas alto precio y pagado con la mas cara moneda: la sangre española derramada. Cuando nosotros pedimos seguir adelante, no es para nuestra comodidad y conveniencia. pues bien sabemos que al cumplir la orden de avance la vanguardia nos corresponde a nosotros y el camino de la conquista va regado por nuestra sangre y escoltado por los muertos que dejamos en la marcha. Rechazamos la idea de retroceder, porque estamos persuadidos de que España se halla en condiciones de dominar la zona y de imponer su autoridad en Marruecos”.

⁴⁴ El Jefe del Tercio era el coronel Francisco Franco Bahamonde. Sería pueril trazar su semblanza Legionaria. Franco esta fuera de toda crítica, por encima de toda circunstancia a una altura estelar. Desde el prologo de Millan-Astray al Diario de una Bandera: “El Comandante Franco es conocido de España y del mundo entero por sus propios meritos y las características que ha de reunir todo buen militar que son: valor, inteligencia, espíritu militar, entusiasmo, amor al trabajo, espíritu de sacrificio y vida virtuosa, las reúne por completo el Comandante Franco”. A la prensa mas anónima: “Porque si Millán-Astray fue el nervio y el alma, el cerebro creador de este Cuerpo sin par y Franco la espada guiadora de sus triunfos, Valenzuela es la sombra paternal, el animo esforzado y corazón generoso...” Hasta Stanley G. Payne en la obra citada: “En 1910, a la edad de 17 años, Franco fue nombrado subteniente. Dieciocho meses mas tarde el joven oficial se presento voluntario para ir a Marruecos único camino que conducía a rápidos ascensos y a una carrera militar activa. Dio muestras de valor, disciplina y capacidad de decisión desde las primeras escaramuzas en que intervino. Aunque no era temerario, Franco nunca eludía su puesto en la línea de fuego y tomo parte en numerosos combates sin sufrir apenas un arañazo. El control de sí mismo, su actitud personal y pragmática, su insistencia en el orden y la jerarquía, sus ejemplos de valor y su capacidad de iniciativa hicieron pronto de el un buen jefe de pelotón y compañía, a pesar de su juventud. Era uno de los pocos militares españoles de esa época que se interesaba seriamente por los mapas, fortificaciones y preparación militar de las columnas armadas. En lugar de jaranear con prostitutas, naipes y vino, como era costumbre de tantas africanistas. Franco se consagró a su profesión. Aunque escapo sin un rasguño de sus primeros cuatro años de combates, resulto seriamente herido en el abdomen el 14 de Junio de 1910, cuando al frente de sus tropas asaltaba una posición rebelde. A pesar del diagnóstico pesimista de los médicos, Franco se recupero bastante rápidamente. Después de ciertas vacilaciones de la jerarquía militar debido a su juventud, Franco fue ascendido a Comandante antes de cumplir los 20 años. En 1917 fue trasladado a la península como jefe de la infantería de la guarnición en Oviedo. Para completar sus conocimientos militares, Franco solicito el ingreso en la escuela Superior de Guerra, pero fue rechazada su petición alegando que su grado era demasiado elevado como para permitirle seguir los cursos que estaban tomando los oficiales mas prestigiosos de su misma edad. Sin desanimarse, Franco regresó a Marruecos para participar en la creación del Tercio. Sanjurjo que fue su jefe en Melilla, en 1921-1922 recomendó dos veces su ascenso a teniente coronel, pero su petición fue rechazada hasta que Franco no cumpliera 30 años”. En paginas anteriores dice: “Franco fue ascendido a General de brigada en febrero de 1926 convirtiéndose así, a la edad de 33 años, en uno de los mas jóvenes generales de la Europa de la postguerra”

Cuando el Dictador volvió a Madrid, declaró que sus convicciones habían cambiado “en parte”. De esa parte, la Legión era el todo.

* * *

Sabia lo que estaba pasando y aun le pareció mas grave -¡que absurdo!- cuando lo leyó en la prensa de Madrid:

“Las noticias de Marruecos no son satisfactorias... Tanto en nuestra zona como en la francesa se observa un levantamiento general de las cabilas”.

Bien sabia Zunueta lo que todo aquello quería decir: la línea del Lau iba a sucumbir. Mas de veinticinco mil soldados, con todas sus armas y pertrechos, iban a desaparecer; Tetuán, a tiro de fusil desde el Gorgues, donde ya campeaba el enemigo. El desastre del 21 se iba a repetir sobre Ceuta, mejorado, corregido y aumentado.

Inquieto estaba Zunueta, cuando se le presentó un Legionario, diciéndole:

-Mi brigada, a sus órdenes. El sargento Cándido Risueño le llama. Acaba de ingresar en el hospital.

-¿Cándido Risueño?

-Si, mi brigada, Cándido Risueño; todos le llaman “el Pastor” .

Oír esto y salir disparado fue cuestión de momentos.

Llegó al hospital sudoroso, jadeante. Le busco entre todos los heridos y le encontró envuelto en abultados vendajes.

-“Pastor” ¿que ha sido?

-Nada, chico; las piernas rotas y la cabeza abierta...

-¿Y donde fue?

-En Tetuán.

-¿Pero ya están tan cerca?

-Están en el monte .

-¿Y que fue: fusil, cañón?

“El Pastor” alzó los ojos y dijo con toda naturalidad:

-Fue... ¡Ya te puedes imaginar! Estábamos “diseparados”, y como a pesar de todo la quiero... Bueno, chico, aunque tu sabes muy bien que yo se dar el pecho, no me han dado nunca. Y empezó que si los Legionarios no tenemos corazón ni hígado ni tripas...

-Pero eso es una tontería.

-Total, me dijo que no tenia valor para tirarme por el balcón, y yo... ¡zas!, fui, y me tire.

-¡Y que bruto eres!

-No lo sabes bien. ¡Con la falta que yo hacia en mi pelotón! Gente mas floja... -dijo “el Pastor” suspirando.

-Cuando te pongas bien...

-No digas barbaridades. ¡Si ha llorado mas! Somos así, y el día que dejemos de serlo...

-Hay que evolucionar.

-Eso tu, que te estas volviendo muy “señoritango”.

Zunueta sintió la palabra en toda su desnudez, porque sabía que estaba disparada con cariño y también ingenuamente. Esas son las que mas duelen.

Y cambió la conversación diciendo:

-¿Cómo va aquello?

-Bien, muy bien. Los de Chentafa han luchado hasta el ultimo momento, sin municiones, sin víveres, y al final, como les iban a copar, han quemado la posición con ellos dentro. Los de Buharrat, como no tenían agua, se bebieron una cuba de vinagre que tenían. y luego los “meaos”..., cada uno los suyos -dijo con un gesto de picardía-. Los de Seriya llevan resistiendo, nadie se lo explica, mas de setenta días... Bien, muy bien va todo aquello.

-Bueno, “Pastor”, bueno. Eso no va tan bien como tu dices.

-Entonces, ¿tu que crees?

-Que va a pasar lo de Melilla.

-¡Bueno va! ¡Con seis banderas que somos, y de la Legión! ⁽⁴⁵⁾

Zunueta, preocupado desde la retaguardia al oír todo aquello, de pronto se sintió apocado, cobarde... y tuvo una reacción y no lo pensó mas. Solo le dijo a “el Pastor”:

-Bueno, chico, que te mejores. Me voy ya.

-¿Ya?, ¿tan pronto?

-Sí, es que me voy a ocupar tu puesto

-¿A quitarme a “la Huelvana”?

-No, hombre, no. A mandar tu pelotón.

-¡Ah! -respiró el otro, tranquilo.

Le dio la mano y salió.

Al pasar ante la Dirección del Hospital pensó que si pidiera el alta le dirían lo de siempre: que al menor esfuerzo, que si el campo... ¡tontunas de los médicos! El no quería morir, pensaba en su novia; pero le iba a matar la vergüenza. Antes fue Piqueras con aquel “finolis”, y ahora “el Pastor” que, sin sospecharlo, le daba una lección. Había cambiado, lo sabía; pero de valiente... iba a serlo mas. Ocuparía el puesto de “el Pastor”, tomaría la primera camioneta que saliese...

Y así lo hizo. Sin pensar en la baja ni en mas tonterías. Mas le valía morir, si le llegaba, de un balazo, que no lentamente, de vergüenza. Si llevaba la muerte encima, que le llegara, pero con toda la gloria Legionaria.

En Tetuán, muy cerca de la ciudad, en una posición que la defendía, se presento al comandante de la tercera Bandera y le dijo, mintiendo:

-A sus ordenes. Se presenta el brigada Juan Zunueta Zalve, destinado a esta Bandera..

-Bien, pasa a la octava compañía y toma el mando de la segunda sección. Ha sido baja el teniente.

⁴⁵ La confianza, mas que el orgullo, que el Legionario siente en si mismo y en la Legión, se refleja en este párrafo de Peter Kemp, Legionario en España, Luis de Caralt, Barcelona, 1959: “En lugar de gratitud por haber venido de tan lejos para luchar por su causa, al principio solo encontré desconfianza y resentimiento entre los demás oficiales, haciéndome sentir intruso. Debieron transcurrir dos meses antes de que me aceptaran como uno de ellos”.

-A sus órdenes, mi comandante.

Cuando salía quedó sorprendido. Dos Legionarios y un cabo, fusil colgado, llevaban detenido y con las manos atadas a un Legionario. De la camisa aun le colgaba un jirón de galón de sargento. Con las sombras de la noche, al pronto no le distinguió pero le conocía...

¡Aquel Legionario!... ¡Era Piqueras!

* * *

Un día se descubrió el engaño de Zunueta, pero ya se habían socorrido muchas posiciones y había empezado el repliegue, para ocupar tan solo lo que se llamaba el "Manuecos útil", El brigada iba a Ceuta a arreglar su situación, ya sabida su propuesta de ascenso a alférez y contento de que no tardaría en serlo.

Sus meritos estaban jalonados por un recorrido de retirada que se cifraba en estas etapas: Xauen Dar-Acoba, Dar-Acoba Cheruta, Cheruta loco-el-Arbaa, Zoco-el-Arbaa Tetuán. Desde Xauen, con la pena de decirle adiós, la estratagema de confeccionar unos muñecos vestidos de Legionarios para simular que de allí no saldrían nunca; la rabia del enemigo al verse burlado, sintió como si le quemaran la sangre. Los ataques furibundos, el barro, la lluvia, el insomnio forzoso de los ojos abiertos en la noche y durante el día cegados de sol, los cañones salvados llevándolos a hombros para que no quedasen, los camiones atascados, enfangados... las bajas, numerosas; desde generales hasta soldados, muertos, heridos, prisioneros... Todo un éxodo terrible defendido por la Legión desde Xauen, donde quedaron en efígie y simulados de guarnición, a aguantar en sangre y carne viva tres semanas de pelea en el Zoco; hasta desfilar airoso, como si nada hubiese pasado, por Tetuán.

La empresa mas ardua de Marruecos conseguida estaba, y si era una retirada con desanimo y desilusión; el propio general Primo de Rivera, que allí se encontraba con los generales, en una proclama de tono profético dijo: "Dentro de poco seréis un ejercito triunfante. Dentro de poco se ira a Xauen sin peligro ni preocupación ninguna, guardados por los mismos moros que hemos tenido enfrente y por los muy bravos y leales que hemos tenido al lado".

-Yo -le decía Zunueta a un sargento que iba a su lado en el tren- no he entendido al general. ¿Que es lo que quiere decir con esta proclama?

-Yo tampoco; el hecho de que este aquí y no en Madrid, dice mucho; mas que ningún otro Gobierno.

-Pero... ¿el no quería abandonar esto?

-Quería, pero ya no quiere.

Draminski, ya de sargento, iba en el mismo departamento, hasta entonces absorto, salto como siempre muy sonriente:

-Con esto, la línea francesa quedar al aire, al garete, que decir vosotros. Ya veras la que armarse por allá...

Zunueta, sin poderse contener al oírlo, pregunto:

-Draminski, ¿tu conoces a Piqueras?

-Claro que si.

-¿Que le ha pasado?

-Estar loco, "cafetera"...

-Es una cosa muy fea -tercio el otro sargento.

Y Zunueta, temiendo que se lo contaran, no pregunto mas.

Cuando el tren paro en Dar-Riffien, casi todos los Legionarios bajaron. El brigada siguió hasta Ceuta. Inmediatamente se presento en el hospital.

El director lo recibió de mal genio; pero ante la evidencia y las palabras del brigada:

-Yo me encuentro muy bien, y mas esfuerzos que he hecho en lo de Xauen no creo que haya hecho en mi vida; hasta la pena de dejarlo... si de esta no me he muerto, no creo que me muera...

-Allá usted; por usted hará. En contra de mi dictamen, le doy el alta, que no la firmo, porque curado no esta.

Zunueta levanto los hombros y solo dijo:

-A sus ordenes, y muchas gracias por no castigarme.

-Que le vaya bien y que no tenga que volver por aquí.

Salio el brigada contento. Cuando llego a la Representación pidió el correo. Hacia algunos días que no tenia carta de Carmen; posiblemente se debió de perder alguna en la dichosa retirada. Pero no: allí estaba la única carta, y se comprendía el retraso en escribirla; traía una triste noticia: doña Elvira, la madre, habia muerto.

Pensó salir inmediatamente a poner un telegrama, pero... le interesaba saber lo que le habia ocurrido a Piqueras; saber la verdad.. Y derecho se fue a buscar el expediente.

Era terrible. se le acusaba de un tiroteo que se produjo el 22 de septiembre en el mismo Tetuán. Por haber introducido en la misma ciudad una partida de moros enemigos. Afortunadamente, no tuvo consecuencias y aquello no podía ser. Piqueras, con su Bandera, estaba muy lejos entonces de la plaza de Tetuán. ¡No podía ser! Respiró cuando en el mismo expediente se aclaraba.

Aunque lo que sí parecía cierto era el abandono de un puesto de sosten cuando su compañía luchaba al arma blanca en vanguardia. ¡Aquello tampoco podía ser! Piqueras, tan valiente, con seis heridas, tantas como banderas... ¡No podía ser! Pero mas abajo se insertaba la copia de la carta de un capitán, escrita desde el cautiverio, que llego a través de la zona francesa, y decía: si aquellos puestos se hubieran sostenido...

Cerro los ojos abrumado. Cuando los abrió guardo el expediente. Pensativo, miraba por una ventana al mediodía del Estrecho, que en pleno mes de enero era espléndido, cegador de luz.

Apenas si le presto atención a un hombre que de paisano entro en la habitación. Al parecer estaría confundido, y le dijo:

-Oye, tu, donde filian es en el cuarto de al lado. ¿Es que no sabes leer? Aquí se prohíbe la entrada. ¿No has visto el letrero en la puerta?

-Yo no vengo a engancharme en la Legión, sino a despedirme de ella.

Ante la firmeza y dulzura de la voz, se fijo con mas atencion. Con el resol no podía distinguirlo. Hizo de la mano visera y exclamo asombrado y con alegría:

-¡Sande! ¡"Pajarito"! ¡Pero si eres tu!

Y se abrazaron emocionados.

-¿Pero que haces por aquí y con esa pinta?

-Ya te lo he dicho: he cumplido mi compromiso. ¡Cuatro años de Legión! Ya vuelvo al claustro; mi penitencia esta cumplida y allá me esperan.

Lo decía gozoso, iluminado por dentro y por fuera por la luz de la mañana le cincelaba las facciones finas y endurecidas. Solo de ver en aquel instante sus ojos se creía en el mas allá, en Dios.

-¡Cuatro años de Legión! ¡"Pajarito" se nos va!

-Pero siempre estaré con vosotros. Nunca podré olvidar esto. Mi pecado para venir aquí fue muy grande, y vosotros, que lecciones me habéis dado para librarme de el.

-Mira, Fernando, acompáñame a poner un telegrama y luego te convido a comer.

-Te lo acepto. Contigo Serra mi ultima comida en África, porque a las cuatro sale el barco.

Salieron, y al tropezarse con el capitán de la Representación con su sola pierna, le saludaron. Para Sande tuvo la mas tierna y afectuosa despedida; para Zunueta, estas palabras:

-Y tu... ya te puedes poner la estrella. Tu propuesta ya esta aprobada: eres alférez. Enhorabuena. y hasta el próximo ascenso.

Cuando les dejo el capitán se volvieron a abrazar.

-¡Mi alférez Zunueta!

-Mi Padre Fernando...

Puso el telegrama Zunueta con el pésame y, su ascenso, y siguieron después la calle -mediodía de Ceuta dorado de sol como una naranja abierta- hasta un café. Allí arrinconados y alegres, fueron madejando los recuerdos, la Legión ya los tenía; siempre, en verdad, los tuvo desde que se creo, que no hay porvenir sin pasado. Zunueta le contó su vida, la muerte de Solano, la hermana era su novia y se iban a casar en cuanto acabase la campaña. Ahora, su madre había muerto y con más razón...

Se hablo luego de Piqueras, y solo al nombrarle, dijo Sande:

-Buena cosa habrá hecho. Tiene fama de ser de los mas valientes.

-¿De los mas valientes?

Y el nuevo alférez le contó lo que pasaba, la tragedia de aquel valor.

-¿Y tu crees?

-Esta a un paso de aquí. Arriba, en el Hacho. En cuanto te despida subo a verle, a que me diga la verdad, porque a mí se confía. Si fuera posible echarle una mano, yo se la echaba.

El relato vino a enturbiar un poco la alegre comida, pero cuando se dirigían al puerto, otra vez renació.

A punto estaba de embarcar, cuando Maria "la Churra" y una acompañante se acercaron.

-¡Ole ahí los alféreces valientes y el "pater" que se nos va!

-Pero... ¡Ya lo sabes! Si aun no me he puesto la estrella.

-¿Y que haces tu ahora? Tanto tiempo sin verte...

-Porque no quieres, que tengo casa en Riffien... Me he “establecido” ... He puesto una cantina, pero no en una chabola, sino en una casa, digo, un palacio, con losetas, ventanas y todo... Que todos “pogresamos”.

Sande, un poco nervioso, y por disimular la emoción, se separo del grupo. Después se acercó, y abrazó a Zunueta y a las mujeres les dio la mano. Iba a embarcar, cuando llamo aparte a Maria. Reservadamente la dio algo, y rápidamente subió al barco, que al punto zarpo.

Aun con el brazo levantado, dándole el ultimo adiós, casi llorando, decía la cantinera:

-¡Que tío! Me ha dado un billete tan grande como para ponerle baño a mi palacio. Me ha dado mas duros en un momento que los que he ganado en mis buenos tiempos... ¡Que tío! ¡Eso es un hombre! ¡Tan hombre que, sin tener hijos, le vamos a tener que llamar padre!

Y emocionada le echaba besos al barco, parándose y volviéndose, mientras le decía a la compañera:

-Para que aprendas tu, “¡sieso manio”!, quien es “la Churra”. Fundadora, legionaria... Y para celebrarlo, os invito.

En el primer cafetín que encontraron al paso, se celebro el convite. Maria estaba ufana, triunfante, y solo se ensombreció cuando Zunueta le pregunto:

-¿Que sabes tu de lo de Piqueras?

-Lo que tu.

-Voy a subir a verle.

-Cuidado, mi alférez. No le des tan fuerte como la otra vez. Ese es de ley, y volverá.

-No te preocupes, solo subo por saber la verdad.

-¿La verdad? Nunca se sabrá; ni el mismo te la puede decir.

Pero Zunueta las dejo ante las copas; pasó el Revellin, la calle Real, y ya subía al Hacho.

La tarde corta de rubio enero era de tan perfecta visibilidad que le permitía ver al barco donde iba Sande, ya casi tocando en España, y las puertas del Hacho. Algo extraño, flotaba, se percibía en aquella tarde, que, como todas las de enero, mueren niñas.

Le bastó decir quien era para que le llevaran al calabozo. Ya dentro, el vigilante cerro por fuera, y se alejo.

Piqueras, al verle entrar, sorprendido, se aplasto contra un rincón. El nuevo alférez, de momento, con la semioscuridad no le distinguía. Luego, acomodada la visión, lo perfiló perfectamente; pero estaba muy extraño, como dibujado, contraído, los ojos desorbitados, y en una de sus manos, cogida por una pata, la única banqueta que habia en la habitación, la que servia de asiento.

-Como intentes algo, te chafo.

-No, Piqueras, no... No vengo como la otra vez a pegarte; vengo, he subido por saber la verdad, por si yo pudiera...

-¿Y a ti que te importa? Yo soy libre. Yo hago lo que me viene en gana.

-¿Tu sabes lo que has hecho? Una traición a la Legión.

-Yo, antes de ser Legionario, era... Bueno, ¿a ti que te importa?

-Me importa mucho, porque aun así, si yo pudiera, te...

Piqueras no le dejó acabar.

-Te importa mucho, porque has medrado. De nada que eras ya eres brigada, y desde la Representación ya te habrás preparado un nuevo ascenso. Nos conocemos. Y todo porque una bala... ¡fantasía moruna!

-¡Mira, Piqueras! -dijo Zunueta, cerrando los puños y yendo hacia el.

Entonces Piqueras, magnifico, tiro violentamente la banqueta contra la pared y, arrogante temerario, dijo:

-Ven... si no te tengo miedo. ¡Tísico! ¡Que estas tísico!

-¡Piqueras!

-¡Ni Piqueras ni... nada! ¡Tísico!... Y aprovechándote de eso, te has buscado una novia rica, para explotarla; la hermana de un Legionario, de un “señorito” que equivocado vino aquí, y que tu le tomabas el pelo... ¿No te acuerdas? ¡Tísico! ¡Tísico de cuerpo y alma!

Zunueta le miraba como si ante el tuviera un ser desconocido. Mientras Piqueras hablaba, el, serenamente, se callo, y se sentó tranquilamente en el camastro. Piqueras seguía:

-No te atreves porque soy mas valiente que tu. Porque yo puedo hacer lo que he hecho, y siempre lo haré: desafiar a la muerte desde donde sea y como sea. Desde la cárcel, desde la calle, desde la misma guerra, ahora mismo... ¡Yo oigo el llanto de todos los desgraciados del mundo! Desde una mora loca hasta... ¡Y luchare por ellos! Contra estos, los que vengan y lo que de ellos venga. ¡Tísico! ¡Cobarde!

Resollaba el Legionario, se ahogaba en sus mismas palabras, cuando Zunueta, mirándole fijamente le dijo:

-¡Piqueras! Aquí en el cinto llevo la pistola. Ahora mismo si quisiera te podría clavar. Me das asco. Porque a ti lo que te gusta es que te pegue, te hiera o te mate.

-¡Dispara de una vez! No me voy a asustar.

-Escucha, porque yo no te hago caso.

-Claro, tu, como siempre, a lo tuyo, al avio.

-Vine aquí, subí por saber la verdad. Te estimo, mejor dicho, te estimaba, te quería... Por si podía echarte una mano, vine... Veo que...

-Muy fino.

-Ya no me importa la verdad. Se que estas cumplido. Si te fusilan... -Zunueta levanto los hombros- mejor para ti, porque si te absuelven, allá tu donde vayas. Pero, ¡cuidado!, no intentes reengancharte, porque, por encima de todo, te mato. No me importa lo que hayas hecho: si eres un traidor o un loco, me da igual. Si eres culpable o inocente, me es lo mismo. Pero la Legión se ha acabado para ti. De todas, todas.

Cínicamente le miro Piqueras, diciéndole:

-Le estorbo a usía, ¿no? ¡Como se la verdad!: lo mangante y aprovechado que eres... Pero, ya ves, en esto coincidimos. Tengo mucho trabajo en España. Si de esta salgo, oirás hablar de mi, pero allá, defendiendo la libertad.

-Eso, allá tu. Si vuelves por aquí, si pisas África, te mato.

-Si vuelvo, Zunueta, “cabo de vela”, tu serás el que la diñarás...

Zunueta se levanto y, conteniéndose, le dijo:

-Si algún día nos encontramos, donde sea, te mato.

-Yo lo haré primero. Ya se que ahora no me matas, porque de hacerlo, de hacerlo aquí, habría papeles, proceso, un juez, y, ¡claro!... esto seria un obstáculo para "tu" carrera.

-Tu has muerto, ahora mismo. Yo te condeno a que mueras, donde sea y como sea, pero sin la gloria de la Legión. Mañana, cuando sea, cuando te vuelva a ver te matare como a un perro.

Y se levanto con mucha calma. Se ajusto el cinto, y se llevo la pistola muy atrás, a la espalda, al centro. Aun se volvió mirando a Piqueras, incitándole, como diciendo que le podía coger el arma. Luego le dio otra vez la espalda y dejo pasar unos momentos, esperando que el Legionario se echase sobre el. Al ver que nada ocurría, siempre de espaldas, se acerco a la puerta y por la rejilla grito:

-¡Vigilante!

Se oyeron unos pasos, y dijo:

-Vigilante, abre, que ya he acabado.

Salió, y al cerrar la puerta se volvió a mirar a Piqueras. Se habia tumbado en el camastro. Cuando le miro, sus ojos fueron dos relámpagos. Zunueta tuvo para el una mirada de cierta nobleza, como si fuera un cadáver.

Al salir del Hacho respiro muy fuerte. Pensó que Piqueras le hubiera podido matar, simplemente, y con su misma pistola, pero...

La tarde ya era noche. Ni siquiera se veía el mar, aunque abajo se oía bronco y violento. Pensó que Sande ya estaría en España, y que en su espíritu se llevaba esencia de la Legión y a Piqueras, allá arriba, encerrado, se le repudría.

Cuando entraba en Ceuta, como en un ensalmo, de pronto se le aparecieron las que dejo ante las copas. "La Churra" le dijo:

-¿Que ha pasado? -y le miraba de arriba abajo, como si esperara descubrirle una herida.

-Nada.

-Me alegro, porque así volverá.

-Esta vez te equivocas. Ese no volverá. Para la Legión ha muerto.

Y se quedo muy serio, con rabia, casi en jaque.

-¿Para que vamos a discutir? Invito otra vez.

-Vamos allá... para que te calmes y se te pase el... disgusto.

* * *

Mas de quinientos cañones vomitaban su fuego estruendoso, la aviación dejaba caer el suyo cuando el sol aun no había levantado el amanecer. Sol del amanecer de 18 de septiembre de 1925, festividad de la Virgen. Sol de Alhucemas.

En una gasolinera, el Dictador pasó revista, bajo el fuego; a las once; las vanguardias, en barcas, se acercaban a la playa de Ixdain, pero como el calado no era suficiente para desembarcar los carros, hubo un primer y ligero titubeo; pero la voz de la

Legión, un cornetín, el “Churrita”, toco ataque, y agua al cuello, nadando, los Legionarios tocaban tierras de Alhucemas.

La sexta y séptima Banderas, las mas jóvenes de la Legión, la ultima recientemente creada, fueron las elegidas para el desembarco. Cumplieron como las mas veteranas. En las primeras horas de la tarde, sus guiones, con las armas del duque de Alba y las de Valenzuela, el jefe amado, se rizaban al viento y le cantaban un mensaje de victoria. Los de la segunda y la cuarta, las águilas del emperador Carlos y el Cristo de Lepanto, desde los acantilados de Morro Viejo daban su canción de bravura, encendiendo el espíritu del avance.

Zunueta estuvo a su altura. Con su sección le tomo dos cañones al enemigo. No pudiendo reprimir su ímpetu, fue el primero en llegar a una de las piezas.

Draminski, Gil Correa, “el Pastor”... y los nuevos: Vivanco, Camacho, Dancona, Morgado, Ehlert, Kovacs... y miles de ellos, todos hicieron posible la empresa de aquel sol de Alhucemas. Si algunos de estos hombres se perdieron, en las alas del tiempo quedan para siempre los de Malmusi, Tixdir, Monte de las Palomas, ya como un surco de paz marroquí; y al fin Axdir.

Axdir, el nombre fatídico que eclipsaba el valor español postrado desde el 98. Axdir, cabeza y corazón de una rebeldía que, vencida, aseguraba otra vez la soberanía de España.

Si antes desacreditada por guerras civiles, bancarrotas, desordenes, malgobierno, extravíos, inmoralidad de los partidos, extravagancias o sublevaciones, con todas esas grandes bajadas y subidas de moral española, hasta con sus muertes y resurrecciones milagrosas a las que España nos tiene acostumbrados; ganado Axdir, la nacionalidad española estaba resurgida, su permanente valor de nación cobraba crédito... Axdir, y... ¡Sol de Alhucemas que aun hoy relumbra en el alma de España!

El enemigo atacó por Tetuán, pero un nombre, Kudía-Tahar, basto para pararlo. Allí estaba España y su Legión.

Y si es un episodio grandioso, heroico e inmortal, es solo un episodio. Uno mas. La Legión, el Tercio de Extranjeros, ha teñido sus banderas con tanta sangre invicta de sus Legionarios, que se hace consustancial con España; levadura de sus heroísmos, pan de sus batallas, laurel de sus victorias.

La Legión llevo a las ocho Banderas y un Escuadrón. Los nuevos guiones, el de la octava, las armas de Colon, y el Pendón de los Reyes Católicos, para su caballería, parecían anunciar al mundo que España, por su Legión, era ella misma. No valieron pactos ni componendas ni entendimientos en Versalles; España mando en África porque adelante llevaba sus fuerzas.

El 10 de agosto de 1926 se cumplía la profecía que dos años antes lanzara el general Primo de Rivera. El Ejercito, los españoles, podían ir y venir a Xauen sin disparar ni un solo tiro..

La paz ya era un fruto tan maduro que quemaba de dulce, como si en el estuviera concentrado todo el calvario de incomprensiones y vejámenes que hablan sufrido aquellos soldados por parte de sus propios gobiernos. Porque, en verdad, bastó que solo un hombre de buena voluntad entendiera las aspiraciones de aquel Ejercito de

Marruecos, a punto de perderse para siempre, para llegar al mas asombroso prodigio de paz y hermandad entre moros y españoles.

Bernárdez, como Zunueta, ya eran tenientes; “el Charte”, alférez; “el Pastor”, brigada; Draminski, después de subir y bajar, era -¡Por décima vez! -sargento...

¡La Legión seguía igual, con ritmo de eternidad, como siempre, como si nada hubiera pasado!

Cuando Zunueta, estaba de semana y escribiendo a Carmen, oyó aquellos golpecitos, dijo:

-Pasa...

-A sus ordenes, mi teniente; dos Legionarios se van a matar.

-¿ Que dices?

-Que dos Legionarios se van a matar.

-¿Quienes son?

-Negri y Rosado.

-¿ Que ha pasado?

El sargento le fue contando. En el cafetín, Negri pidió “matarratas”, y Rosado se le bebió la copa. Así tres veces. Se desafiaron, y, claramente, todos los que estaban allí oyeron:

-¡Vamos!, pero uno solo ha de volver.

Y añadió el sargento:

-Y según me han informado, los dos han desaparecido, buscándose las navajas... y las cosquillas.

El teniente recordó a los dos Legionarios, valentones, siempre con sonrisas; procedían de aquellos matones a sueldo de los antiguos partidos españoles. De los que en las elecciones rompían urnas. Y como las elecciones se acabaron, se vinieron a la Legión. Aparte algunas bravuconadas, que del viejo estilo les salían, no cumplían mal.

-Mira, que salga a buscarles una escuadra... Si lo pueden evitar, que lo eviten, pero sin tiros.

Saludo el sargento para salir, cuando le dijo el teniente:

-¡Ah!... y al toque de retreta, por supuesto, todos aquí.

-Todos... no podrá ser. Por lo menos uno faltará.

Al quedarse solo volvió Zunueta a la carta. Carmen, muerta la madre, vivía con su hermana Maruja, y ya el cariño era tan intimo, tan de los dos, que sin reparos se escribían sobre los detalles de la boda, ya prevista para el fin de la campaña, que no podía tardar.

Se pasaba la mano con el pelo, ya caneo en las sienas, releyendo lo que habia escrito para continuar, cuando de nuevo en la puerta hoyo:

-¿Da su permiso, mi teniente?

-Pasa, Evaristo, pasa... -dijo, revistiéndose de paciencia, y añadió:- ¿No te he dicho que no me molesten y tu lo debías impedir?

El asistente Evaristo, conocía perfectamente al asistido, se callaba, como sin hacerle caso, y algo molesto. Zunueta acabo mirándole con cierta sonrisa. Para el, Evaristo era un ser prodigioso: le recordaba su primera fase de la Legión cuando al

quererle sacar para este servicio contesto: “Yo no he venido a ser asistente, sino a tenerlo” .

-¿Que pasa ahora? -dijo, ganado por Evaristo.

-Un paisano que quiere verle.

-¿Un paisano? ¿.A mi? ¿Aquí? ¿Quien es? -pregunto Zunueta, todo hecho una interrogación.

-No se, no me ha dado el nombre. Yo creo... Parece... Viene muy desastrado, y ...

-Anda, quien sea dile que pase. Si tu te pones a explicarme ni acabo la carta ni veo a ese... quien sea.

Cuando el teniente vio entrar a aquel hombre se levanto y fue derecho a buscar su pistola. Ya iba a disparar, cuando el paisano le dijo:

-A eso he venido. A que me mates. A descansar. ¡De una vez!

Zunueta estaba indeciso. Era Piqueras. Parecia un fantasma. los ojos hundidos, delgado, pálido, desventrado, vestido de harapos, daba la sensación de un enfermo, de un muerto.

-¡Mátame ya! Solo por eso he venido. Cumple tu palabra. ¡Que gran favor me harías!

Zunueta dejo la pistola, diciéndole:

-¿Pero que te pasa? ¿Que te pasa ahora?

-Dos años fuera de la Legión, y mírame. Cuando busqué a los míos, a los anarquistas... ¡Todos se han pasado al poder! ¡Cochinos! Solo en una cosa puede intervenir, en lo del verdugo de Burgos, y todos me traicionaron... ¡A la cárcel! Cuando salí... Allá, en España, todo ha cambiado.

-¡Piqueras! Pensar que podías ser...

-O estar muerto Que a eso he venido: a que me mates.

-Así como estas... ¡no! ¿Por que no vuelves a la Legión?

-Ya lo he intentado, pero... ¡por mas que he hecho! Pasé la edad y ya ves como estoy. Ademas, el corazón... el medico me lo ha dicho.

Zunueta sintió un temblor de remordimiento, y Piqueras, inteligente, leyéndolo le dijo:

-No, si ha sido ayer. Antes no pudo ser. Hasta hace unos días estuve en la cárcel. Agotado todo, he venido a que me mates: ya se que ni me lo merezco... Pero vengo a morir aquí, porque, la verdad, yo sigo oyendo mas que nunca aquel llanto, el de la mora de Anual...

-¡Estas loco!

-No, no .lo estoy -dijo mostrando tímidamente su vieja rebeldía.

-Piqueras, que eso son fantasías, que la vida es mas clara.

-Yo te juro que es mi única verdad. Esa, y la de no creer en nada ni en nadie. Bueno... ahora que no puede ser en la Legión.

E inesperadamente se derrumbo sobre una silla y rompió a llorar.

-¡Piqueras! ¡Piqueras! ¡Pobre Piqueras!

Se acerco a él y dándole unas palmadas en la espalda, como a un niño, le dijo:

-Te quedaras, si no tienes donde ir, si quieres ...Agregado en la cocina, y...

-Como quieras, Zunueta, como quieras.

-Entonces, aquí te quedaras.
-Por poco tiempo... -dijo mirándole fijamente.
-El que quieras.
--Es que el corazón me falla mucho...

Bajo entonces la vista y, avergonzado, siguió:

-¿Y tu, qué tal estas?

-Bien, muy bien. Toda la campaña, desde que te fuiste, sin un vómito, sin una herida... Anda, vamos a la cocina.

Cuando Zunueta llegó a ella y dijo que aquel paisano quedaría agregado, los rancheros, negros de humo y siempre canturreando y comiendo algo, le miraron sorprendidos. Iba a contarles, a decirles algo más, cuando sonó la retreta. Le dio una palmada cariñosa a Piqueras, como dándole ánimos, y mirando a los otros les dijo:

-El os contará.

Salió disparado a ver en qué paraba lo de Negri y Rosado. Estaba formada la compañía cuando al verle llegar presuroso, saludándole, le dijo el sargento:

-A sus órdenes, mi teniente; falta Negri.

-¿Entonces...? Legionario Rosado, que se me presente.

Salió Rosado de la formación.

-¿Qué ha sido de Negri?

-Pues mire, mi teniente, como presume de malas pulgas, me bebí sus copas... -decía sonriente, un poco tambaleándose, pero firme.

-No te esfuerces; que te has bebido las tuyas y las otras, se nota. Llevas un tufo...

-Me las bebí sin faltar, y luego le dije aquello: "Uno se queda allá". Le llevé, ya oscurecido, hasta el cementerio y andando, andando, dándole vueltas a la tapia y más vueltas... y cuando ya me harté, plantándome delante de él, como ya iban a tocar retreta, le dije: "Como uno se tiene que quedar, te ha tocado a ti: tu te quedas ..."; y eche a correr... Y... allí se ha quedado, navaja en mano y con unas narices... Pero vendrá, si es que acierta a venir.

De la formación salieron algunas risas y estallo la carcajada cuando entre las sombras apareció Negri.

-Reiros, porque la cosa tiene salero y "mandanga" fina.. ¡Las cosas como son! Por eso no le he matado.

-Tu no pinchas ni aceitunas -dijo alguien desde la formación.

-¡Silencio! -ordenó Zunueta, riéndose por dentro. Solo la voz del sargento se oyó:

-Sin novedad, mi teniente.

Y Zunueta, pensando en Piqueras por dentro también, sintió que la había, y hasta oyó un llanto...

Pero no... Debía de ser alguna carcajada de cualquier Legionario que estaba en la formación. Una carcajada contenida, y que por contenida, había que perdonar.

XII

EL ARCA DEL APOCALIPSIS

Todos los hombres Legionarios. Son bravos; cada nación tiene fama de bravura; aquí es preciso demostrar que pueblo es el mas valiente.

La paz llegaba rápida y con altos vuelos. Solo un detalle bastaba para evidenciarlo: el alto comisario, a caballo, con solo de escolta el Escuadrón del Tercio, en varias etapas hizo el recorrido Tetuán Melilla sin registrarse ni un solo incidente. El síntoma era evidente, y aunque las etapas eran muy largas y la escolta muy segura, a su paso, con solo su nombre e historial, creaba la confianza y alejaba al enemigo, que sin cabecillas, aun se obstinaba en las cabilas de Beni-Ider y Beni-Lait.

El 3 de aquel noviembre, el del año de 1926, en uno de los combates resulto muerto el ultimo jefecillo rebelde, el Jeriro. Marruecos ya estaba dispuesto a celebrar sus nupcias de paz con España. El Ejercito, con nobleza y sin ninguna obstinación, le abrió los brazos a los que fueron enemigos. Las armas se entregaban, y tras la entrega y sumisión, España se disponía, abiertos los brazos, a su eficaz obra de protectorado, con esa característica, con ese matiz, muy suyo y propio, desbordándose a si misma, entregando todo su corazón: "siendo mas arabista que los árabes". Nunca los consideró vencidos, pero ya los tenia convencidos.

Aun en marzo del año siguiente, 1927, en Ketama y Senhaya se produjo un chispazo de rebelión que pronto se vino a apagar. Aquello bastó para demostrar la magnífica eficiencia y destreza de aquel Ejercito, con la Legión a la cabeza, siempre la primera, siempre igual y única.

Hacia junio, los huidos, obedeciendo mas que a las ordenes, a inspiraciones absurdas y fantásticas de Muley Hammed el Baccar, se refugiaron en el macizo de Yebel-Alam, que fue ocupado sin gran resistencia. Allí, poco después, el alto comisario y el gran visir visitaban el Santuario de Muley Abd-es-Salam, La Meca del Norte de África, con su romería policroma, los ofrecimientos y el agua clara que, como un canto del Islam se despeña desde lo alto de la montaña, envidiando las nubes, lagrimas que vuelan y pasan.

Fue, al fin, en Bab Taza donde el 29 de junio de 1927, las diversas columnas se confrontaron. La guerra estaba acabada y con una rapidez sorprendente. La paz era un hecho cierto.

Zunueta, con su Bandera, estaba en Xauen. En el cuarto de los pabellones, escribiendo a Carmen. A medida que acababa la campaña se sentía mas angustiada. Maruja, y al parecer, sobre todos, su cuñado Luis, se oponían cada vez con mas tesón a la boda. “Si viviera mi madre... Si no hubiera muerto mi hermano...” Eran casi sus únicas frases de lamentación. “Pero yo, aunque se empeñe quien se empeñe, sólo contigo me casare”.

El teniente se emocionaba escribiéndole. Ni siquiera se daba cuenta que Evaristo le estaba esperando pacientemente, como una estatua. Cuando Zunueta hizo una pausa en la escritura y miro por la ventana al sol que se escondía, aprovecho el momento para decirle:

-Mi teniente, “no tenemos tabaco, y deme usted dinero, que se nos acabo”.

Zunueta echo mano a su bolsillo y le dio unos duros.

-¡Cuidadito, eh!

-¡Pero es que se va a quejar de mi administración? A ver si ahora resulta que...

-No, eso no. Pero como se va a tocar silencio mas tarde...

-¿Es que se va a quejar de mi formalidad?

-No, hombre, no Pero, anda, déjame.

Al salir, muy cuadrado, sonriendo picadamente; le dijo:

-A sus ordenes, mi teniente... Y sepa que, como asistente, no debiera llamarme Evaristo, sino “perfecto”.

Siguió Zunueta con la carta hasta que le llamaron para cenar, con gran retraso al de los demás días.

-¿Que ha pasado hoy? -dijo al sentarse en la mesa.

-Que Martínez, el cocinero, nos ha dejado sin cena y ha habido que improvisarla. Desde luego nos ha castigado sin postre.

-¿Que ha hecho?

-Parece que ha desertado.

-Yo no lo creo. Esta misma mañana -decía el oficial encargado de la “republica”- me ha dicho: “Hoy les he hecho dos docenas de yemas acarameladas; quiero que festejen la paz; pero no las coman todas de una vez, guarden para la noche, así se alargara el placer y tendrán postre, porque otro no hay. No las coman todas; guarden”.

-Parece mentira, ¡tan buen chico!

Alguien contestó con una seña equivoca, no a su bondad, sino a su hombría.

-Pero, ¡vamos a ver! -dijo Zunueta-, si el se ha ido, alguna yema quedará.

-¡Que te crees tu eso! Martínez era muy previsor y se las ha llevado para el camino.

Cenaron, comentando el hecho entre sonrisas y recuerdos de otros casos diferentes.

-¿Os acordáis de “La caravana de la muerte”? Ni uno queda. Aquella gran calavera y sus siete caballeros paseándola en son de burla...

-Ya lo creo que me acuerdo. Y ¡bien que cumplieron! En Ayalia mataron a tres, en Beni Aros otros tres, y en Tazarut al ultimo. Ni uno para contarlo.

-¿Y de aquellos, “Los hijos de la noche”, con Ivan Ivanoff?

-¿Y lo de “la tragedia de la viña”, o “el que no bebe la diña”, cuando prohibimos el vino?

-¿Y lo del “coñac podrido”?

Entre el humo de los cigarros y los licores discurría la sobremesa. Cuando el comandante se retiró, los oficiales se fueron dispersando. Zunueta fue de los primeros en hacerlo; estaba cansado y al día siguiente entraba de semana.

Otros se quedaron plantando una partida, y algunos se retiraron llevando en sus manos alguna novela.

En el pasillo le dijo otro oficial:

-Zunueta, a ti te pasa algo.

-¿A mí?

-Sí, te encuentro preocupado.

-No; es que estoy un poco cansado.

-Pues que descanses. Hasta mañana.

-Adiós.

Entró en su habitación y para quitarse aquella preocupación que le advertían, aun puso en la carta de Carmen: “Ten confianza en mí. Yo lo arreglaré todo”. Se desnudó y luego se acostó.

A oscuras la habitación, a través del cristal de la ventana entreabierta, veía a las estrellas. Después oyó una voz lejana:

*“Mi madre me pega palos
porque quiero a un Legionario,
y al son de los palos digo:
Viva el Tercio y sus soldados”.*

Aquella voz era la de Piqueras. Mas cascada, rota y cansada que nunca; como un dolor le llegaba. Si el problema, la cuestión es “ser o no ser”, con que fatiga aquella voz era o, por lo menos, estaba en el aire mismo de la Legión.

Otra voz, esta desconocida para el teniente, canto la jota:

*“Tengo un hermano en el Tercio
y otro tengo en Regulares,
y el hermano mas pequeño
preso en Alcalá de Henares”.*

Y después, otra vez, la de Piqueras, mas dolorida que nunca, muy flamenca, con aire de corazón adentro:

*“Legionario se ha hecho el sol
y legionaria la luna,
y legionaria la rueda,
la rueda de mi fortuna”.*

Ya Zunueta no pudo oír mas. Se dormía al arrullo de aquellos cantares... Aun un llanto le hizo volverse en la cama. Era un llanto que venia muy de lejos; era somnoliento; nacía de los trémolos de la guitarra y a su impulso brillaban mas las estrellas. Oía también el golpear de la mano sobre la caja de la guitarra; a cuyo conjuro se removía el silencio, como si lo golpeasen...

Después se durmió. Todo era barrido por la nada.

* * *

-Sin novedad, mi teniente.

-Rompan filas.

Lo ordeno el sargento y los Legionarios fueron a buscar las aguadas, toallas al cuello. pechos al aire.

La mañana era clara y transparente, de ese primor marroquí que da la sensación de nacer lavada.

Ya volvía el teniente a su cuadro cuando le alcanzo el sargento.

-Mi teniente, no ha habido novedad, pero... a ese paisano que iba en la cocina, le han encontrado muerto.

-¡Atontado!... Ya podías haberme avisado.

Y corría hacia la cocina seguido del sargento.

-Si no me dieron cuenta. Si lo acaban de ver. Si creían que estaba dormido...

Los rancheros le dijeron lo mismo. Nadie se habia dado cuenta. La noche anterior comió muy a gusto, bebió bastante y canto como nunca.

-Si, si, ya le oí.

Draminski, que habia sido degradado una vez mas, ya simplemente de legionario, precisamente cuando Zunueta fue ascendido a teniente, dijo:

-*Il canto del cisne, que es un bel canto...*

¡Allí estaba Piqueras, rígido, pálido, de cera, los ojos entornados, como queriendo que por ellos le entrase todo el amanecer. Zunueta sentía toda su pena sin gloria.

-¿Tenia familia?

-No creo, y si la tenia ni la nombraba.

Se agacho el teniente sobre el cadáver. Estaba serenísimo, vestido con la ropilla de desecho que le daban los Legionarios. Hasta las manos, encallecidas de pelar patatas, negras de ácidos y humo, tomaban con la muerte la nobleza vetusta de un mármol viejo; de esos que de lejos parecen de nube y al tocarlos imponen por su frialdad y dureza. Zunueta le separo un mechón que ennegrecía su amplia frente. ¡Que solo estaba con su muerte y sin ningún amparo!

-¿No llevaba ningún documento?

-Ni uno solo; se ufanaba de ello. Decía que estaba muerto, y era morir lo que deseaba.

-¿Y que hacemos?..

-¡Toma! ¿Que vamos a hacer?... Enterrarlo, pero como se merece. Era muy Legionario.

Zunueta quedo sorprendido y se levanto al oír aquella voz tan decisiva. Era “la Churra”, con su *troupe*: “el Churra”, “el Churrita” y la Carmelilla.

-¿Tu lo sabias?

-Me lo figuraba.

-¿Y por que?

Maria cerró los ojos, diciendo:

-Vi un gato con ojos muy verdes, y la baraja anoche me daba muchas espadas... ¡Soñé que llovía sobre el mar!... ¡Piqueras, me dije, se ha muerto!... Y no se mas: al avío. Resuelta, dio ordenes y entre ella y los suyos le sacaron de la cocina, y al poco tiempo le tenían arreglado, hasta perfumado y con camisa nueva.

Zunueta no se resignaba que Piqueras fuese enterrado sin ningún recuerdo, y de pronto, algo se le debió de ocurrir, porque salió corriendo hacia arriba, hacia el hospital.

Todo fue como en un milagro. Cuando el capitán medico paso la revista exclamo asombrado:

-Pero este no era el herido, ni estaba hospitalizado, y esta muerto.

Y “el Pastor”, al pie de la cama, que era la suya, hospitalizado de “barrigosis”, solo dijo:

-Ni era Legionario... Lo fue, eso sí, y de los buenos. Como lucho por todo esto, mi capitán, sin su permiso, le he dejado la cama...

-Presto grandes servicios, mi capitán -añadió Zunueta.

El médico se callaba porque en aquel momento lo comprendía todo: Todo menos que aquellos hombres con fama de feroces, de valientes, de indomables, pero nobles, tuviesen aquel rasgo casi angélico.

Vino hasta el cura a bendecir los despojos; y tuvo su caja sus flores y las .lagrimas de aquellas mujeres.

Entre “el Churra”, “el Churrita”, “el Pastor” y Draminski lo llevaron al cementerio cercano y allí lo enterraron. Detrás iban Zunueta y muchos mas amigos de Piqueras. Maria, la “Huelvana” y Carmelilla cerraban la comitiva.

Era mediada la mañana cuando bajaban casi todos en grupo hacia Xauen. El teniente decía:

-Era muy valiente.

-Muy Legionario.

-Muy noble dijo Zunueta-. Sentía lo que sentía. A mi, si hubiese querido, me habría matado.

-Lo que pasaba es que...

-Que estaba loco.

-No. Lo que pasaba es que...

Y “la Churra”, rápida, añadió:

-Que el pobre siempre estaba “a la viceversa”.

-¡Eso! -dijo “el Pastor”.

Sin ningún otro acontecimiento fueron pasando los días, hasta que en uno de ellos, la “Churra” busco al teniente:

-¡Zunueta! ¡Zunueta!

-¿Que te pasa, Maria?

-Que sobre la sepultura de Piqueras siempre hay flores frescas.
-Yo no se las llevo.
-Ya lo se. Dicen que es una mora, tapada hasta arriba, y que está loca. Va con una morita de unos cinco años o así. Todos los días tiene flores y llanto.
¡Anual, Anual! ¡Que misterio el tuyo! ¡Solo unos ojos enemigos al contemplar tu horror; por amor, aun te estaban llorando!

* * *

Eran los últimos días de septiembre cuando se cumplían los seis años de la creación de la Legión, todas las Banderas y el Escuadrón recibieron la orden de concentrarse en Dar-Riffien. Ya la paz, hasta oficialmente -10 de julio de 1927-, había llegado.

A la Legión le iban a entregar su Bandera como trofeo de la campaña. Solo seis años tenía el Tercio y que larga y heroica su historia... ¡Como se enlazaba con la de los tiempos áureos! Cada hombre, cada escuadra, cada compañía, cada Bandera... la Legión misma tenía ya tanta gloria que tocaba con la de aquellos tiempos. Algo único y perfectamente español en lo que va de siglo.

Zunueta, al dejar Xauen, aun miro aquel monte en que quedo Piqueras, y una nube le coronaba, filtrando unos rayos de sol, aureolándole de una extraña púrpura.

Cuando llegaron a Dar-Riffien quedaron suspensos. Dar-Riffien, de campamento, se tomo en poblado, todo gracia y carácter. Un gran arco entre dos torres franqueaba la entrada. A su lado, como satélites, se edificaron otras casas buscando su simetría, imagen y semejanza.

Al día siguiente de la llegada los saludos entre los Legionarios hacían hervir el ambiente, sólo apagado por un colosal zafarrancho, y al otro día empezó la fiesta Legionaria. Fiesta de estrepitosa alegría, un poco caliente de vino y teñida de nostalgias.

La comida, con unos platos succulentos magníficamente especiados -"la Legión es una cosa muy opípara"-, subió de tono la alegría y el estruendo. Con el comer, el beber y la música, que de todo habia, el contento rayaba en lo desbordante.

Algunos bailaban, a otros les asomaban las lágrimas. Eran muchos los que gritaban:

*"Somos héroes incógnitos todos,
nadie aspire saber quien soy yo..."*

Y hasta saltaba a veces por encima del gran barullo que era Dar-Riffien.

Los fotógrafos ambulantes hacían su agosto. En algunos grupos el alcohol hacia estallar la gresca; pero la diversión, el propio aturdimiento la hacia olvidar. Algunos, no obstante, se les veía agrios, huraños, hoscos, seriotos, solitarios, como si la fiesta no fuera con ellos. Como si aquello, en definitiva, no fuese un homenaje a la sangre por ellos derramada en los campos de África que hizo posible la victoria.

Alguien sobre una mesa lanzaba inconexos discursos, borracho de su propia gloria. Salían nombres de operaciones, posiciones y convoyes que ellos mismos

desconocían, y quedaron muchos con la boca abierta al saber el número de ascensos, laureados, recompensados, muertos y heridos; bajas que pasaban de ocho mil, en menos de siete años de campaña. Y lo extraordinario es que aquello no les envanecía: ¡eso sí!, les cifraba su misma confianza. Uno, sobre una caja de municiones. recitaba:

*“¡Trágico es el canto de los Legionarios!
La Patria, soldados, os besa la frente,
nietos de una raza soberbia y potente
que al sol supo hacerle cautivo de España.
¡Gloria a esos heroicos y bravos guerreros,
espanto del moro, fieros mensajeros
de muerte y castigo! ¡Prez de esta campaña!
¡Lancen los clarines su grito de guerra!
¡Redoblen los parches! ¡Retumbe la tierra!...
¡Gritos de entusiasmo! ¡Vítore! ¡Canciones
¡Son nuestros hermanos! Los bravos leones
que en pos de la muerte luchan temerarios.
Español: destoca tu altiva cabeza,
que teñido en sangre, ¡con marcial fiereza.
va pasando el Tercio de los Legionarios!” (46)*

Era uno de los últimos Legionarios que habían llegado quien recitaba y lo hacía bastante bien. Tuvo un momento -¡ya era difícil!- en que captó casi toda la atención del campamento.

Cuando sonaban los últimos aplausos, Evaristo se acercó a la mesa de los jefes y oficiales.

-Mi teniente, este telegrama.

-¿Para mí?

-Sí, mi teniente; de Madrid viene.

Zunueta lo abrió rápidamente. Lacónicamente decía: “Ven lo antes posible. Carmen”.

En medio de la alegría, Zunueta fue una nube de tristeza. Bernárdez y el “Charte”, los dos tenientes como él, y a su lado estaban, casi al mismo tiempo le preguntaron:

-¿Que dice?

-¿Que pasa?

-La novia, que quiere que vaya cuanto antes.

-Yo pediría permiso.

-A casarte tocan, amigo; y lo debes hacer, y cuanto antes, mejor.

-Es que la familia de ella, ¿sabes?...

-Me lo figuro, todos se creen que somos fieras y...

-“Yo que tú” me iba ahora mismo.

⁴⁶ Pertenecen al poema: **Los Legionarios pasan**, de M.R- Blanco Belmonte.

No fue necesario que dijera nada. La noticia fue circulando por la mesa y cuando llegó al jefe le llamó inmediatamente.

-El permiso lo tienes concedido. Si quieres te puedes marchar ahora mismo.

-Es que la fiesta de mañana... La entrega de la Bandera...

-Eso como tu quieras...

Dudó el teniente, y presagiando que algo grave le debía de ocurrir a su novia contestó:

-Gracias, mi Comandante. Me voy ahora mismo. Debe de ser algo...

Saludaba ya para marcharse, cuando el comandante le dijo cordialmente:

-Zunueta, te puedes poner las estrellas de capitán. Mañana te las íbamos a dar. Así es que, enhorabuena. Doble enhorabuena por el ascenso, y, si vale..., por la boda.

Cuando llegó al pabellón de oficiales, Evaristo ya lo tenía todo preparado. La maleta lista y el capote al brazo.

-Mi teniente, si pillamos una camioneta aun coge el barco.

-Te equivocas, Evaristo.

-Yo no me equivoco nunca. Mire la hora -y le enseñaba el reloj.

-Si no lo digo por eso... Lo digo por el: "Mi teniente"... Debes decir: "Mi capitán".

Ante la sonrisa del nuevo capitán, Evaristo le miró entre contento y halagado.

Cargo con la maleta al hombro y salieron, campamento abajo, hacia la carretera. Al pasar junto a los grupos de Legionarios le saludaban, y muchos eran los que gritaban:

-¡Viva el teniente Zunueta!

Y Evaristo, ufano, sacando la cabeza por debajo de la maleta y levantando el brazo, decía:

-No equivocarse: ¡Capitán, muchachos! ¡Capitán!

Al llegar a la carretera les alcanzó "la Churra".

-Chico, Zunueta, ya me he enterado. Enhorabuena.

-Gracias, María -y casi la abrazó.

-Te lo mereces todo.

-Ahora, ¿sabes?, Voy a casarme.

María lo miró de arriba abajo, como si quisiera decirle algo; pero cambió de actitud sólo para sonreírle.

A un camión que bajaba le hizo señas Evaristo. Iba a Ceuta. Subieron el capitán y su asistente. Al despedirse de María le dio algo y aun por encima del ruido del arranque, se pudo oír la voz de "la Churra", que besando el billete, decía:

-¡Viva el Banco de España!

Ya en la carretera se volvió a mirar a Dar-Riffien, adornado hasta en el cielo con el sol y la luna. Blanco entre sus verdes, sus pabellones eran un bando de gaviotas de aquel mar de un azul fundido con el del cielo.

Por encima del rumor del coche aun se oía:

*"Mi divisa no conoce el miedo,
mi destino es tan solo sufrir..."*

Era el cántico de los Legionarios en aquella tarde unguada de nubes altas, risueñas de luz.

* * *

El tren llegó puntual a Madrid y Zunueta desesperado. Tan pronto estuvo en la habitación del hotel, cogió el teléfono e impacientemente llamó.

-Dígame; sí, sí... aquí es. ¿De parte de quien?

-Del capitán Zunueta.

-Ahora mismo.

Anhelante esperaba, cuando de pronto oyó la voz de Carmen.

-¡Juan! ¡Juan!

-¡Carmen! Ya estoy aquí. ¿Que pasa?

-Nada; lo de siempre. Que como no te han matado en la campaña, ahora no quieren que me case contigo. Pero yo estoy dispuesta a todo.

Zunueta tuvo un encogimiento desagradable. Así no quería el. Era cuestión de forma. No le gustaba aquello.

-Tu, ¿que dices? ¿Que te parece? -preguntaba inquieta Carmen.

-Lo que tu quieras, chiquilla. Lo que tu quieras.

-Ahora mismo no me voy contigo porque es muy tarde, pero mañana...

-¿Dónde nos vemos?

-Ven aquí; delante de casa.

Y luego unas palabras de despedida:

-A las diez.

-Descuida, a las diez en punto estaré sin falta.

Cuando colgó el aparato llamó a otro número.

-¿Banderín de Enganche de la Legión?

-Aquí es; dígame...

-Soy el capitán Zunueta. Estoy aquí, en Madrid, por si llegara algo para mí.

Le dio la dirección, y agobiado por esa calma aburrida que se respira en los hoteles de segundo orden, rendido por el viaje, cayó de sueño en la cama. Ni el disgusto ante la desagradable situación, por la violencia de las palabras de Carmen, le detuvieron aquel cerrar de ojos que el cansancio le sumió.

Era aun muy de mañana cuando golpearon a su puerta. Se despertó sobresaltado, extrañándolo todo.

-¡Señor! ¡Señor!... pregunta por usted una señora.

-Voy, voy...-dijo, incorporándose.

Se tiro de la cama, preguntándose: ¿una señora? ¿A él? Sería Carmen... Pero, no... Si daba la sensación de una chiquilla... ¿Una señora? ¿A él?

En tanto, se vistió muy de prisa; apenas si se lavo, y salió corriendo.

Cuando vio a Maruja, la hermana mayor de Carmen, quedó sorprendido:

-¡Maruja! ¡Usted? ¿Que quiere de mí?

-Nada, nada...; no se asuste, que no es nada. No es que...

-Usted dirá. A todo esto, no le he preguntado que tal siguen ustedes. Anoche hable con Carmen, y...

Maruja hizo un gesto, como si aquello no le importase.

-Si, si... Ya lo se. A eso vengo precisamente, a hablar de Carmen. Es una chiquilla sin conocimiento, no sabe lo que se dice, y yo confío en usted.

-Puede usted confiar, Maruja.

-No se, Zunueta, no se.

-Le digo a usted que si.

-Ya que me da esa confianza, le diré...

-Lo se. Me lo ha dicho Carmen: que se oponen ustedes a que nos casemos, especialmente su marido y usted.

Maruja, resueltamente, le miró con una sonrisa maligna, fría, y al mismo tiempo llena de esperanza.

-No, no es eso. Yo se que tu... ¿Me permites que te llame de tu?

Zunueta, impaciente, nervioso, levanto los hombros.

-Pues bien; se que tu eres un buen chico, un hombre de los que... Vaya, Zunueta, tu, cuando quieras, puedes hacer una buena boda o... Pero mi hermana no te conviene.

-No entiendo por que...

-Carmen es una chiquilla mimada. ¡Si lo sabré yo! Esto de vosotros es sólo un capricho de ella, del que casada se arrepentiría. Además, tiene muy buenos pretendientes, unos grandes partidos. Tu, le estropearías su porvenir.

-¿Yo...? Mire usted, Maruja: yo solo se que la quiero Y que me quiere.

-Quizás sea posible, de momento... Y a la larga puede que tenga razón. Yo me case con un buen partido, y ya ve: no soy feliz, a pesar de mi posición.

Zunueta la miraba fijamente, casi con rabia. Maruja hábilmente cambió el tema.

-Ay, Zunueta, no me mires así, que casi comprendo lo de Carmen.

-No la entiendo, Maruja; por mas esfuerzos que hago, no la entiendo.

-¡Pues es bien fácil!

-Dígamelo con toda claridad. Yo no me asusto de nada.

-Eso ya lo se.

-Pues... al grano.

-Zunueta, lo que nosotros queremos es que no cometas con ella ninguna barbaridad. ¡Por la memoria de mi hermano te lo pido! ¡Que rompas con ella! ¡Que acabes de una vez con Carmen!

-Lo primero, desde luego, siempre que...

-Piensa en su porvenir. Contigo casada, ¿que?

-Pero... ¿y yo?

-Tu, tu eres un teniente joven y... ¡qué digo teniente! Capitán. ¡Enhorabuena!

-Si, claro; mientras estaba allí ganando la guerra, mientras me podían matar, que creciera mi cariño y mi ilusión por Carmen; pero ahora, cuando quedo, ahora: soy una especie de monstruo superviviente.

-No digas eso... ¿Pero qué porvenir va a ser el de mi hermana?

-El de la mujer de un capitán, el de...

-Todos los Legionarios estáis locos. Además, ese niño que fuiste a ver a Barcelona... ¡Tú debes de tener una historia!

-La que tenga, que nada tiene de particular.

-Para ti no; para nosotros si.

Zunueta sintió la frase como un trallazo sobre la cara. Se ahogaba, un interno furor le subía hasta el pecho. Desde aquel momento ya no oyó a Maruja, solo la miraba. Su orgullo, su humilde orgullo de cornetilla, de cabo, de capitán de la Legión, se le revolvía. Al fin, cansado, crispando el puño y dejándolo caer sobre el brazo del sillón en que estaba sentado, dijo:

-No se canse, no la escucho, no la entiendo.

-¿Pero me prometes que la dejaras?

-No.

-Ten en cuenta que tu aun no estás del todo curado...

-¡Eso también! A mi no me pasa nada...

Maruja se levanto y fue hacia la puerta; Zunueta la acompañó.

-¿Pero verdad que no haréis ninguna barbaridad?

-Yo soy un caballero.

Dudo Maruja y sonriéndole alegremente, como si nada hubiera pasado, casi insinuante, le dijo:

-No le dirás a nadie esto; que nos hemos visto y hemos hablado de esto. A mi marido, a Luis, le sentaría muy mal; un disgusto para toda la vida. Ni tampoco a Carmen, nos separaría para siempre, y tu nada conseguirías. ¿Palabra de caballero?

-Palabra.

-Eres un hombre, Zunueta. No pude dormir al saber que habías llegado. Cuando llamaste a casa... Por eso me he adelantado a Carmen. Si no llamo al Banderín, no averiguo donde paras.

Zunueta estaba serio, frío, y hasta alguna vez la miro con desprecio. Por fin se despidió. Ella le apretó la mano con mucha vehemencia, casi con frenesí.

Corrió entonces el capitán a la habitación. Llamó a Carmen. No estaba en casa. Miro el reloj, eran las once y pico. Salió rápido a buscarla. Tampoco estaba. Allí espero hora tras hora por si venía. Los pensamientos, cada vez mas amargos, le fueron rondando, hasta que al fin, como dardos, se le clavaron en el alma. Carmen debía estar en su casa; posiblemente le estaría mirando tras los visillos. Aquello, con mucha delicadeza y finura, le iba pareciendo una encerrona, entre las dos hermanas. Previamente se habían puesto de acuerdo. Pero no podía ser: Carmen le quería, el lo sabia muy bien. Lo demás no importaba.

Salió para el hotel, y aun antes de comer la volvió a llamar. Carmen, ¡por fin!, al teléfono.

-¡Carmen!. ¡Carmen!. ¿Eres tu?

-Claro, la misma. ¿Por que no has venido?

-Si he estado ahí.

-¿Aquí?

-Te he esperado mas de media hora larga.

-Es que... me llamaron del Banderín.

-No digas mentiras, ahí he llamado yo, y no te han llamado para nada.

-Es que...

-No me mientas -y Carmen lloraba.

-¡Carmen! ¡Carmen! Ya te contare, ya te explicare... En cuanto coma voy a buscarte; ahí, frente a tu casa. También me han dicho que tu no estabas en casa, y debias de estar...

-Hasta la tarde, Juan. Yo también te contaré...

* * *

El amor, espejo del corazón, se gana con un suspiro y se pierde por un reproche. Con él se llora siempre, por dentro o por fuera. Porque el dolor, que no es el amor, es lo único que redime, y el amor siempre es sacrificio.

La cita de Carmen y Juan fue esta vez puntual y segura; pero de tanto quererse se les enturbiaron un poco las almas.

-Si yo creí que ya no me querías; estuve toda la mañana llorando en casa. Yo estoy dispuesta a todo...¿Y tu, dónde estuviste?

Iba a decir que durmiendo en el hotel, que fue a ver a un antiguo legionario, que...

La voz. de Carmen seguía martilleando:

-¿Dónde estuviste?, ¿Dónde estuviste?

-No te lo puedo decir.

Carmen se soltó de su brazo y lo miro asombrada. Como rompiéndose, le dijo:

-¿Ahora resulta que vas a tener secretos para mi?... Mira. Juan, ya te lo he dicho, yo estoy dispuesta a todo y te lo repito; pero necesito tener confianza en ti. Yo fui, esta es la Verdad, la que casi te conquiste, la que... De ti no se nada. Solo tenia la ciega confianza de saber que me querías. Ahora, cuando mas la necesito, resulta que tu... ¿Dónde estuviste?

Ya, desde entonces, no fue posible entenderse, y cansados de andar por las calles de Madrid, se despidieron con estas palabras:

-Hasta que no me lo digas no quiero saber nada de ti.

Zunueta calló, y cuando dejo a Carmen creyó que la dejó llorando; pero el llanto era suyo. Desde muy adentro, silencioso, le manaba.

Fue inútil llamarla y esperarla. Nunca estaba, jamás la encontró. Desesperado, sintiéndose ofendido en su orgullo, no sabia que solución darle a aquel angustioso problema que poco a poco le iba cercando el alma.

Al fin creyó encontrar la solución, y, sin pensarlo mas, una noche tomó el tren, y a la mañana siguiente, al llegar al locutorio de un convento, preguntó:

-¿El padre Fernando?

-Aquí, señor, no hay ningún padre Fernando.

-Yo busco a un padre que estuvo en la Legión. Se llama Fernando de Sande.

-¡Ah, si! El hermano Francisco. ¿De quien...? ¿A quien le anuncio?

--Al capitán Juan Zunueta, de la Legión.

Se perdió el frailecico por un corredor y a los pocos momentos volvió, diciendo:

-Pase el señor por aquí.

Entro en una sala amplia. El sol la doraba de un grave amarillo. Sillones de madera y bancos. En la pared, sobre un terciopelo negro y bajo dosel, un crucifijo.

-¡Zunueta! ¡Que alegría!... Ya capitán.

Pero el capitán estaba turbado. No sabia si arrodillarse, si besarle las manos, si el habito...

-A mis brazos, hombre, a mis brazos. ¿Y que tal por allá? ¿Que haces tu por aquí?.. ahora que se celebra el fin de la campaña...

-Todos muy bien. Bernárdez, ya capitán; “el Charte”, teniente; “el Pastor”, sargento; Draminski, legionario; Piqueras...

Sentados ya, Zunueta le fue contando las historias de los amigos, cuando de pronto le dijo:

-Yo también vengo a contarte la mía, mi triste historia.

Se asusto al principio el hermano Francisco, pero luego cuando vio que se trataba de un simple problema sentimental, que Zunueta, por buen legionario, habia llevado al campo del orgullo y el honor; pacientemente le dejo contar, y cuando acabo, hablo el:

-Sólo hay que esperar. Si ella te quiere, cederá; y entonces se lo debes contar todo, aun por encima de tu palabra de caballero... Si ella no cede, es que no te quiere, y en la Legión te curaras, que eso es la Legión: un bálsamo para curar los males; una huida del fracaso y del dolor; el olvido de sentimientos rotos, destrozados; de ideales quebrantados. Por eso la muerte...

Zunueta quedo confortado, pero le dolía su situación. Por lo menos ya sabia que camino tomar: volver. Y era curioso que el, jamás habia creído en aquellos “románticos” -como les llamaba- ahora los comprendía y se veía uno mas. Como si de nuevo algo le empujara a volver allá, como de simple legionario, olvidadas sus estrellas de capitán, pero -¡que triste!- sin opción a morir. La guerra habia terminado.

-¿Y que te ha parecido España?

-Bien, muy bien. Todo esta muy tranquilo.

-En la superficie, si. ¡Por dentro! Lo mismo que esa familia te rechaza y la novia esta por ti... no se... me faltan palabras. Los espíritus no se han conmovido con la obra que se ha hecho con España.

-Si, yo también lo noto; quizá nosotros, al pasar por la Legión, nos hemos dejado muchas cosas de la vida: ambiciones, rencores... ¡que se yo!

-Esto es: nos hemos purificado, mientras que el mundo ha seguido andando. Es una extraña paradoja que tampoco yo la se explicar y, sin embargo, la siento. Los que luchamos nos hicimos mejores; sin embargo, los que quedaron... no se. ¡No lo sé explicar!

El hermano alargó su vista por la ventana, buscando una incógnita que brotaba de la tierra castellana y acabo ensimismado, diciendo:

-Alguna vez tendrá que venir la Legión.

Aun hablaron mas de sus recuerdos, de Bernárdez, de González Cueto, de...

-La vida, la picara vida... Siempre veremos correr a los hombres así, unos tras una ambición; siempre, también, a otros lentos porque les acosa el remordimiento; siempre a algunos pausados y firmes, tienen voluntad y saben lo que van a conseguir, su propósito... Desgraciadamente, la vida nos puede a casi todos.

-Yo sabré esperar... -dijo Zunueta con mucha amargura.

-Y la ganarás y, si no, la perderás siempre, aunque la consiguieras. Tu espera y ganarás.

Pasaron juntos el día, y en la estación, esperando el tren, aun le dijo el hermano:

-¡Cómo recuerdo aquellos tiempos! Muchas veces, del Credo de Dios, en los rezos me paso al de la Legión con aquello de: "aquí es preciso demostrar que pueblo es el más valiente". Como si España fuera un palenque de la guerra y el honor.

Al llegar el tren se despidieron, y le dijo:

-Tu, Zunueta, espera. Ella, si te quiere, volverá. Si tu le haces volver, tirando por el suelo tu palabra, siempre te dominará. ¡Espera!

Pero Zunueta aun llamo a Carmen y consiguio volverla a ver.

-Es mi despedida. Me voy. Prefiero vivir con los legionarios, tienen mas corazón. Yo te quiero tanto que...

-¿Dónde estuviste la otra mañana?

-He prometido no decirlo.

-Yo estaba dispuesta a todo, a marcharme contigo, a Marruecos... Pero si no me lo dices... ¡Esto se acabó!.

-Si te lo dijera...

-Pues dímelo.

Zunueta se calló

-Adiós -le dijo ella-, para siempre.

El capitán rogó, hasta imploro al dejarla a la puerta de su casa.

-Es inútil.

Y entonces Zunueta se alejo, y a aquella distancia le fue poniendo vino, mujeres: lo que llaman alegría. Así llego a Ceuta. Pero todo era inútil. Carmen seguía dentro de él, en su corazón.

* * *

-¿Quieres café?

-No.

-¿Quieres coñac?

-No.

-¿Quieres un cigarro?

-¡No!

-¿Te has casado?

-¡No!

-¿Sigues con la novia?

-¡No!

-Vaya por Dios, Zunueta; yo te veía muy revuelto, y el matrimonio ata tanto...

Era Benárdez el que hablaba. Estaba en la Sala de Banderas de Dar-Riffien. Al momento entro "el Charte". Venia de montar el servicio de noche.

-A tus ordenes, mi capitán. ¿Que tal por Madrid?

-Bien.

-Lo dices de una manera...

-No lo voy a decir en verso.

Se miraron Bernárdez y “el Charte”. Con solo la mirada se entendieron, y callaron; como si Zunueta no existiera.

-¿Hay alguna novedad?

-Ninguna... Bueno, que ha vuelto el capitán Zunueta, pero como si no... No quiere nada con los amigos.

El capitán los miro torvo, pero al fin sonrió.

-Cuando uno hace el ridículo a nadie le importa.

-¿Pero que te ha pasado?

-Ya he dicho que a nadie le importa.

Violento, se levanto y sin saber como se encontró en mitad de la noche. “El Charte” y Bernárdez, desde una ventana, le miraban sorprendidos. Le hicieron unas muecas y Zunueta no hizo ningún caso y siguió sin saber donde.

Oyó entonces una copla muy por lo bajo, como si volara a ras de tierra, por el suelo y con las alas rotas. Parecia que la acompañaba un llanto:

*“Déjale que se te vaya,
y si quiere, que no vuelva;
tu tienes para elegir
en otras ocho Banderas”.. (47)*

⁴⁷ Sobre tantos personajes de esta novela, cuando se publicó en 1955, el autor recibió distintas cartas. Vayan estas de muestra: “Madrid, 6 de enero de 1975. Sr. D. Antonio Maciá Serrano. Muy Sr. mío: He leído su obra “la Legión Desnuda” y me gusto. Encarna bien sus personajes, logrando de su combinado psicológico (sic) dar al cóctel de La Legión su verdadero sabor agridulce. Al describir el carácter del legionario del veintiuno contando sus chistosas anécdotas, me sorprende ver suplantada a la personalidad legionaria del que fue mi marido. Me enorgullece ver una vez más en su obra la personalidad legionaria de mi marido, pero m duele la omisión de su nombre. ¿Por qué, señor Maciá? Queda de Vd. att. Q.e.s.m. María del Carmen Riobóo de Gimeno, Luchana,31, 7º, Madrid.

“Zaragoza, 6 de junio de 1955. Sr. D. Antonio Maciá Serrano. Madrid. Comandante Maciá: pasando mi vista por “El Español”, como todas las semanas, encuentro la interview que le hicieron a raíz de la publicación de su obra sobre el Tercio. Al leerla pensé mucho en mi vieja Legión y en nuestra contienda civil de 1936-1939. Comprendí el gran cariño de Vd. hacia aquella, y a la par, la realidad de que usted perteneció a la brava guarnición de Estrecho Quinto y Monte Aragón, sitiados por mi 2ª columna de milicias del frente aragonés en octubre del 36. A mi regreso del éxodo a través de toda Europa, apoyado por mi viejo jefe de la 3ª Bandera del Tercio, general García Escámez (d.e.p.), publiqué un par de artículos de mi obra inédita “Diario íntimo de un jefe de división republicana”. Como conservo un ejemplar de los artículos, tengo mucho gusto en enviárselos esperando le interesarán. He sufrido mucho, como consecuencia ilógica del mando de la columna trotskista que el Gobierno me designó en España y en Francia, perseguido inicuaamente por el P.C. He luchado como un titán para rehacerme y, a la postre, una tragicomedia (sic) familiar, secuela de la guerra, todavía me hundió nuevamente. Estoy trabajando en ésta de profesor de comercio e idiomas; modestamente y con la perspectiva en ciernes del verano. Espero me perdonará la libertad que me tomo al escribirle y saludándole atentamente, es de Vd. atte. y s.s. Francisco Piquer. D/ Calle Don Pedro el Católico (Casa del Sr. Herrera), 5-1ª. Zaragoza.”

El capitán siguió andando, buscando el hilo de aquella voz. Era de “la Vicenta”, cegata, el pelo blanco; siete años pasaron sobre ella que eran siete siglos. Con su labia y sabiduría honda aconsejaba a una mora que a sus pies lloraba.

Al presentir a alguien en la puerta, pregunto, levantando los brazos como si fuera a abrazar a algún espectro:

-¿Quién va? ¿Quién es?

-Soy yo, Zunueta...

-¡Ah, Zunueta! ¡El capitán Zunueta!

Por mas que abro los ojos para verte, no puedo... Y no es que este ciega: es que eres tan grande que no me cabes en ellos.

Sonrió Zunueta al piropo y, rápido, preguntó.

-¿Y tu que haces a estas horas y cantando? Porque aquí no hay juerga.

-Ya lo ves, por lo flamenco aconsejaba a esta. Se le ha ido... y llora.

La mora, inmutable, seguía en su llanto. La miro Zunueta y pensó que era mejor... quizá, mas hembra que otras mujeres. Por lo menos lloraba...

-¿Y tu, Vicenta, que tal vas?

-Yo muy bien. Con todo lo que he vivido soy feliz. La vida es conformidad; yo podía ser, tu lo sabes, lo que otras que se fueron o aquí están... Pero estoy aquí, y si llevo camisa de la Legión es porque me la dan los legionarios.

-¿Quieres algo de mi?

-Que seas tan feliz como yo.

Se acercó a ella, le tocó en la frente, y las manos de “la Vicenta” aletearon como tórtolas buscando la de Zunueta para besársela.

El capitán dejó caer un billete. Al tocarlo, dijo “la Vicenta”:

-¡Ay, que poquitos vamos quedando!

La mora seguía llorando.

Salió Zunueta y entonces se dio cuenta de aquél barrio, de casas levantadas a la sombra de lo que antes fue campamento. Hasta formaban calle. Tenían sus puertas entreabiertas. De ellas salía una luz mortecina y rumor de voces, jaleo y alguna copla:

-Que “haiga” modos...

Oyó Zunueta, y ya no dudo. Se encontraba delante de la casa de “la Churra”. Cuando se perfiló bajo el dintel, Maria, levantándose, abrazándole, le dijo:

-¡Vaya! Ya era hora de que entraras en mi casa... ¡Ya era hora! ¿Que te parece el palacio?

Era un porche blanco con losetas rojas. En las paredes, colgadas, algunas estampas chillonas. En una mesita baja, de pino y sin pintar habia botellas y vasos con coñac y licores. La Carmelilla, “el Churra”, “Churrita”, Draminski y alguno mas estaban a su alrededor. Todos firmes, le saludaron:

-¡A sus ordenes, mi capitán!

-Seguid, seguid, muchachos.

Zunueta presentía que allí iba a recibir un gran consuelo de su tragedia absurda -sí que lo era!-, pero de tan viva quemaba. El era en aquellos momentos mas desgraciado

que todos. Todo parecía haber dejado de ser suyo: desde la novia hasta sus estrellas de capitán; las dos cosas que mas quería..., para ser el solo de la Legión.

De muy buena gana se hubiera echado a llorar en brazos de “la Churra”, pero ella ya le ofrecía una copa de coñac, diciendo:

-Anda, esto espanta las penas.

Zunueta se la bebió de un trago y luego se sentó entre ellos como uno mas.

-Este es Zunueta, el de siempre, el mismo. Grande como el solo.

-Sí, pero

-Todo llegara.

-A la vida hay que saber darle lo que nos niega. Yo no tengo madre: pues tengo dos. No tengo familia: ¿y esta?

Y señalaba a los suyos, mirándolos con sus ojos gachones, negros, profundos. De esos que no se entornan ni ante el sol.

-Y ya ves tu, Draminski... Tu podrías ser lo que el, o por lo menos, teniente.

-¡Oh, no! Equivocarte, “Churra”. Yo ser ascendido tantas veces, pero al revés, que ser por lo menos podría general; pero quedarme solo en legionario. Siempre ser; si matarme, todos haber dicho: ¡lastima de carrera!

-El que no se conforma es porque no quiere.

-Y de legionario, ¿que?

-¡Pobre Draminski!, pero solo Draminski. ¡Sólo! Sin nombrar la carrera. Con toda su gloria: Draminski.

Bebió sonriendo y con cinismo suyo, propio, de cuño. ¡Viva Draminski en su propia salsa! grito “la Churra” levantando una copa, y todos bebieron.

-Siempre ser así joven. ¡Ser paidocratico!

Todos sonrieron ante la palabreja, y volvieron a beber.

-Oye, tu, ¿que es eso?

-Eso es ser joven. Siempre joven, que así va el mundo.

-Cada vez estamos mas viejos.

-Claro, físicamente, si; pero en gustos... ¿Que leer ahora? Novelas, cuentos grandes, de niños. ¿A que jugar? Todo es deporte... ¿E que son los deportes?: juegos infantiles agrandados para mayores: hacer carreras, jugar a pelota, jugar con los puños... ¿E de las maquinas?, ser juguetes grandes, peligrosos..

Maria, plantada, oficiando con los vasos y las botellas, bruja primera de aquel aquelarre legionario, miraba a Draminski, cínico, borracho, valiente, monigote de la vida y que de la vida sabia burlarse... Con la mirada de “la Churra”, solo con la mirada, Zunueta parecia estar aprendiendo toda una lección.

Draminski, en tanto, insinuante, con una mirada para “Churrita” y otra para “la Carmela”, seguía:

-Y las mujeres, siempre las primeras en darse cuenta, han comprendido lo que deben hacer y ya en todo se parecen a los jóvenes... Antiguamente. el ideal era ser una matrona; ahora... ser un muchacho.

-Draminski, que “haiga” modos. No seas “sicalitico” ni “verderón”...

-¡Bah! Vosotros, los españoles, siempre tomar las cosas

-Mas vale tomarlas así que por ...

-¡Oh!... ¡En todo ser igual! Pueblo viejo, joroba de siglos. Yo nunca aprender mejor idiomas extranjeros que en España, y por gentes que no saberlos. Ingenio, picardía, picaresca... A esta calle llamarla "Love Street"; querer decir: "Calle del amor", pero vosotros decir: "Calle de las lobas". E tener razón: amor y loba ser lo mismo.

Todos bebían y escuchaban la charla de Draminski. Hasta "la Carmelilla", un poco cerrada y siempre mustia de llanto. Hasta el mismo Zunueta, a pesar de su disgusto, ¡que bien lo entendía todo! ¡Sobre todo aquello de "love": loba y amor!

Cuando reían, Zunueta, ya lejos de sus recuerdos, apareció Evaristo diciendo:

-A sus ordenes, mi capitán. Esta carta urgente. La acaban de traer de Ceuta.

El capitán la tomó. Su mano temblaba. Solo leyó el sobre y vio que era de Carmen. Saco el mechero, lo encendió y le prendió fuego. Solo dijo:

-La que quiera saber de mi, que venga.

-Así, así... ¡que lejos se llega! y tu llegaras.

Y Maria, oficiando como una sacerdotisa, cogió un polvo de aquellas cenizas y aventándolo, añadió como en un ensalmo en el que enseñaba las cicatrices que tenía muy adentro:

-Todo se quema en la vida menos el recuerdo; y ya veis: lo quemas y... llama.

Graciosamente soplo las cenizas que quedaban entre sus dedos y luego sirvió mas vino.

Siguieron charlando y bebiendo. Cuando Zunueta salió hacia el campamento el cielo le pesaba. Se tambaleaba, pero había aprendido muchas cosas. Cuando llegó a la puerta, el centinela le dio el alto, y solo dijo:

-Un legionario.

-A sus ordenes, mi capitán -dijo al reconocerlo.

Al pasar el arco de Dar-Riffien, el cielo le pareció mas ligero y armonioso. La noche tenía alas.

Por dentro, revuelto de coñac y de lo que había hablado, se sentía ahora mas desgraciado, mas roto, mas fracasado que nunca... Oía el llanto de Piqueras, las mentiras de Tarok, los latines de Sande, el niño de Cifuentes, la sangre valiente de Solano... Todo lo comprendía: deshacer el mundo para hacer otro... Si, eso... lo que se sentía era mas legionario que nunca, como si acabara de ingresar en la Legión. Como si volviera a empezar. La Legión, siempre La Legión, la misma... Allí estaba, completa, real, desnuda, y toda dentro de él.

Sus pasos, por instinto, no le llevaron al pabellón de los oficiales, sino al de los legionarios. Cuando el imaginaria -que bonita palabra cuartelera clavada en el centro de la noche!- lo vio entrar se quedó extrañado. -¡A sus ordenes, mi capitán!

-Hola, muchacho...

En la primera cama que encontró vacía, se tumbó. Mientras, el vigilante lo miraba asombrado.

Allí quedó con su angustia, con su amargura, con temblor de alma. Pero el sueño, hermano de la muerte y ahijado del olvido, le durmió blandamente, ungiéndole con una corona de fino sudor en la frente.

El imaginaria, con su capote manta, como un ángel con alas plegadas, en voz muy baja dio la noticia a los otros vigilantes:

-¡Es el capitán Zunueta! ¡El capitán Zunueta!

Y mientras aquellas palabras silenciosas volaban en el aire de la reciente victoria, la Legión, a imagen de la muerte, le daba el descanso; un sueño perfecto y hermoso. Arriba las estrellas, frías y estremecidas, parpadeaban una danza de asombros al ver que a aquel legionario con tanta gloria y tanta muerte, no se le abrían las puertas del cielo en tanto la aurora que llegaba...

-Mi capitán, le llama una señorita... Mi capitán...

Así le llevaba llamando un legionario desde hacia algún tiempo. Zunueta no despertaba de un sueño pesado de alcohol y amarguras. Estaba completamente sumido en el y ya eran las diez de la mañana.

“El Charte” entro impaciente y sacudiéndole con violencia, le dijo:

-Oye, tu, chalado, que ahí está una chica que te busca. Para que te fies de los hombres buenos. ¿Que habrás hecho tu por la Península en vez de casarte?

Zunueta se incorporó. El capote manta con que lo habían arropado quedo al desgaire, entre la cama y el suelo. De momento parecía un personaje de otro planeta caído en la Legión.

-Zunueta, hombre, despierta. En la Sala de Banderas, hay una chica. Parece decente. ¿Que lío has metido por ahí?

Al fin dijo el capitán:

-¿Una chica?... ¿Decente?... No se quien pueda ser.

-Toma, ni yo tampoco. Vete tu a saber. Pero, eso si, parece una verdadera señorita.

Aquello de “señorita”, aun en un sueño desvelado, le recordó “el Señorito”. Y de pronto, incorporándose del todo, dijo:

-Ella, es ella, no puede ser mas que ella.

Salió corriendo, alisándose el pelo con las manos, tirándose de la guerrera y ajustándose el cinto.

Casi todo lo hacía a la vez. Cuando ya estaba en la puerta volvió corriendo, buscó en la cama el gorrillo, se lo torció y alegremente le dio tal empujón a “el Charte” que lo tumbó en la cama. Al momento salió a grandes zancadas y gritando:

-¡Es ella, no puede ser mas que ella!

El cuartelero y algún legionario mas que habia en la sala lo miraron asombrados y aun quedaron mas cuando incorporándose “el Charte” exclamo:

-¡Bueno!... ¡Zunueta se ha vuelto loco!

Pero el capitán corría a la Sala de Banderas. Su corazón batido en cien combates, le rebrincaba pícaro y amargo, como jugando a la cuerda floja, temblando de esperanza y loco de temor, como si se le fuera a romper. Seria ella o cualquiera de aquellas chicas alegres, una de aquellas “pelandruscas” con las que se habia divertido en la vuelta de su viaje. Por fin llegó. ¡Era ella! ¡Estaba allí!

-¡Carmen!

Y el se quedó de piedra.

Carmen le miro angustiada, y por fin rompió su silencio:

-¿No has recibido mi carta?

-Si, si, anoche...

-Y ¿cómo no has ido a esperarme? Te decía en ella que llegaba...

-Es que veras... -Y haciéndose el fuerte para no mentir, dijo: -No la leí. La queme sin abrirla.

Carmen hizo un gesto de horror y si hubiese tenido alas. habria volado de allí. Se habría vuelto a Madrid. El lo comprendió y acercándose a ella, cariñosamente, la cogió del brazo.

-Ven, vamos donde podamos hablar a solas.

La llevó afuera, cruzando el arco de Dar-Riffien. Zunueta se centró por entero en la mañana y mirando hacia el grupo de casas, no se equivocó. Fue hacia una de ellas, empujó un poco la puerta entornada, despejó la cortina y grito:

-“Churra”, quisiera hablar con esta mujer a solas.

Al momento salió “la Churra” con su delantal de lona, un pico doblado con mucho aire, secándose las manos. Tuvo la mirada mas graciosa. Era la primera vez en su vida que le sorprendía un acontecimiento.

-Esta es Carmen, la hermana... -iba a decir de “el Señorito”, pero dijo- de José Solano; es mi novia. Maria fue quien me aviso de la muerte de José. Ella...

Carmen cortó el dialogo al acercarse finamente a ella tendiéndole la mano y diciendo:

-Gracias por todo, señora.

Maria se espumó al oírse llamar señora. Se le encendieron las lamparillas y diligente le dio la mano, no sin antes darle unos toques mas al secado. De pronto, como un general con mando en plaza, ordeno mirando hacia adentro:

-¡Eh, la tropa! “El Churra”, “el Churrita”, la Carmelilla y ese agregado que se llama Draminski, a la calle y guardia en las puertas; que no entre ni el sol. Porque el sol... -y volviéndose a Carmen muy gachonamente para devolverle el piropo de “señora” con ese andaluz medio moro del Estrecho, le clavo estas palabras-, porque el sol es usted.

Y perfilándose aun más en su simpatía añadió:

-Ya me dirán donde quieren pasar.

-No, no; aquí mismo -dijo Carmen.

-Pues, ¡jea!, y con Dios. Se pueden decir todo lo que quieran. Esta casa será el “Arca del Diluvio” ... Muy guapa chica, Zunueta, muy guapa y muy buena. Lo que tu te mereces. Y a mandar si algo quiere, yo estoy a su disposición.

Y segura de que habia cumplido muy bien, se fue. Si hubiese sido en un teatro habría tenido miles de aplausos. El mutis fue de órdago la grande.

-¡Conque no leíste mi carta! ¿Es que no me quieres?

-Carmen, tu lo sabes: mas que a mi vida. Tu lo sabes -y la voz de Zunueta gangueó a punto de quebrarse.

El la quiso besar y ella lo rechazó tan suavemente que lo retuvo.

-Yo tampoco se si a fuerza de quererte te he idealizado. Cuando hable contigo en Madrid, o era otro o me hacías mas ilusión. He hecho, no se, una locura con venir... Pero yo ya no puedo vivir sin ti. Te llame para casarnos y no se por que me huiste y yo te tuve que huir. Pero no puedo vivir sin ti.

Calló Carmen, y después, irguiéndose, como preguntando, dijo:

-¿Por que no fuiste aquella mañana a las diez como convenimos... ¿por que?...

Y Zunueta, acogiéndole el hilo de la voz, continuó:

-Porque tu hermana se presentó en el hotel, y...

-Gracias por habérmelo dicho. Lo sabia. Me he enterado después, y por ella, Gracias.

Fue Carmen entonces la que, echándole los brazos al cuello, ardientemente le beso en la boca.

-Gracias otra vez. Ya tenemos entre los dos un secreto. Un secreto que nos hará fuertes. Ese secreto solo era tuyo, ya es de los dos.

-Le prometí no decírtelo y por eso...

-Claro, lo que ella quiere es casarme con un buen partido, como ella se caso, para luego... desear lo que no tiene en el matrimonio. Porque mi hermana, ¡que Dios me perdone!, no quiere que me case contigo, quizá para hacerme una señora muy importante, casándome con otro, para estar, como ella, siempre pensando en ti...

-¡Carmen!

-Si, es quizá, posiblemente, un secreto que ni ella misma lo sabe, o es que yo, Juan, he estado estos días tan celosa, que es un mal pensamiento que tengo clavado.

Se paró de pronto, pero con toda vehemencia siguió:

-Tu, no has tenido familia y no sabes, ni te puedes imaginar, lo que pasa entre hermanas. Yo, siempre la niña mimada, pero todos sacrificándonos por ella y a mi siempre me sacrificaron la primera. Y ahora quería, lo mismo. Pero, no. Tu eres para mí, para mí, ¿verdad que sí?...

Y Carmen, echándose en los brazos de Zunueta, rompió a llorar. Primero desacompadamente, luego suave, de esa manera que las mujeres dicen sufrir y en el fondo les gusta.

El, con tanta hermosura ente sus brazos y otra por dentro, todo conmovido, la besaba en la frente, en la boca, en el pelo. Pero de pronto, reaccionando en todo lo hombre que se estaba sintiendo, preguntó como un chiquillo:

-Y ahora, ¿que hacemos?

Y ella, volviendo a mujer, separándose le dijo:

-Casarnos, pero en Madrid. Esta misma tarde salgo para Algeciras y pasado mañana sales tu. Nos casamos, me vuelvo contigo...

-Viviremos en Ceuta.

-Donde tu quieras... Esto me gusta. ¡Ay, chico, me siento muy legionaria! Así es que si quieres me llevas a Ceuta, y...

-Si, ahora mismo cogemos el autobús. Allí hablo con el jefe, me presento, gestiono el permiso...

Y como un loco empezó a gritar Zunueta:

-¡Evaristo! ¡Evaristo!

-Espera, tonto; antes que vengan...

Se acercó y le dio otro beso.

Al momento entró "la Churra", diciendo:

-¡Pues sí que han acabado ustedes pronto! Anda, si ni siquiera se han sentado. Claro, cuando dos se quieren, pocas palabras bastan... Ahora, si me lo permites, Zunueta, le voy a presentar a mi familia...

Y como conejos salieron de las madrigueras: “el Churra”, “el Churrita”, “la Carmelilla” y, por fin, Draminski:

-A sus órdenes, señorita -dijo muy fino y con su media lengua gangosa, y echándose mano al bolsillo sacó una carta-. Esta es su carta. Entre “madame María” y yo, anoche la guardamos. La que quemó el capitán fue otra antigua y vieja que yo llevaba en el bolsillo. Un escamoteo. Como el estaba así...

Y al gesto de decir que había bebido, le dio la carta.

-Muchas gracias, pero es para el -dijo Carmen.

-¡Pillos redomados! -exclamó Zunueta sonriendo.

-Se la pensábamos dar hoy, ya clareado.

Pero como salió tan pronto el sol -añadió Maria, mirando a Carmen, que al fin cogió la carta y le dijo aparte, mirando a Zunueta:

-Digo lo de siempre: que aunque se empeñe quien se empeñe, sólo me casaré contigo. Estoy dispuesta a todo. A venirme contigo a Marruecos. Ten confianza en mi. Ya ves, sé andar sola. Ya sabes, ahora, que es lo que siento.

Le iba a contestar Zunueta, cuando apareció Evaristo:

-A sus ordenes, mi capitán. Las maletas ya están preparadas.

-Hasta pasado mañana no las necesito. Ahora nos vamos a Ceuta, y tu con nosotros por si quiere algo la señorita.

-Bien, mi capitán.

-Adiós a todos, hasta siempre y hasta pronto. Siento por ustedes una verdadera gratitud y una gran admiración. Les quedo muy agradecida.

“El Churra” se atrevió a decir:

-Pues aquí nos tiene, a mandar.

-Para lo que guste -añadió “la Churra” mirando de soslayo a su ultimo “marío”. Carmen les fue dando la mano a todos y cada uno.

Salió la pareja, ya con empaque de boda, y María, sin poderse contener, dándole una palmada en la espalda a Zunueta, añadió:

-Ahora si que va de veras. Enhorabuena a los dos.

Al pasar junto a Evaristo, le sopló al oído:

-No perderíamos nada si nos laváramos, mi capitán.

Zunueta ni se dio cuenta. Les daba el adiós con la mano, y ya en mitad de la calle, mientras él decía:

-Y pensar que por una tontería lo iba a estropear todo.

-Pasa eso tantas veces...

En tanto, Maria, apoyada en a jamba de la puerta y detrás los suyos, miraba a la pareja, que se alejaba hacia la carretera, Evaristo, respetuosamente detrás, repetía como en un ensalmo:

-¡Que asombro es el amor!

“Churrita” se atrevió a decir:

-¿Lo dices por lo que ha ocurrido o por lo que va a ocurrir?

-Que se yo. La vida tiene tantas sorpresas...

“La Carmelilla” lo miraba todo como entontecida. Le parecía que se habían entreabierto las puertas del cielo y veía un trocito de gloria.

Evaristo había cogido un atajo.

La pareja ya era silueta por el horizonte. Marchaban rectos, firmes. Dentro de ellos, mucha Legión. Se podrían equivocar o acertar, pero andarían derechos.

Aun mirándoles, añadió Draminski:

-¡La vida! La vida, no se quien lo dijo, “empezó con una mujer y un hombre desnudos en un jardín...”

-¡Ya estamos, Draminski! -reprendió “la Churra”.

Pero él, pícaro, mirando a una habitación en la que al fino viento bailaban los flecos de una colcha, sin hacer caso continuó:

-...y ha de acabar en el Apocalipsis”.

-Esto, todo “sicalipsis” -y Maria le dio un empujón.

Draminski, entornando los ojos, añadió:

-Estos despreciaron el jardín, ¡O *Paradisso!*, quizá, tal vez, porque sepan ganar el Apocalipsis.

-¡Y dale con la cama y la “sicalisis” esa!

Cerrando los ojos y añorando algo que adivinaba, la “Churra” le recriminó.

-¡Y la decencia! ¡Y la decencia!

-Algún día nos la darán en conserva.

En el último repecho del camino aun se volvieron Carmen y su capitán para saludarles con la mano. Maria y “la Carmelilla” levantaron la suya.

Todos legionarios, alegres centinelas de la chanza y la tragedia, de la vida y de la muerte. Sabían verlas pasar serenamente, como un libro se cierra dejando sus hojas muertas y, sin embargo, su espíritu es cuando empieza a vivir y a tomar formas en el mundo que nos rodea.

Y así se escapaban Carmen y Zunueta. Contra un sol naciente y ya alto, que en Dar-Riffien enciende alegremente las esquinas del campamento y cincela las almas de sus hombres.

ÍNDICE

Primera parte.

RETABLO DE LA CREACIÓN	9
I. Cuando la muerte se hizo legionaria	11
II. La primera en la frente	31
III. Carnaval sin antifaces.....	47
IV. La danza de las balas	65

Segunda parte

LA LEGION EN MARCHA.....	83
V. El laurel sin la victoria	85
VI. Mañana más.....	101
VII. Estrellas apagadas.....	117
VIII. Sangre Valiente	135

Tercera parte

SIN PUNTO FINAL.....	153
IX. Los Reyes son de verdad.....	155
X. A las doce en punto.....	175
XI. La parte y el todo.....	195
XII. El arca del Apocalipsis	213